
Kiran Millwood Hargrave
La isla del fin del mundo
ÁTICO DE LOS LIBROS


Kiran Millwood Hargrave
La isla del fin del mundo
ÁTICO DE LOS LIBROS


Kiran Millwood Hargrave
La isla del fin del mundo
ÁTICO DE LOS LIBROS

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a suscribirse a la newsletter de Ático de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exlcusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



LA ISLA DEL FIN DEL MUNDO

Kiran Millwood Hargrave

Traducción de Claudia Casanova



Créditos

La isla del fin del mundo

V.1: marzo de 2020

Título original: The Island at the End of Everything

La edición original en inglés de La isla del fin del mundo ha sido publicada por The Chicken House, 2 Palmer Street, Frome, Somerset, BA11 1DS en 2017.

Diseño de cubierta: © Helen Crawford-White, 2017

Corrección: Francisco Solano

Publicado por Ático de los Libros

C/ Aragó, n.º 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

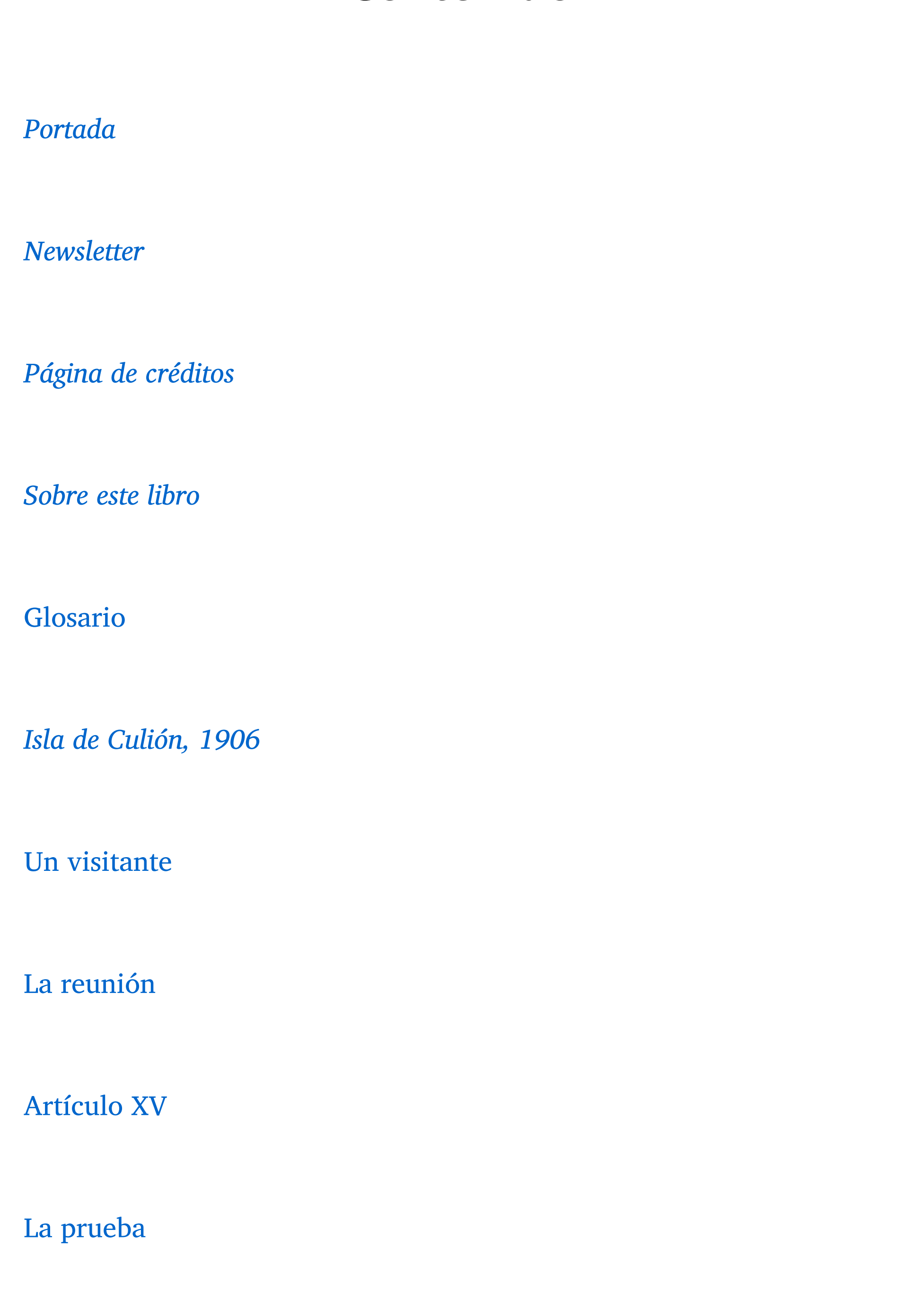
www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-17743-78-9

THEMA: YF

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Contenido



La isla del fin del mundo

Una novela de aventuras, valentía y amistad

Amihan y su madre viven juntas en Culión, una isla donde algunos de sus habitantes, incluida su madre, tienen la lepra. Ami adora su hogar, con sus mares infinitos y sus bosques llenos de pájaros. Pero la llegada del cruel representante del gobierno, el señor Zamora, cambia su mundo para siempre. Una nueva ley obliga a los habitantes que no están enfermos a abandonar la isla, que se convertirá en una colonia de leprosos. Separada de su madre, Ami está desesperada por regresar a su lado. Solo encontrará esperanza, afecto y ayuda en una extraña niña del orfanato al que la han enviado, Mari, que hará todo lo posible por reunir a su amiga Ami con su madre. El viaje de ambas es una preciosa e inolvidable historia de amistad, esperanza y amor.

Finalista del Costa Children's Book Award

Finalista del Blue Peter Award

«Esta segunda novela confirma a Kiran Millwood Hargrave como una de las novelistas más originales y potentes del momento.»

The Guardian

«Una historia emocionante y conmovedora sobre una niña y su descubrimiento de la pérdida, la amistad y el amor en tiempos desesperados.»

Kirkus Reviews

«Kiran Millwood Hargrave posee el envidiable don de contar aventuras con un estilo narrativo lírico y cautivador.»

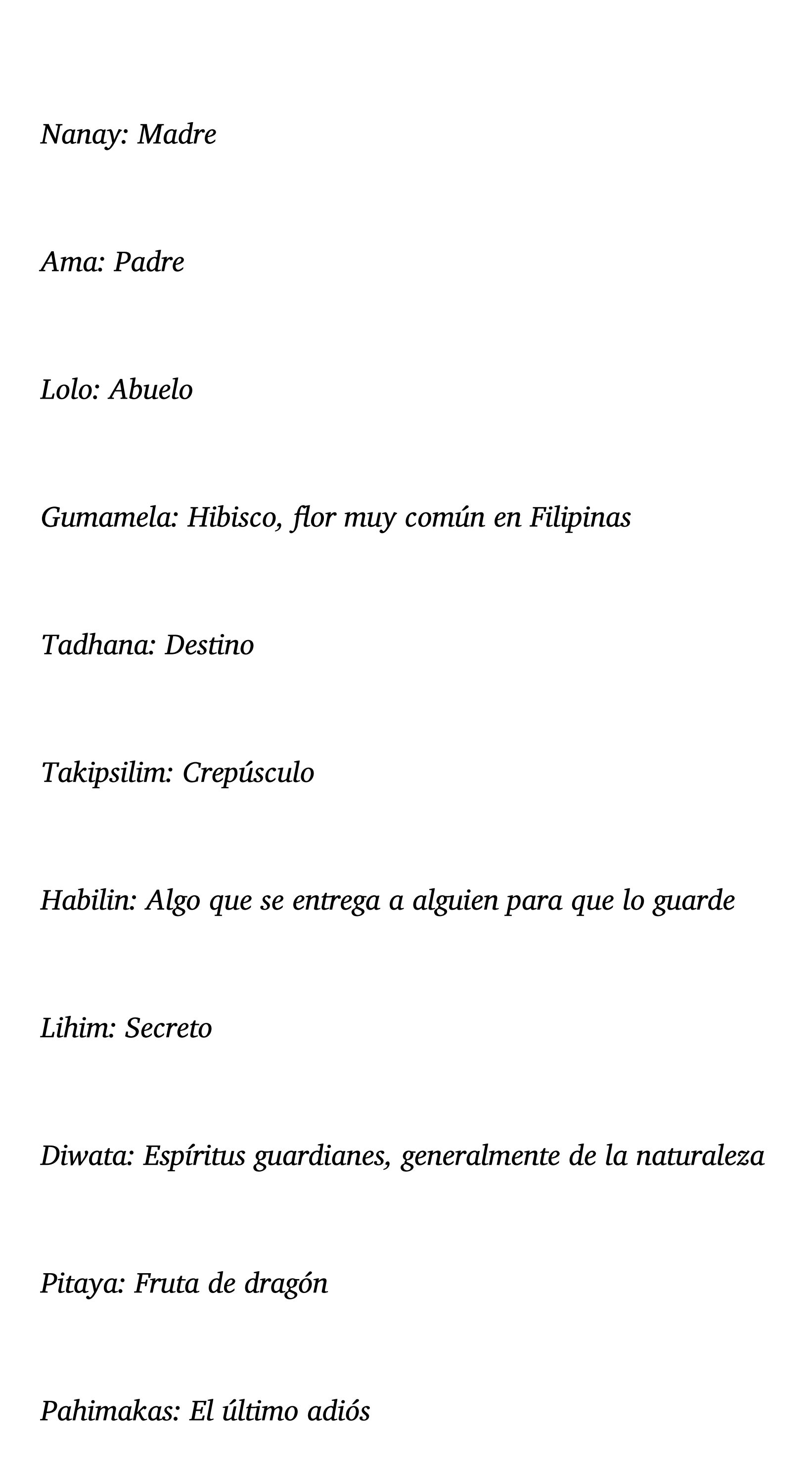
The Bookseller

Para mi marido

El mundo no perecerá por falta de maravillas, sino por no saber maravillarnos ante ellas.

J. B. S. Haldane

Glosario



Nanay: Madre

Ama: Padre

Lolo: Abuelo

Gumamela: Hibisco, flor muy común en Filipinas

Tadhana: Destino

Takipsilim: Crepúsculo

Habilin: Algo que se entrega a alguien para que lo guarde

Lihim: Secreto

Diwata: Espíritus guardianes, generalmente de la naturaleza

Pitaya: Fruta de dragón

Pahimakas: El último adiós

Isla de Culión, Filipinas, 1906

Hay lugares a los que no querrías ir.

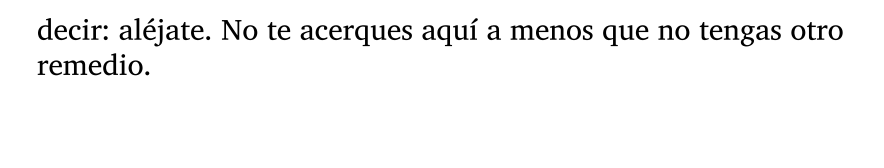
Incluso si te dijera que tenemos océanos claros y azules como cielos de verano, llenos de tortugas y delfines o colinas cubiertas de bosques repletos de pájaros que cantan en el aire espeso y cálido. Aunque supieras lo hermosa que es la tranquilidad aquí, limpia y fresca como el sonido de una campana de cristal. Pero nadie viene hasta aquí porque lo desee.

Mi nanay me contó que fue así como la trajeron, pero también dice que siempre pasa igual y que no importa quién seas o de dónde vengas.

Desde tu casa viajas a caballo o a pie y luego en barco. Los hombres que empujan la barca se tapan la nariz y la boca con paños empapados en hierbas para no respirar el mismo aire que tú. No te ayudarán a subir al barco, aunque te duela la cabeza y lleves dos semanas con dolor de piernas hasta que prácticamente dejes de sentirlas. Quizá tropieces con ellos y entonces se apartarán. Dejarán que ruedes por el suelo e incluso que caigas al mar antes que tocarte. Así que te sientas y te aferras al hatillo de objetos, lo que has traído de tu casa, lo que has podido salvar antes de que la quemaran. Ropa, una muñeca, algunos libros, cartas de tu madre.

De alguna manera, siempre cae el crepúsculo cuando te acercas.

La isla cambia: de ser un punto oscuro se convierte en un paraíso verde en el horizonte. En lo alto de un acantilado coronado por una cruz que se inclina hacia el mar, hay un campo de flores blancas que cuelga extrañamente. Hasta que no te acercas no te das cuenta de que tiene la forma de un águila, y cuando estás más cerca comprendes que está hecha de piedras. Entonces tu corazón se endurece en tu pecho, como si los pétalos se convirtieran en guijarros. Nanay dice que todos los que viven en las islas cercanas conocen el significado del Águila Blanca, incluso en los lugares más remotos de nuestro mar. Quiere



decir: aléjate. No te acerques aquí a menos que no tengas otro remedio.

El día se va oscureciendo cuando llegas al puerto, al bajar de la barca. Las estrellas empiezan a desplegar sus pequeñas lucecitas. Alguien vendrá. Lo entienden.

Los hombres que te han acompañado se van al instante, aunque estén cansados. No te han dirigido la palabra ni una sola vez durante los días o las horas que has pasado a su lado. El ruido de los remos se apaga en la distancia y solo se oyen las olas lamiendo la playa. Cuando regresen, quemarán la barca, igual que hicieron con tu casa.

Miras a la persona que ha venido a recibirte. Has cambiado, como las flores convertidas en piedras y el día en la noche. Ahora siempre serás más oscura, más pesada. Estarás marcada. Señalada.

Nanay dice que en el exterior, nuestro hogar tiene muchos nombres. La isla de los muertos vivientes. La isla sin retorno. La isla del fin del mundo.

Estás en Culión, donde los océanos son azules y claros como los cielos de verano. Culión, donde las tortugas cavan sus nidos en las playas y los árboles rebosan de fruta.

Culión, la isla de los leprosos.

Bienvenida a casa.

Un visitante

Yo tengo más suerte que la mayoría. Nací aquí, así que nunca he tenido que sufrir los insultos de la gente o alguien escupiéndote por la calle. Mi nanay ya estaba embarazada de mí cuando vinieron a buscarla, aunque no lo supo hasta que se bajó del barco. Un mes después de abandonar su casa, sintió unas mariposas en el estómago, como si fueran alas. Era yo creciendo en su vientre.

Nanay fue una de las primeras en llegar. La trajeron incluso antes que el águila. De hecho, ayudó a construirla, cuando yo aún era pequeña y revoloteaba a su alrededor o colgaba de su espalda bien atada. Cuando arrancaron de la playa los pedazos de coral teñido por el sol solo eran piedras; ahora se han convertido en un pájaro.

Se lo digo a nanay cuando tiene miedo, lo cual sucede a menudo, aunque intenta ocultarlo. «¿Ves?», le digo. «Ese pájaro de piedra de color de hueso también es hermoso». Lo que quiero decir es que incluso ahora que su cuerpo la está abandonando, ahora que se ha quedado chupada hasta los huesos, sigue siendo hermosa. Nanay replica: «Pero el significado de ese pájaro no es tan bonito, ¿verdad? Es el símbolo del Departamento de Salud. Significa que somos una isla maldita. Una isla de enfermedad».

A veces me gustaría que no lo viera todo tan triste de entrada.

Me he dado cuenta de que los adultos a menudo ven el lado malo de las cosas con más rapidez que los demás. En la escuela, las lecciones de la hermana Clara están llenas de pecado y de demonios; no hablan de amor y de amabilidad, como en las clases de la hermana Margaritte, aunque las dos imparten las enseñanzas de Dios y de la Iglesia. La hermana Margaritte es la monja más importante de la isla y la más buena también, así que prefiero escucharla a ella antes que a la hermana Clara.

Nanay tiene otros dioses, más pequeños, que guarda en el alféizar de la ventana o debajo de su almohada. No le gusta que vaya a la iglesia, pero las monjas insisten. Además, me gusta la hermana Margaritte. Tiene la boca ancha y las uñas más limpias que he visto jamás. «Tienes una carita muy seria», me comentó un día después de la misa, pero no lo dijo de una forma desagradable. Nanay dice que si aprieto tanto los ojos me saldrán arrugas, pero no puedo evitarlo: lo hago cuando reflexiono.

Ahora arrugo la cara, pero es por el sol. He encontrado un claro entre los árboles que hay al borde de nuestro jardín, y allí me he acuclillado para que mi cuerpo disfrute del frescor de la sombra y poder girar la cara hacia el azul del cielo. Es el domingo-día-del-descanso, así que no tengo que ir a la escuela y no hay misa hasta dentro de una hora.

Trato de observar a las mariposas. Hace tres veranos que nanay y yo plantamos semillas de flores en el terreno salvaje que hay al lado del horno, pero aún no han florecido. Nanay dice que la tierra no debe de ser fértil, que por eso no crecen las plantas que les gustan a las mariposas. Aún no he visto ninguna en el pueblo, pero estoy segura de que siempre están revoloteando a mi alrededor, igual que tu sombra desaparece cuando te giras para cazarla. Así que procuro mantenerme muy quieta, siempre que me acuerdo.

—¡Amihan!

—Estoy fuera, nanay.

Nanay parece cansada y la piel alrededor de sus ojos está tirante. Acaba de pronunciar mi nombre completo y el paño azul le cubre la cara, lo que significa que tenemos un visitante. No es una buena noticia, pero la verdad es que casi no tiene nariz. Cuando respira es como si el aire tuviera ganchos. Estar «Tocado» significa cosas distintas para cada cual. Para algunas personas es tener manchas de tinta rosa en las piernas y brazos. Para otras son moratones en la piel, como si hubieran caído en un montón

de hojas venenosas o les hubieran picado un montón de avispas furiosas. Para nanay es la nariz y los dedos hinchados y el dolor, claro. Aunque es buena ocultándolo.

—La hermana Clara ha venido a vernos. Límpiate las rodillas y ven —dice.

Me sacudo la tierra de los pantalones y la sigo al interior de la casa. Hace calor en la habitación y nanay ha colocado vasijas con agua bajo las ventanas para refrescar el ambiente. La hermana Clara está de pie frente a la puerta abierta y no entra ni siquiera cuando llego yo. El doctor Tomas les dijo a todos que nadie se convierte en Tocado por respirar el mismo aire, pero parece que la hermana Clara no lo cree, porque jamás se acerca a mi nanay ni a los demás. Tampoco se acerca a mí, aunque yo estoy Limpia. Quizá no le gustan los niños, lo cual sería raro en una monja, especialmente si es maestra.

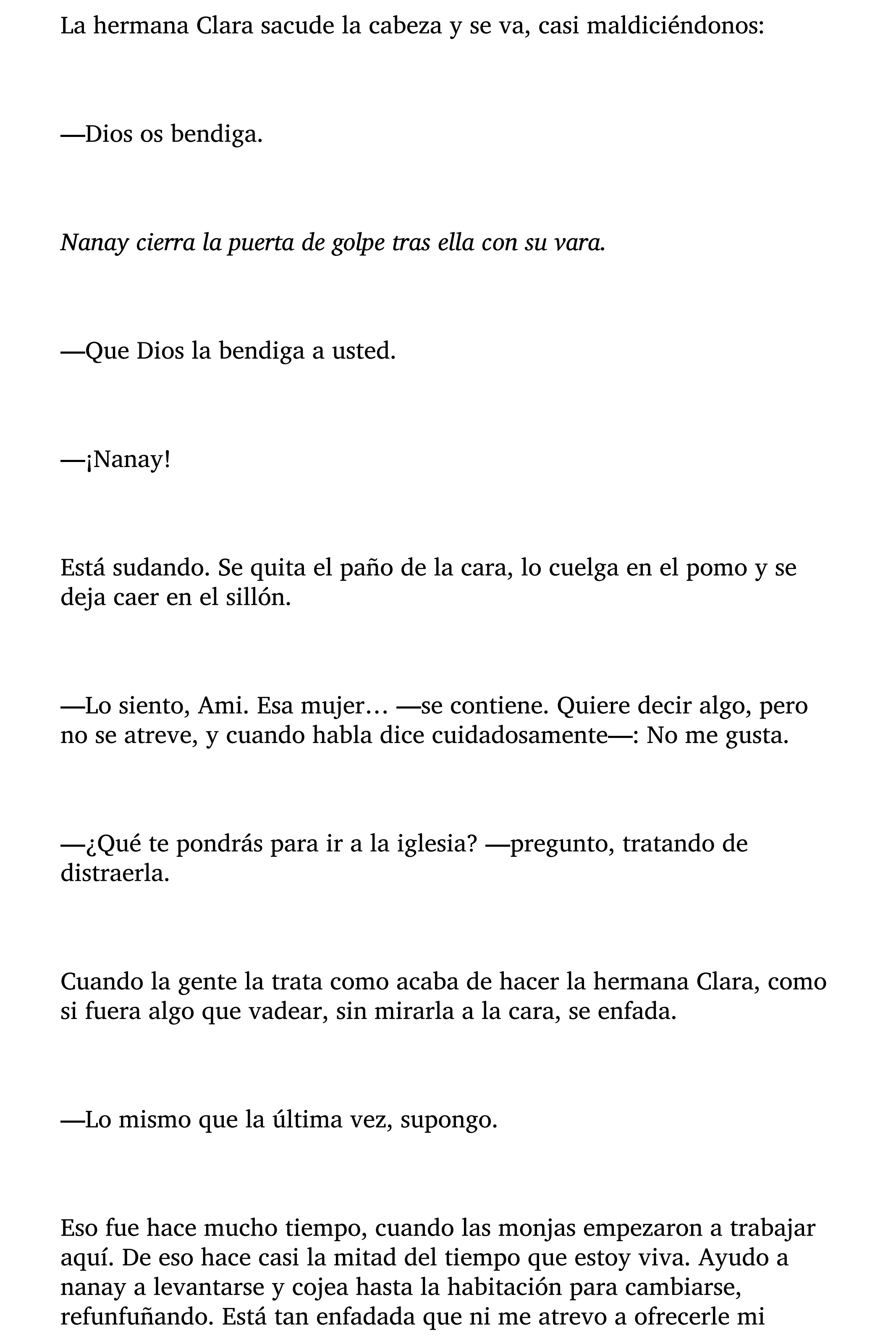
—Hola, hermana Clara —digo, porque así nos han enseñado, con una voz casi cantarina.

—Amihan —responde la hermana Clara. Lo dice como saludo, pero suena monocorde.

—¿Ha pasado algo, hermana? ¿Ha hecho algo malo? —pregunta nanay a través del paño—. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Correr en la escuela, reírse en la iglesia?

—Hay una reunión en la iglesia esta tarde. La misa será más corta por eso —dice la hermana Clara, escueta—. Es de asistencia obligada.

—¿Algo más?


La hermana Clara sacude la cabeza y se va, casi maldiciéndonos:

—Dios os bendiga.

Nanay cierra la puerta de golpe tras ella con su vara.

—Que Dios la bendiga a usted.

—¡Nanay!

Está sudando. Se quita el paño de la cara, lo cuelga en el pomo y se deja caer en el sillón.

—Lo siento, Ami. Esa mujer… —se contiene. Quiere decir algo, pero no se atreve, y cuando habla dice cuidadosamente—: No me gusta.

—¿Qué te pondrás para ir a la iglesia? —pregunto, tratando de distraerla.

Cuando la gente la trata como acaba de hacer la hermana Clara, como si fuera algo que vadear, sin mirarla a la cara, se enfada.

—Lo mismo que la última vez, supongo.

Eso fue hace mucho tiempo, cuando las monjas empezaron a trabajar aquí. De eso hace casi la mitad del tiempo que estoy viva. Ayudo a nanay a levantarse y cojea hasta la habitación para cambiarse, refunfuñando. Está tan enfadada que ni me atrevo a ofrecerle mi

ayuda para abrocharle los botones.

Yo también me cambio; me pongo mi vestido azul. Nanay se pone su segundo mejor vestido. Creo que es su manera de demostrar lo que piensa de la Iglesia.

—Podríamos buscar más semillas de flores —digo para romper el silencio—. Y sembrarlas de nuevo en el jardín de las mariposas.

—No voy a perder más tiempo en eso. No vino ninguna mariposa el verano pasado, Ami —dice nanay—. No creo que Culión les guste.

Nos quedamos sentadas en silencio, yo con mi mejor vestido y nanay con su segundo mejor vestido, y esperamos hasta que llega la hora de salir.

La reunión

La iglesia es el edificio más bonito de la isla. Me gusta porque dentro siempre hace fresco, incluso ahora que el sol cae a plomo y calienta la arena hasta convertirla en carbón ardiendo en la playa, al pie de las rocas. Las paredes resplandecen blancas como el centro de un coral. Contemplar sus paredes brillantes como una llama en lo alto de la colina hace que el último tramo, más empinado, sea más llevadero, aunque fue bastante difícil para nanay la última vez.

Nos sentamos detrás de Capuno y Bondoc, que viven un poco más abajo de nuestra calle. Nanay no ha dicho amén ni una sola vez y tampoco se ha quedado de pie donde tenía que hacerlo, aunque quizá sea porque le duelen las piernas después de la escalada. Los otros niños de la escuela están sentados al fondo, apiñados en un grupo, como hacen después de clase. Las chicas inclinan sus cabezas y se ponen a murmurar cuando entramos. Sé que piensan que soy rara porque no me quedo a jugar después de clase, pero nanay me necesita para que la ayude en casa. Deslizo mi mano hacia la suya y la aprieto con fuerza. Ella es todas las amigas que necesito, aunque a veces me gustaría que las demás niñas no se pusieran a cuchichear al verme.

El padre Fernan está a punto de empezar la parte final de su sermón. Esta semana habla de la templanza y creo que eso quiere decir que no hay que beber alcohol, porque entristece a Dios cuando cantas muy alto por la calle. Espero que Bondoc preste atención; aunque su nombre significa montaña y tiene el aspecto de una montaña, cuando canta lo hace como una cabra estrangulada.

Capuno y Bondoc son dos hermanos. Capuno está Tocado y Bondoc no, pero aun así vino con su hermano a Culión. Capuno es tan pequeño como Bondoc es grande, pero posee una energía tranquila, como una corriente subterránea. Son dos de los hombres más buenos que conozco, aunque canten en plena calle porque no tienen suficiente templanza.

—Así que recordad. La próxima vez que paséis frente a la taberna —entona el padre Fernan— saludad al dueño y levantad las manos hacia Dios. Ahora, recemos.

Me dispongo a inclinar la cabeza, pero nanay suelta mi mano y se cruza de brazos. Las hermanas no se fijan porque a todos nos dicen que bajemos la mirada para hablar con Dios, aunque al parecer Él está por encima de nuestras cabezas, arriba en el cielo. El padre Fernan nos persigna y hay un silencio. Todo el mundo se pregunta qué viene ahora. El padre Fernan transforma su sombría expresión y esboza una sonrisa, lo que hace que la gente se relaje un poco y empiece a murmurar con su vecino de al lado. Nanay también relaja sus brazos. Me fijo en que se ha clavado las uñas en el brazo y se ha dejado marcas en la piel. La hermana Clara está sentada al lado del púlpito. La hermana Margaritte coloca otras tres sillas y luego se sienta en una de ellas.

Se oyen unos pasos avanzando por el pasillo y un hombre al que no he visto nunca avanza con el doctor Tomas, cuya expresión es muy solemne. El extraño lleva un traje de lino de color pálido y sostiene dos planchas de madera. Camina como una marioneta, levantando mucho los pies. El desconocido se instala en una de las sillas, muy rígido y estirado. Todos miramos expectantes al padre Fernan.

—Gracias por venir hoy —empieza, como si acabáramos de llegar—. Estamos aquí para hablar de unos cambios importantes que van a producirse en el pueblo. Serán cambios que al principio nos parecerán un poco extraños, pero debemos recordar el plan de Dios y confiar en Él.

La hermana Clara asiente gravemente, pero la ancha boca de la hermana Margaritte está muy cerrada, como si fuera un sobre sellado, y el doctor Tomas tiene aspecto apenado. Su rostro está encogido como un caramelo masticado.

—Al lado del doctor Tomas veréis a nuestro invitado especial, el señor Zamora. —Todas las cabezas se giran hacia él—. El señor Zamora trabaja para el gobierno en Manila. Y va a contaros lo que han pensado para el futuro de nuestra isla.

El extraño se despliega de la silla como un papel. Es tan alto y tan delgado que parece una mangosta con las patas erguidas. Las manos le cuelgan de las muñecas cuando da un paso adelante y se quita el sombrero, que no debería haberse dejado puesto dentro del recinto.

—Pacientes y familiares —dice, y ya sé que la cosa no irá bien. Ningún habitante de la isla piensa en los Tocados como pacientes, excepto quizá la hermana Clara—. Gracias por recibirme. He disfrutado mucho del servicio.

Tiene la voz grave y baja, lo cual no encaja demasiado con su aspecto delgaducho, y los labios hinchados como los de un pescado. Nanay está tensa a mi lado y, frente a mí, Bondoc se reclina contra el respaldo de madera y se cruza de brazos.

—El padre Fernan tiene razón. He venido a comunicaros unos cambios muy importantes, pero no os ha dicho que también son emocionantes. El gobierno tiene un plan increíble para Culión: vamos a avanzar hacia la Ilustración. —Cada sílaba de la palabra viene acompañada de un golpe en la palma de su mano—. Se está avanzando en la lucha contra la enfermedad que muchos sufrís aquí. Con todo el respeto hacia el doctor Tomas, los métodos que se emplean para el tratamiento de la enfermedad han evolucionado mucho fuera de la colonia. Ahora ya sabemos que la transmite ciertas bacterias y seguro que el doctor Tomas os ha indicado que la limpieza es esencial. Calculamos que, dentro de la esperanza de vida de vuestros hijos, será posible encontrar una cura para la lepra.

Hay una exclamación colectiva y nanay parpadea, sobresaltada. Nunca utilizamos esa palabra aquí. Me pican las palmas de la mano. De repente hace un calor asfixiante en la iglesia.

—Pero, hasta ese día, debemos llevar a cabo unos cambios. Es imperativo prevenir el contagio de la enfermedad. El gobierno ha sido informado de que muchos de vosotros esperáis hijos. Sé que el padre Fernan y las monjas os habrán aconsejado que la abstinencia es la mejor opción, pero ¿qué sucederá con los bebés que nazcan libres de la enfermedad? ¿Acaso ellos también deben vivir como leprosos?

Ahora ha encontrado su ritmo y se pasea frente al público con sus piernas delgadas como agujas, agitando las manos. Mientras tanto, la gente ya no escucha en silencio. Susurran furiosos y el ruido se eleva como gotas de agua salpicando brasas ardiendo. Nanay me aprieta la mano con fuerza.

—¡Nosotros nos negamos! —continúa el señor Zamora, como si las oleadas de susurros fueran aplausos—. ¡Vamos a salvar a los inocentes de Culión y vamos a darles una vida mejor! ¿Acaso no es lo que todos los padres querrían para sus hijos? ¿Un futuro, una vida mejor? A partir de ahora, facilitaremos esa oportunidad mediante un proceso de segregación.

Repentinamente, se vuelve hacia las dos planchas de madera reclinadas contra su silla, y las levanta, una en cada mano. En una pone «Sano» y en la otra «Leproso».

Bondoc se pone en pie, con más aspecto de montaña que nunca. Está temblando cuando agarra la mano de Capuno y se lo lleva pasillo arriba, a un pie del señor Zamora. Me parece que va a golpearlo, pero se queda quieto, con los puños apretados.

—¿Qué significa esto? —dice, furioso.

La hermana Margaritte también se ha puesto en pie y va hacia él,

hablando suavemente. El señor Zamora dibuja una sonrisa con sus labios de pez.

—Estaba a punto de explicarlo —dice.

—Pues hágalo. Y escoja mejores palabras que las que ha empleado —dice Bondoc, permitiendo que la hermana Margaritte lo acompañe de nuevo hacia el banco en primera fila.

—Por favor, se trata de nuestro invitado… —dice el padre Fernan, pero el señor Zamora levanta la mano igual que la hermana Clara cuando estamos en clase e inclina la cabeza como si dijera por supuesto. Vuelve a mostrar los carteles de madera.

—«Sano», es decir, limpio. «Leproso», enfermo —dice.

—Sabemos leer —murmura Capuno.

—Colocaremos estos carteles en la isla. Los que estén sanos deberán permanecer en las zonas habilitadas para ellos. Los que estén enfermos tendrán que quedarse en sus recintos.

—Pero ¿y las familias? —dice nanay, soltando mi mano y poniéndose en pie tan rápidamente como Bondoc, aunque ella no se acerca al señor Zamora.

—¿Cómo?

—¿Qué pasa con las familias?

—No la oigo —dice. Pero sí la oye. Todos lo sabemos.

Nanay también lo sabe, pero al cabo de un instante se quita el paño que envuelve su cabeza. Cuando hace falta es muy valiente. La hermana Clara aparta la vista con disgusto, pero el señor Zamora se la queda mirando, y es mucho peor.

—He dicho: ¿qué pasa con las familias? Yo he tenido descendencia. Mi hija, que está sana y limpia, vive conmigo, con su obviamente sucia y enferma madre. Ha vivido conmigo toda su vida. Y, a pesar de eso, sigue sana, a pesar de todos los intentos de mi enfermedad por contagiarla. ¿Qué propone en estos casos?

Su voz es un reto, su lengua la punta de la espada.

El señor Zamora se humedece los labios.

—Es lo que iba a abordar, antes de que me interrumpiera.

Nanay inspira profundamente disponiéndose a replicar, pero el padre Fernan se pone en pie y abre las manos, como cuando demuestra que Dios abre Su corazón hacia su rebaño.

—Por favor, hija. Deja que nuestro invitado termine.

Es una traición. Lo siento así, y lo sé con tanta seguridad como el sudor que empapa mis manos. Nos está traicionando. Nanay se hunde en el asiento y no vuelve a tocar mi mano, así que soy yo quien aprieta su muñeca, para demostrarle lo orgullosa que estoy de ella.

—Se trata de un intento de reducir la propagación del Mycobacterium leprae —dice el señor Zamora, haciéndose el importante—. Esa es la enfermedad que la ha dejado sin nariz. ¿Su hija es la niña que está sentada a su lado? —No espera a que responda y prosigue—. ¿Cómo se sentiría si terminara con el mismo aspecto que usted?

Alguien debería decir algo, pero mi voz ha quedado atrapada en mi garganta. La hermana Margaritte hace un movimiento involuntario y el padre Fernan levanta la mano en su dirección igual que hizo el señor Zamora con él, y el extraño sigue paseándose por el estrado.

—No lo hacemos por placer, ¡claro que no! Este lugar es un agujero financiero para el presupuesto del gobierno, pero os hemos dado un buen hogar.

—¡Llevamos años aquí! —grita Bondoc—. En algunos casos, generaciones. No nos habéis dado nada…

El señor Zamora lo interrumpe y prosigue, haciendo caso omiso:

—Vamos a implantar la segregación para salvar a los inocentes. —No entiendo por qué sigue utilizando esa palabra—. Daremos a la gente sana un futuro. Me han nombrado responsable de unas instalaciones en la isla de Corón…

Corón es la isla vecina. Se puede ver desde Culión, sobre las colinas del este, si el día está despejado, algo que sucede a menudo. Pero es una manchita baja, como si un dedo grasiento hubiera rozado el distante cristal del horizonte. Está demasiado lejos para que un habitante de Culión salude a uno de Corón con la mano, y este lo vea.

—¿Instalaciones? —interrumpe la hermana Margaritte—. ¿Como un asilo?

—Un orfanato —dice el señor Zamora.

—Pero estos niños tienen padres —dice la hermana, con voz temblorosa. Nanay me agarra la mano—. Sus padres no han muerto.

—Pero están enfermos, hermana. Y viven en lo que será la colonia de leprosos más grande del mundo en menos de tres años, si nuestras proyecciones son correctas. Voy a liderar el programa piloto de Corón, donde dirigiré un orfanato para dar una mejor calidad de vida a los niños de Culión. Vivirán con otros niños sanos, lejos de la enfermedad y de la muerte. Cuando crezcan, podrán trabajar en el continente, en Manila y más allá. La enfermedad desaparecerá…

—Quiere decir que nosotros desapareceremos, ¿verdad, señor Zamora? —La voz de Capuno es suave, pero el reto de su voz detiene al hombre del traje en seco. Mira a Capuno y su silencio es peor que si asintiera. Todos los asistentes se sobresaltan cuando prosigue.

—El plan de segregación tiene todo el apoyo del gobierno. El padre Fernan también nos ha dado su bendición, y esta mañana el doctor Tomas ha firmado el acuerdo que ya habían adoptado más de setenta expertos mundiales de América, India, China y España.

El cura y el médico miran al suelo mientras el señor Zamora saca un sobre del bolsillo superior de su chaqueta, blandiendo lo que imagino que es el acuerdo. El doctor Tomas lo ha firmado y el padre Fernan ha dado su bendición. Un montón de expertos de más allá de los mares también están de acuerdo. Todo el mundo está en nuestra contra.

—Todos creen que esta es la mejor… no, la única solución posible. En

los próximos días llegarán refuerzos del gobierno para garantizar que todo se desarrolle sin incidentes. Las hermanas, casa por casa, calle por calle, acompañarán a las familias al hospital para someterse a un examen médico. Es el principio de una nueva era.

Es el fin. Nadie abre la boca ni cuestiona al señor Zamora. Los pedazos de madera están apoyados contra el estrado, frente al púlpito.

«Sano». «Leproso».

Se me ha olvidado cómo se respira.

Artículo XV

A la mañana siguiente han brotado postes de bambú al final de cada calle. De cada uno de ellos cuelga un pedazo de madera, y en él, una nota escrita. Al principio de la nota hay un mapa de la isla de Culión con círculos rojos que muestran dónde están las áreas para sanos y para leprosos. Todos los carteles dicen lo mismo, una y otra vez. Me llevo uno y se lo muestro a nanay. Hoy le duele el pie y por eso no puede salir de la cama y verlo por sí misma.

ARTÍCULO XV, CAPÍTULO 37

DEL CÓDIGO ADMINISTRATIVO

Segregación de personas con lepra

I. Todas las personas de la isla de Culión deben someterse a una inspección médica para determinar la presencia o ausencia de lepra.

II. En el caso de que se certifique que la persona es leprosa quedará marcada para segregación dentro de las áreas designadas a tal efecto en el pueblo de Culión con prohibición terminante de entrar en las áreas habilitadas para las personas sanas.

III. Si un adulto mayor de dieciocho años no tiene lepra, el director de Sanidad autoriza a esa persona a permanecer en el pueblo de Culión dentro de las áreas habilitadas para los sanos. Bajo supervisión autorizada podrán realizarse visitas a las áreas de leprosos.

IV. Si un niño menor de dieciocho años no padece lepra, pasará a estar al cuidado del director de Sanidad o de su representante autorizado. En este caso, será trasladado al orfanato de Corón.

Hay más reglas, pero dejo de leer después del punto IV, porque me dice todo lo que necesito saber. Soy menor de dieciocho años, así que estoy obligada a ir a Corón. Al pie de cada cartel está escrito en letras rojas:

POR EL PODER OTORGADO AL SEÑOR N. ZAMORA POR EL DIRECTOR DE SANIDAD, ESTAS LEYES SERÁN EFECTIVAS EN LA COLONIA LEPROSA DE CULIÓN DENTRO DE VEINTIOCHO DÍAS.

En cuanto nanay termina de leerlo me pide que parta los carteles de madera para hacer leña, pero las palabras se quedan grabadas en mi mente. Me pregunto acerca de la persona encargada de pintar esas palabras en el cartel: si se dieron cuenta de que con su jornada de trabajo han reescrito el resto de mi vida. ¿O es como cuando te castigan a escribir una frase de penitencia en clase por hablar en voz alta o por llegar tarde, y las palabras se convierten en arañas bajo tus dedos y el sentido se escurre en el papel?

Pensaba que todo lo había soñado: la visita de la hermana Clara, la reunión en la iglesia, el señor Zamora. A la mañana siguiente, cuando desperté, creí que quizá había tomado demasiado el sol y mi cabeza se había llenado de fiebre y mi cerebro se había vuelto loco. Pero han suspendido la escuela hasta que la segregación se haya completado y estos carteles son muy reales.

No es un sueño porque nanay está llorando en su cama. Bondoc y Capuno cantando canciones tristes frente a nuestra casa después de una noche en la taberna tampoco es un sueño. Bondoc tendrá que desplazarse al lado sano del pueblo, lejos de su hogar y de nosotros o, mejor dicho, de nanay. Capuno repite una y otra vez que no entiende lo que está pasando.

Yo sí lo entiendo y no he llorado, pero mi alma se ha encogido un poco. Todas mis lágrimas están secas y pegadas a mi garganta como una nuez que se hubiera quedado ahí, atragantada. Me pregunto qué les pasará a los demás niños con padres Tocados. ¿Sienten el mismo peso oprimiéndoles el pecho?

Como nanay sigue sumida en su lugar oscuro y las paredes se me echan encima, vuelvo a refugiarme en el pedazo de tierra cálida al final de nuestro jardín. Los árboles han dejado caer pequeñas moras durante la noche. Sé que no debo comerlas, pero tienen un color púrpura muy hermoso, así que recojo unas cuantas en mi falda.

Hay treinta, los mismos años que tiene mi nanay. Las pongo en parejas y las dejo caer como si fuera una carrera por la pendiente del claro una y otra vez, hasta que solo quedan tres parejas. Todas ruedan rápidamente hacia abajo y al final tengo una ganadora. No es distinta de las demás, ni en tamaño ni en color. No tiene ninguna marca en la superficie ni es más suave que las demás, pero siempre gana. Me pregunto qué la hace distinta.

Me tumbo y persigo con la mirada el fragmento móvil de cielo iluminado por el sol, hasta que este se aleja más allá de nuestra casa y la luz se apaga. Durante todo este tiempo guardo la mora que ha ganado en la mano, donde se pone más caliente y húmeda, y lleva tanto tiempo ahí que ya no sé dónde termina mi mano y dónde empieza la pequeña fruta. Los árboles arrojan sus sombras por el suelo y las nubes están tan levemente clavadas al cielo oscurecido que, de vez en cuando, se dispersan. Una se parece al morro de un cerdo y otra, a un pez volador con una aleta adicional que se transforma en un barco cuando parpadeo.

Luego el cielo se apaga y pienso otra vez en el señor Zamora, aunque no quiero. Pienso en el doctor Tomas y en el padre Fernan, sentados en silencio, y en la hermana Margaritte y su boca ancha, firme y tiesa como una caña de pescar. Cuando cae la noche, nanay me llama para que vuelva a la casa. Doy un respingo y la pequeña fruta se aplasta en

mi mano.

La prueba

Al día siguiente la hermana Margaritte viene a buscarnos a nanay y a mí para la prueba. Aunque obviamente nanay está Tocada, los médicos del gobierno tienen que hacerle pruebas para darle sus papeles de identificación. La hermana Margaritte nos cuenta que, en los Lugares Exteriores, en las demás islas que componen nuestro país y sobre las que nos enseñan en la escuela, están agrupando a todos los Tocados para meterlos en barcos y traerlos a Culión.

Abre la puerta y abraza a nanay. Parece tan triste como mi madre, tiene la cabeza encogida dentro de su hábito, como un bebé envuelto en una manta. Me preocupa que nanay se muestre desconsiderada, ya que no le gustan las monjas, pero ni siquiera se pone agresiva. En lugar de eso se deja abrazar y mecer entre los brazos de la hermana. Intercambian palabras en voz baja, susurrando, lo que significa que no debería escucharlas, así que me quedo en la habitación hasta que nanay me llama. Me agarra la mano con fuerza y en la otra sostiene el bastón con la misma firmeza.

Aunque solo hace dos días que el señor Zamora ha llegado al pueblo, ya están construyendo nuevos edificios en los espacios verdes, entre las casas de nuestra calle. Han cortado árboles de bambú del bosque y han formado pequeñas estancias rectangulares con tejados de hojas de plátano. Serán los nuevos hogares para los recién llegados.

El pueblo de Culión se hace más pequeño, ahora que sus huecos se llenan rápidamente. Por primera vez parece que haya menos colina y más ciudad, y el bosque se retira a las zonas más elevadas. El terreno junto a la panadería está completamente aplanado, y la mano de nanay se retuerce en la mía. Sé que está pensando en las semillas que plantamos; ahora ya no será nunca un jardín para mariposas.

La hermana Margaritte llama a todas las casas que dejamos atrás y los

vecinos se unen a nuestra procesión. Es como cuando vamos a un funeral: todo el mundo está igual de callado y con la mirada baja. El nuevo bebé de Diwa está atado a su pecho y trato de mirarlo, pero Diwa lo abraza con tanta fuerza que solo veo su pequeña frente. Dejamos atrás doce nuevas casas en nuestra calle; algunas ya están terminadas y otras tienen el terreno aplanado con un montón de postes de bambú apilados en el suelo, a la espera de convertirse en paredes.

Capuno y Bondoc trabajan con los obreros que construyen las casas, y la hermana Margaritte les hace una seña para que vengan con nosotros. Al final de la carretera giramos a la izquierda en dirección al hospital. Ya he perdido la cuenta de los nuevos edificios que están brotando por doquier.

Esto era campo abierto, pero ahora han cavado zanjas para las alcantarillas y veo las líneas de una nueva calle que están construyendo. No dejan espacio para jardines y algunas casas son contiguas y comparten paredes. No me había dado cuenta de cuánto espacio había en el pueblo; todos los campos y los bosques parecían necesarios. Me pregunto dónde irán los insectos que vivían entre las hierbas.

Hay una cola de gente serpenteando por el centro de la calle y solo cuando la hermana Margaritte nos acompaña al final de la cola me doy cuenta de que se trata de la gente que espera para entrar en el hospital, mucho más adelante de donde estamos. Solo hay una docena de camas en el hospital, y siempre ocupadas. Seguramente los exámenes tienen lugar en la sala de espera o en el despacho del doctor Tomas, en su casa.

—No debería llevar mucho tiempo —le dice la hermana Margaritte a nanay—. Ahora tengo que entrar para ayudar, pero os veré dentro a las dos.

Se dirige al hospital y nos quedamos en la cola. Se me da bien esperar:

me siento a los pies de la Nike y observo a los constructores, pero ella no puede sentarse porque no le gusta tener que levantarse de nuevo en público. Le cuesta porque su pie está Tocado. El bebé de Diwa se pone a gemir, y ella tiene que amamantarlo y tranquilizarlo.

Pasa un largo rato, tanto que las casas brotan de los pedazos de tierra, como si fuera primavera. No reconozco a todos los obreros, pero algunos son claramente Tocados. Deben de haber llegado de los Lugares Lejanos, quizá en la misma barca que trajo al señor Zamora. Uno tiene el rostro marcado como el de nanay, pero no se lo tapa con ningún paño. Supongo que esto pronto se convertirá en un área de leprosos y nadie tendrá que taparse la cara. Eso quizá haga más feliz a nanay, aunque yo no esté con ella.

Tengo que dejar de pensar tan rápidamente.

Después de observar cómo construyen dos casas y empieza la tercera, me doy cuenta que llevamos esperando mucho tiempo. Y cuando el sol alcanza lo más alto del cielo apenas nos hemos movido.

Me tiendo en la hierba y nanay no me riñe, aunque llevo mi mejor vestido para ver a los médicos del señor Zamora. Está sudando y cuando la hermana Margaritte regresa con un par de cubos de agua, ella y Capuno se beben uno entero entre los dos. Bondoc y yo compartimos otro. Es una de las cosas que aprendes, para permanecer Limpio.

—La cola empezará a avanzar ahora —dice la hermana Margaritte suavemente—. Cualquiera con señales obvias recibirá sus papeles de identificación y podrá irse a casa. Si no, tendrá que esperar.

Supongo que lo dice por mí y por Bondoc, y también por Diwa, porque ella solo está Tocada un poco en el pie, tan poquito que parece que tenga una hoja enmohecida atrapada entre los dedos.

—Tendrás que enseñarles la nariz —le dice la hermana Margaritte a nanay, y lo dice como si pidiera perdón. Me alegro de que no sea la hermana Clara quien se encarga de esto—. Entonces podrás volver a casa.

Delante de nosotros avanzan cuatro hombres. Uno de ellos es el doctor Tomas, cuyo rostro está pálido y triste, y el otro es el señor Zamora. Los otros dos hombres llevan batas blancas y deben de ser médicos del gobierno. Sus refuerzos. Espero que sea el doctor Tomas quien nos alcance. La cola se mueve más deprisa ahora porque mucha gente tiene señales obvias en su cara o en los brazos, y cuando uno de los médicos del gobierno se acerca a nosotros ya casi estamos a la puerta del hospital.

Lleva una mascarilla blanca cubriéndole la boca y guantes también blancos. Mira a nanay expectante y ella se destapa la cara. Su nariz no tiene buen aspecto a la luz del día y sin querer me siento un poco avergonzada. Por un momento la veo como él debe de verla, con sus mejillas llenas de cicatrices y bultos y los pliegues doblados de lo que deberían ser sus orificios nasales. Luego sacudo la cabeza y dejo de pensar esas cosas y me centro en sus ojos cálidos y marrones, tan agudos e inteligentes como los de un zorro; la piel morena y suave de su largo cuello y el latido que palpita rápido y visible debajo de su oreja.

El médico saca del bolsillo de la bata blanca una libreta y un lápiz y le pide que dé un paso adelante. Nanay sale de la cola y se coloca de nuevo el paño en la cara.

Solo veo los ojos en el rostro del médico: son inexpresivos y sus manos enguantadas son ágiles, escriben rápidamente en la parte superior de la libreta. Parece muy joven para ser médico. Le tiende la libreta y el lápiz a nanay y ella escribe en los renglones para poner el nombre y la edad. Hay un número en lo alto de la hoja: 0013822.

Arranca la parte inferior del documento y lo marca con un sello de color azul. Se lo entrega con el número marcado en un círculo. Lo miro con atención, como hace nanay, y rozo el papel con la punta de un dedo. Es rugoso donde los demás han ido poniendo sus nombres en la libreta, antes que nosotras. El médico me indica que estire las manos hacia fuera y así lo hago. Examina mis dedos con su lápiz, me mira el rostro y las piernas desnudas y luego me dice que me una a la cola más corta. Sigue adelante para examinar a Diwa y a su bebé sin decir palabra.

Su silencio es contagioso. Es como si tuviera la lengua pegada al paladar. Me desplazo hacia delante y me acerco al hombre que tengo frente a mí. Nanay cojea a mi lado.

—¡Usted no! —ladra una voz. El señor Zamora nos observa de cerca. Señalando a nanay, dice—: Usted, ¿tiene sus papeles?

Nanay muestra el pedazo de papel con el número en un círculo.

—Exacto. Debe regresar a su casa y esperar los resultados de su examen.

—Creo que los resultados ya están claros. —dice nanay con la voz rota. Quizá tenga la lengua pegada al paladar. El señor Zamora hace una mueca, pero es el doctor Tomas quien responde.

—Aun así, Tala. Ya ves que no hay sitio para todos. Sería mejor que esperaras a Amihan en casa.

—Me quedo aquí —dice Bondoc a mi espalda. Capuno está a su lado, sostiene su papel arrugado en el puño—. Yo la acompañaré. Tú puedes volver con Capuno.

Nanay mira al señor Zamora, luego a la hermana Margaritte y a Bondoc con expresión asombrada. Luego se arrodilla, aunque sé que le duele, y me abraza, apretándome los brazos a ambos lados.

—Te quiero, Amihan.

—Yo también te quiero, nanay —digo, y lo pienso de verdad, y me siento culpable por lo que he pensado hace un momento, cuando se ha quitado el pañuelo de la cabeza.

Capuno la ayuda a levantarse y ella se gira rápidamente para alejarse con él, pero no lo bastante para que no me dé cuenta de que tiene lágrimas en los ojos. Bondoc toma mi mano en su palma cavernosa y nos unimos a la cola que ahora se adentra en el interior del hospital.

Hace calor y huele como siempre: a respiración y aguas rancias. Los exámenes tienen lugar en la sala principal. Todas las camas están vacías y arrimadas contra las paredes. No hay rastro de Rosita, la amiga de nanay, que admitieron la semana pasada, ni de ningún otro paciente.

Hay más hombres con mascarillas y guantes blancos detrás de las cortinas que normalmente dividen la sala. La gente emerge de allí y la hermana Clara les entrega sus papeles. La hermana Margaritte me aprieta el hombro cariñosamente cuando se despide de mí para unirse a la otra monja.

Al cabo de pocos minutos me llama un médico con una gran arruga en el centro de la frente. Bondoc me suelta la mano y la habitación se balancea ligeramente, sin él anclándome al suelo. Paso detrás de la cortina.

—¿Nombre? —dice el médico.

—Amihan.

—¿Apellido?

Sé a qué se refiere, pero no sé la respuesta, así que doy el de nanay.

—¿Edad?

—Doce años.

Apunta mi nombre y mi edad en el formulario, y luego me mira y sus ojos están arrugados. Por eso sé que sonríe tras la mascarilla.

—Bueno, Amihan Tala, soy el doctor Rodel y soy de Manila. ¿Sabes dónde está eso?

Asiento. Manila es el lugar más grande de los Lugares Lejanos. Es el lugar donde el señor Zamora dice que un día tendré un trabajo, si sigo Limpia. Muy lejos de aquí.

—Nada de lo que voy a hacer te dolerá, así que no debes asustarte. Tengo una nieta de nueve años, y a ella no le gustan los médicos, aunque yo, que soy su lolo, lo soy. ¿Tu lolo está en Culión?

—No. —Me gusta, pero no quiero que se note, porque es uno de los médicos del señor Zamora.

—¿Con quién vives? ¿Era tu ama ese hombre?

Sacudo la cabeza y me río, porque nanay arrugaría la cara y emitiría un sonido de asco si le dijera que el doctor Rodel había tomado a Bondoc por mi padre.

—Vivo con mi nanay —digo.

—¿Y dónde está?

—La han mandado a casa con sus papeles.

—Ah. —La voz del doctor Rodel se ha puesto seria de repente—. ¿Es una leprosa?

—Aquí no usamos esa palabra —digo sin pensar, pero el doctor Rodel no parece ofendido.

—Siento mucho haberlo hecho —dice, y sus ojos vuelven a arrugarse —. Me temo que tendré que dejarme puesta la mascarilla, para asegurarme. Ahora llamaré a una de las hermanas, porque voy a comprobar tu estómago, además de tus piernas.

Hace un gesto hacia las monjas y, por suerte, la hermana Margaritte está mirando en nuestra dirección y es ella quien se acerca.

—Tendré que hacer un examen completo, hermana. Corra las cortinas,

por favor —dice el doctor Rodel.

La hermana Margaritte nos encierra en un triángulo de tela blanca que nos rodea a los tres. La luz se vuelve más pálida, atenuada por la tela.

La hermana Margaritte me ayuda a quitarme el vestido y luego me envuelve en una sábana, para que el doctor Rodel pueda comprobar mi piel en busca de marcas o de entumecimiento. Trabaja rápidamente, y la hermana Margaritte mueve la tela para que también me mire el estómago. Me hace cosquillas, pero no me muevo. Cuando termina, la monja me ayuda a vestirme de nuevo. El médico tiene un bastoncillo con algodón en un extremo, y lo introduce en mi nariz, frotándolo contra el orificio.

—Es para buscar cosas que son demasiado pequeñas para mi vista cansada —dice, mientras coloca el algodón en un sobrecito de papel —. Pero parece que tu nanay ha cuidado muy bien de ti.

—Sí —digo. Me gustaría preguntarle si eso quiere decir que puedo quedarme con ella, pero la hermana Margaritte ya ha corrido las cortinas y me acompaña con Bondoc, así que solo consigo decir un rápido—: Gracias.

Los ojos del doctor Rodel sonríen de nuevo y luego hace una seña para que Diwa se acerque. La hermana Clara me entrega un pedazo de papel. Cuando Bondoc y yo salimos, me giro y veo que los ojos sonrientes del doctor Rodel están mirando las uñas Tocadas de Diwa. Su bebé sigue llorando.

Los resultados

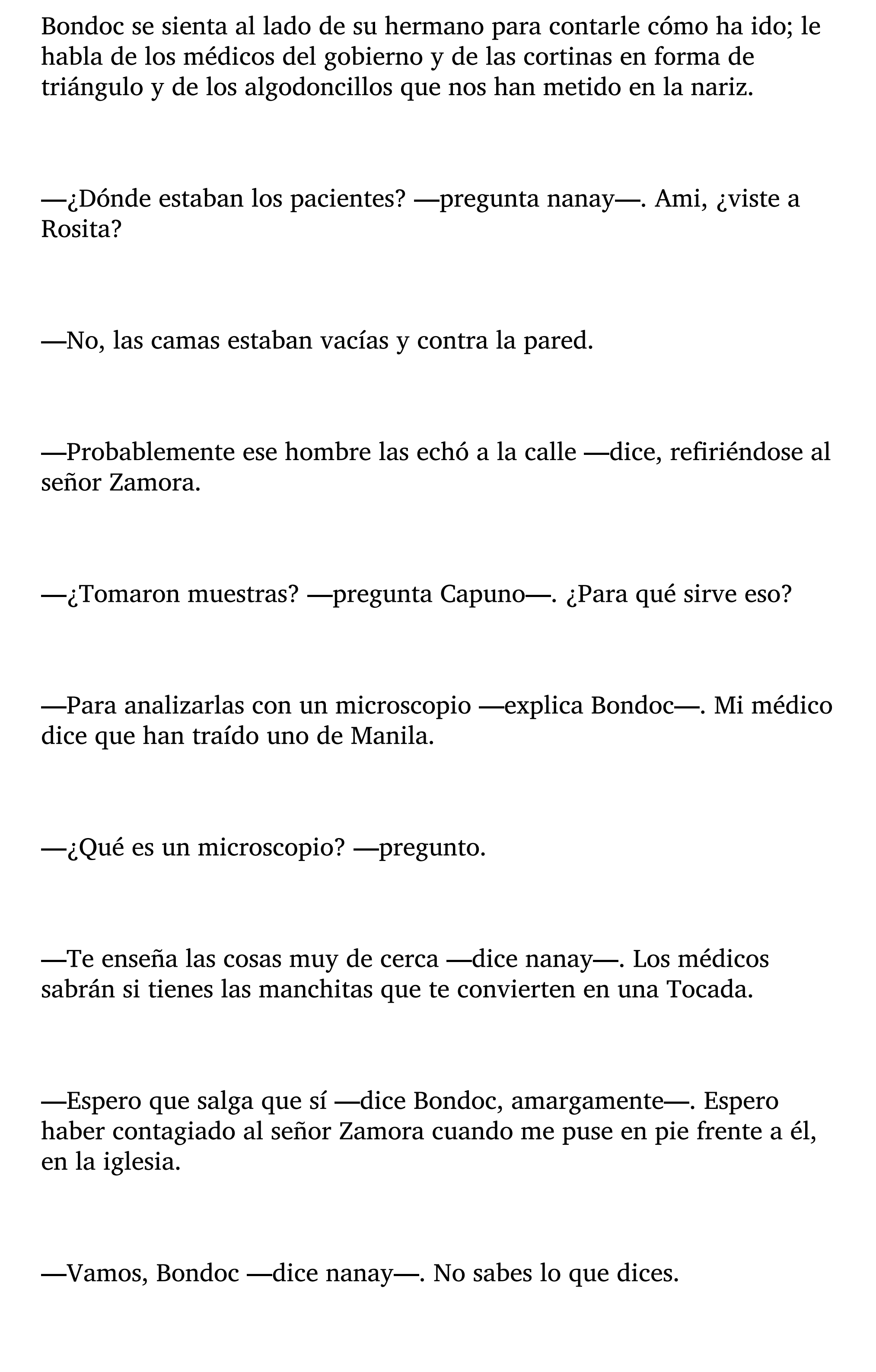
El papel que tengo en la mano es distinto del que tiene nanay, pero igual que el de Bondoc. Las casillas que rezan sano y leproso están vacías y no llevan sello. Supongo que eso significa que están esperando a que el algodón del doctor Rodel les diga las cosas que él no puede ver antes de decidir lo que soy.

Sé que estar Tocada quiere decir que pequeñas motitas viajan por todo tu cuerpo. Por eso nanay y yo tenemos mucho cuidado de no beber del mismo vaso o comer con la misma cuchara, por si las pequeñas motas viajan desde ella hasta mí; pero no sabía que alguien pudiera ser capaz de verlas frotándome la nariz. Me pica y me la rasco mientras me pregunto cómo me sentiré si descubren que estoy Tocada y que puedo quedarme en la isla. ¿Y cómo me sentiré si no estoy Tocada y tengo que irme? Ambas posibilidades me oprimen como pesados demonios sobre mis hombros.

Los hombres siguen trabajando en el campo. Ya ni siquiera recuerdo el aspecto que tenía antes de que construyeran las casas nuevas. Es gracioso lo rápido que ha sucedido todo. Tampoco recuerdo el aspecto que tenía la cara de nanay antes de que su nariz se plegara sobre sí misma o cómo era la escuela antes de la llegada de la hermana Margaritte. La manera en que las cosas son ahora reescribe rápidamente la manera en que eran antes.

Nanay está limpiando la casa cuando llegamos. Está barriendo el suelo, para quitar el polvo. Primero en una dirección, y luego en otra. Capuno la observa con una expresión divertida.

—¿Y bien?


Bondoc se sienta al lado de su hermano para contarle cómo ha ido; le habla de los médicos del gobierno y de las cortinas en forma de triángulo y de los algodoncillos que nos han metido en la nariz.

—¿Dónde estaban los pacientes? —pregunta nanay—. Ami, ¿viste a Rosita?

—No, las camas estaban vacías y contra la pared.

—Probablemente ese hombre las echó a la calle —dice, refiriéndose al señor Zamora.

—¿Tomaron muestras? —pregunta Capuno—. ¿Para qué sirve eso?

—Para analizarlas con un microscopio —explica Bondoc—. Mi médico dice que han traído uno de Manila.

—¿Qué es un microscopio? —pregunto.

—Te enseña las cosas muy de cerca —dice nanay—. Los médicos sabrán si tienes las manchitas que te convierten en una Tocada.

—Espero que salga que sí —dice Bondoc, amargamente—. Espero haber contagiado al señor Zamora cuando me puse en pie frente a él, en la iglesia.

—Vamos, Bondoc —dice nanay—. No sabes lo que dices.

—¿Cómo son tus papeles? —me pregunta Capuno, y sé que está cambiando de tema. Se lo muestro y sacude la cabeza—. Así que tenemos que esperar.

Y esperamos largo tiempo. Toda la noche y toda la mañana, el cielo desfila por encima de nuestras cabezas. Bondoc y Capuno se quedan durmiendo frente a nuestra chimenea y por la mañana nos preparan el desayuno. Nos quedamos dentro todo el día por si acaso vinieran a buscarnos, pero pronto vuelve a hacerse de noche y la luna se muestra completamente llena y redonda. Nanay, Bondoc, Capuno y yo estamos a punto de sentarnos para cenar un poco de pescado salado con arroz cuando alguien llama a la puerta.

—Entre —dice nanay.

Es el doctor Tomas.

—Estábamos a punto de cenar —dice ella, levantándose rígidamente.

—Lo siento, Tala. Tengo los resultados de Ami. Y los tuyos también, Bondoc.

—¿Qué dicen?

—¿Prefieres que vuelva en otro momento? —Parece nervioso y por eso sé que no son buenas noticias, pero la verdad, no sé cuáles serían las noticias verdaderamente buenas.

—No —dice Bondoc, que no se ha levantado y mira furioso al doctor Tomas—. Díganos lo que el señor Zamora le ha mandado a decir.

El doctor Tomas se aclara la garganta y entrega unos papeles a nanay y a Capuno.

—Estos son vuestros documentos oficiales. Confirman que tenéis Mycobacterium leprae y que debéis residir en las áreas de leprosos cuando se activen.

—¿Y yo? —pregunta Bondoc.

—Estás limpio —dice el doctor Tomas, y le entrega otro pedazo de papel. Bondoc se pone en pie y se lo arranca de la mano.

—Hasta habla como él —silabea, y el doctor Tomas baja la vista.

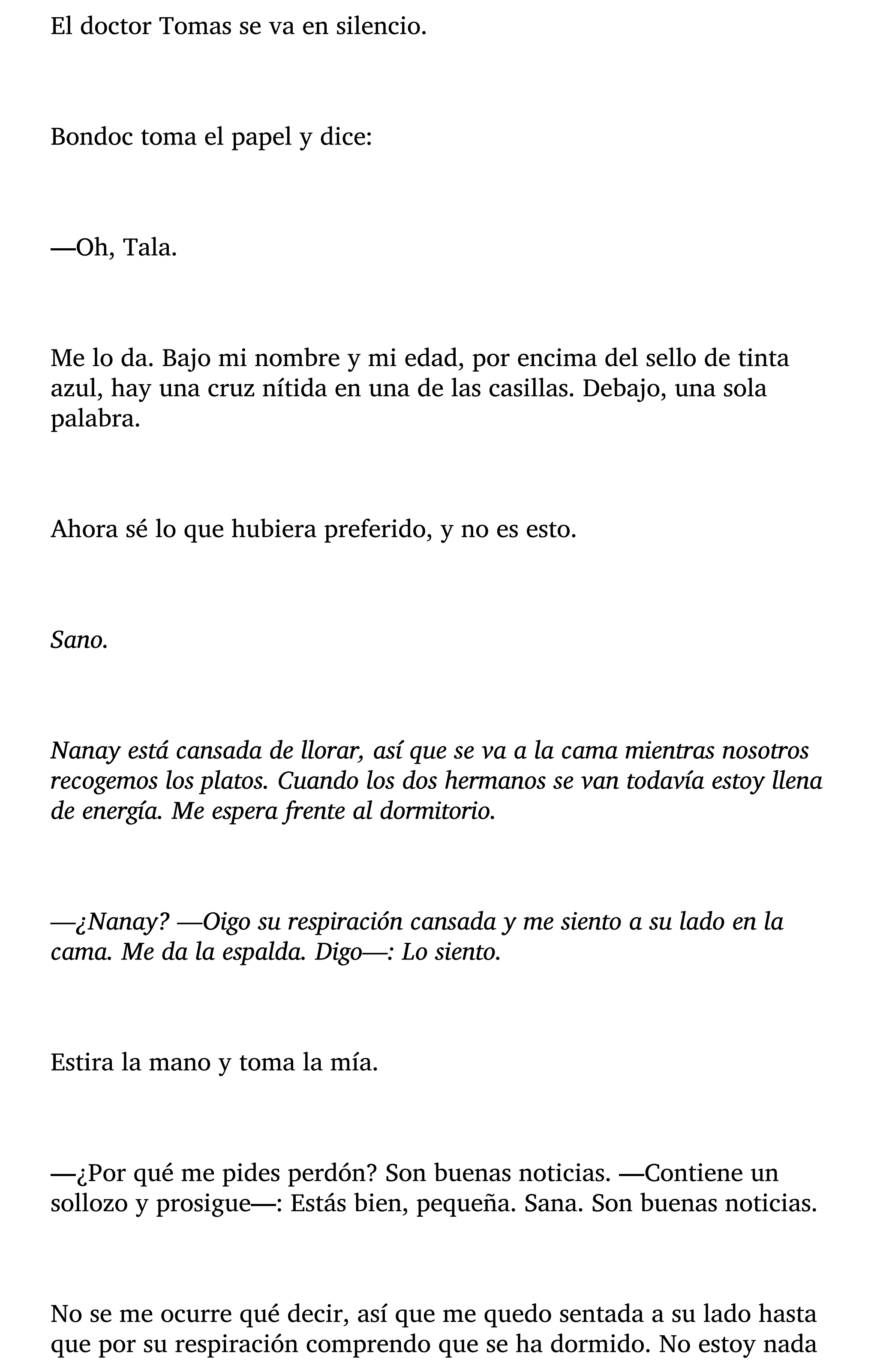
—¿Y Ami? —pregunta nanay, con un temblor en los labios.

—Lo siento mucho, Tala —dice el doctor Tomas. Nanay tira del papel que tiene en la mano y lo lee. Entonces se echa a llorar.

—*¿Nanay?*

Trata de hablar, pero está temblando.

—Mañana vendrá la hermana Margaritte para explicar lo que significa esto.



El doctor Tomas se va en silencio.

Bondoc toma el papel y dice:

—Oh, Tala.

Me lo da. Bajo mi nombre y mi edad, por encima del sello de tinta azul, hay una cruz nítida en una de las casillas. Debajo, una sola palabra.

Ahora sé lo que hubiera preferido, y no es esto.

Sano.

Nanay está cansada de llorar, así que se va a la cama mientras nosotros recogemos los platos. Cuando los dos hermanos se van todavía estoy llena de energía. Me espera frente al dormitorio.

—¿Nanay? —Oigo su respiración cansada y me siento a su lado en la cama. Me da la espalda. Digo—: Lo siento.

Estira la mano y toma la mía.

—¿Por qué me pides perdón? Son buenas noticias. —Contiene un sollozo y prosigue—: Estás bien, pequeña. Sana. Son buenas noticias.

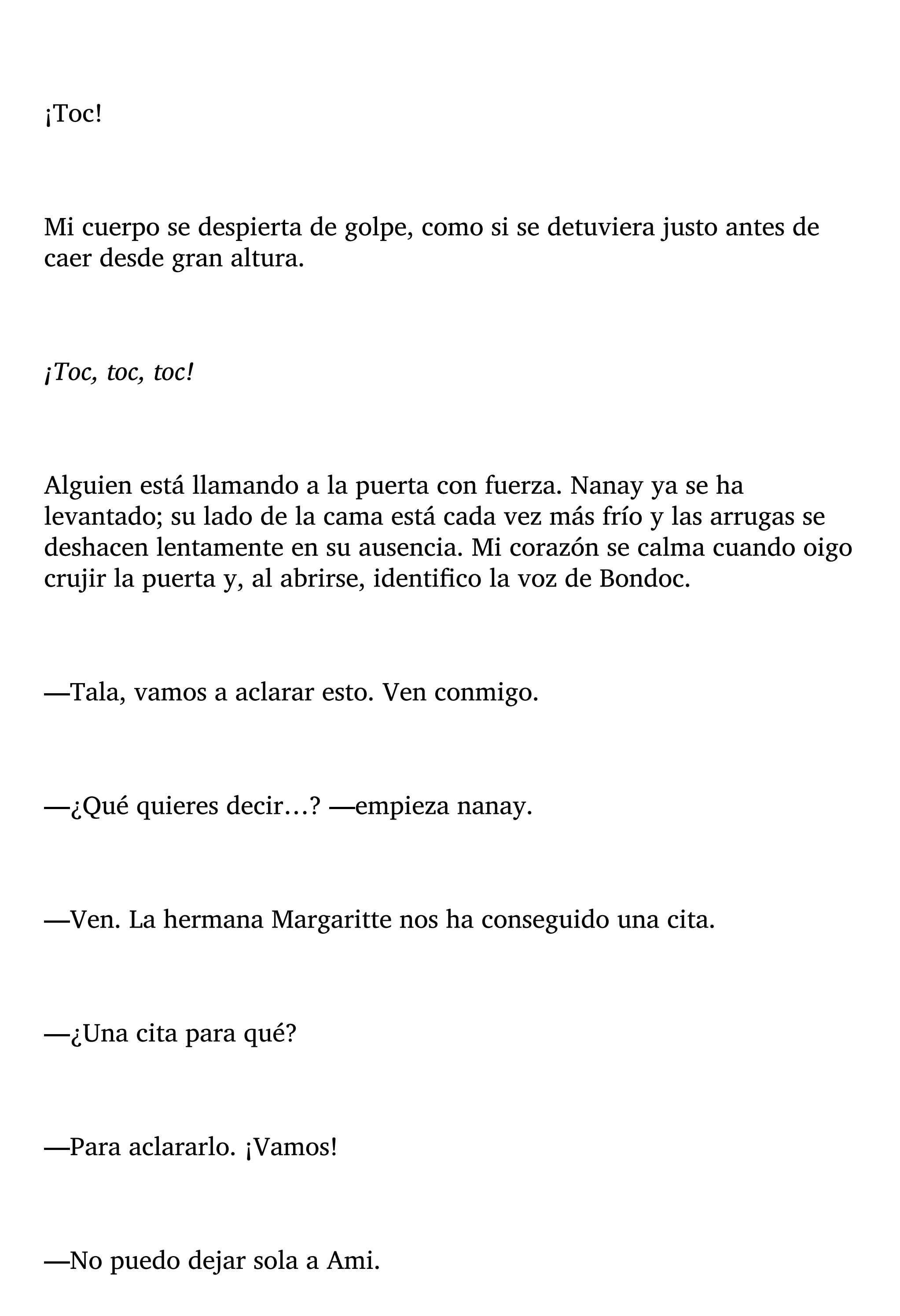
No se me ocurre qué decir, así que me quedo sentada a su lado hasta que por su respiración comprendo que se ha dormido. No estoy nada

cansada. Siento como si mi sangre estuviera llena de pequeñas cuentas de luz. Si me quedo jugando en casa haré ruido y despertaré a nanay, así que me voy a recoger moras del jardín y salgo a la calle.

Sin darme cuenta regreso al campo donde estuvimos haciendo cola. Ahora hay casas como setos cuadrados a ambos lados del canal para el alcantarillado. Todos los obreros se han ido y solo brilla la luz de la luna y la del hospital. Me pregunto si veré a Rosita, pero no quiero que ninguno de los médicos del gobierno se dé cuenta de que estoy aquí.

Nanay se preocupará si despierta y no me ve en casa. Recorro parte de la nueva calle y empiezo a colocar una de mis moras en el umbral de cada una de las casas: una especie de regalo de bienvenida. Pronto me quedo sin moras y recojo algunas más de un arbusto bajo, antes de caer en la cuenta de que es una estupidez. Probablemente ni se darán cuenta de que están ahí, y si lo hacen no sabrán de quién son; cuando los nuevos residentes de las casas lleguen a Culión, yo ya me habré ido.

Me duele el pecho. Solo cuando me meto en la cama con nanay y me fundo en un abrazo en forma de cuchara con su espalda cálida, empiezo a tranquilizarme. Guardo una de las moras en el bolsillo de su camisón y espero que al menos ella sepa que es de mi parte.



El coleccionista

¡Toc!

Mi cuerpo se despierta de golpe, como si se detuviera justo antes de caer desde gran altura.

¡Toc, toc, toc!

Alguien está llamando a la puerta con fuerza. Nanay ya se ha levantado; su lado de la cama está cada vez más frío y las arrugas se deshacen lentamente en su ausencia. Mi corazón se calma cuando oigo crujir la puerta y, al abrirse, identifico la voz de Bondoc.

—Tala, vamos a aclarar esto. Ven conmigo.

—¿Qué quieres decir…? —empieza nanay.

—Ven. La hermana Margaritte nos ha conseguido una cita.

—¿Una cita para qué?

—Para aclararlo. ¡Vamos!

—No puedo dejar sola a Ami.

—Yo también iré —digo en voz alta, mientras me pongo las sandalias y me apresuro hacia el umbral. Nanay está de pie frente a la puerta, y Bondoc acaricia su mejilla. Cuando llego, aparta la mano rápidamente, aunque ya les he visto otras veces, cuando pensaban que no me fijaba.

Nanay se gira hacia mí.

—Ni siquiera sé dónde se supone que…

—Os lo explicaré por el camino —dice Bondoc, que da un paso atrás y tiende su mano—. Tenemos que estar allí a las nueve o no nos recibirá.

—¿Quién?

—¡Vamos, Tala! —Capuno emerge tras la sombra de su hermano—. Tenemos que irnos ahora mismo.

Capuno es más sensato que Bondoc, y por eso el hecho de que él también meta prisa a nanay parece decidirlo todo. Se envuelve el rostro en su paño azul y toma su bastón y yo cierro la puerta detrás de nosotros, y me las veo y deseo para seguir las zancadas de Bondoc.

Seguimos el mismo camino de ayer, los mismos pasos que repetí la noche anterior: bajamos por nuestra calle, a través del campo ahora cubierto de casas nuevas, hacia el hospital. Miro los umbrales de las puertas en busca de las moras que dejé, pero ya no están. Ni una. A medida que avanzamos nanay le susurra al oído a Bondoc para que le explique por qué vamos hacia el hospital. Él le dice que nos dirigimos a ver al señor Zamora para presentarle nuestro caso.

—¿Nuestro caso?

—Para que Ami pueda quedarse.

La mano de nanay se aferra a la mía y su paso se ralentiza hasta que parece que caminamos por el barro, y casi soy yo quien tira de ella.

—No quiero ver a ese hombre.

—Lo sé —dice Capuno, suavemente—. Pero vale la pena intentarlo, ¿no?

Nanay se detiene e inspira profundamente.

—Sí —respondo yo por ella.

Bondoc me aprieta el hombro, su mano es enorme, pesada y cálida. Nanay asiente y seguimos adelante.

Dejamos atrás las casas sin moras y la gente que sigue haciendo cola frente al hospital, hasta alcanzar la casa del doctor Tomas. Es una edificación limpia y cuadrada de dos pisos con balcones de hierro forjado en las ventanas. Bondoc llama dos veces a la puerta de madera y la hermana Margaritte nos abre.

—Vamos, deprisa. Son casi y cinco.

Dentro se está fresco y el suelo es de piedra, como en la iglesia. Hay pinturas enmarcadas en las paredes de color amarillo limón y la primera habitación que dejamos atrás está llena de pilas de papel. El doctor Tomas está sentado en un sillón bajo, inclinado sobre sus rodillas y escribiendo en un gran cuaderno. Levanta la vista cuando la hermana Margaritte pasa frente a la sala llena de papeles y cierra la puerta. En ella hay un pequeño cartel que dice «Doctor Tomas», y está torcido.

—¿Ahora es un invitado en su propia casa? —dice nanay y Capuno la hace callar mientras Bondoc suelta un bufido. Nos acompaña hasta el primer piso, que cruje ominosamente a cada paso. La hermana Margaritte nos acompaña hasta el estrecho rellano.

Todos nos arremolinamos alrededor de la puerta. Es blanca excepto por un pequeño recuadro de madera sin pintar en el medio. Aquí debe de ser donde iba el cartel con el nombre del doctor Tomas. Ahora hay un letrero de papel colgando de un clavo que dice:

SEÑOR ZAMORA

REPRESENTANTE AUTORIZADO DEL DIRECTOR DE SANIDAD

Está con la misma letra roja que los carteles que ahora hay en las calles. Intento tragarme la bola de angustia que se instala en mi garganta cuando la hermana Margaritte llama a la puerta.

—Pasen.

Gira el pomo.

La sala está llena de color. Las paredes están moteadas, como las vidrieras de cristal de la iglesia, de colores rojos, púrpuras, verdes y azules, como si fueran yedras de flores gumamela, que hubieran brotado por ellas. Pero no son flores lo que llena la habitación sino mariposas, alineadas como alumnos en una escuela o como un ejército. Hileras de mariposas inmóviles.

—¿Qué es esto? —dice Bondoc en voz baja.

—Ah, ¿les gusta mi colección? Nunca viajo sin ellas —dice el señor Zamora, desplegándose lentamente como si fuera una pesadilla desde detrás de un escritorio de madera bajo. Lleva una corbata rosa tan apretada que le oprime la nuez de la garganta cuando habla—. Las quiero como si fueran niños. Rhopalocera. O quizá las conocen mejor como…

—Sabemos qué son —le interrumpe Bondoc—. ¿Por qué están aquí, expuestas así?

—Soy coleccionista de lepidópteros —dice el señor Zamora.

—Aquí no utilizamos esa palabra —dice Bondoc, amenazador.

—Ha dicho le-pi-dóp-te-ros, Bondoc —dice la hermana Margaritte—. No leprosos.

—Oh —dice Bondoc, que se cruza de brazos y parece un poquito menos alto.

—Sí —dice el señor Zamora con una sonrisita mientras extiende el índice hacia las paredes—. Por decirlo en términos que pueda

comprender, colecciono y estudio mariposas.

—¿Están todas muertas? —pregunto, aunque sé que debe de ser así para que estén tan quietas. Los colores de las alas parpadean como si fueran peces bajo el agua.

—No, las he entrenado para que no se muevan —bromea el señor Zamora—. Claro, por supuesto, están muertas. Las crío, las conservo y las clasifico…

—Las cría para que se mueran —dice nanay.

—Para estudiarlas mejor —repite el señor Zamora, que pasa la vista por el paño azul. Se sienta y aparta visiblemente la silla de nanay—. ¿Han venido por esto? ¿A preguntarme sobre mis mariposas?

—No —dice nanay fríamente—. Pero es interesante saberlo.

—Hemos venido —dice Capuno rápidamente, rompiendo el silencio tenso— para hablar de sus planes de reubicar a los niños…

—Los planes del gobierno —interrumpe el señor Zamora.

—¿Usted es su representante autorizado, no es cierto? —ladra Bondoc, que ya está harto de encogerse—. ¿O no he leído bien el letrero que ha colgado en la puerta del despacho del doctor Tomas?

—En efecto, soy el representante del gobierno —dice el señor Zamora mirando fijamente a Bondoc—. Y haría bien en recordarlo cuando me

hable.

Capuno se interpone entre Bondoc y el escritorio, y saca de su cartera un papel cuidadosamente doblado.

—Tengo aquí una petición firmada por todos los padres de los niños Limpios de Culión que, según su directriz, deben desplazarse, y también la hemos firmado muchos de los que no tenemos niños. Solicitamos…

—Exigimos —interrumpe Bondoc.

—Que reconsidere sus planes de reubicar a los niños en los Lugares Lejanos.

—¿Lugares Lejanos? —La voz del señor Zamora es burlona y sus cejas espesas suben hasta la línea de su escaso cabello.

—A la isla de al lado —responde Capuno con calma—. A Corón.

—Ya veo —dice el señor Zamora, obviamente divertido.

La piel me arde como si alguien se estuviera riendo de mí.

—Pensamos que debe de ser posible que los niños permanezcan en Culión. Quizá no en el pueblo, pero las cosas podrían quedarse como están o, al menos, podrían permanecer en las áreas de seguridad que usted ha diseñado y ver a sus padres en un entorno controlado. Sin duda, cualquier cosa es preferible antes que separar a una familia. —

Capuno fue maestro antes de venir aquí y me imagino que muy bueno, con su espalda derecha y su voz clara—. Esa es nuestra posición.

Muestra el pedazo de papel con las firmas y lo tiende al señor Zamora.

Este tarda lo que parecen eones en mirarlo. Su rostro es plácido como la superficie de un lago que esconde las fauces de un cocodrilo a punto de atacar. Finalmente es la hermana Margaritte quien acepta el papel y lo coloca en el escritorio frente al señor Zamora. Es una lista de nombres, más bien un batiburrillo: la gente ha firmado en los márgenes y entre las líneas, por todas partes, donde había un hueco. Siento un primer estallido de esperanza. No podrá ignorar tantos nombres.

—Léalo, señor —dice la hermana Margaritte—. Por favor.

—Espero que diga sus oraciones en un tono más persuasivo, hermana —dice el señor Zamora, haciendo el mismo hincapié en esta última palabra que el que ella ha puesto al decir «señor». Exhala un suspiro exagerado y se inclina ligeramente hacia adelante para abrir el primer cajón del escritorio.

Extrae un par de pinzas y las deja cuidadosamente al lado de la petición. Después saca un disco de cristal con una manecilla de madera y lo coloca al lado de las pinzas, y lo arregla todo para que ambos objetos queden perfectamente alineados, como soldados o niños en la escuela o mariposas en la pared. Luego cierra el cajón. Lo hace todo con una lentitud infinita. Me pica la piel, como si un millón de animales se arrastraran por ella.

Con una mano toma las pinzas y con ellas sostiene la parte superior de la petición y la levanta manteniendo el brazo extendido. Con la otra mano toma el mango de madera del disco de cristal y mira a través. Sus ojos se vuelven enormes a través del cristal y parpadean a medida

que lee en voz alta:

«Nosotros, los abajo firmantes, escribimos para protestar contra el punto 4 del artículo 15 decretado por el representante del gobierno, el señor Zamora. Solicitamos que las personas menores de dieciocho años tengan los mismos derechos que las personas mayores de dieciocho años; es decir, que el director de Sanidad autorice a estas personas a permanecer en Culión con la condición de que se queden dentro de las áreas indicadas para los sanos. Solamente se permitirá el contacto con las áreas reservadas a los leprosos bajo supervisión autorizada».

Es horrible escuchar estas palabras, extraídas de los carteles que cuelgan en todas las calles, dichas en voz alta, especialmente porque el señor Zamora las pronuncia en un tono ligeramente divertido.

«Creemos que es la forma más humana y sostenible de atemperar los efectos ya de por sí traumáticos y una separación obligada, sin recurrir al traslado forzoso. Firmado…» —El señor Zamora levanta la vista de la petición—. Al parecer, todo el mundo de esta pobre isla ha firmado el papel.

—No todo el mundo —dice nanay. Estaba de pie tan quieta que parecía que le daba la mano a un árbol, o una estatua, pero ahora se inclina hacia delante y toma una pluma del tintero que hay en el escritorio del señor Zamora.

—No… —exclama él, pero nanay ya le ha arrancado la petición de las pinzas, aunque ha dejado un pedacito atrapado entre ambos extremos. Firma en un rincón del documento, vuelve a dejarlo en el escritorio y deposita la pluma en el tintero. Hay pequeñas manchas de tinta por toda la mesa.

—Ahora sí. Ahora todo el mundo de esta pobre isla lo ha firmado —

silabea nanay. Respira con fuerza y su paño azul se mueve al ritmo de su respiración. Detrás de ella, Bondoc la mira como si fuera tan maravillosa y terrible como un tigre.

El señor Zamora también la mira, pero es como si viera un fantasma. Sus brazos continúan levantados como si todavía sostuviera la petición. El fragmento de papel tiembla entre las pinzas que sostiene en la mano. Su piel ha empalidecido, está blanco como el papel. Su boca de labios carnosos no emite ningún sonido. Su mirada vuela de nanay y su paño azul a las manchas de tinta que florecen en el rectángulo de papeles y madera de su escritorio. Emite un gemido, como si fuera un perro apaleado, y mira la mancha de tinta negra que ha alcanzado su corbata rosa.

—¿Señor Zamora? —dice la hermana Margaritte.

Susurra algo.

—¿Cómo? —dice ella.

—Fuera —repite él, como si tuviera hipo—. Fuera.

—Pero, señor, aún no nos ha dado una respuesta —dice Capuno, que da un paso adelante.

El señor Zamora se echa hacia atrás, tirando la silla al suelo y levantándose bruscamente.

—¡No se acerquen a mí!

Capuno se detiene, medio suplicante.

—¿Quiere una respuesta?

El señor Zamora nos da la espalda y abre el cajón de la cómoda contra la que ha chocado. Saca una pequeña botella y un estropajo y derrama un chorrito de líquido claro encima de la tinta de su corbata. Un fuerte olor ataca mi nariz, como el ambiente de un hospital. Cuando vuelve a hablar, sigue frotando su corbata con energía.

—La respuesta es no. No importa cuántas peticiones ni cuánta gente las firme, ni que ustedes y sus leprosos y sus hijos quieran una respuesta distinta, siempre será no.

—Pero… —dice Capuno.

—¡Y encima quiere una razón, como si no estuviera clara! —exclama el señor Zamora, todavía sin mirarnos, y me alegro porque no quiero que me vea llorar—. Queremos acabar con esta epidemia. ¿Y sabe cómo se hace? Pues evitando que se propague—. Deja de frotar su corbata y ahora se frota el líquido en las manos y empieza a frotárselas también—. Impedimos que se multiplique. Y, para eso, tenemos que mantener la higiene.

Se ha frotado las manos hasta dejarlas encarnadas.

La hermana Margaritte toca a nanay en el hombro y todos empezamos a retirarnos hacia la puerta. El señor Zamora sigue hablando a sus manos, que ahora están sangrando.

—Mantenemos la higiene, eso es lo más importante. Es decir,

separamos a los que están limpios y les damos una vida limpia. Sin duda, estarán de acuerdo en que esto es lo más importante. Por ejemplo, estas mariposas —dice, señalando a la pared— jamás han estado enfermas ni han corrido peligro. Su muerte también es limpia, sin dolor. Eso es una gentileza, es hermoso. Ellas son hermosas. Están limpias, el mundo jamás las ha tocado.

La hermana Margaritte abre la puerta y salimos apresuradamente. Antes de que la cierre miro al señor Zamora, que sigue frotándose las manos rodeado del arcoíris de pedazos de mariposas muertas. Por fin levanta la vista. Está alterado, sus ojos espantados.

—Convertiremos a los leprosos en historia —dice— y esta isla será un museo de un pasado vergonzoso.

La hermana Margaritte cierra la puerta de un portazo.

Me tiemblan las manos y hasta Bondoc tiembla al salir de la casa del doctor Tomas. Oigo al doctor Tomas preguntarle a la hermana Margaritte qué ha sucedido, pero ella sacude la cabeza y nos deja atrás, sin decir palabra. Enfila el sendero hacia el mar, a la iglesia, y sé que se dirige allí a rezar.

Los demás regresamos, sumidos en una silenciosa burbuja, más allá del hospital y de la cola de gente, de las casas recién edificadas, hasta llegar a las nuestras. Nanay cojea mucho, se inclina sobre mí y en el bastón. Bondoc se tambalea, pero no se cae.

En casa, pongo agua a hervir y echo raíz de jengibre. Me acurruco al lado de nanay para beberla.

—Está enfermo —dice Capuno por fin.

—Eso ya lo sabíamos —replica Bondoc.

—No, enfermo de verdad —dice su hermano—. ¿Viste cómo sacaba las pinzas y la lupa? Con una precisión maníaca. ¿Y cómo tenía ordenadas las mariposas muertas?

Lepidóptero, pienso, dejando que la palabra ruede por mi lengua en silencio. Coleccionista de lepidópteros. Los golpes en el paladar se pasean arriba y abajo, como besos de mariposa.

—Y la manera en que reaccionó cuando nos acercamos a él —dice nanay en voz baja—. No solo le dábamos asco, estaba aterrorizado.

—Deberíamos denunciarlo —dice Bondoc.

—¿A quién? —suspira Capuno.

—¡Al gobierno que le ha enviado!

—Pero están de acuerdo con él —objeta Capuno—. Actúa en su nombre.

—Entonces, ¿de qué servía la petición? —dice nanay con dureza—. ¿Por qué darnos esa esperanza?

—Porque había que intentarlo. Porque vale la pena intentarlo todo, si hay una posibilidad de que funcione —dice Capuno.

Nanay no contesta. Yo tampoco estoy segura.

El barco

Los últimos días que nanay y yo viviremos juntas —hasta que pasen seis años separada de ella y pueda volver a vivir en las áreas de Culión restringidas a los sanos— decidimos hacer cosas divertidas juntas, pero nos sentimos tan tristes que no funciona. Seis años es la mitad de mi vida: vivir un día de cada dos sin ella parece imposible.

Además, la mayor parte de las cosas divertidas en las que nos enfrascamos hacen que parezca aún más imposible. Plantamos verduras en el jardín, que no veré crecer. Arreglamos el mimbre de los sillones de la veranda, y para cuando pueda regresar de Corón tendremos que volver a arreglarlos. Digo que lo haremos, pero nanay se pasa la mayor parte del tiempo ocultando una mueca de dolor cuando cree que no me fijo. Le resulta difícil arrodillarse, agarrar la pala y sembrar las semillas.

Ni siquiera intenta ayudarme con los sillones: ¿cómo podrá hacer todo eso sin mí? Solo ahora, cuando estoy a punto de abandonarla, me doy cuenta de cuánto me necesita. Ha sucedido como una marea, sin darnos cuenta. Cada año que pasa me ocupo de más cosas en nuestro hogar: la ayudo a vestirse, a cocinar y a limpiar. Pero si está preocupada no lo manifiesta.

Cada día insiste en que vayamos a nuestra playa favorita a comer, aunque es una larga caminata. Esa playa tiene la arena más blanca de todas y, a pesar de que hay un pequeño puerto con un embarcadero cercano, ninguno de los pescadores sale a pescar desde ese lado de las rocas; así que a menudo estamos a solas. Pienso en nuestra visita al señor Zamora, en su pavor, y sobre todo pienso en sus mariposas.

—¿Por qué las conserva así? —pregunté el día siguiente de la reunión.

—Para sentirse poderoso —dice nanay— e inteligente.

—¿Y quizá porque son hermosas?

—¿Crees que está bien atrapar algo y mantenerlo cautivo solo porque sea hermoso? ¿Matarlo, incluso? A mí también me gustan las mariposas, ya lo sabes —dice nanay tragando saliva—. Tu ama plantaba flores para atraerlas a nuestra casa. Las vi dos veranos, justo antes de las lluvias. Cubrían toda la casa como una capa de hojas, como… —Arruga la cara, tratando de encontrar la palabra justa—. Como si fueran pétalos, de color naranja y azul y blanco. Se quedaron toda una semana, una vez. Fue suficiente para ver a muchas de ellas vivas varios días. Mejor eso que verlas muertas para siempre.

Contengo la respiración mientras habla. Casi nunca menciona a mi padre, ni ofrece detalles de su vida juntos. Una casa cubierta de mariposas. Trato de imaginármelo.

—¿Por eso quieres que regresen? —digo—. ¿Al pedazo de jardín que hay cerca del horno?

Nanay parpadea, como si acabara de despertar de un sueño.

—Fue hace mucho tiempo. Y ahora ese jardín no existe, han construido una casa allí. —Me mira fijamente y prosigue—: Lo que quiero decir es que el señor Zamora no colecciona mariposas porque le gusten. Para él son especímenes, un proyecto. Algo sobre lo que saberlo todo, porque así se siente inteligente y sabio.

—¿Tu casa de mariposas…?

—Eso fue hace un mundo. Vamos a comer —dice con la voz temblorosa, y aunque sueño con un bosque cuyo corazón es una casa que late, como si tuviera alas, no vuelvo a preguntarle por ello.

El cuarto día que pasamos comiendo en la playa nos inclinamos sobre las olas que lamen la orilla y buscamos gambas. La marea está subiendo y aparecen como si fueran una banda de pájaros, solo que pequeñitos y de tonos blancos y azulados. Nanay los recoge del agua con un pedazo de algodón mientras yo busco el paso atrancado de los cangrejos. Uno me muerde la uña antes de poder cazarlo. Algunos de los chicos mayores de la escuela juegan a la pelota cerca de allí, y nos señalan y se ríen porque doy saltos y me froto la uña, que me duele.

Nanay se ofrece a intercambiar las tareas y logro hacerme con un buen puñado de gambas mientras ella caza varios cangrejos pequeños, lo bastante como para que sus caparazones aún sean blandos. Preparamos una hoguera y nanay la enciende con la madera que ha traído de casa.

Nanay fríe las gambas con un poco de aceite y ajo en un cuenco de metal que se calienta rápidamente. Cuando está a punto, añade el cangrejo.

—Era de mi madre —dice, señalando la cazuela—. Fue el regalo de bodas de su madre para ella. Iba a dármelo en mi boda, pero entonces me trajeron aquí. Así que me lo mandó.

La tristeza de su voz tiene muchas capas. Antes solía preguntarle constantemente a nanay sobre su familia, pero siempre se encerraba en sí misma, o me reñía, y dejé de hacerlo. No sé cómo animarla porque yo también me siento triste, así que procuro ocuparme, trayendo hojas de banana para poner la comida encima y palitos lo más rectos posible para usarlos con las gambas y los cangrejos.

Los caparazones de cangrejo están crujientes y la carne del interior se deshace, ligera, en la boca. Nos los comemos de un bocado. Las

gambas son tan pequeñas que saltan desde el aceite como un escupitajo hasta la playa, y trato de recuperarlas, pero están llenas de granitos de arena. Al menos le arranco una carcajada a nanay poniendo caras cuando la arena se mete entre los dientes. No hablamos, solo seguimos comiendo, así que apenas es mediodía cuando terminamos el último cangrejo entre las dos. Nanay está cansada y le duele el pie y se estira a la sombra con el paño azul encima de su rostro para evitar que le entre arena en los ojos y en la nariz.

Observa los chicos jugando a la pelota. El más alto se llama Datu y también se irá a Corón. Me pregunto si debería acercarme a hablar con él, pero cuando me ve mirándolo saca la lengua. A mí no me importa jugar sola, así que no le hago caso.

Primero cubro la hoguera porque el viento está atizando las llamas demasiado cerca de la línea del bosque. Luego me imagino que el mar es de ácido y que debo construir unas trincheras para evitar que nos alcance. Excavo el suelo con las manos, tan rápido como puedo, pero cuando dejo atrás la suave y blanda arena y alcanzo la capa más dura y húmeda del subsuelo, cada vez es más difícil. La marea se acerca y quisiera pedirle a nanay que se mueva para evitar que el ácido la moje, pero sé que dirá que soy una tonta y que es solo un juego.

Finalmente no puedo evitar que el agua le moje los pies, aunque ya no puede sentir nada en las plantas de los pies, es otra de las cosas que significa estar Tocada, así que me siento a su lado a contemplar el mar. Parece que contenga más luz que la que el sol proporciona, como si hubiera un segundo sol o un espejo bajo su superficie, y todo el océano se deslumbrara frente al cielo. Es casi demasiado brillante, no puedo mirarlo y parpadeo, cuando de repente me fijo en la forma que aparece a lo lejos.

Al principio creo que es una roca o las sombras que arrojan las olas, pero se acerca cada vez más y se hace más grande cuanto más me fijo. Pronto está a un tiro de piedra, bueno, de una piedra que tiraría Bondoc, y el viento trae las voces y los olores de muchos cuerpos. Los chicos dejan de jugar a la pelota, la recogen y se dirigen al pueblo.

Había visto barcos, pero nunca uno tan grande ni tan lleno de gente. Está tan hundido en el agua que con el brillo del mar da la sensación de que los pasajeros caminan sobre el agua. Es rectangular, construido con planchas de madera clavadas juntas y el barniz brilla húmedo a la luz del sol. Creo que deben haberlo construido con prisas, igual que las casas.

Cuando miro a la gente también me parece que ellos están inacabados. Claro que había visto antes a gente Tocada llegar, pero generalmente venían de uno en uno o los traían hombres silenciosos en pequeñas barcas. Aquí hay muchos, y les faltan muchas cosas: narices, brazos, manos, piernas. Hay un hombre que lleva lo que parece un enorme bebé atado a su espalda, pero cuando se gira veo que no es un bebé, sino una anciana, por la forma de su cuerpo apretado contra el paño. Me doy cuenta de que no tiene piernas. Rosita tampoco, pero la llevan en una silla de ruedas con una manta encima de las suyas, y no cargada a la espalda, como si fuera un bebé. No me parece bien.

El barco está ahora muy cerca. Es tan largo que solo cabe la parte delantera en el embarcadero de madera. Probablemente habrá un centenar de pasajeros, no más de los que caben en la iglesia un domingo, pero nunca había visto a tantos Tocados antes. Por lo que puedo distinguir, no hay ninguna persona sin signos visibles. Como dijo el señor Zamora, deben de proceder de los Lugares Lejanos. Me pregunto cómo se sentirán, metidos en ese barco y apretados con otros extraños y una sola cosa en común: lo único que le importa al gobierno y a la gente como el señor Zamora.

—¡Eh, tú! ¡Niña! Ven y ayúdanos a desembarcar. —El hombre que lleva el barco tiene pústulas abiertas en los brazos y un líquido mana de ellas. El doctor Tomas nos dijo que eso significa que son contagiosas y que no nos acercáramos a nadie que las tuviera, pero no quiero ser maleducada.

Hay una niña de mi edad apretujada a un lado, mirándome. Tiene la nariz tapada y me observa sin perder detalle. Sus ojos brillan con

miedo, como un conejo atrapado. Querría darle una buena primera impresión de Culión. Miro a nanay, que sigue dormitando, sin despertarse a causa del olor rancio de cuerpos sucios y el ruido de las voces que hablan en dialectos desconocidos, y me acerco al embarcadero.

El hombre del barco arroja una cuerda. Atrapo el extremo pesado y lo enrollo en el poste, tal y como me enseñó Capuno. No creo que sea un lazo muy firme, pero me cuesta permanecer cerca del hedor el tiempo suficiente para afianzarlo. Doy un paso atrás y el capitán baja al embarcadero y coloca una plancha de madera para que los pasajeros desciendan.

—¿Te envía el tipo del gobierno? —pregunta, con voz ronca y seca.

Niego con la cabeza.

—Típico —murmura—. Todo son prisas para traernos, ¡y nadie viene a recibirnos!

—¿Ami? —Nanay se incorpora mientras se protege los ojos del sol. La veo y me mira primero a mí, luego el barco y luego a la gente. Los observa durante largo tiempo, respirando por sus orificios sin nariz. Luego, de repente, se levanta y corre hacia mí, tapándose la boca con el paño azul y pisando con su pie Tocado.

—¡Ami, apártate! ¡Sal de ahí!

Muchos se giran para observarla, corriendo y cojeando. Me hace sentir mal por ellos. Me doy cuenta de que está asustada. Bondoc dice que es más fácil asustarse que volverse Tocado, y muchos de los recién llegados miran a su alrededor, nerviosos, para tratar de entender por qué está tan asustada esa mujer que cojea hacia ellos con los ojos

extraviados.

—¡Apártate, te digo! —Llega respirando trabajosamente. El capitán la mira, divertido.

—¿Qué problema hay, señora?

Nanay me aparta de los pasajeros que han desembarcado y me acerca a ella.

—¿Nanay? —pregunto, dubitativa, pero su rostro está furioso. Me agarra con fuerza por el antebrazo y enfila el camino de vuelta a casa, aunque su bastón y su cuenco de metal quedan en la playa.

Miro por encima del hombro y veo que los recién llegados siguen de pie en la playa, probablemente a la espera de que alguien venga a decirles lo que deben hacer. A medio camino hacia la colina dejamos atrás a los chicos y Datu pregunta:

—¿Eran ellos? ¿Los que vienen de los Lugares Lejanos?

Pero nanay no aminora el paso para dejarme contestar.

Tan pronto como llegamos a casa, me da la vuelta con brusquedad y me recrimina:

—¿Qué crees que hacías? —grita, a través del paño—. ¿Creías que no me daría cuenta?

—¿Darte cuenta de qué…?

—¡Esa estúpida petición, llenándote de ideas la cabeza!

—No entiendo…

—No te hagas la inocente conmigo. ¡Sé lo que hacías! Me llevaste a la playa porque sabías que vendrían, sabías que me quedaría dormida y…

—Pero si hemos ido a la playa cada día, nanay. —La sigo con los ojos mientras da vueltas por el salón. Nunca había estado tan furiosa conmigo.

—Y si no me hubiera despertado te habrías… habrías —respira entrecortadamente, como un pez fuera del agua.

—Nanay —vuelvo a intentarlo—. No sé lo que quieres decir. Pero siento haberte hecho enfadar.

Se da la vuelta con tanta fuerza que pienso que seguirá gritándome, pero se acuclilla frente a mí, agotada. Oigo que inhala profundamente, pero no dice nada. Sus ojos, sumidos en arrugas de preocupación, ya no están furiosos. Se deja caer al suelo y se abraza las rodillas y reposa el mentón en ellas. Está encogida, y hace unos instantes la ira la hacía parecer un gigante, como Bondoc.

Me siento a su lado y descanso mi mejilla en sus rodillas, para demostrarle que no me importa esperar a que me diga lo que he hecho

mal. Finalmente, se vuelve hacia mí.

—¿De verdad no lo has hecho aposta? ¿No intentabas estar cerca de los enfermos, de los que tenían las pústulas abiertas?

Estoy más confundida que nunca.

—No, solo los ayudaba a desembarcar, como me enseñó Capuno.

La cabeza de nanay se hunde y sus hombros tiemblan, y yo me arrastro hacia ella y la abrazo con tanta fuerza como puedo.

—Pensaba que sí querías. Que querías contagiarte.

—¿Contagiarme?

Nanay tiene la cara hinchada porque está llorando.

—Esa gente venía con sus heridas sin curar, sin vendas. Sería muy fácil que te contagiaras y terminaras… así. —Hace un gesto para mostrar el orificio de su nariz.

—Oh. —No se me ocurre nada más que decir. Nanay me toma las manos dulcemente y me mira.

—Ami, te creo. Pero imagino que has tratado de pensar en una manera de quedarte a mi lado. Te quiero mucho, Ami, y eso significa que quiero que tengas una vida mejor. Es una bendición que te hayas

quedado conmigo tanto tiempo, y me gustaría mucho que fuera para siempre. Pero yo no estaré aquí siempre. —Le tiembla la voz—. Esta enfermedad es más terrible de lo que puedas imaginar. El señor Zamora tiene razón. No hay futuro en una isla de leprosos.

Quisiera corregirla, decirle que no utilice esa palabra, pero tengo la boca seca.

—Así que debes irte —prosigue—. Es lo mejor. En los Lugares Lejanos estarás bien. Eres la chica más dulce que conozco. —Se mete la mano en el bolsillo y saca la mora—. ¿Fuiste tú quien la puso ahí?

Asiento.

—Entonces yo también tengo que darte algo a cambio. El amor funciona así, ¿no?

—Sí. Es dar y recibir.

—Exacto. No es dar, dar, dar como lo que el Dios-de-la-Iglesia pide—. Mira a su alrededor y se da una palmada en la frente—. ¡Me he olvidado la cazuela!

—No quería decírtelo, estabas tan enfadada…

Se ríe suavemente.

—Sí, lo estaba, ¿verdad? Eso también lo heredé de mi madre. Bueno, vamos a buscarla.

Me levanto de un salto.

—Ya voy yo. Además, te dejaste el bastón.

Parpadea y mira alrededor, como si acabara de darse cuenta, y asiente lentamente. Sé lo que quiere decirme, pero le avergüenza porque me lo ha gritado. Así que lo digo por ella.

—No me acercaré a los recién llegados. Te lo prometo.

Asiente de nuevo.

—Y vigila el aceite. Aún debe de estar caliente.

Es su manera de decirme que tenga cuidado con todo.

La casa de las mariposas

Cuando vuelvo a casa la hermana Margaritte está con nanay y las dos se levantan del suelo al verme.

—Qué bien, Amihan, ya has llegado —dice nanay animadamente, limpiándose los ojos con una mano y aceptando el bastón que le entrego con la otra—. Estaba a punto de ir a buscarte.

—Hola, Ami —dice la hermana Margaritte—. Siento interrumpir tu día con tu madre, pero tenía que explicarle algunos detalles importantes. Seguro que ella te lo contará.

Extiende la mano y dejo la cazuela en el suelo para aceptarla.

—Dios te bendiga, niña. Seguro que Corón será una aventura maravillosa.

Tiene la mano cálida y seca, y las uñas muy cuidadas, como siempre, pequeñas y rosadas como conchas. Mi mano parece sucia y torpe en comparación. Me pregunto si las plegarias hacen que sus manos sean tan bonitas.

—Gracias, hermana Margaritte —digo.

Asiente y se va.

Nanay me pide que me acerque. Me siento con las piernas cruzadas y ella me abraza. Me doblo contra su pecho, estoy envuelta entre su mentón y su regazo. Trato de preservar el momento en mi mente. Cuando vuelva a verla seré mayor, y quiero recordar que ahora aún puede abrazarme por completo.

—Han enviado a la hermana Margaritte a buscarte —dice en voz baja —. Mañana empezará el proceso de segregación y el señor Zamora quiere que todos los niños no Tocados se vayan esta noche a Corón. Pero la hermana Margaritte ha discutido con él y ha aceptado que os quedéis al menos una noche más. Os iréis mañana.

—¿Mañana? —Mi cuerpo reacciona involuntariamente, pero nanay sigue abrazándome con fuerza.

—No debemos pensar en que nos queda solo un día, sino en que tenemos un día de más —prosigue, y me doy cuenta de que la hermana Margaritte le ha aconsejado lo que debe decir—. Podremos escribirnos, y te prometo que te escribiré una carta cada día hasta que volvamos a vernos.

—¡Pero no será hasta dentro de seis años!

—No tanto —dice, hablando muy rápido—. Tu cumpleaños es dentro de cuatro meses, así que en realidad solo serán cinco años y cuatro meses. Eso es… —Frunce el ceño y sé que está calculando mentalmente. A nanay se le dan bien los números, dice que puede verlos tan claramente como si los escribiera en una pizarra—. Mil novecientos cuarenta y cinco días, aproximadamente. Así que te escribiré mil novecientas cuarenta y cuatro cartas, aproximadamente.

Cree que pensar en esas cifras hará que me sienta mejor, pero a mí no me reconfortan como a ella. Tienen que pasar aún muchos días, y la separación será más pronto de lo que creía. Mañana mismo.

—Sé que parece mucho, pero la hermana Margaritte dice que son menos días que los pasos que damos cada vez que vamos a pasear a la playa, ida y vuelta. ¿Eso no es mucho, verdad?

—¿Cada día es un paso?

—Exacto. —Vuelve a sonar calmada. Me da un beso en la coronilla—. Un paso que nos acercará cada vez más.

Aunque no son palabras suyas, porque nanay nunca hablaría así, con tanta dulzura y suavidad, algo más propio de la hermana Margaritte, me ayuda escucharla. Grabo la cifra en mi cerebro: mil novecientos cuarenta y cinco, junto con los demás números importantes, como el cumpleaños de nanay y el mío, la cantidad de lámparas de cobre que hay en la iglesia y el número de identificación de nanay.

—Yo también te escribiré —digo, aunque nunca he enviado una carta a nadie, pero estoy segura de que sabré espabilarme. Quizá la gente del orfanato me ayudará. Nos quedamos sentadas, reflexionando cada una en silencio. Me pregunto sobre todo en qué estará pensando nanay, y en lo rápido que llegará mañana, más de lo que yo esperaba.

—¿Quieres algo de cenar? —pregunta por fin nanay. Cuando digo que no, añade—: ¿Quieres ir a cazar estrellas?

La pared de enfrente está oscura y ni siquiera me había fijado.

—Sí.

Nos levantamos con dificultad y ayudo a nanay a ponerse de pie. Toma una sábana de la cama y salimos fuera. El viento trae los ruidos de la calle nueva y de la taberna, pero nos vamos a nuestro pequeño solárium y los árboles apagan el sonido. Extiende la sábana en el suelo y las dos nos tendemos encima.

—¿Cómo es cruzar el mar? —Solo he salido una vez a mar abierto, en la barca de Bondoc, pero no fuimos más allá de los arrecifes que rodean la isla.

—Hace mucho desde que vine —dice nanay, pensativa—. Pero se parecía un poco a cuando te mecen en una cuna. Todo es inestable en el mar.

—¿Será peligroso?

—No, el canal de nuestro océano es muy tranquilo. Todas las corrientes llevan a tierra en ambas direcciones. Recuerdo que, cuando vine, parecía como si el barco avanzara solo hasta la isla.

—¿Entonces, si me caigo, volvería flotando a Culión?

—No lo intentes —contesta, riéndose suavemente.

Las estrellas se elevan dulcemente contra el panorama del cielo azul profundo y oscuro. Trato de dividir el cielo en secciones y contarlas, pero cada vez que me concentro en una estrella, para empezar a contar a partir de ella, mis ojos se distraen con otra y pierdo mi punto de referencia. De vez en cuando se ve un cometa cruzando el cielo y nanay y yo lo señalamos y exclamamos a la vez: «¡Cazado!». Quien lo dice primero gana la estrella. Normalmente se me da mucho mejor que a nanay, pero esta vez gano solo por tres estrellas de diferencia.

Hace frío y volvemos a la casa. No quiero quedarme dormida porque cuando despierte será el día siguiente y nanay parece sentir lo mismo porque me propone que nos quedemos despiertas contándonos historias.

Nanay habla de un tiempo en que existía una isla de arenas negras y bosques blancos donde vivían los gigantes que hacían estremecer la tierra a su paso, y por eso empezaron los tsunamis. Es una buena leyenda y tengo que pensar mucho para recordar otra tan buena. Le hablo del lugar donde el suelo está cabeza abajo y la gente camina atada por los pies y el cielo se abre como una boca bajo sus cabezas. Nunca pueden dormir porque si lo hicieran, dejarían de estar agarrados al suelo y se caerían hacia las nubes.

—Eso es muy original —dice—. ¿Puedo contarte otra?

Se mueve a un lado y se apoya en el codo.

—Había una vez una joven enamorada de un chico. Él también la amaba, pero estaba muy enfermo y le dijo que no podrían estar juntos. Por eso se fue a vivir a una pequeña cabaña a muchas millas de distancia, pero la chica lo siguió. Le dijo que cuidaría de él. Querían casarse, pero eran demasiado jóvenes y él estaba demasiado enfermo, así que decidieron vivir juntos. El muchacho empezó a encontrarse mejor.

»Fueron felices muchos años. Convirtieron la humilde cabaña en una hermosa casita pintando el techo de color azul y plantando flores rojas de gumamela, para que cubrieran las paredes con sus capullos. Son flores hermosísimas, abiertas y de lenguas estrechas y largas que emergen desde el centro de la flor. Una vez al año llegaban las mariposas y hacían temblar las flores como si fueran de fuego. La casa podía distinguirse desde las colinas vecinas por el techo azul y las flores rojas. Así fue como los encontraron. La familia de la chica por

fin la localizó. La buscaban desde hacía tiempo, y cuando vieron la cabaña desde lo alto de las colinas esperaron a que se hiciera de noche. Entonces, sigilosamente, se metieron en la casa y se llevaron a la chica a la fuerza. El muchacho, que estaba débil, no pudo hacer nada por evitarlo. Ella se quedó muy triste y la tristeza se le metió en la sangre. Pronto estuvo tan enferma como él. La familia echó la culpa al muchacho, pero ella sabía que la verdadera razón de su enfermedad era que tenía el corazón roto. La mandaron a una isla donde vivían personas con el mismo problema: todos allí tenían el corazón roto. Durante un tiempo, la muchacha pensó que moriría sin volver a ser feliz, pero se equivocaba.

»El chico le había hecho un regalo antes de separarse. La muchacha descubrió que el regalo crecía dentro de ella. Su barriga se hinchó y se hinchó, se hizo redonda y pronto, el regalo estuvo listo para salir de su cuerpo. Emergió por fin una brisa maravillosa y deslumbrante que olía tan dulcemente con la lluvia fresca. La chica la llamó Amihan, en honor de los vientos que trae el monzón y que, por tanto, traen la vida. La brisa le insufló nueva vida a la chica y la hizo feliz muchos años más, hasta que llegó el momento de seguir adelante. Incluso después de que la brisa se fuera al ancho mundo de los Lugares Lejanos, dejó suficiente amor para toda una vida.

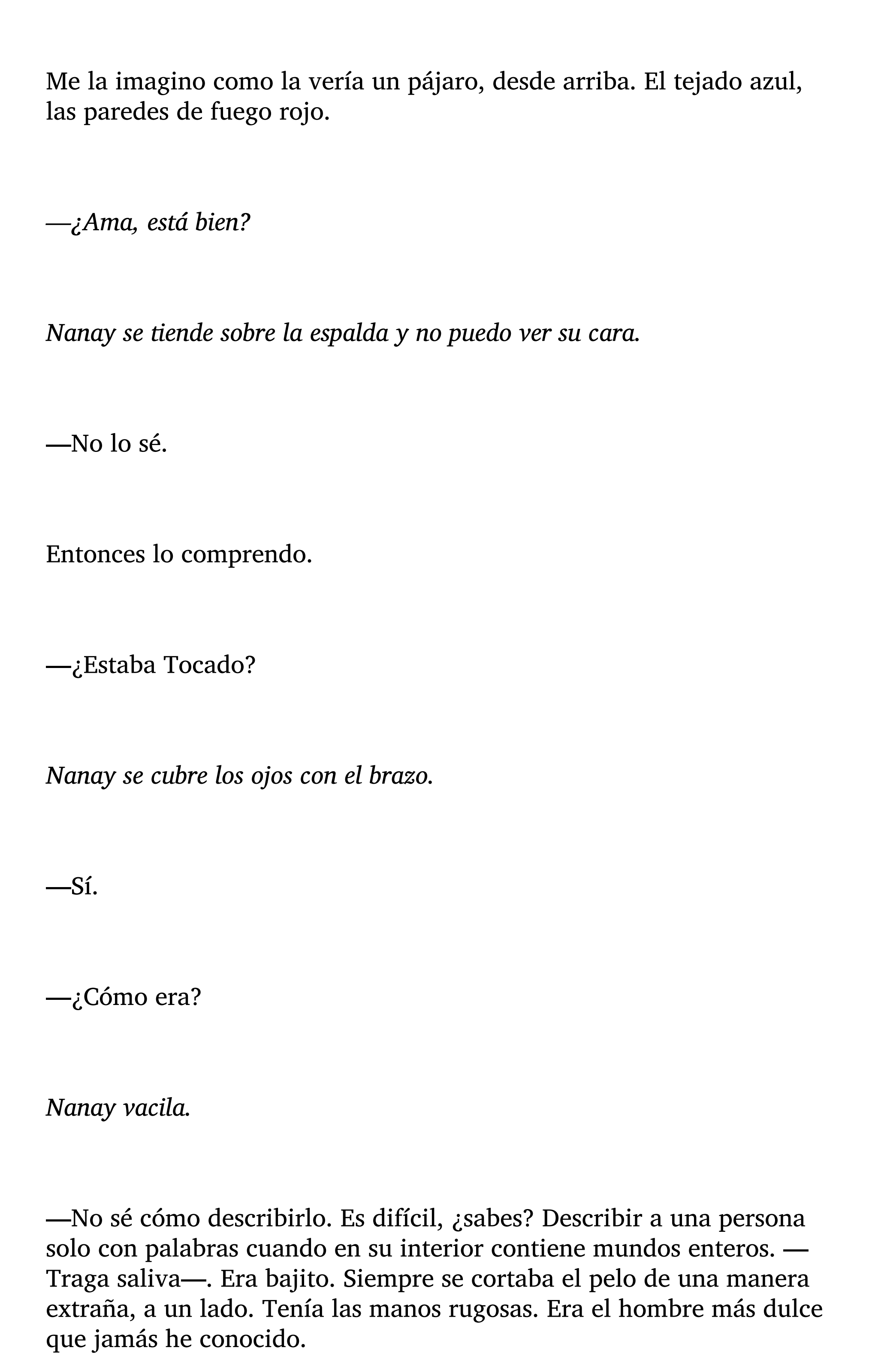
Espero al momento adecuado para hablar.

—Pero nanay, no tendrás que esperar toda una vida. Volveré en mil novecientos cuarenta y cinco días. Aproximadamente.

Nanay se ríe, un poco triste.

—¿Era tu casa? ¿La tuya y de ama? La casa de las mariposas.

—Sí, y era preciosa.



Me la imagino como la vería un pájaro, desde arriba. El tejado azul, las paredes de fuego rojo.

—*¿Ama, está bien?*

Nanay se tiende sobre la espalda y no puedo ver su cara.

—No lo sé.

Entonces lo comprendo.

—¿Estaba Tocado?

Nanay se cubre los ojos con el brazo.

—Sí.

—¿Cómo era?

Nanay vacila.

—No sé cómo describirlo. Es difícil, ¿sabes? Describir a una persona solo con palabras cuando en su interior contiene mundos enteros. —Traga saliva—. Era bajito. Siempre se cortaba el pelo de una manera extraña, a un lado. Tenía las manos rugosas. Era el hombre más dulce que jamás he conocido.

—Ojalá hubiera podido conocerlo.

—Sois muy parecidos. Tu sonrisa, tus ojos. Tu dulzura. Tú eres mi mundo ahora.

Encuentro su mano. Juntas, en la oscuridad, respiramos en silencio.

La partida

Me despierto y hay un pequeño hatillo a mi lado. Con una punzada de dolor comprendo que nanay ha guardado todas mis cosas y lo ha dejado todo listo para el viaje. Permanezco sentada en la cama largo tiempo, mirando la habitación en la que he pasado cada noche desde que nací. En el marco de la puerta están las marcas de mi altura, desde cuando apenas podía tenerme en pie hasta el cumpleaños del último año. Me pregunto lo alta que seré cuando nanay vuelva a medirme. Quizá más alta que ella, porque es un poco bajita.

Nanay asoma la cabeza.

—Ahí estás —dice en una voz falsamente alegre que delata que se está haciendo la fuerte—. El desayuno ya está preparado.

Nos tomamos la fruta en el pequeño jardín, pero cada bocado es difícil de tragar. Me gustaría que esto acabara rápido, aunque no quiero irme. Creo que, cuando no esté, no será tan duro como el hecho de tener que irme. La hermana Margaritte llega justo cuando terminamos la mitad del mango. Nanay se pone rígida y dice:

—Límpiate la cara, Ami.

Me muerdo el labio tan fuerte que noto el sabor de la sangre en la lengua. Debe de haber alguna manera de quedarme, debería haber pensado más en ello, reflexionado en busca de una solución. Nanay me entrega el hatillo y siento que se me clavan cuchillas en el estómago. Dice:

—Tu regalo está aquí dentro, como te prometí. Habilin, para que lo guardes hasta que nos volvamos a ver.

Llega el momento de la despedida y las frases de nanay son cada vez más largas para postergar la separación, igual que cuando va a ver a sus amigos al hospital, sabiendo que nunca regresarán a sus casas. La hermana Margaritte nos acompaña fuera.

Me mantengo muy erguida y miro al frente. Hay un carro abierto con un conductor esperándonos, otro extraño, y cinco niños más sentados a ambos lados. Todos llevan hatillos como yo. Datu es uno de ellos, y hay dos niñas de la escuela, pero no veo a la mayoría de nuestra clase, ni al bebé de Diwa.

—¿Un carro? —pregunta nanay—. ¿No vamos a acompañarlos al puerto?

—Irán al nuevo. Al… —La hermana Margaritte frunce la nariz—… puerto de los sanos. Está al norte cruzando el bosque.

—Ya veo —dice nanay, atragantándose con las palabras. Se aclara la voz y se inclina para abrazarme.

—Sé buena y educada, y procura trabajar y ser útil.

—Lo haré, nanay.

Se inclina un poco más y me abraza más fuerte.

—Haz que me sienta orgullosa de ti. Y haz amigos. Te escribiré.

Asiente mirando a la hermana Margaritte, que tiene un aspecto tan triste como yo.

—Nos vemos en mil novecientos cuarenta y cinco días —digo.

—Mil novecientos cuarenta y cuatro días —me corrige—. Aproximadamente.

Me subo al carro y la hermana Margaritte se instala al lado del conductor. Las mulas empiezan a caminar.

—¡Esperad!

Bondoc corre por la carretera y Capuno lo sigue. Me acerco al final del carro y los dos hermanos se turnan para abrazarme.

Bondoc me susurra:

—Cuidaré de ella, Ami. No me importa lo de la segregación, la visitaré tanto como pueda. Y también cuidaré de ti lo mejor que sea posible. Te escribiré para saber cómo estás, y cuando te hayas instalado iré a visitarte.

Me suelta y el carro vuelve a ponerse en marcha. Nanay se besa las manos y me envía los besos, soplando. Los cazo tan rápidamente como una estrella fugaz y me los guardo en el bolsillo. Bondoc rodea los hombros de nanay y sé que mantendrá su promesa, aunque no pueda

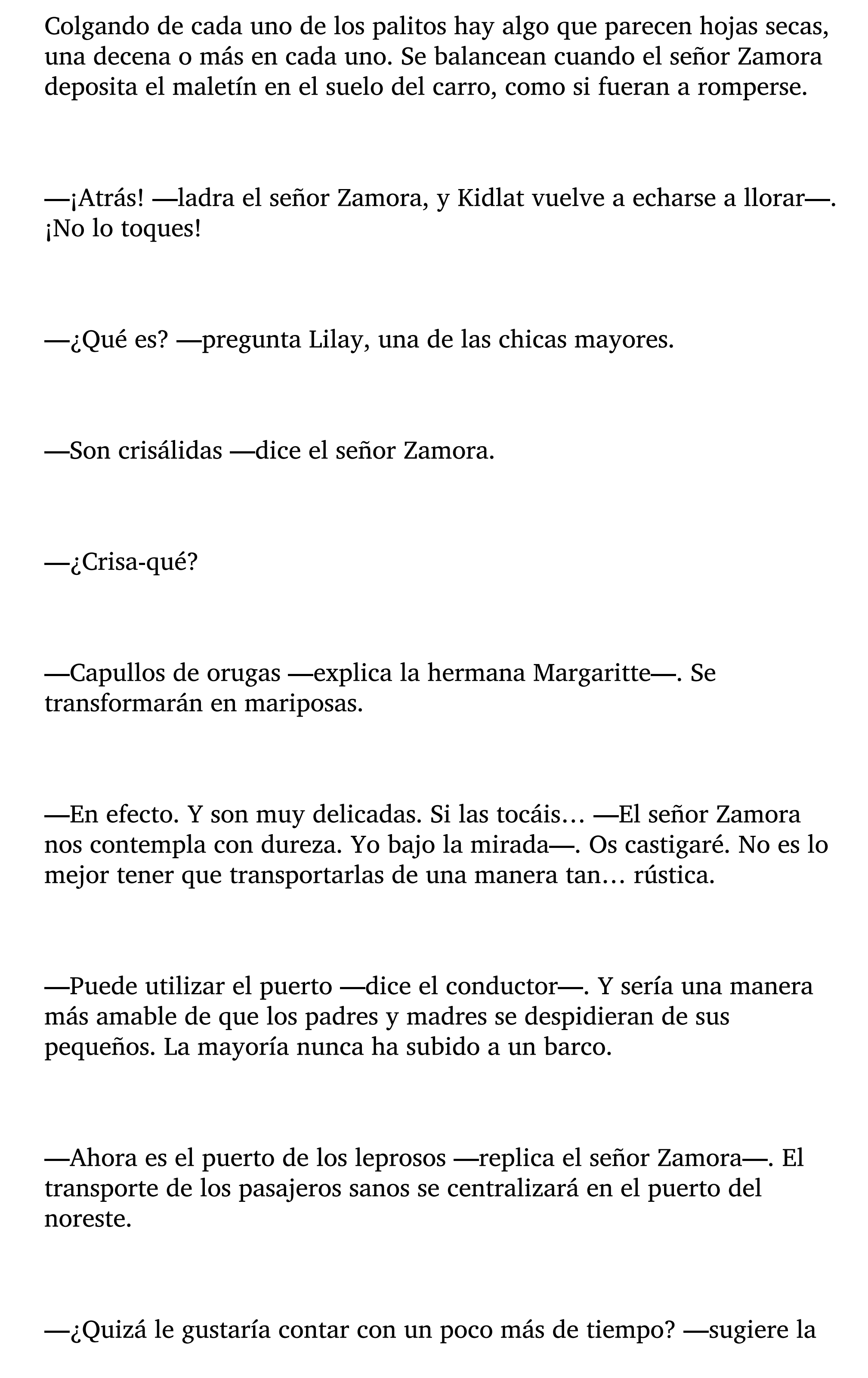
venir muy a menudo desde el área para sanos. Pero eso debería ayudar, un poco. Debería.

Agitan la mano a modo de despedida hasta que el carro gira, enfilando la calle. Me pesan los brazos y las piernas y la sangre hierve en mis oídos. Los dedos me escuecen y los aprieto con fuerza, para tratar de contenerme. Al asir el hatillo, noto por el tamaño y el peso del objeto que agarro que nanay ha metido dentro su cuenco de metal. Sé que es el objeto más preciado que tenía en todo el mundo y me lo ha dado solo porque le regalé una mora seca.

El niño más pequeño, Kidlat, lloriquea. No tendrá más de cinco años y nadie se acerca para reconfortarlo, así que me pongo a su lado con cuidado y lo abrazo hasta que deja de llorar. Su cuerpecito cálido me ancla. Recogemos a tres niños más: Tekla y dos Igmes (una más alta y otra más baja). Son niñas que conozco de la escuela aunque no suelen hablar conmigo. En cada portal hay una madre o un padre o ambos, que lloran y se despiden de sus hijos. Es difícil de contemplar, una y otra vez, así que cierro los ojos cada vez que se detiene el carro y vuelvo a abrirlos cuando se pone en marcha.

La última parada es la casa del doctor Tomas. El médico está de pie delante de la puerta con aspecto cansado, rodeado de maletas abultadas. La hermana Margaritte se baja para saludarlo y, por un momento, pienso que el médico vendrá con nosotros en lugar del señor Zamora. Pero entonces el coleccionista de mariposas emerge de la casa con un sombrero de paja blanco y sosteniendo un maletín transparente, un poco más pequeño que una maleta. El sol se refleja en el maletín y arroja flechas de luz que se clavan en mis ojos. Cuando el señor Zamora se sienta con cuidado al lado del conductor, todos estiramos el cuello para observarlo.

Dentro hay hileras e hileras de palitos de madera colocados horizontalmente a través de agujeros en el cristal, como los peldaños de una escalera.



Colgando de cada uno de los palitos hay algo que parecen hojas secas, una decena o más en cada uno. Se balancean cuando el señor Zamora deposita el maletín en el suelo del carro, como si fueran a romperse.

—¡Atrás! —ladra el señor Zamora, y Kidlat vuelve a echarse a llorar—. ¡No lo toques!

—¿Qué es? —pregunta Lilay, una de las chicas mayores.

—Son crisálidas —dice el señor Zamora.

—¿Crisa-qué?

—Capullos de orugas —explica la hermana Margaritte—. Se transformarán en mariposas.

—En efecto. Y son muy delicadas. Si las tocáis… —El señor Zamora nos contempla con dureza. Yo bajo la mirada—. Os castigaré. No es lo mejor tener que transportarlas de una manera tan… rústica.

—Puede utilizar el puerto —dice el conductor—. Y sería una manera más amable de que los padres y madres se despidieran de sus pequeños. La mayoría nunca ha subido a un barco.

—Ahora es el puerto de los leprosos —replica el señor Zamora—. El transporte de los pasajeros sanos se centralizará en el puerto del noreste.

—¿Quizá le gustaría contar con un poco más de tiempo? —sugiere la

hermana Margaritte, mitad acusadora y mitad esperanzada—. Podríamos esperar a que construyan las carreteras, y así contaríamos con un sistema de transporte menos rústico hasta los Lugares Lejanos.

—¿Y pasarnos un día más en la Colonia de Leprosos de Culión? —replica el señor Zamora, con una sonrisa y asco en la mirada—. Creo que ya dejé muy clara mi posición, hermana. —Se gira hacia el médico y dice—: ¡Cuando quiera, doctor!

El doctor Tomas sube y empieza a cargar el resto de cajas y maletas en el carro. Hay cinco cajas marrones en total, dos delante, donde irá el señor Zamora, y tres en la parte de atrás. Cada una con agujeros en la parte superior, para permitir que entre el aire. Me inclino para escuchar qué hay dentro, pero no oigo nada.

El señor Zamora supervisa la carga como si el médico fuera su criado. Cuando termina de subir el equipaje y el suelo del carro está tan lleno que apenas podemos mover los pies, el señor Zamora saca un pañuelo inmaculadamente blanco de su bolsillo y cubre la barandilla que utiliza para izarse al asiento delantero. Una vez instalado, deja caer el pañuelo al suelo y, con mucho cuidado, sube el maletín de cristal y lo coloca sobre sus rodillas, donde las crisálidas se balancean suavemente.

La hermana Margaritte se dispone a colocarse a su lado, pero el señor Zamora levanta la mano frente a su cara.

—No hace falta, hermana. Yo me encargo de ahora en adelante.

La hermana Margaritte se endereza totalmente y dice:

—Llevo años cuidando a estos niños y no pienso dejarlos con alguien a quien apenas conozco.

—No tiene elección, hermana —dice el señor Zamora con una voz que indica que no lo siente en absoluto—. Sus nuevos pupilos llegarán muy pronto. Tendrá una escuela entera de niños leprosos a los que cuidar. Y, además, sé lo que hago—. El señor Zamora se da la vuelta sobre sí mismo y añade—: El gobierno me ha puesto al frente de la operación. Voy a encargarme de que emprendáis una nueva vida en las mejores condiciones. Yo seré el director del orfanato.

Separa los labios de sus dientes en un intento de reproducir una sonrisa reconfortante. La boca de Kidlat tiembla y se arrebuja aún más contra mí. La hermana Margaritte vacila y da un paso atrás. Parece que haya perdido una batalla más, hasta la guerra. Sus hombros se hunden. Se acerca a la parte posterior del carro y nos da un abrazo a cada uno.

—Llegaréis hacia el atardecer —dice con voz estrangulada—. He estado en Corón. Es un lugar muy agradable, estoy segura de que allí seréis felices.

La miro con atención, pero parece que dice la verdad. Quizá seremos felices allí, aun sin nuestras familias. Una vez nanay me contó la historia de un pueblo gobernado por niños, que siempre eran jóvenes. Era un lugar muy divertido. Me aferro a este pensamiento cuando el señor Zamora dice:

—Bueno, vámonos ya.

Miro a la hermana Margaritte. Mientras el carro arranca, su mano se ha posado en el hombro del doctor Tomas. Los dos están quietos como estatuas y, cuando giramos la esquina, ya es tan pequeña como mi antebrazo; una muñeca vestida de negro. Las mulas nos alejan de Culión, de las casas, del hospital y de la iglesia. Pasamos bajo un nuevo cartel que cuelga entre dos postes:

COLONIA LEPROSA DE CULIÓN

ÁREA RESTRINGIDA

El señor Zamora la despide con su sombrero, suelta una profunda exhalación e inspira aún más profundamente.

—¡Ya somos libres! Aire fresco de ahora en adelante, niños.

La huida

Solo nos detenemos cuando alguien tiene que ir al baño. La tristeza y el constante balanceo del carro me marean, así que me concentro mucho para que las náuseas no se apoderen de mí, y hago lo mismo con las lágrimas. Nadie dice una palabra. Intento mirar a Tekla, la niña que está sentada frente a mí, pero tiene los brazos cruzados y el ceño fruncido. Kidlat se ha quedado dormido en mi regazo y trato de mantenerme muy quieta para no despertarlo. Es muy fácil, después de tantas noches inmóvil, esperando a que llegaran las mariposas.

El señor Zamora dobla sus piernas de insecto frente a él y protege con los brazos su maletín de cristal, encasquetándose el sombrero blanco de paja en la cabeza. Pronto se queda dormido y empieza a roncar ruidosamente. A nosotros solo nos queda mirar los árboles al pasar.

El camino que seguimos está gastado, pero no sé quién ha transitado por él. No he conocido a nadie que haya abandonado nuestro pueblo o que venga de este lado de la isla. El bosque es una espesa alfombra de bambú y arbustos. Siempre que el señor Zamora ronca demasiado alto, bandadas de pájaros verdes salen volando de las copas de los árboles. Sus graznidos recuerdan el sonido de las peleas de gatos.

El camino se divide y seguimos por uno que se vuelve cada vez más estrecho; pronto las hojas nos rozan la coronilla. Allí donde miro, el bosque está plagado de flores de gumamela y recuerdo la historia de nanay, la casa en el valle y el chico del que la separaron. Mi ama. Quizá ahora que van a enviar a todos los Tocados a Culión, él regresará con ella. Tal vez volverán a encontrarse. Es el pensamiento más feliz que he tenido en todo el día.

Pasamos bajo un bosquecillo salvaje de mangos y el aroma demasiado dulzón me hace la boca agua. Obviamente, está abandonado desde hace mucho tiempo, porque los árboles crecen demasiado juntos y las

ramas están llenas de frutas. Datu se inclina mientras pasamos con el carro y arranca una, y me río con los demás porque la fruta está demasiado madura y se deshace en sus manos. Pero cuando nos muestra la pulpa negra llena de moscas dejamos de reír. La arroja a lo lejos y se queda sentado muy digno, vigilando la mano sucia y estirada, como si de ahí fuera a saltar algo y atacarlo.

Casi acabamos de salir del bosquecillo de mangos cuando Tekla señala algo y grita:

—¡Serpiente, serpiente!

Me giro con el corazón latiendo a toda velocidad. Solo es una liana de color verduzco estrangulando una rama, pero los caballos se han asustado por los gritos y el carro se balancea peligrosamente. Me agarro con fuerza mientras el conductor los detiene y oigo un crujido en la parte delantera del carro.

El maletín de cristal se ha hecho pedazos contra el suelo. A su lado han volcado dos de las cajas marrones, y los agujeros de ventilación también están rotos. El señor Zamora estira la mano hacia la caja más cercana, pero lo hace con tanta torpeza que abre la tapa de golpe.

Y de repente el aire se llena de alas.

Un soplo de mariposas se eleva hacia arriba, púrpuras y amarillas y verdes y resplandecientes, brillando como un pañuelo arrojado al aire. Estoy boquiabierta, el polvo me entra en la garganta y seca mi lengua y el señor Zamora patalea en el camino, furioso.

—¡Detenedlas! —berrea, y su estrecha garganta se hincha como la de un sapo. Pero nadie le hace caso. Nos quedamos mirando fascinados las mariposas, y yo solo pienso en nanay. Habrá una media docena,

todas girando hacia el bosquecillo de mangos como un solo cuerpo, o una llama, o las cenizas del fuego. Y como cenizas, se difuminan si una larga y delgada mano trata de cazarlas.

—¡No! —grito, al ver que una, grande y de alas púrpuras, se queda atrás y termina atrapada en la caja oscura que es la mano del señor Zamora. El resto huye como la cola de un felino. Trato de seguir su rastro, pero es como cuando miramos las estrellas de noche. Las sombras cambian y también su punto de referencia, y es imposible cazarlas.

Es como si el reloj se hubiera vuelto a poner en marcha. Todos nos encogemos cuando las mariposas desaparecen, y el señor Zamora se lleva la mano a los ojos y trata de mirar dentro. Suspira ruidosamente y aprieta el puño. Se oye un leve crujido, como el ruido de una cáscara de nuez al partirse. Exhala antes de hablar, en voz baja y peligrosa:

—Le había estropeado el ala —explica a nadie en particular, arrojando los restos del cuerpecillo al suelo—. No servía de nada.

Se gira repentinamente hacia nosotros:

—¿Quién ha gritado?

Nadie mira a la niña que ha chillado. Fijo la mirada en un punto más allá de su oreja izquierda.

—Quienquiera que fuera, ha sido la causa de que perdiera treinta de mis especímenes más preciados. Si alguno de vosotros vuelve a hacer el menor ruido, caminaréis el resto del viaje.

Nos mira unos instantes, luego se inclina y saca un pañuelo limpio de su bolsillo. Lo utiliza para repasar los restos del maletín de cristal y selecciona tres palitos, de los que aún cuelgan las crisálidas. Las sostiene entre sus brazos y vuelve a subirse al lado del conductor. Nos ponemos en marcha.

Al cabo de un par de horas en silencio, la senda se hace más pequeña y los árboles se inclinan sobre el carro. El conductor tiene que detenerse un par de veces para desbrozar el follaje con su machete.

—¿Seguro que vamos por buen camino? —pregunta el señor Zamora —. Me dijeron que todo estaba listo.

—Es la primera vez que vengo por aquí —dice el conductor, encogiéndose de hombros—. La semana que viene mandan a una cuadrilla de obreros para ensancharlo, eso me han dicho.

El sol se pone y el bosque parece todavía más impenetrable. Se avecina la estación de las lluvias y los árboles parecen extenderse aún más, anchos y dispuestos a beber toda el agua que caiga del cielo.

Como un gancho tras mi ombligo, empiezo a presentir algo. El señor Zamora y el conductor no os miran. Si pudiera pedir a los demás que guardaran silencio, quizá podría escabullirme. Y tal vez llevarme a algunos compañeros conmigo.

Pero, de repente, el gancho se afloja y todas las objeciones sensatas se abalanzan sobre mí. No tardarían en atraparnos. E incluso si pudiera regresar con mi nanay, solamente le crearía problemas y volverían a enviarme al orfanato. Nada cambiaría.

El conductor vuelve a subir al carro y chasquea la lengua. Seguimos avanzando por la jungla.

No volvemos a detenernos hasta que los árboles escasean y, de repente, desaparecen. Frente a nosotros el mar se extiende tranquilo como un lago, del mismo color gris y púrpura que el cielo del crepúsculo. Hemos viajado todo el día para alejarnos de Culión. Nanay estará haciendo la cena a estas horas, o sentada en el porche con una taza de té refrescándose. Quizá Bondoc y Capuno estén haciéndole compañía. La veo con tanta claridad como si estuviera aquí, conmigo. Cierro los ojos. Tengo que recordar esa estampa.

La playa de este lado es de piedras alargadas y desiguales que se convierten en tambores donde reverberan los cascos de los caballos. Hay un puerto, apenas construido. Tiene forma curvada, como un collar depositado a la entrada del bosque, y lámparas que resplandecen como joyas y que se encienden a intervalos. Aunque está inacabado, parece demasiado impresionante para estar aquí, en mitad de la nada. El señor Zamora debe de haber ordenado que el puerto para los sanos sea de los primeros proyectos en terminarse. Las estrellas se desgranan a través de las delgadas nubes y la luna está cobrando fuerza. Instalado en el agua hay un barco más grande que el que trajo a los Tocados.

—¡Un barco! —exclama, animado, uno de los chicos, pero no es como yo me imaginaba que sería. No tiene velas, ni escaleras de cuerda ni cabos ni mástiles. Solo una columna de metal que escupe humo y un casco gris y pulido, delgado y puntiagudo. Es tan triste como el motivo que lo ha traído aquí, una nube de tormenta que no ofrece la esperanza del alivio de la lluvia.

Hay hombres de caras cerradas y también grises. Acarrean a hombros las maletas del señor Zamora y él revolotea a su alrededor, advirtiéndoles «¡Cuidado!» cuando transportan las cajas de mariposas hacia el interior oscuro de la nave.

Esperamos en el carro, apretujados en silencio hasta que nos descargan como una pieza más del equipaje, sin hablarnos o sonreírnos. El señor Zamora desenrolla un pedazo de papel y va

leyendo nuestros nombres, de uno en uno, pasando lista. El pequeño Kidlat levanta la mano cuando pronuncia su nombre, y yo tengo que responder por él.

Cruzamos la estrecha pasarela y Kidlat se agarra a mi mano para estabilizarse, porque el barco se balancea. Nos llevan a una cabina de techos bajos, donde nos sentamos en un banco pegado a la pared. Todo es de metal, todo está atornillado al suelo. El olor también es metálico y pesado. Las náuseas se apoderan de mí y me revuelven el estómago.

El señor Zamora no nos sigue. Deja atrás la cabina por la estrecha cubierta hasta la parte delantera del barco. Sigue mirando hacia arriba, incluso cuando el navío empieza a moverse, tan suavemente que tardo un momento en darme cuenta de que nos desplazamos. Nos vamos, está sucediendo de veras.

Todo el mundo se abalanza para clavarse contra el ventanal posterior, para contemplar el perfil de las colinas desgastadas de Culión una vez más, que se dibujan contra el horizonte. Incluso los chicos, a los que tanto les preocupa parecer hombres duros, se echan a llorar cuando se apagan las luces en forma de collar del puerto y se instala la oscura distancia de la noche a nuestro alrededor.

—Calmaos, niños —dice uno de los hombres, y su voz no es desagradable—. El trayecto dura un par de horas. Yo, en vuestro lugar, intentaría dormir.

Lentamente, todos nos alejamos de la ventana y tratamos de acomodarnos sobre el suelo duro. Me quedo mirando la ventana, con el rostro vuelto hacia Culión, como si el señor Zamora y yo fuéramos las manecillas opuestas de un reloj o de un compás, ambos tirando en sentidos opuestos hacia y contra nuestro destino.

El orfanato

Estar en el mar es como los minutos posteriores a girar sobre uno mismo tan deprisa como puedes: caminar derecho es difícil, porque tu cuerpo solo se acuerda de girar. Todo se tambalea cuando no debería, aunque uno se quede quieto. Me duele el cuello y me pican los ojos, pero no me duermo, y no puedo dejar de mirar hacia Culión, incluso cuando ya ha desaparecido del horizonte y solo es una dirección al otro lado del mar. Pierdo la noción del tiempo, pero ha pasado el suficiente como para que el cielo herido se oscurezca hasta adquirir un tono azul profundo, casi negro. La luna brilla tanto como una sonrisa y las estrellas son tan numerosas y caen tan a menudo que me duele el pecho. Echo mucho de menos a nanay.

Un par de veces la alta figura del señor Zamora pasa frente a la gran ventana paseando por la cubierta. Camina con las manos cruzadas a la espalda, dirigiendo su paso con la cabeza. Habla continuamente para sí, pero en silencio; sus labios se mueven incansables al otro lado del cristal. Está enfermo. Las palabras de Capuno rebosaban piedad y ahora siento lo mismo, brevemente, al observar al representante autorizado del director de Sanidad pasear arriba y abajo hablando solo.

Cuando el señor Zamora, en algún lugar del barco, grita «¡Tierra a la vista!», giro por fin la cabeza y miro hacia delante, frotándome el dolorido cuello mientras los demás se desperezan. Hay luces en la distancia, como en el puerto de Culión. Cuando el barco llega al puerto hay un carro con dos caballos esperándonos, como si hubiéramos realizado un lento recorrido circular y regresado al punto de partida. Pero los colores son distintos, el conductor no es el mismo hombre y detrás del puerto hay un pueblecito, con casas más uniformes que las de Culión y carreteras más anchas. Nos hacen bajar del barco y nos mandan subir al carro. Aquí no hay bosque ni jungla, solo un ancho camino de tierra muy aplanado y libre de piedras. Algunas de las casas aún están iluminadas, pero los postigos se cierran bruscamente a nuestro paso.

La angustia me oprime el pecho. A cada paso, los caballos me arrastran más lejos de mi hogar, hacia una nueva vida. Pero no se parece en nada a una aventura.

La carretera se abre a la derecha y ascendemos por una colina empinada; los caballos resoplan y se esfuerzan. Cuando el camino vuelve a allanarse, nos encontramos frente a un par de portones de madera. Los animales se detienen, relinchando mientras el conductor empuja las puertas para dejarlos pasar.

Después de cruzarlas vuelven a aparecer los árboles y, más allá, se perfila la forma de un gran edificio que se extiende por todo el terreno. Se abre una puerta en el centro del edificio y emerge una figura rodeada de luz. En la ventana derecha más elevada veo que se enciende otra luz, pero rápidamente se apaga y se cierran las ventanas. Quizá los demás niños observan nuestra llegada. Mi pecho se encoge. Espero que sean como nosotros.

La figura resulta ser humana. Es una mujer de rostro severo y la luna flota sobre su hábito gris. Mi corazón da un salto, pero por supuesto no es la hermana Margaritte. No puede serlo. Esta mujer tiene las mejillas más gruesas y los labios apretados: se parece a una ardilla masticando.

—Hermana Teresa —dice el señor Zamora con gesto afable, mientras baja tropezando del carro—. Qué placer verla de nuevo.

—Señor Zamora —pronuncia la hermana Teresa.

Percibo que no simpatiza con él. Nos observa a medida que descendemos del carro. Creo que tampoco simpatiza con nosotros. Se me ha dormido el pie y tengo que darle un par de golpes antes de que

la sangre vuelva a circular. Esperamos en fila india, como si fueran a inspeccionarnos, aunque nadie nos lo ha pedido.

—Sois muy obedientes, os han entrenado bien —dice la hermana Teresa secamente. Luego recorre poco a poco la fila y pregunta nuestros nombres.

—Se ha hecho tarde —dice después de que nos hayamos presentado todos—. Debéis de estar cansados. —Kidlat bosteza como si hubiera esperado a escuchar esa frase, y la hermana enarca las cejas—. La próxima vez tápate la boca. De momento os acompañaré a vuestras camas. Mañana os explicaré las reglas. Esta noche bastará con dos: no habléis después de la hora de ir a dormir, y no salgáis de la cama durante la noche excepto para ir al baño. ¿Está claro?

Todos asienten excepto yo, porque respondo:

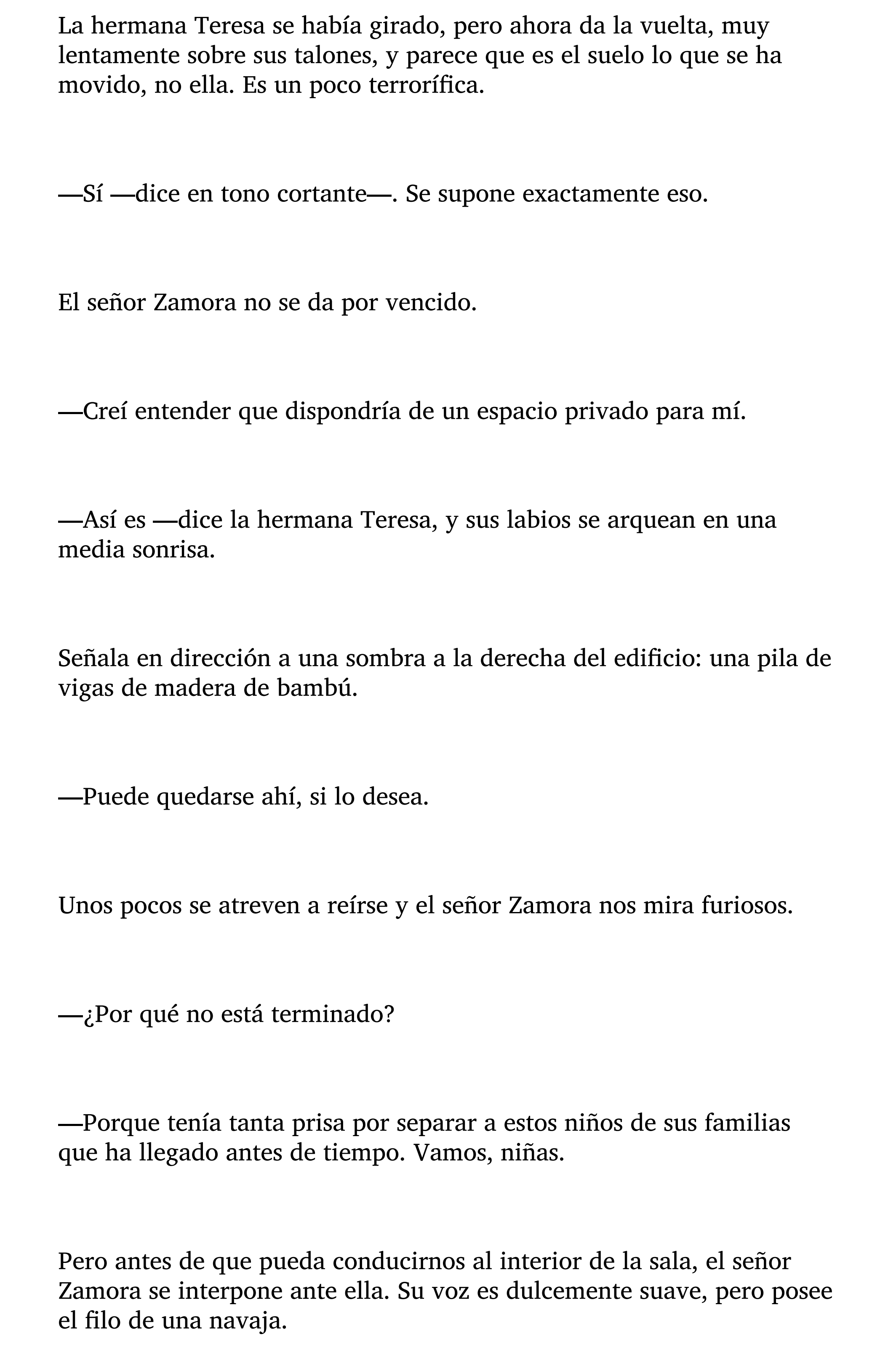
—Sí, hermana Teresa.

Lo hago con una entonación cantarina y casi sin darme cuenta. Un par de niñas sueltan una risita y la monja clava su mirada en mí. No sé si está enfadada conmigo.

—Chicos, seguid al señor Zamora. Chicas… —Hace un gesto hacia el interior y la derecha—. Seguidme.

El señor Zamora carraspea.

—Hermana Teresa, ¿se supone que voy a dormir en la sala común?



La hermana Teresa se había girado, pero ahora da la vuelta, muy lentamente sobre sus talones, y parece que es el suelo lo que se ha movido, no ella. Es un poco terrorífica.

—Sí —dice en tono cortante—. Se supone exactamente eso.

El señor Zamora no se da por vencido.

—Creí entender que dispondría de un espacio privado para mí.

—Así es —dice la hermana Teresa, y sus labios se arquean en una media sonrisa.

Señala en dirección a una sombra a la derecha del edificio: una pila de vigas de madera de bambú.

—Puede quedarse ahí, si lo desea.

Unos pocos se atreven a reírse y el señor Zamora nos mira furiosos.

—¿Por qué no está terminado?

—Porque tenía tanta prisa por separar a estos niños de sus familias que ha llegado antes de tiempo. Vamos, niñas.

Pero antes de que pueda conducirnos al interior de la sala, el señor Zamora se interpone ante ella. Su voz es dulcemente suave, pero posee el filo de una navaja.

—Hermana, no empecemos con mal pie. ¿Es necesario que le recuerde que la financiación para este orfanato depende totalmente de mi plan para traer a los niños de Culión aquí? ¿Y que el gobierno pagó la construcción del nuevo almacén bajo mis indicaciones? —Señala hacia el orfanato, a sus espaldas.

Me fijo en que la parte superior del edificio parece más nueva, la pintura es más brillante y hay cristal en las ventanas, mientras que en la planta baja solo hay postigos.

—Y si no podemos llevarnos bien —prosigue el señor Zamora— no seré yo quien corra peligro. ¿Me entiende, hermana?

No puedo ver la cara de la hermana Teresa, pero su voz es igual de dulce y peligrosa que la de él.

—A la perfección.

Y se gira y desaparece como si llevara un traje de seda en lugar de un hábito de monja.

Espío la cara del señor Zamora antes de seguir a los demás. Tiene los labios apretados en una línea tan fina que parecen blancos. Se da cuenta de que lo estoy mirando y suelta un sonido seseante, que me atenaza la garganta. Bajo la cabeza.

La sala central está iluminada con velas. A su débil luz se adivinan los demás objetos: pupitres, sillas, una pizarra vacía. Hay una puerta que lleva a ambos lados de la estancia, otra al lado de la pizarra y una escalera estrecha que desaparece arriba, en la oscuridad.

Giramos a la derecha y entramos en el dormitorio común, lleno de catres y delgadas mantas que hacen las veces de cama. Alguien se sorbe la nariz ruidosamente. La hermana Teresa nos asigna a cada uno una cama en la penumbra, y nos dice dónde está el baño. Del piso de arriba llega un ruido repentino, podrían ser ratones, pero la hermana Teresa frunce el ceño y se encamina arriba. Oímos sus advertencias en voz baja, y nos metemos en la cama rápidamente y sin hacer ruido.

La mía está en el extremo de la habitación. Está llena de bultos y huele a vieja. Hay marcas en la pared que queda a la altura de mi cabeza, una figura con pelo largo y la letra «M». A medida que la noche avanza, me llega el rumor de las olas golpeando las rocas, como si estuviera durmiendo encima del mar. Toda la noche parece desorientada, y su entraña es aguda e incómoda, como las espinas de una rosa. Solo logro conciliar el sueño tapándome los oídos y canturreando una de las canciones para dormir que me tarareaba nanay.

Los huérfanos

La hermana Teresa ronca. Sus ronquidos me despiertan temprano y me quedo tendida con un nudo en el estómago, escuchándola. En dos ocasiones durante la noche he estirado la mano en busca de nanay y solo he encontrado el vacío. Todos los niños tenemos los ojos rojos y la expresión reticente cuando la hermana Teresa aparece, caminando arriba y abajo por la habitación y agitando una campanilla. La sala parece aún más austera a la luz gris del amanecer. Es más grande de lo que imaginaba y hay una hilera completa de camas vacías contra la pared de atrás, la que no tiene ventanas. Los postigos al lado de mi cama dan al patio trasero en el que nos detuvimos al llegar.

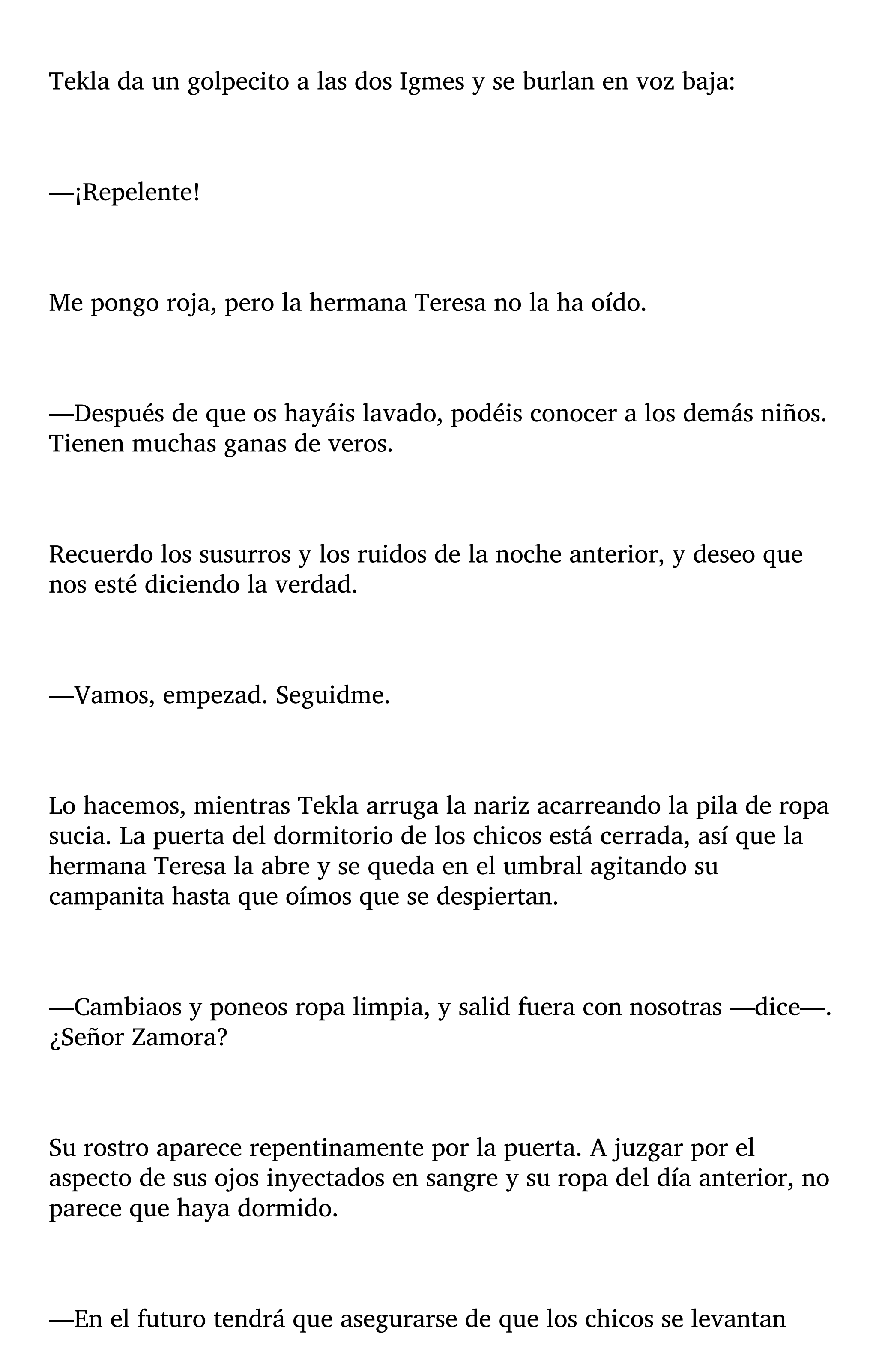
La hermana Teresa nos ordena que nos quitemos la ropa de viaje. Ayer todos nos quedamos dormidos con ella y ahora parecemos unos pordioseros. Recoge todas las prendas en una pila y se las entrega a Tekla.

—La primera tarea es la lavandería. Nos organizamos por turnos: hay un pedazo de jabón en una caja encima de mi escritorio. Tenéis que pedir permiso antes de utilizarlo porque no estamos preparados para acoger tantos niños de golpe. Esta mañana iré a por más jabón, pero aun así tendremos que ser cuidadosos al utilizarlo, ¿de acuerdo?

No estoy muy segura de cómo contestar porque ayer fui la única en hacerlo, pero la hermana Teresa me mira expectante y por eso replico:

—Sí, hermana Teresa.

—Gracias, Amihan. Chicas, por favor haced como ella. Si no, parece que esté hablando sola.



Tekla da un golpecito a las dos Igmes y se burlan en voz baja:

—¡Repelente!

Me pongo roja, pero la hermana Teresa no la ha oído.

—Después de que os hayáis lavado, podéis conocer a los demás niños. Tienen muchas ganas de veros.

Recuerdo los susurros y los ruidos de la noche anterior, y deseo que nos esté diciendo la verdad.

—Vamos, empezad. Seguidme.

Lo hacemos, mientras Tekla arruga la nariz acarreando la pila de ropa sucia. La puerta del dormitorio de los chicos está cerrada, así que la hermana Teresa la abre y se queda en el umbral agitando su campanita hasta que oímos que se despiertan.

—Cambiaos y poneos ropa limpia, y salid fuera con nosotras —dice—. ¿Señor Zamora?

Su rostro aparece repentinamente por la puerta. A juzgar por el aspecto de sus ojos inyectados en sangre y su ropa del día anterior, no parece que haya dormido.

—En el futuro tendrá que asegurarse de que los chicos se levantan

antes. No podemos permitirnos ningún retraso en el horario.

La hermana Teresa no sube arriba, así que tenemos que esperar para conocer a los demás niños. Seguimos a la monja al exterior, dejando al señor Zamora con aspecto de haberse levantado con mal pie, si es que llegó a echarse a dormir.

El carro sigue allí y el conductor está dormido en la parte de atrás. La hermana Teresa nos acompaña más lejos, sin hacer ruido, y sospecho que piensa que merece más descanso que el señor Zamora.

Cuando los chicos se unen a nosotras, frotándose los ojos ante la primera luz del día, cruzamos el patio y nos adentramos en el bosque por un estrecho sendero.

Kidlat se queda a mi lado. Sus ojos marrones están muy abiertos y asustados, con pestañas pegadas de tanto llorar. Se ha puesto la bata al revés y me acuclillo a su lado para ponérsela bien. Me mira intensamente, sollozando un poco cuando le quito el pulgar de la boca para poner el brazo en la manga correcta. Tomo su mano gordezuela y corremos para no perder a los demás.

—Por aquí se va al río —explica la hermana Teresa—. Podéis venir tantas veces como queráis, siempre que no os saltéis ninguna clase y que alguien sepa dónde vais.

El calor, húmedo y pegajoso, se ha apoderado del día, planea sobre los árboles y hace su sombra incómoda. La luz tiñe a todos de un tono verde profundo, como si fuéramos nenúfares. Camino detrás de una de las Igme, pero solo parece interesada en hacerse amiga de una chica llamada Lilay. Van juntas, sus cabezas y cuerpos están casi pegados para poder avanzar por el camino. Nanay es la única persona a la que he contado secretos, y me hundo en un terrible desánimo. Es mi única amiga y nadie parece interesado en hablar conmigo aquí. A menos que

contemos a Kidlat, que no habla.

Parpadeo a medida que nos acercamos a un río ancho, de poca profundidad. Corre ruidosamente por las rocas y, en la orilla opuesta, el bosque ocupa todo el espacio hasta el borde del sendero, dejando un reguero de ramas y hojas sobre la superficie del agua. Las flores se extienden aquí y allá como si fueran abanicos.

—Aquí podéis limpiar la ropa, después de ese punto —dice la hermana Teresa, que señala una gran roca. Saca la caja de jabón de su hábito—. Id lavando por turnos. Pronto organizaremos una rotación como es debido. Kidlat, tú primero.

Tardamos una hora en lavarnos y secar las prendas con trapos secos que la hermana Teresa saca de otro de sus bolsillos. Ayudo a Tekla hasta que llega mi turno de bañarme, escurrir la ropa y luego frotarla en la gran roca con el jabón; pero, aun así, no me sonríe. Supongo que es su manera de hacer frente a la losa que debe oprimirle el pecho, como a todos.

Yo me concentro en recordar todo lo que hago y veo, para poder escribir una carta y contárselo a nanay. De momento tengo el viaje hasta aquí (carro, barco, carro), la campanita de la hermana Teresa y sus bolsillos aparentemente sin fondo. Espero que la manera en que la hermana Teresa trata al señor Zamora haga reír a nanay.

No hay rastro de él cuando volvemos, pero el conductor del carro ha encendido una hoguera y se está haciendo una gran tortilla. A sus pies hay un montón de cáscaras de huevo. Se me hace la boca agua al ver que arroja un puñado de endivias salvajes a las yemas.

—Este es Luko —dice la hermana Teresa—. Supongo que no se presentó, porque no habla mucho. Luko es nuestro cocinero, aunque pronto tendremos más personal que vendrá del continente.

Luko se gira sobre sus talones y nos saluda. Tiene la misma constitución que Bondoc y el cabello le crece puntiagudo. Añado el hecho de que disponemos de un cocinero para contárselo a nanay.

—Voy a buscar a los demás niños. Así, podréis conoceros mientras desayunáis. Luko, ve a buscar a Tildie, por favor.

Luko aparta la sartén del fuego y se dirige a una entrada lateral del edificio. Igme y Lilay se ponen a susurrar en cuanto la hermana Teresa entra en el edificio. A la luz del día veo que tiene dos plantas, como la casa del doctor Tomas, pero parece al menos seis veces más ancha y no tiene balcones. Es de un tono amarillo apagado y la sección más nueva tiene un color más profundo. Encima de la puerta, en letras negras y espesas, pone: «Orfanato de Corón». En lo alto, una veleta de bronce gira con el viento.

Los postigos de la ventana superior derecha ahora están abiertos, y me pregunto si quien nos viera llegar la noche anterior también nos ha visto partir hacia el río esta mañana. Oímos el ruido de muchos pies bajando las escaleras y la hermana Teresa aparece, conduciendo dos hileras de niños que parpadean ante la luz del sol. Todos llevan batas gastadas, pero bien planchadas, y tienen la cara limpia y el pelo bien peinado. La hermana Teresa se queda en medio y se separan en línea recta a ambos lados: los niños a un lado y las niñas al otro. Parece como si estuviéramos a punto de empezar a jugar un partido y el equipo de Culión fuera a perder. Kidlat me agarra la mano.

Todos miran fijamente al frente excepto una niña que está al final de su hilera. Es más pálida que las demás; de hecho, tiene la piel más blanca que ninguno de nosotros y el pelo muy claro y suelto, como si fuera un halo alrededor de la cabeza. Nos observa igual que nosotros a ellos, y su mirada se detiene en mí. Tiene los ojos enormes y muy separados. Parpadeo y aparta la vista.

—Niños y niñas, os presento a vuestros nuevos compañeros. Ahora voy al pueblo a por provisiones, porque, como podéis ver, Luko ha gastado todos nuestros huevos. ¿Señor Zamora? —La hermana Teresa habla en dirección al edificio. El señor Zamora sale, enfundado en un traje limpio, con la corbata recta y su sombrero de paja—. ¿Podría vigilar a los niños hasta que vuelva?

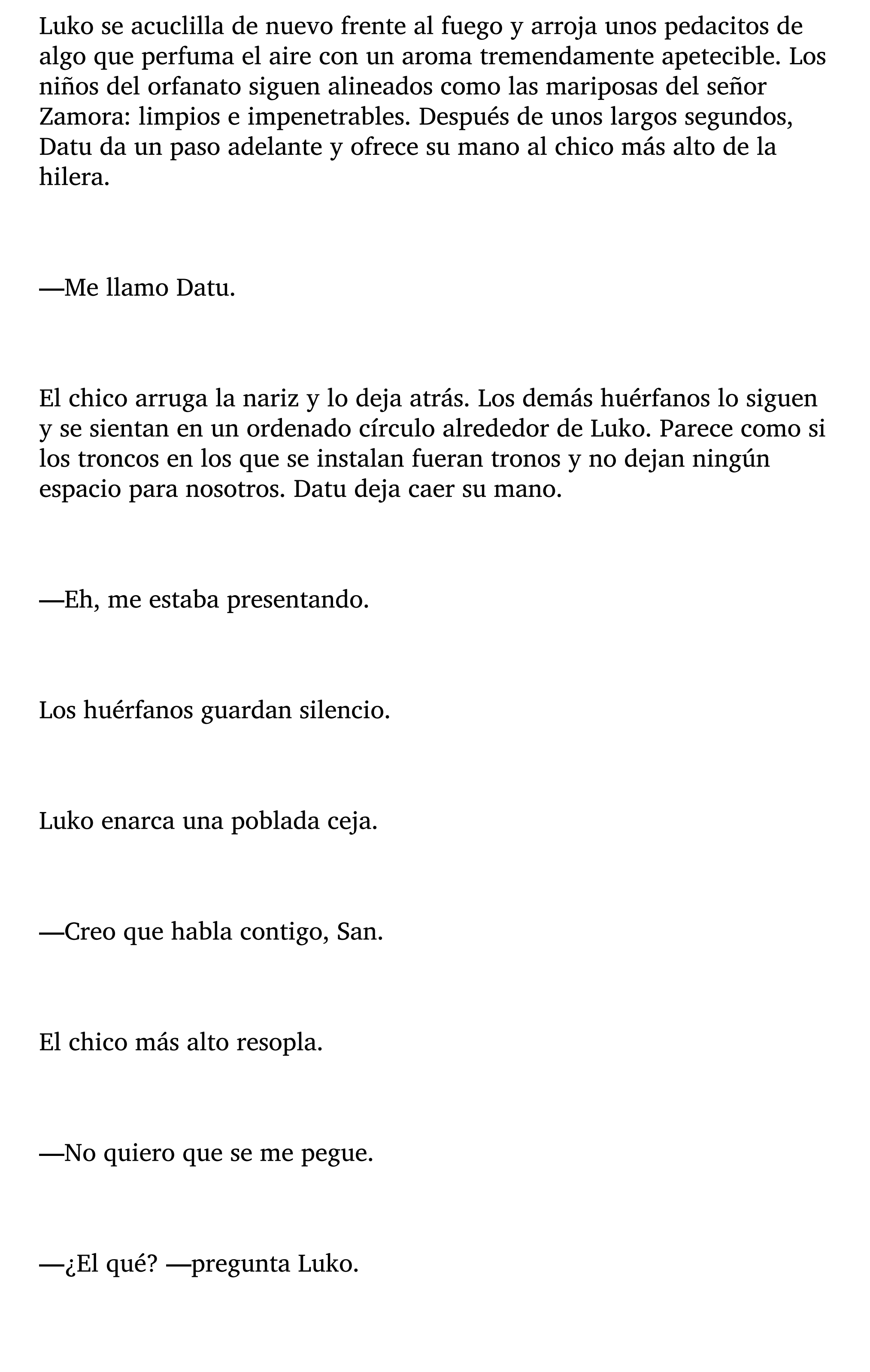
—Aún no he acabado de colocar mis muestras…

—Por favor —dice la hermana Teresa con voz cuidadosa—, solo hasta que regrese.

—No —replica cortante el señor Zamora, y una vena rugosa aparece en su cuello tenso—. Espere a que termine.

Luko vuelve con uno de los caballos que nos llevó desde el puerto. Debe de ser Tildie. La hermana Teresa aprieta los labios y el señor Zamora regresa al orfanato. Esperamos en silencio durante varios minutos. La hermana Teresa golpea el suelo con el pie, impaciente. En cuanto el señor Zamora sale, el cocinero se inclina y pone las manos para que la hermana Teresa suba al caballo con rapidez. Sin una palabra más, clava sus talones en Tildie y sale al galope por el camino. Ver a una monja galopando a caballo es como ver a un perro caminar sobre sus patas traseras: parece un truco.

El señor Zamora se queda frente al orfanato sin saber muy bien qué hacer. No da señales de querer acercarse a nosotros. Saca una silla del aula y se sienta en el umbral, nos mira con incertidumbre, como si en cualquier momento fuéramos a atacarlo. Pienso en las muestras y en las mariposas que están vivas en algún lugar de este sitio. A nanay le habría encantado ver cómo escapaban por el bosque, la hilera cimbreante y de preciosos colores que huía de los dedos ávidos del señor Zamora.



Luko se acuclilla de nuevo frente al fuego y arroja unos pedacitos de algo que perfuma el aire con un aroma tremendamente apetecible. Los niños del orfanato siguen alineados como las mariposas del señor Zamora: limpios e impenetrables. Después de unos largos segundos, Datu da un paso adelante y ofrece su mano al chico más alto de la hilera.

—Me llamo Datu.

El chico arruga la nariz y lo deja atrás. Los demás huérfanos lo siguen y se sientan en un ordenado círculo alrededor de Luko. Parece como si los troncos en los que se instalan fueran tronos y no dejan ningún espacio para nosotros. Datu deja caer su mano.

—Eh, me estaba presentando.

Los huérfanos guardan silencio.

Luko enarca una poblada ceja.

—Creo que habla contigo, San.

El chico más alto resopla.

—No quiero que se me pegue.

—¿El qué? —pregunta Luko.

—La enfermedad podrida —se estremece San—. Son de esa isla. Están contaminados.

El estómago me da un vuelco. No van a portarse bien con nosotros. Hablan como el señor Zamora. Oigo un crujido: es él, inclinándose hacia delante para escuchar lo que sucede.

Luko le da un suave golpe en la cabeza al muchacho.

—No están enfermos, por eso los han traído aquí.

—Nunca se puede estar seguro —dice el señor Zamora, quitándose una mota de la manga.

—Tonterías —dice Luko, y se da cuenta de que su tono ha molestado al señor Zamora—. Disculpe, señor, pero no es como pillar un resfriado.

—Además, acabamos de lavarnos —dice Datu y todos los huérfanos se giran a mirarlo—. La hermana Teresa nos ha llevado al río.

—Genial —dice San—. Ahora ya no podemos usar el río.

—¿Por qué no? —pregunta uno de los huérfanos, con los ojos muy abiertos.

—La enfermedad podrida se esconde en el agua —dice San en voz baja. De repente, se hace el silencio y hasta parece que los árboles dejan de mecerse y el fuego de crepitar—. Espera en las rocas, en el

musgo, y cuando sus víctimas inocentes se acercan… ——Luko vuelve a darle un pescozón y el señor Zamora se reclina en la silla, satisfecho y con las comisuras de los labios hacia arriba. Está disfrutando.

—Dices tonterías, contándoles historias para no dormir —rezonga Luko, y saca la sartén del fuego para servir el desayuno de huevos revueltos.

San se echa a reír, pero es una risa cruel. Imagino que no se cree lo que dice, pero sí lo bastante para que su mezquindad nos afecte a todos. Los demás huérfanos también se ríen, un poco más incómodos, y se concentran en su comida. Todos, excepto la muchacha pálida. Toma su bol y se acerca a nuestro grupo, que se ha acurrucado. Se sienta frente a Kidlat.

—Toma —dice, y extiende su cuchara. Kidlat la acepta, como un regalo.

La chica regresa y va a buscar otro bol. Se lo ofrece a Datu.

—Ten.

Lo hace una y otra vez, hasta que todos tenemos un bol con comida. Los huérfanos la miran en silencio, sin comer, y nosotros también. Me pregunto por qué solo trae un bol cada vez, hasta que me fijo en su mano derecha. Está encogida, y cuelga de la muñeca. Trato de no fijarme cuando deja el último bol frente a mí y se va a buscar el suyo. Levanta la cuchara y dice:

—Es la última. Tendremos que compartirla.

—¡Vas a pillarlo, Mari! —dice una de las huérfanas.

—O ellos pillarán lo que tienes tú —grita San.

—No está enferma —dice Mari, y su voz se oye en los dos círculos de niños. Se vuelve hacia mí. Sus ojos son de color miel, de un oro profundo—. ¿Verdad?

Muevo la cabeza.

—Y lo mío no es contagioso —dice, a la vez que me muestra su mano inerte y sonríe—. Así que vamos a comer.

El primer día

Esa primera mañana, la única que come con nosotros es Mari. Solo ella nos habla con amabilidad, aunque los demás no se atreven a ser maleducados cuando la hermana Teresa regresa. San es el que responde más alto «¡Sí!» cuando ella pregunta si han hecho amigos entre los recién llegados, y me fijo en que, si la monja está, nos mira afablemente. Pero en cuanto se da la vuelta o el señor Zamora es quien nos vigila, se aparta.

El señor Zamora solo habla con ellos, con los huérfanos originales, y parece que yo le disgusto especialmente. Cuando le preguntó a San qué le había pasado a su padre, le respondió que había muerto en un accidente de pesca. El señor Zamora me miró fijamente y dijo:

—Mejor un padre muerto que uno podrido.

Esperé a que el señor Zamora se fuera, y entonces me acerqué a San.

—Siento lo de tu ama —dije.

Me miró más o menos como yo me sentía: como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Sus ojos se pusieron vidriosos y se alejó rápidamente.

Nos dan una hora para que «nos hagamos amigos», y eso significa que nosotros nos quedamos al borde del patio donde juegan los demás.

Mari da varias vueltas a mi alrededor, tratando de trabar

conversación, pero no tengo ganas de hablar. No estoy acostumbrada a que alguien intente ser amiga mía. En la escuela los demás solían ignorarme y aquí parecen conformarse con hacer lo mismo. Pero Mari sigue preguntándome acerca de mi hogar y sé que si hablo de eso me echaré a llorar.

Pido permiso para ausentarme y voy dentro, al dormitorio. Me quedo sentada un rato, sosteniendo el cuenco de metal de nanay. Mari parece amable, pero es tan lanzada y amistosa, y hace tan poco que nos conocemos, que me hace sentir aún más tímida. Me limpio las lágrimas y trato de contener las siguientes, mordisqueando el interior de mis mejillas.

No puedo pasarme todo el día encerrada, sola y sin nada excepto el cuenco de nanay. Ella querría que tratara de hacer amigos, que hiciera un esfuerzo. Así que inspiro profundamente tres veces y me dirijo al exterior.

Al pasar delante de la oficina de la hermana Teresa, que está en la puerta que hay al lado de la pizarra, oigo voces. La puerta está ligeramente entreabierta y me detengo a escuchar, aunque sé que no debería.

—¿Cuándo estarán terminadas mis habitaciones? —Es la voz seca y desagradable del señor Zamora.

—Pronto. ¿Su cama del dormitorio de los chicos no es bastante cómoda? —pregunta la monja.

—Creo que subestima usted mis necesidades. Estoy escribiendo un libro…

—Un proceso que no ocupa ningún espacio, excepto el de su mente.

—Un libro sobre mariposas. Y lejos de ocupar solamente mi cerebro, necesito espacio físico para organizar mis muestras y ampliarlas.

—¿Muestras?

—Y preservar las muestras vivas que traje conmigo. Y también necesito sitio para las crisálidas. Precisan estabilidad, y los chicos las golpean cada vez que abren los postigos. No puedo tenerlas en el alféizar.

—No fuera a ser que disfrutaran de aire fresco.

—¿Debo recordarle que soy el responsable de este lugar, hermana Teresa? Vaya con cuidado y no emplee ese tono conmigo. Además, no sé por qué tengo que compartir el dormitorio con los niños de Culión. Debería estar con los normales.

—Los niños de Culión están aquí porque usted los trajo. —La voz de la hermana Teresa es gélida.

—¡Por orden del gobierno!

—¿Por qué se ha quedado? ¿También es por orden del gobierno, o porque desea ayudarlos?

—El gobierno me ha confiado el cuidado de estos niños, ¡y voy a cumplir con mi misión! —El señor Zamora inspira profundamente para calmarse y prosigue—: Soy la autoridad en esta institución, así que espero que empiece a tratarme como tal.

Cuando la monja vuelve a hablar, su tono es más comedido.

—No les esperábamos hasta dentro de un mes. Los hombres que iban a construir su casa están trabajando en otros lugares.

—No sé cómo el director de Sanidad esperaba que me pasara todo un mes durmiendo en esa sala común.

—Escribiré a la ciudad y solicitaré que empiecen su labor lo antes posible —dice la hermana Teresa, educadamente, pero con una inconfundible nota de impaciencia en la voz. Oigo un tablón crujir y me apresuro a alejarme de la puerta—. Mientras tanto, puede dormir en mi despacho, si lo prefiere.

Se oyen pasos, pero antes de que alguien asome, me voy corriendo fuera. Mari está sentada a solas, como cuando me fui. Vacilo un instante y me siento a su lado.

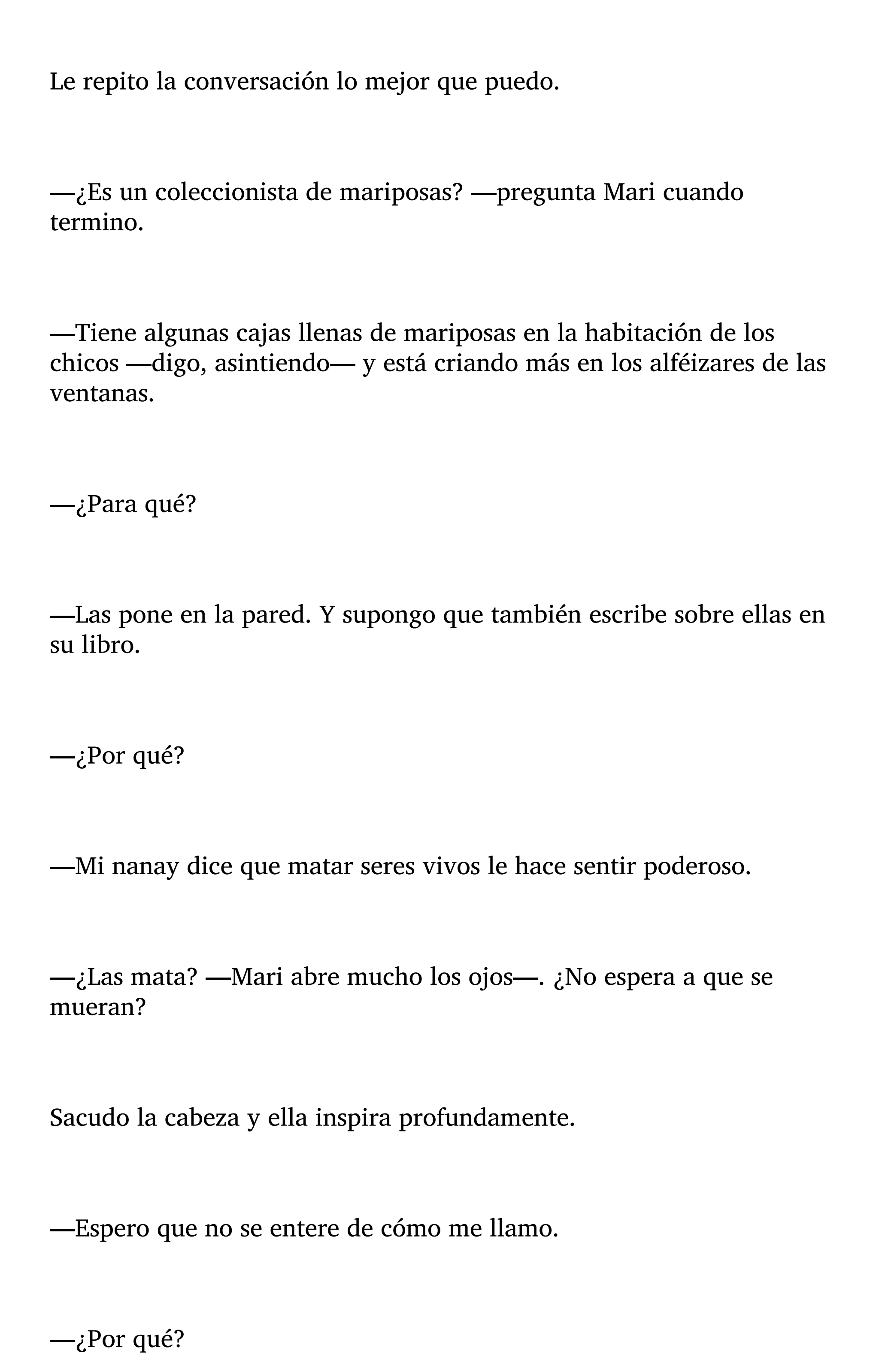
—¿Estás bien? —pregunta.

Haz un esfuerzo, me digo.

—He oído al señor Zamora y a la hermana Teresa discutiendo.

Los ojos de Mari se iluminan.

—Cuéntame.



Le repito la conversación lo mejor que puedo.

—¿Es un coleccionista de mariposas? —pregunta Mari cuando termino.

—Tiene algunas cajas llenas de mariposas en la habitación de los chicos —digo, asintiendo— y está criando más en los alféizares de las ventanas.

—¿Para qué?

—Las pone en la pared. Y supongo que también escribe sobre ellas en su libro.

—¿Por qué?

—Mi nanay dice que matar seres vivos le hace sentir poderoso.

—¿Las mata? —Mari abre mucho los ojos—. ¿No espera a que se mueran?

Sacudo la cabeza y ella inspira profundamente.

—Espero que no se entere de cómo me llamo.

—¿Por qué?

—Mari viene de Mariposa —arruga la nariz—. Mi nanay era española.

Estira los brazos y saca la lengua como si estuviera muerta y clavada en la pared.

—¿Qué pinta tengo?

Me echo a reír a mi pesar justo cuando sale la hermana Teresa, con las mejillas arreboladas.

—Niños, es hora de las clases. Venid dentro.

Hoy toca matemáticas y pienso en nanay mientras los números se suman y restan y multiplican en mi cabeza. Es descansado dejar que mi mente se ocupe con otras cosas, que me recuerdan a ella, pero no me obligan a hablar sobre ella. La hermana Teresa dice que lo hago bien y me pide que ayude a una de las otras niñas, Suse, con sus tablas. Coloca a Suse a mi lado y la niña se sienta rígida, sin mirarme cuando señalo las cifras.

Suse solo se relaja cuando Mari se acerca a nosotras durante la pausa y le dice:

—¿Sabes que San miente, verdad? No está enferma, y el río tampoco está contaminado.

A lo largo de las horas de clase el señor Zamora no para de acarrear cajas del dormitorio de los chicos a la habitación de la hermana Teresa. La monja se esfuerza obviamente en ignorarlo, pero Mari me

da un ligero codazo y pregunta:

—¿Son las mariposas?

Asiento.

—Pobrecitas —murmura—. Encerradas en la oscuridad.

A la hora de comer, todos los huérfanos preguntan por las cajas, y Datu les cuenta lo de las mariposas que se escaparon en el bosque de Culión. San escucha boquiabierto, y Datu y él terminan jugando a la pelota y hablando. Creo que San se ha aburrido de fingir que le damos asco y algunos de los otros niños también nos han empezado a preguntar cosas. Cuando termina el primer día todos nos tratan como un primer día de escuela normal: cautelosamente amistosos. A la hora de la cena varios chicos se sientan con nosotros, aunque nadie se atreve a compartir cuchara, aparte de Mari y de mí.

—¿Por qué no come? —pregunta Mari cuando acabamos. Señala con la cabeza al señor Zamora, que está sentado en su silla al lado de la pila de vigas de bambú con las que construirán su casa. Está escribiendo en una libreta de cuero, y no ha tocado el bol de arroz y pescado que Luko le ha dejado a los pies.

—Cree que se contagiará si come lo mismo que todos. Piensa que estamos Tocados, aunque sus médicos digan que no.

—¿Tocados?

—Así llamamos a los que sufren la enfermedad.

—Nosotros también utilizamos esa palabra —dice Mari— pero quiere decir enfermos de la cabeza. Locos.

—Creo que el señor Zamora está un poco… tocado —digo.

—¿Por qué?

Le hablo de la petición y de cómo limpió la mesa. La sangre en sus manos. Mari me escucha atentamente, con el ceño fruncido.

—Pobre —dice cuando termino, igual que hizo hablando de las mariposas. Sigo su mirada hasta el señor Zamora, que a su vez mira a algún punto en el horizonte. Parece exhausto—. Imagínate creer que la suciedad es algo malo y tener que vivir en un lugar que te parece sucio.

—Pero no lo es —digo, enfadada.

—No es lo que nos han contado aquí, entiéndelo —responde, amable —. En Corón mucha gente piensa como San. Tienen miedo de lo que es diferente. De mi mano, por ejemplo.

La levanta. No me había atrevido a mirarla desde que me di cuenta de que no estaba bien.

—No pasa nada —dice—. Puedes mirar.

La mano le cuelga y algunos dedos no están formados.

—Nací así —explica—. Por eso, y porque son muy pálida, mis padres creyeron que estaba maldita. Aunque la gente piensa todo tipo de cosas. En el pueblo una vez me llamaron leprosa, perdón, Tocada.

—¿Por eso eres tan amable conmigo?

Parpadea.

—Soy amable porque tú lo eres. Saltaba a la vista, incluso la primera noche. Estabas consolando a ese pequeño, aunque tú también estabas triste.

—¿Eras tú la que nos miraba desde la ventana de arriba, esa noche?

Mari asiente.

—Estoy justo debajo de ti. Mi cama está al fondo, a la derecha.

—¿Has visto mi autorretrato?

Frunzo el ceño sin entender a qué se refiere, pero luego recuerdo la figurita y la «M» grabadas en la pared.

—¡Oh, sí! Es…

Mari se echa a reír: es un sonido ligero y delicioso.

—… terrible. Lo hice cuando llegué aquí. ¡Qué gracia que duermas en mi antigua cama! Deberíamos pasarnos notas.

Me llevo la mano a la frente.

—¡Dije a nanay que le escribiría hoy!

—Puedes hacerlo ahora.

—Pero no podré mandarla por correo hasta que Luko vaya al pueblo.

—¿Le dijiste que la mandarías hoy, o que la escribirías hoy?

—Que la escribiría.

—Así que no estás rompiendo tu promesa. Espera aquí.

Se levanta y se mete en el orfanato. Miro a mi alrededor. Un grupo de niños juega con una pelota hecha de harapos, y los huérfanos de Corón se mezclan con los recién llegados de Culión. Cuántas cosas pueden cambiar en un solo día; pero también veo algunos de mis compañeros, sentados y apartados de los demás, como Igme y Kidlat y Lilay. Me pregunto si también sienten que han dejado sus cabezas y sus corazones atrás, atrapados en Culión. Me siento vacía. Kidlat se da cuenta de que lo estaba mirando y se acerca. Me tiende una florecita hecha polvo y la acepto. Sonríe y se sienta a mi lado.

Cuando Mari vuelve se sienta con él y dice:

—Hola, me llamo Mari.

—No habla —digo—, pero su nombre es Kidlat.

—Encantada de conocerte —dice Mari, y Kidlat sonríe—. Bueno, veamos —añade colocando una hoja de papel frente a mí—. Aquí tienes. Escribe.

—¿Qué le digo?

—Lo que quieras.

Me rasco la cabeza.

—No sé por dónde empezar.

—Empieza por la forma de tu día. Luego vas llenándolo. No miraré.

Se echa a un lado. Hace más fresco, los insectos zumban a nuestro alrededor y, durante un rato, contemplo el partido de fútbol. San y Datu están en el mismo equipo, y Luko es el portero. Apenas tiene que moverse para bloquear la pelota. El señor Zamora sigue escribiendo frenéticamente a la luz del atardecer.

Le diré a nanay que está escribiendo un libro sobre mariposas. Le contaré nuestro viaje, le hablaré de Kidlat y de los otros niños, y de la hermana Teresa. También le diré quién es Luko y las lecciones que hemos aprendido hoy, y empezaré hablándole de compartir una cuchara. Empezaré por Mari.

La hermana Teresa nos manda a dormir temprano, aunque yo me quedo despierta, tratando de oír el mar. Debe de estar cerca, pero aún no lo he encontrado. Mañana lo buscaré, y también la isla de Culión, aunque solo sea una sombra baja desdibujándose en la distancia.

Tap. Tap.

Doy un salto y me vuelvo hacia la ventana. Parece como si hubiera alguien fuera, pero no veo nada, ni dedos contra los postigos. Mi corazón da un salto porque ahora distingo una sombra balanceándose. ¿Es un pájaro?

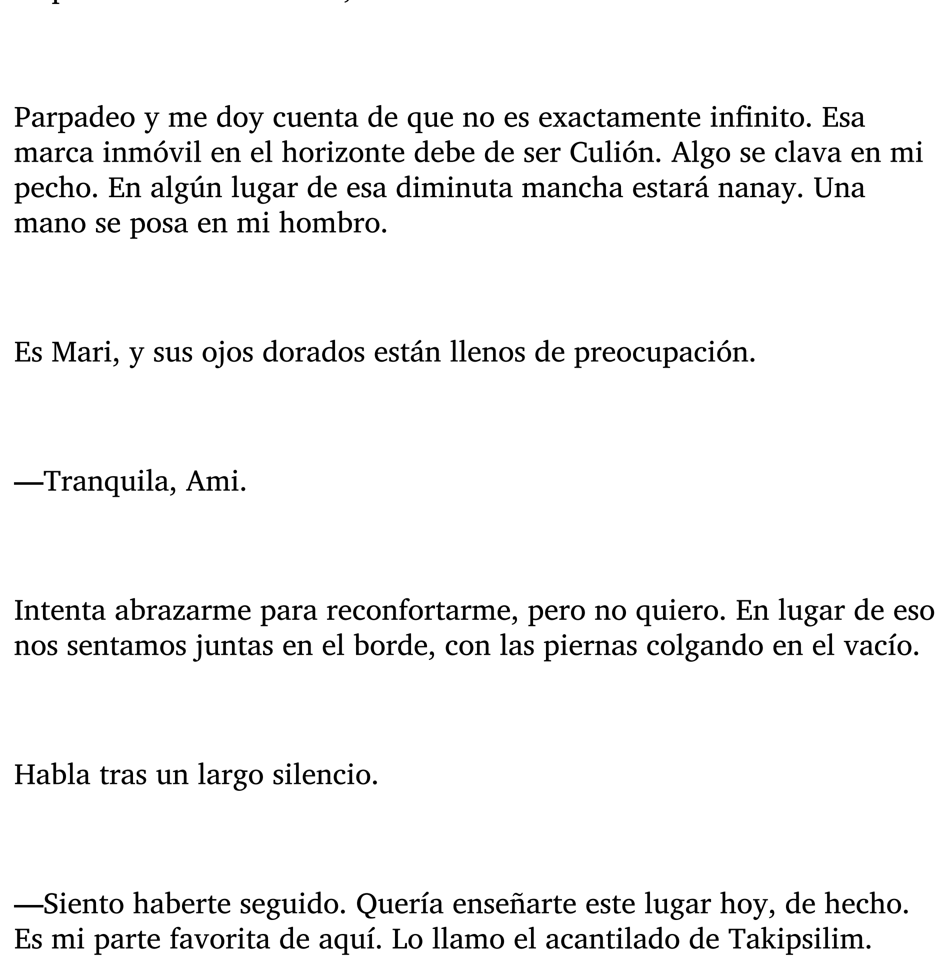
Tap. Tap. Tap.

Abro la ventana vacilante. Igme, la más alta, se da la vuelta en la cama, pero no se despierta. Frente a mí flota un palito colgado de un cordel. Miro hacia arriba y veo una mano pálida balanceándolo. Mari. Tomo el palito y veo que tiene un pedazo de papel atado.

Que descanses, dice. Miro de nuevo hacia arriba pero ya no está y se oyen los postigos cerrándose. Recorro la «M» de la pared. Que descanses, repito en silencio. Y lo hago.

La carta

Al día siguiente, mientras todos juegan en la hora del patio, me escurro y rodeo la parte trasera del orfanato. Un camino oculto por la vegetación se extiende hacia el bosque. Lo sigo bajo las sombras verdosas, hasta que los árboles desaparecen, como soldados que se detienen de golpe. Estoy al borde de un acantilado. Y allí, resplandeciente e infinito, está el mar.



Parpadeo y me doy cuenta de que no es exactamente infinito. Esa marca inmóvil en el horizonte debe de ser Culión. Algo se clava en mi pecho. En algún lugar de esa diminuta mancha estará nanay. Una mano se posa en mi hombro.

Es Mari, y sus ojos dorados están llenos de preocupación.

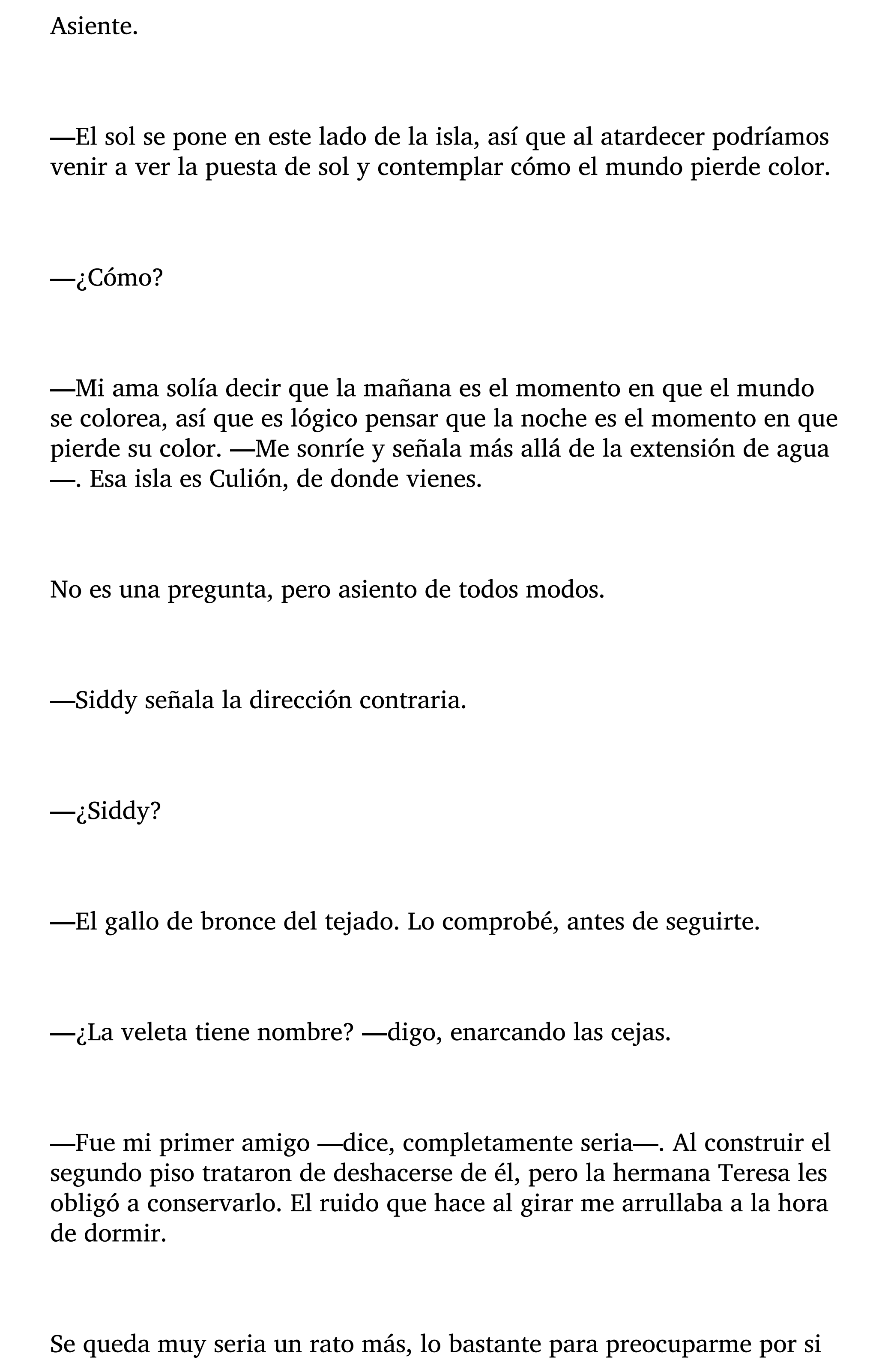
—Tranquila, Ami.

Intenta abrazarme para reconfortarme, pero no quiero. En lugar de eso nos sentamos juntas en el borde, con las piernas colgando en el vacío.

Habla tras un largo silencio.

—Siento haberte seguido. Quería enseñarte este lugar hoy, de hecho. Es mi parte favorita de aquí. Lo llamo el acantilado de Takipsilim.

—¿El acantilado del Crepúsculo?


Asiente.

—El sol se pone en este lado de la isla, así que al atardecer podríamos venir a ver la puesta de sol y contemplar cómo el mundo pierde color.

—¿Cómo?

—Mi ama solía decir que la mañana es el momento en que el mundo se colorea, así que es lógico pensar que la noche es el momento en que pierde su color. —Me sonríe y señala más allá de la extensión de agua —. Esa isla es Culión, de donde vienes.

No es una pregunta, pero asiento de todos modos.

—Siddy señala la dirección contraria.

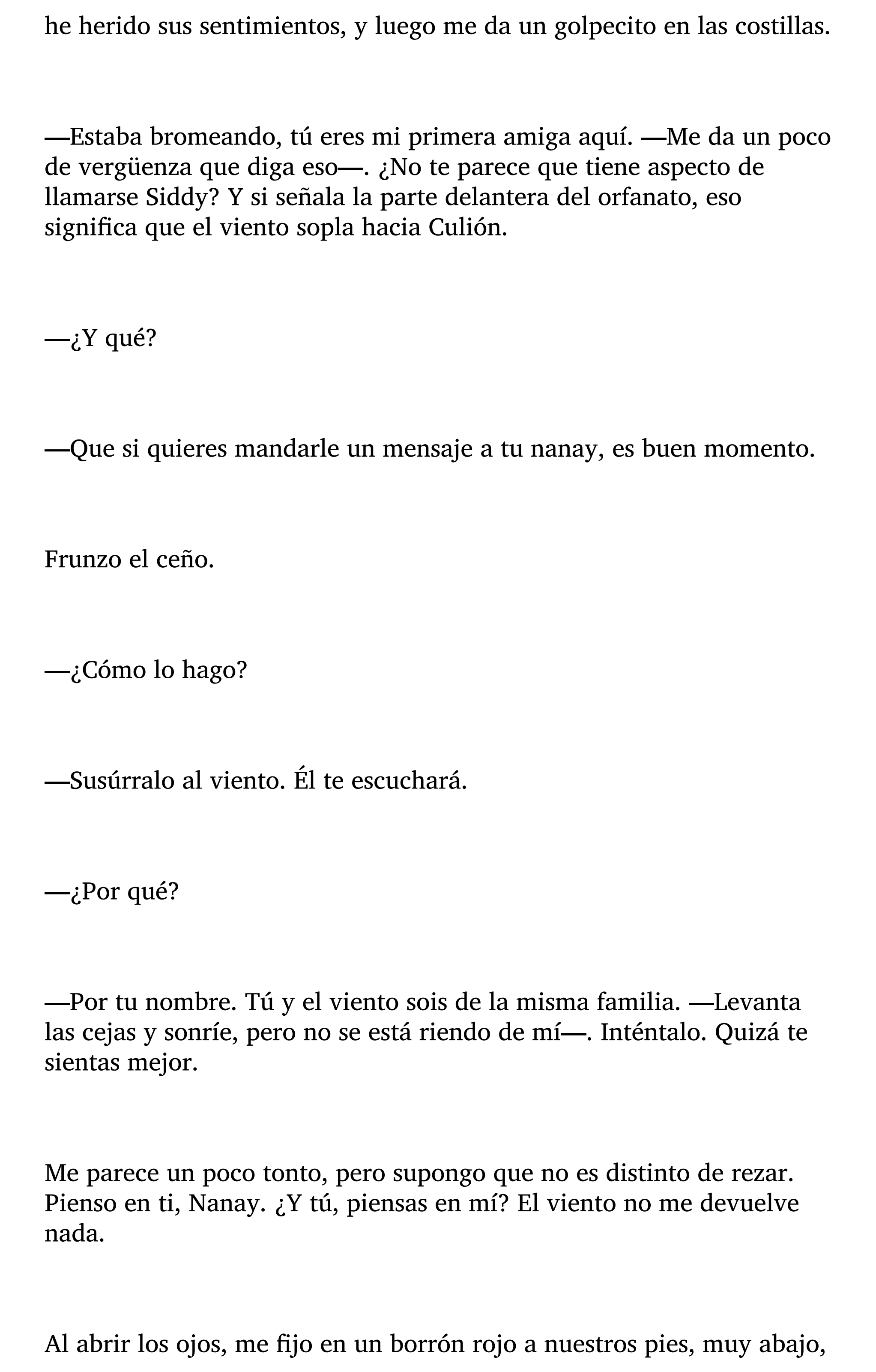
—¿Siddy?

—El gallo de bronce del tejado. Lo comprobé, antes de seguirte.

—¿La veleta tiene nombre? —digo, enarcando las cejas.

—Fue mi primer amigo —dice, completamente seria—. Al construir el segundo piso trataron de deshacerse de él, pero la hermana Teresa les obligó a conservarlo. El ruido que hace al girar me arrullaba a la hora de dormir.

Se queda muy seria un rato más, lo bastante para preocuparme por si



he herido sus sentimientos, y luego me da un golpecito en las costillas.

—Estaba bromeando, tú eres mi primera amiga aquí. —Me da un poco de vergüenza que diga eso—. ¿No te parece que tiene aspecto de llamarse Siddy? Y si señala la parte delantera del orfanato, eso significa que el viento sopla hacia Culión.

—¿Y qué?

—Que si quieres mandarle un mensaje a tu nanay, es buen momento.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo lo hago?

—Susúrralo al viento. Él te escuchará.

—¿Por qué?

—Por tu nombre. Tú y el viento sois de la misma familia. —Levanta las cejas y sonríe, pero no se está riendo de mí—. Inténtalo. Quizá te sientas mejor.

Me parece un poco tonto, pero supongo que no es distinto de rezar. Pienso en ti, Nanay. ¿Y tú, piensas en mí? El viento no me devuelve nada.

Al abrir los ojos, me fijo en un borrón rojo a nuestros pies, muy abajo,

en el agua. Parece un puñado de algas.

—¿Qué es eso?

—Es un barco. Bueno, lo era. ¿Ves ese camino? —dice, señalando un ligero sendero en el borde del acantilado—. Fui allí una vez. El barco aún estaba a flote, pero le faltaba muy poco para hundirse. Está estropeado, abandonado. Como yo.

—¿Te abandonaron aquí? —pregunto.

Mari asiente.

—A la hermana Teresa le ordenaron que me mandara a una fábrica a Manila, porque no era huérfana en realidad, solo que mis padres no querían quedarse conmigo.

—Eso es horrible —digo.

—Pero no lo hizo —añade, encogiéndose de hombros—. Ignoró las órdenes del gobierno.

Pienso en el doctor Tomas y en el padre Fernando. Si ellos hubieran ignorado al señor Zamora y las órdenes del gobierno, ahora estaría con nanay. La ira brota en mi interior.

—No puedo creer que te abandonaran.

—Creo que también me querían. Me enseñaron cosas sobre los árboles, la pesca y los barcos. Sobre todo, barcos. Mi padre era marinero, y recuerdo que me enseñó a hacer nudos y cómo izar las velas para aprovechar mejor el viento. —Sonríe, como si estuviera recordando algo—. Tenía la cara tan bronceada por el sol que parecía de cuero.

—Entonces, ¿por qué… —No quiero decir la palabra «abandonar»—. ¿Por qué terminaste aquí?

La sonrisa se borra de su rostro.

—Cuando tenía siete años, un brujo llegó al pueblo y dijo que estaba maldita, y que por eso estaba tan pálida. Dijo que era la culpable de las malas cosechas, de que las mujeres del pueblo perdieran a sus bebés y… —Su voz se apaga—. De todo lo malo.

—¡Eso no es justo!

—Al menos me dieron la oportunidad de quedarme en el orfanato, en lugar de abandonarme en la jungla. Es lo que hacen a veces con los niños malditos.

—Pero tú no estás maldita.

—Tú eres la primera persona que me ha hecho sentir normal. O al menos que es tan extraña como yo.

—¿Extraña?

Me mira fijamente con sus ojos de miel.

—Los demás no hablan con nosotros, ¿verdad? Aparte de Kidlat, no se acercan. Es como si no nos vieran. Pero tú sí me ves, y yo a ti también.

Aparto la mirada, porque una oleada de vergüenza me recorre la cara.

—Deberíamos volver.

El señor Zamora pasa mucho tiempo metido en el despacho de la hermana Teresa. Aunque se supone que es el director del orfanato, y de todos los niños, y hasta el superior de la hermana Teresa, deja que ella lleve el día a día de las cosas y solo viene a vernos ocasionalmente, observándonos desde su elevada estatura. Es extraño verla nerviosa cuando él aparece, porque en general es una mujer muy decidida. A veces, cuando hay demasiado ruido en el dormitorio de los chicos, solo tiene que permanecer en pie en el umbral y hacer notar su presencia para que todos guarden silencio.

Ahora duerme (y ronca) en el aula, aunque los hombres que van a construir la nueva casa del señor Zamora no tardarán en llegar, y ya no tendrá que dejarle su despacho. Las cartas de nanay aún no han llegado, y no es propio de ella romper su promesa.

Mari dice que seguramente nanay tendrá sus razones. No sabe nada de nanay ni de sus razones, solo trata de ser amable y consolarme, así que intento que no se dé cuenta de que me molesta que lo diga. Mari es la única persona que me dirige la palabra. Sin ella estaría muy sola.

Pero, aun así, no le cuento todo lo que pienso o siento. Guardo cosas para mí, o las susurro al viento para que nanay las oiga, y eso cada vez me parece menos estúpido. El cuenco de metal de nanay es el lugar donde ahora guardo mi ropa. El fondo es un poco grasiento, y

cuando llevo la bata huele un poco a ajo, pero me gusta.

Sigo utilizando papel del aula para escribir mis cartas, y se las doy a Luko para que las envíe por correo en el pueblo. Al pie de cada una, en lugar de mi nombre y de enviarle besos, escribo: «¡Un paso menos!».

Dos semanas después, me despierta un repiqueteo. Esta vez no hay ninguna nota al final del cordel, solo un palito que baila frenético contra los postigos. Los abro y miro hacia arriba. Mari está asomada a la ventana.

«¿Qué pasa?», pregunto silabeando, sin hablar.

«¡Mira!», señala. No veo nada durante largo tiempo, pero de repente aparece un carro entre los árboles y cinco hombres se bajan de él. Llevan madera y herramientas, y otro lleva un fajo de papeles bajo el brazo. Cartas.

Mari señala para indicarme que va a bajar. Me visto y me deslizo por el dormitorio sin despertar a nadie. La hermana Teresa ya se ha levantado y está en el umbral, con las cartas en la mano.

—¿Alguna para mí, hermana? —pregunto, disimulando los nervios y el vuelco que me da el corazón y la saliva que trago y la manera en que mi estómago aletea. Mari baja corriendo por las escaleras y la hermana Teresa se gira hacia nosotras.

—Buenos días, Mari. Buenos días, Ami. Tenéis suerte. —Sostiene una delgada hoja de papel. La rozo con las yemas antes de que caiga al suelo.

—¿Qué es esto? —ruge el señor Zamora. Ha abierto la puerta del despacho de par en par y respira agitadamente. Tiene la camisa sudada en los sobacos.

La hermana Teresa lo mira boquiabierta.

—Es una carta, y no es suya.

—¿Una carta para ella? —dice, señalándome con la cabeza—. ¿De la colonia?

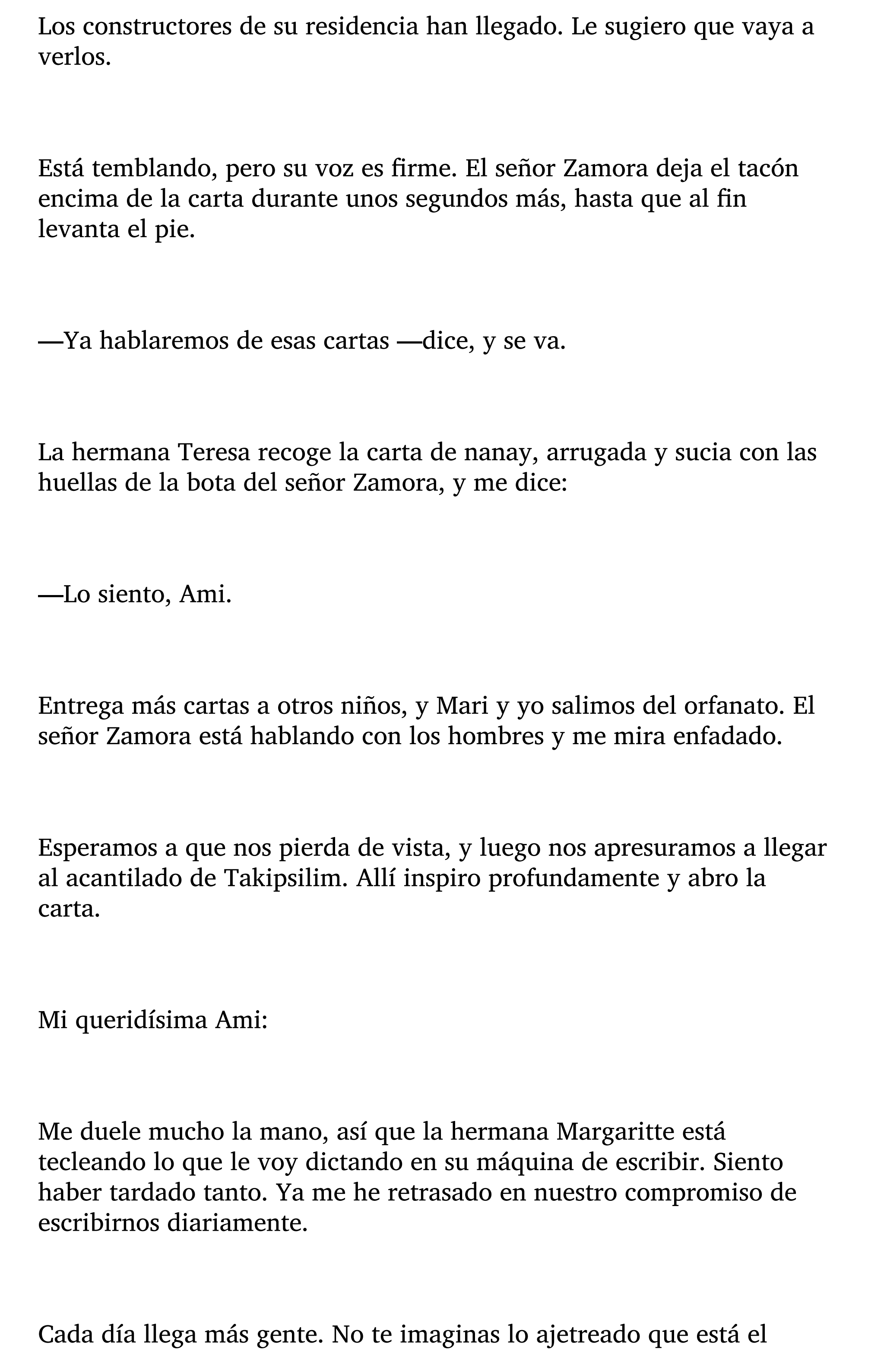
—De su madre, sí —dice la hermana Teresa, inclinándose para recogerla. El señor Zamora la pisa para que no pueda cogerla y, al hacerlo, rompe el preciado pedazo de papel.

—Su madre es una leprosa. Está muy enferma, no tiene nariz. La he visto. —Se estremece y yo también, pero de furia.

—Sé perfectamente que los padres de todos los niños están Tocados, señor Zamora. Le ruego que mueva su pie.

—¡No podemos permitirlo! —grita. Los demás niños se reúnen a nuestro alrededor, detrás de Mari, que está en las escaleras, en el umbral del dormitorio de los chicos y de las chicas, pero el señor Zamora parece no darse cuenta—. ¡Tenemos que mantener esta área limpia de toda contaminación!

—Las cartas no son leprosos, señor Zamora. —La hermana Teresa respira furiosamente, controlando su respuesta—. Entiendo que el gobierno haya decidido que es necesario separar a los niños y niñas de sus familias, pero no ha decretado que no haya contacto entre ambos.



Los constructores de su residencia han llegado. Le sugiero que vaya a verlos.

Está temblando, pero su voz es firme. El señor Zamora deja el tacón encima de la carta durante unos segundos más, hasta que al fin levanta el pie.

—Ya hablaremos de esas cartas —dice, y se va.

La hermana Teresa recoge la carta de nanay, arrugada y sucia con las huellas de la bota del señor Zamora, y me dice:

—Lo siento, Ami.

Entrega más cartas a otros niños, y Mari y yo salimos del orfanato. El señor Zamora está hablando con los hombres y me mira enfadado.

Esperamos a que nos pierda de vista, y luego nos apresuramos a llegar al acantilado de Takipsilim. Allí inspiro profundamente y abro la carta.

Mi queridísima Ami:

Me duele mucho la mano, así que la hermana Margaritte está tecleando lo que le voy dictando en su máquina de escribir. Siento haber tardado tanto. Ya me he retrasado en nuestro compromiso de escribirnos diariamente.

Cada día llega más gente. No te imaginas lo ajetreado que está el

pueblo y lo confusas que son las nuevas reglas sobre sanos y leprosos.

El hospital está a rebosar y la gente no está muy contenta. Ahora que el señor Zamora se ha ido, han puesto a cargo de todo a un tal señor Alonso. No es mucho mejor, pero al menos no está tan terriblemente delgado.

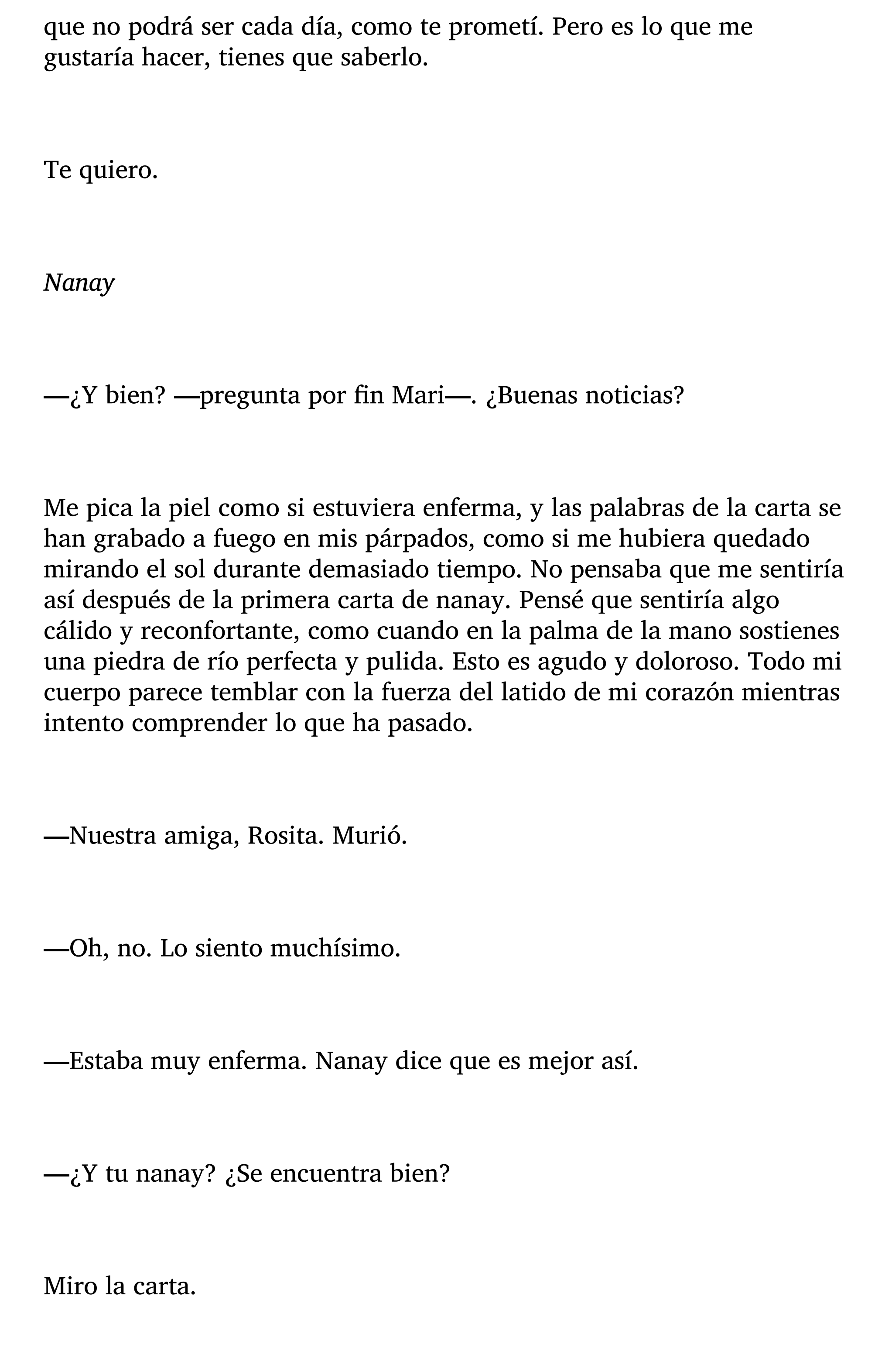
Pero he hecho algunos nuevos amigos. Mi vecina es una chica muy agradable que se llama Lerma. Me recuerda a mí, porque también la separaron de su familia y solo tiene veinte años. Viene de la isla de Mindoro, que es de donde era tu ama.

Bondoc y Capuno están bien. Veo a Capuno casi cada día y Bondoc ha venido hoy. Tardó dos días en conseguir el permiso, y no le permiten tocarnos. No estoy muy segura de cómo será la vida así, pero lo intentaremos. Espero que, cuando regreses, hayan comprendido lo estúpidas que son estas reglas.

Aparte de mi mano y un pequeño resfriado, estoy bien de salud. Nos mantienen ocupados ayudando a los recién llegados, y pronto el hospital lo llevarán solo los Tocados, aparte de las monjas y el doctor Tomas. Intentaré conseguir un trabajo allí para poder mandarte algo de dinero.

Tengo una mala noticia, pero creo que querrías saberlo. Rosita ha muerto. Espero que esto no te entristezca; al menos ya no sufre, y había llegado su hora. Ayer se celebró su funeral. Tuvo lugar en la iglesia, por desgracia, pero aun así fue una despedida muy bonita. Le he pedido perdón a la hermana Margaritte por decir esto, pero no quiero que lo tache.

Cuéntame cómo va todo. Espero que sea un lugar agradable y que cuiden bien de ti. Escribiré de nuevo cuando la hermana Margaritte pueda volver a teclear mi carta. Está muy ocupada ahora mismo, así



que no podrá ser cada día, como te prometí. Pero es lo que me gustaría hacer, tienes que saberlo.

Te quiero.

Nanay

—¿Y bien? —pregunta por fin Mari—. ¿Buenas noticias?

Me pica la piel como si estuviera enferma, y las palabras de la carta se han grabado a fuego en mis párpados, como si me hubiera quedado mirando el sol durante demasiado tiempo. No pensaba que me sentiría así después de la primera carta de nanay. Pensé que sentiría algo cálido y reconfortante, como cuando en la palma de la mano sostienes una piedra de río perfecta y pulida. Esto es agudo y doloroso. Todo mi cuerpo parece temblar con la fuerza del latido de mi corazón mientras intento comprender lo que ha pasado.

—Nuestra amiga, Rosita. Murió.

—Oh, no. Lo siento muchísimo.

—Estaba muy enferma. Nanay dice que es mejor así.

—¿Y tu nanay? ¿Se encuentra bien?

Miro la carta.

—Está resfriada.

—Eso no es muy grave, ¿verdad? Mientras se cure antes de que empiece la estación de las lluvias, quiero decir.

Inspiro profundamente.

—Sí, supongo que sí. Solo… solo que una complicación como esa es precisamente lo que le pasó a Rosita. Cuando estás Tocado, no te mueres a causa de la lepra. La mayoría de las veces son cosas menores.

Son las complicaciones. El doctor Tomas nos lo explicó en la escuela el día que llegó del continente. Era el único voluntario que había aceptado un puesto en la isla sin retorno. Yo tenía seis años.

—Estar Tocado hace que tu cuerpo esté más débil y tenga menos recursos para luchar contra los resfriados y la fiebre y otras enfermedades de menor importancia —dijo. Entonces aún no tenía las arrugas que tiene ahora. Para él éramos casos en un manual de medicina, no nos habíamos convertido en familias, aún—. Tenéis que tomar precauciones. Las complicaciones como los resfriados pueden haceros mucho daño.

—Seguro que pronto mejorará —dice Mari.

—Sí. —Trato de calmarme. Lleva razón. Nanay tiene amigos, y la hermana Margaritte la ayuda a escribirme esta carta. Está bien, aunque los cambios parecen desagradables. Me pregunto qué aspecto tendrá el señor Alonso. Nanay dice que no está delgado, así que me lo imagino gordito. Es gracioso cómo funciona mi mente, a base de opuestos. Como cuando dice que Culión ha pasado del señor Zamora al señor Alonso: yo pienso de la Z a la A. Un alfabeto al revés. Y yo he

pasado de vivir en un lugar con amanecer a un lugar crepuscular.

Mari está tan callada a mi lado que casi me olvido de que está ahí. Eso me gusta, sabe cuándo guardar silencio. Está mirando hacia el horizonte y algunas hebras de su melena pálida revolotean alrededor de su cara. Es la cosa más extraña y hermosa que he visto jamás.

La eclosión

Los obreros solo tardan cuatro días en construir una residencia al señor Zamora: más bien una cabaña. En cuanto instalan el cerrojo en la puerta, se traslada de inmediato. Se pasa día y noche metido en la cabaña, y a veces se oyen martilleos. Debe de estar colgando su colección de mariposas. Pide que vuelvan los obreros para construirle un taller separado, con especificaciones tan precisas que oigo a uno de los obreros quejarse de que tardarán tres veces más en construirlo.

Mari y yo pasamos todo el día juntas. Jugamos a la rayuela y al escondite y nos sentamos juntas en clase. Los chicos son muy ruidosos, así que Kidlat también se viene a menudo a jugar con nosotras. Ya no llora tanto, y a veces hasta se ríe. Le hablo de él a nanay, con la esperanza de que tal vez les cuente a sus padres que estoy cuidando de él.

Poco después de instalarse el señor Zamora en su cabaña llega una mujer con ojos de gato y muy callada para ayudar a la hermana Teresa con la limpieza. Se llama Mayumi, pero pronto pasa menos tiempo limpiando y más ayudando a Luko en la cocina. También se queda con él en su cabaña y la monja la mira con reprobación.

El señor Zamora solo sale de su cabaña para pasear por el pueblo. Lo hace cada día, exactamente a las diez. Regresa justo después de las clases de la mañana; le oímos silbar con muy mala entonación, y vuelve a su cabaña con una caja debajo del brazo.

—¿Quizá es comida? —se pregunta Mari, pero no creo que lo sea, porque parece que esté aún más delgado, y ayer vi que discutía con Luko acerca de Mayumi.

—¿Dejas que se acerque a la comida?

—Claro —respondió Luko, cansado de la conversación—. Me ayuda a hacerla.

—Pero ¡no sabes dónde ha estado! ¡No tiene documentos!

—No le hacen falta. Es de Bagac. Allí no hay leprosos.

—No puedo comer nada si ella ha tocado los alimentos.

—Pues no coma —soltó Luko, y le cerró la puerta de la cabaña en la cara. El señor Zamora dio una patada contra la puerta y se giró de golpe. Aparté la mirada, pero demasiado tarde.

—¡Tú! —enunció, enrojecido—. ¡Mantente lejos de mí!

Volvió a su cabaña apresuradamente, dando un obvio rodeo para no acercarse a mí, aunque no estaba cerca ni mucho menos.

También nos obligó a hervir la ropa que llevábamos cuando vinimos de Culión. Mi vestido azul de ir a la iglesia se quedó desteñido. Salta a la vista que, si pudiera, también nos herviría a nosotros, solo para su tranquilidad. Cuando vamos al río le vemos a menudo allí, lavándose las manos río arriba.

—No debería estar con los niños —le dijo Luko a la hermana Teresa una mañana, mientras lo observaba dirigirse al río por tercera vez en media hora. Pero no parece que la hermana Teresa pueda hacer nada,

porque es el representante autorizado del gobierno. Le dijo a Luko que el hermano del señor Zamora es un alto cargo del gobierno, en Manila, y por eso nadie se deshará de él.

Son quince pasos menos y todos estamos fuera, en la pausa de la comida, cuando por fin veo el interior de la cabaña del señor Zamora por primera vez. Mari y yo jugamos a una versión de la cuna del gato, con una sola mano, cuando se oye un grito más urgente que la habitual algarabía del recreo. Pierdo el equilibrio y el cordel se enreda.

Todos nos giramos hacia el ruido. La puerta del señor Zamora se abre de repente y él asoma por la ventana, cerrando los postigos. Luego vuelve a desaparecer. Mari se pone en pie rápidamente y yo la sigo. Los chicos se arremolinan frente a la puerta abierta y Mari y yo arrastramos un par de troncos hasta la ventana, nos subimos encima y espiamos.

Mari suelta una exclamación, y aunque yo ya he visto las mariposas clavadas antes, también me impresiona verlas aleteando desesperadas contra las paredes. El señor Zamora está inclinado sobre su escritorio con la lupa en la mano y uno de los palos horizontales suspendido entre dos soportes verticales. Una de las crisálidas se balancea enloquecida, cada vez más parecida a una hoja seca a punto de caer.

—¡Fuera de aquí! —grita al ver a los chicos en la puerta—. La he abierto para tener más luz, no para que me espiéis.

El corrillo se aparta y algunos se acercan a nosotras para mirar desde la ventana. Tratan de empujarnos para ver mejor, pero nos mantenemos firmes. Los ojos inyectados en sangre del señor Zamora van de las crisálidas a un bloc de papel. Está dibujando frenéticamente. Tiene las uñas largas, que se clavan en el papel, y el ruido me estremece.

De repente la crisálida que se balancea empieza a palpitar, y por primera vez me fijo en que hay un estallido de color bajo el marrón: un naranja resplandeciente y rayado. El palpitar continúa hasta que se abre una grieta en la base y dos delgadas hojas emergen. Mari me agarra la mano.

La crisálida se abre ahora, colgando como si fuera un pistacho, y el naranja y el negro de las alas de la mariposa son más profundos y ricos que cualquier color que haya visto jamás. Hasta los chicos mayores se quedan mudos, y eso que ellos jamás dejan entrever que algo les interesa lo más mínimo. Las hojas negras se agitan y se despliegan, y me doy cuenta de que son sus patas. La mariposa está saliendo de la crisálida, flexionando las alas para soltarse de la carcasa y usando las patas para salir por la grieta. De repente se desliza, libre, y la crisálida ya no parece marrón, ni de ningún color: solo es una cáscara vacía similar al papel, como la piel seca que se cae de una cicatriz después de una herida o de una quemadura.

Las alas de la mariposa están arrugadas debido al escaso espacio de la crisálida. El señor Zamora aún está mirándola y la dibuja, utiliza hoja tras hoja del bloc de papel. La mariposa se sube a la crisálida como si fuera la distancia más enorme del mundo, y sus alas parpadean ligeramente, como el latido del corazón de un animalito. Finalmente, alcanza el palito horizontal y allí se detiene, y los latidos y las alas se hacen más lentos y profundos. Todos esperamos a que eche a volar, pero no lo hace. Se queda quieta, creciendo en el mundo. Se me cierra la garganta y contengo las lágrimas. Me gustaría que nanay estuviera aquí conmigo para verla.

—¡Haga que vuele, señor! —dice San.

El señor Zamora pega un respingo, como si se hubiera olvidado de que estamos ahí.

—No volará, todavía no. Tiene que desplegar las alas por completo.

—Qué hermoso —dice Mari, asombrada.

—No recuerdo haberos invitado a que os quedarais a verlo —dice el señor Zamora, aunque parece complacido ante nuestra admiración.

—¿Qué es eso? —pregunta San, señalando la forma descartada que cuelga de la rama.—Es una crisá… —empiezo, pero el señor Zamora me hace callar.

—Me lo ha preguntado a mí, muchacha —dice, y se gira hacia San y explica, en tonos grandilocuentes—: Una crisálida. Es extraño que seas tan ignorante.

—No tenemos lecciones sobre mariposas —contesta la hermana Teresa, y todos nos sobresaltamos de repente. Nadie se ha fijado en que había entrado en la cabaña y estaba de pie en el umbral. Da un paso adelante—. Nos centramos en las matemáticas y en otras ciencias.

—No serían «lecciones de mariposas» —dice el señor Zamora, silabeando—. El término correcto es el estudio de los lepidópteros. Y es una ciencia reconocida, hermana. Además, pensaba que las monjas no creían en la ciencia.

—Por supuesto que sí —replica tajante la hermana Teresa—. Simplemente, creemos que Dios es la raíz de todo.

—La ciencia es la raíz de todo —responde el señor Zamora, furioso—. Y estoy bastante cansado de que llene la cabeza de los niños con información errónea. Creo que tomaré las riendas de su educación. Podría enseñarles la ciencia de los lepidópteros, y así aprenderán algo

sobre ciencias naturales y selección natural.

—¡Eso no forma parte de sus responsabilidades! —exclama la hermana Teresa, e inspira profundamente antes de seguir, con voz más tranquila—: Además, no disponemos del equipo necesario para impartir esas clases.

—Pues pediré fondos al gobierno —dice el señor Zamora, oliendo su victoria—. Está decidido. Ahora váyanse todos, tengo trabajo.

Y da la espalda a las ventanas.

Bajamos y los postigos se cierran de golpe. Me siento mal por la hermana Teresa, pero en mi estómago se instala un puño de curiosidad y excitación.

—¿Crees que le dejará que nos enseñe cosas sobre las mariposas? —susurro.

—No creo que pueda impedirlo —dice Mari.

Lecciones de mariposas

Mari tiene razón. El lunes siguiente, la hermana Teresa anuncia con desaprobación en la voz que recibiremos clases sobre lepidópteros una vez a la semana. El señor Zamora se presenta a la primera lección aferrando un puñado de papeles bajo el brazo. Es como cuando entró en la iglesia hace tantas semanas, excepto que sus rasgos son exageradamente duros, porque ha perdido mucho peso. Tiene profundas ojeras bajo los ojos, donde una vez hubo carne. La tela de la camisa le cuelga, y entre el cuello de la prenda y su nuez hay casi dos dedos de distancia. Para sostener los pantalones, ha tenido que atárselos con un cordel y evitar así que se le caigan.

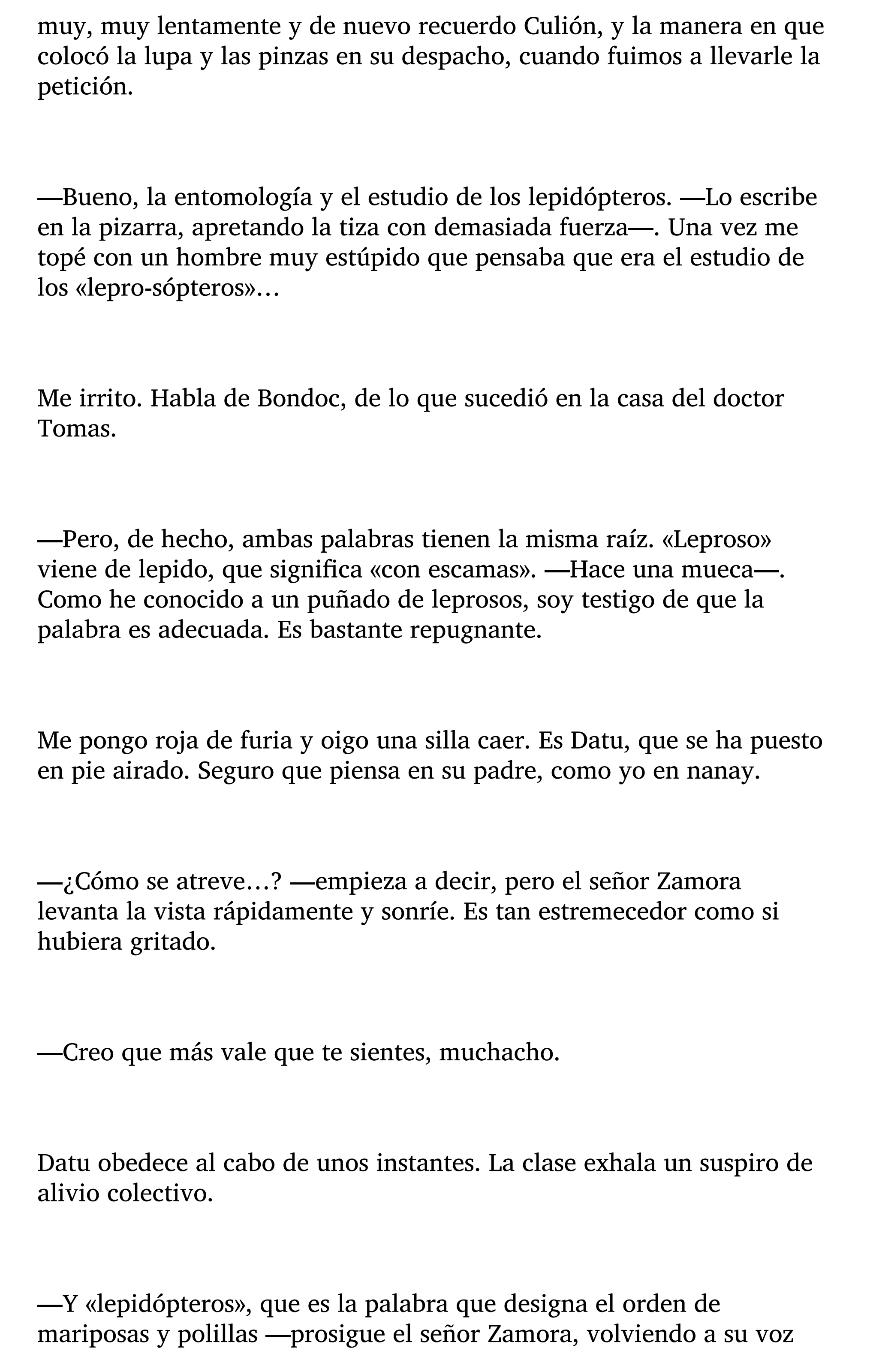
Se aclara la garganta. Algunos de los chicos al fondo no se callan. San y Datu y los demás, que son mayores, han olvidado el asombro que sintieron al ver la eclosión de la mariposa y actúan como si todo les importara un comino. Cuando la hermana Teresa anunció que tendríamos esas clases, pusieron los ojos en blanco y Datu dijo que las mariposas eran para las chicas, aunque cuando la monja le preguntó por qué pensaba eso, se encogió de hombros y chasqueó la lengua.

El señor Zamora da dos palmadas, pero siguen charloteando. Entonces levanta la mano y, con sus largas uñas, araña la pizarra haciendo un ruido que hace castañetear los dientes. Todos nos tapamos los oídos y él sonríe.

—Cuando yo esté listo para empezar, vosotros también debéis estarlo. Todo el que no se porte bien será castigado. ¿Está claro?

Los chicos murmuran.

—Bien. —El señor Zamora ordena los papeles en el escritorio. Lo hace


muy, muy lentamente y de nuevo recuerdo Culión, y la manera en que colocó la lupa y las pinzas en su despacho, cuando fuimos a llevarle la petición.

—Bueno, la entomología y el estudio de los lepidópteros. —Lo escribe en la pizarra, apretando la tiza con demasiada fuerza—. Una vez me topé con un hombre muy estúpido que pensaba que era el estudio de los «lepro-sópteros»…

Me irrito. Habla de Bondoc, de lo que sucedió en la casa del doctor Tomas.

—Pero, de hecho, ambas palabras tienen la misma raíz. «Leproso» viene de lepido, que significa «con escamas». —Hace una mueca—. Como he conocido a un puñado de leprosos, soy testigo de que la palabra es adecuada. Es bastante repugnante.

Me pongo roja de furia y oigo una silla caer. Es Datu, que se ha puesto en pie airado. Seguro que piensa en su padre, como yo en nanay.

—¿Cómo se atreve…? —empieza a decir, pero el señor Zamora levanta la vista rápidamente y sonríe. Es tan estremecedor como si hubiera gritado.

—Creo que más vale que te sientes, muchacho.

Datu obedece al cabo de unos instantes. La clase exhala un suspiro de alivio colectivo.

—Y «lepidópteros», que es la palabra que designa el orden de mariposas y polillas —prosigue el señor Zamora, volviendo a su voz

oficial— significa «ala con escamas». Las alas de las mariposas, de hecho, están compuestas de numerosas escamas que se superponen, aunque estoy seguro de que convendréis en que quedan mejor en las alas de los insectos que en los rostros de los enfermos.

Datu emite un nuevo ruido, furioso y contenido, pero es demasiado tarde.

—Acércate, muchacho —ordena el señor Zamora en voz baja. Sigue sin dirigirse a ninguno de los niños de Culión por su nombre propio. Datu avanza hacia él, reticente. El señor Zamora toma la regla de madera de la hermana Teresa de la pizarra y la monja se pone en pie desde su asiento al fondo de la clase.

—No permitiré que golpee a este niño.

—No iba a hacerlo. —El señor Zamora levanta los brazos de Datu con la regla, hasta que los tiene extendidos en forma de cruz, y hace una marca en la pared debajo de cada brazo, con tiza—. Te quedarás con los brazos así durante toda la lección. Si bajan por debajo de la marca, entonces te golpearé.

—¿Es eso necesario, Narciso? —pregunta la hermana Teresa, incrédula.

Mari me da un codazo. «¡Narciso!», dice en silencio. Sería divertido si no fuera porque su abyecto comportamiento me angustia.

—La disciplina es necesaria, sí.

El señor Zamora descansa los nudillos sobre el escritorio. Inspira

profundamente y luego clava sus ojos inyectados en sangre en cada uno de nosotros, uno tras otro, y empieza a hablar.

—Nuestra primera lección versará sobre la mariposa de caparazón de tortuga, la que visteis salir de la crisálida. Es habitual en los países europeos. Las muestras que recibí procedían de Londres. Me gusta criarlas a partir de las huevas, algo que solo un experto entomólogo es capaz de hacer. Generalmente prefieren eclosionar en madera de olmo, y por eso se necesita mucha habilidad para hacer lo que hice.

Una vez encuentra el ritmo, es imposible no escucharlo. Su voz crece y se hace más fuerte como las alas de la mariposa, y pronto se pasea arriba y abajo por la clase como hizo en la iglesia. Tras él, la frente de Datu empieza a brillar por el sudor, y los brazos le tiemblan cuando lleva unos minutos manteniendo la postura. Cada vez que empiezan a ceder, el señor Zamora golpea la pared justo por debajo, con la regla.

Estoy atrapada entre el asco y la fascinación. Me siento terriblemente mal por Datu, pero el señor Zamora es hipnótico, y sigue hablando con su tono monocorde en voz baja. Miro de reojo al resto de la clase, a los chicos del fondo, y ellos también le prestan atención. Cuando el señor Zamora explica cómo la oruga se vuelve líquida dentro de la crisálida antes de formarse como mariposa, San silba. El señor Zamora exhibe la crisálida vacía y menciona que ha perdido el color, que antes era de un tono bronce herrumbroso. Sostiene un esbozo para demostrarlo. Es sorprendentemente detallado, con una sombra bajo el insecto; casi parece que uno pudiera estirar la mano y arrancarlo del papel. Kidlat lo hace, estirando sus gordezuelos dedos hacia el dibujo, pero el señor Zamora lo aparta bruscamente.

—Incluso tiene puntitos metálicos en el dorsal, muy característicos de este tipo de mariposa.

La hermana Teresa se aclara la garganta y dice:

—Señor Zamora, ya ha pasado una hora.

Tras él, Datu cae rendido y se abraza para relajar los miembros entumecidos. La hermana Teresa se abalanza sobre él, pero el señor Zamora se limita a recoger sus papeles y pasar por encima del niño y la monja, que se acuclillan al lado del escritorio.

El olor de la cena que han preparado Luko y Mayumi llega desde la puerta abierta, y nos acercamos al círculo para comer. Mari y yo somos las últimas en abandonar el aula y cuando salimos vemos al señor Zamora desaparecer en la oscuridad de su cabaña. Tiene una expresión triunfante.

En las siguientes lecciones, sigue a partir del punto en que se quedó. De vez en cuando, recuerda algo que le hace agitar las manos animadamente y revisa sus bocetos para hablar de un detalle en concreto. Cuatro semanas después del inicio de las clases nos informa de que tiene más muestras, pero que están en el estadio de crisálidas. Todos nos portamos bien, porque recordamos a Datu aplastado contra la pared y sudando para evitar ser castigado, aunque una vez la Igme más bajita tiene un ataque de tos y el señor Zamora le ruge y la echa de la clase. Su temperamento inestable permanece agazapado bajo la superficie como una segunda piel, y ataca rápido y con colmillos, como si fuera una serpiente. Sigue comiendo solamente fruta de los árboles y sus manos están enrojecidas de tanto lavárselas. Cuando pasea, huele a antiséptico.

Sigo enviando pensamientos desde el acantilado hasta Culión casi todos los días, y vacío el cuenco de metal de nanay para ponerlo bajo mi almohadón. No es muy cómodo, pero me hace pensar en ella.

Aún no me ha escrito otra carta. Empiezo a preguntarme si a ella también le haría falta algo como su cuenco de metal, para ponerlo bajo su almohadón y acordarse de mí.

—Creo que me ha olvidado —le digo a Mari mientras miro más allá del mar. Sigue siendo nuestro secreto, porque siempre nos aseguramos de que no nos siga nadie.

—Eso es imposible —dice Mari—. Simplemente es más duro quedarse atrás que irse. Probablemente trata de seguir adelante con su vida.

La escucho, pero es como si sus palabras no se quedaran conmigo. Tengo un presentimiento, incómodo como un escozor, y siento angustia. Cada pensamiento lo acompaño con: «¡Un paso menos! ¿Estás bien, nanay?».

La jarra de matar

El señor Zamora está en pleno apogeo. Ya hemos llegado al estado de «emergencia», que es la escena que presenciamos en su cabaña.

—Cuando emerge, las alas tardan algunas horas en endurecerse lo bastante como para volar. ¿Recordáis que aleteaban rápidamente? Lo hacen para que se sequen más rápido.

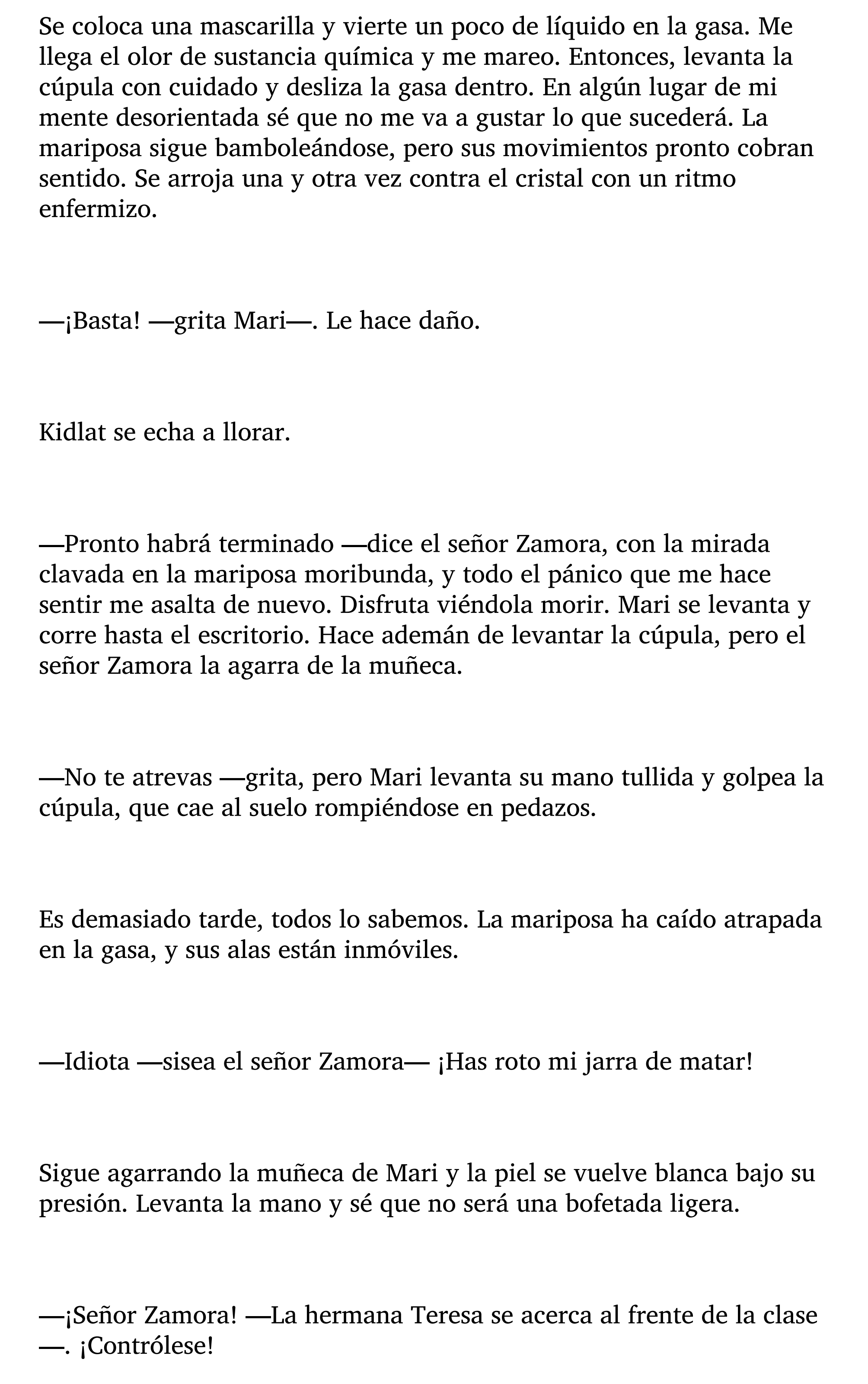
El señor Zamora estira con cuidado una cúpula cubierta por un paño en el escritorio. Con un gesto ampuloso, retira la tela. Mari se inclina hacia delante para ver mejor, y muchos niños hacen lo mismo. Veo una jarra de cristal con algo parecido a un pedazo de mango en el fondo. La gran mariposa de alas de tortuga revolotea dentro como si estuviera bebida, golpeándose contra las paredes de cristal. Todos los niños sueltan exclamaciones de admiración o sorpresa, pero yo solo puedo pensar en lo horrible que debe de ser estar atrapada ahí.

—El estado final de esta mariposa es la preservación —dice el señor Zamora—. Ahora que hemos terminado con el estudio del animal, puedo procesarla. ¿Tenéis alguna pregunta?

Me giro. San levanta la mano. El señor Zamora solo acepta preguntas de los huérfanos originales, los que no vienen de Culión.

—¿Qué quiere decir «procesarla»?

—Esto. —El señor Zamora levanta una botella llena de un líquido claro y una gasa—. Cloroformo.


Se coloca una mascarilla y vierte un poco de líquido en la gasa. Me llega el olor de sustancia química y me mareo. Entonces, levanta la cúpula con cuidado y desliza la gasa dentro. En algún lugar de mi mente desorientada sé que no me va a gustar lo que sucederá. La mariposa sigue bamboleándose, pero sus movimientos pronto cobran sentido. Se arroja una y otra vez contra el cristal con un ritmo enfermizo.

—¡Basta! —grita Mari—. Le hace daño.

Kidlat se echa a llorar.

—Pronto habrá terminado —dice el señor Zamora, con la mirada clavada en la mariposa moribunda, y todo el pánico que me hace sentir me asalta de nuevo. Disfruta viéndola morir. Mari se levanta y corre hasta el escritorio. Hace ademán de levantar la cúpula, pero el señor Zamora la agarra de la muñeca.

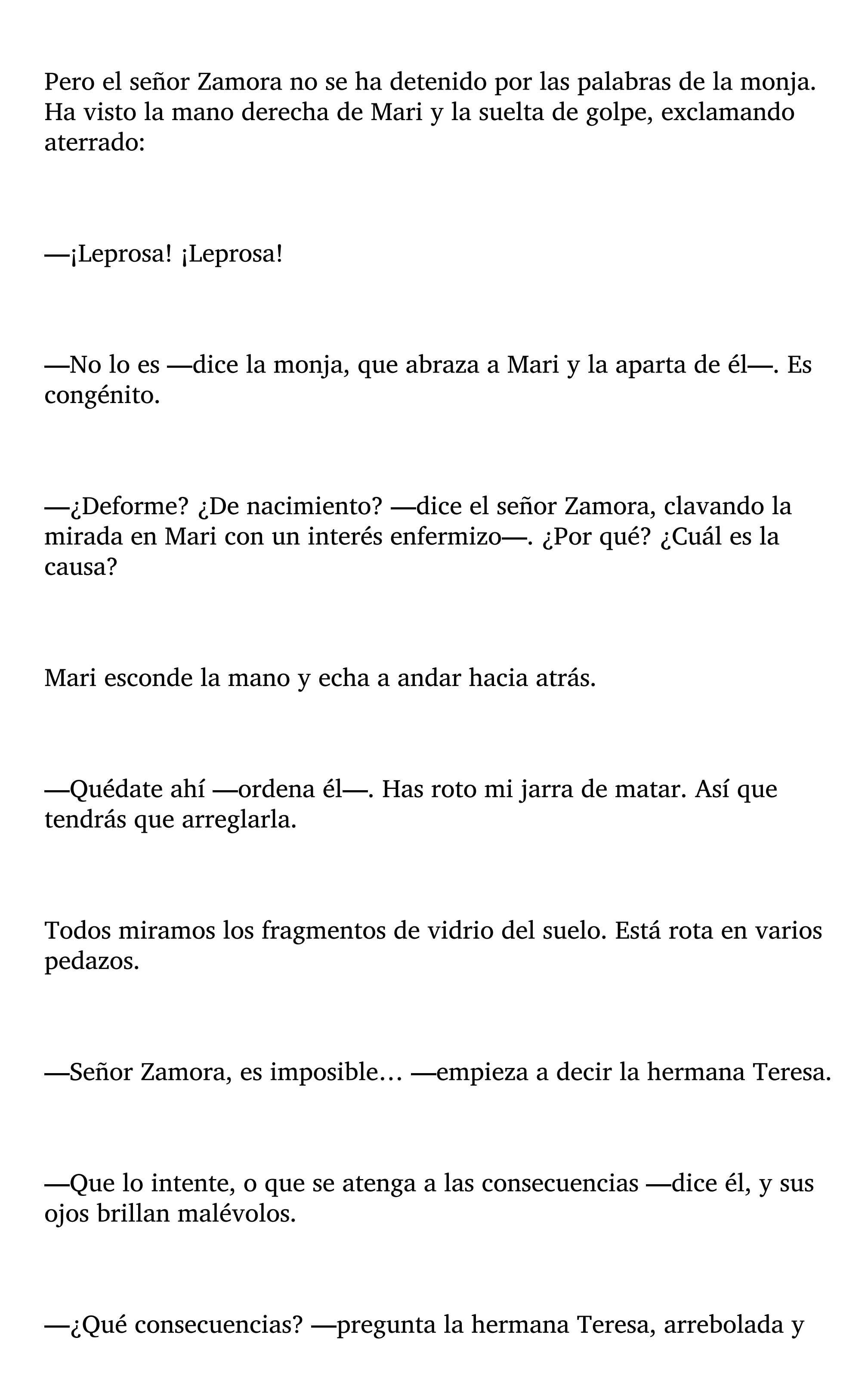
—No te atrevas —grita, pero Mari levanta su mano tullida y golpea la cúpula, que cae al suelo rompiéndose en pedazos.

Es demasiado tarde, todos lo sabemos. La mariposa ha caído atrapada en la gasa, y sus alas están inmóviles.

—Idiota —sisea el señor Zamora— ¡Has roto mi jarra de matar!

Sigue agarrando la muñeca de Mari y la piel se vuelve blanca bajo su presión. Levanta la mano y sé que no será una bofetada ligera.

—¡Señor Zamora! —La hermana Teresa se acerca al frente de la clase —. ¡Contrólese!



Pero el señor Zamora no se ha detenido por las palabras de la monja. Ha visto la mano derecha de Mari y la suelta de golpe, exclamando aterrado:

—¡Leprosa! ¡Leprosa!

—No lo es —dice la monja, que abraza a Mari y la aparta de él—. Es congénito.

—¿Deforme? ¿De nacimiento? —dice el señor Zamora, clavando la mirada en Mari con un interés enfermizo—. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa?

Mari esconde la mano y echa a andar hacia atrás.

—Quédate ahí —ordena él—. Has roto mi jarra de matar. Así que tendrás que arreglarla.

Todos miramos los fragmentos de vidrio del suelo. Está rota en varios pedazos.

—Señor Zamora, es imposible… —empieza a decir la hermana Teresa.

—Que lo intente, o que se atenga a las consecuencias —dice él, y sus ojos brillan malévolos.

—¿Qué consecuencias? —pregunta la hermana Teresa, arrebolada y

con voz de metal.

—Esta es la niña sobre la que escribió al gobierno, ¿verdad? La que fue abandonada.

Hay un silencio sepulcral. Quiero que deje de hablar, quiero llevarme a Mari fuera, lejos, pero estoy paralizada de miedo.

—Tendría que haberme dado cuenta antes. ¿Cuántos niños nacen deformados? —Mari parpadea, herida—. Cuando llegó la carta sobre la niña blanca, yo estaba aquí. Le ordenaron que la enviara a una fábrica, ¿no es cierto, hermana?

La monja tiembla, pero Mari está muy quieta. Observa al señor Zamora como si fuera un nido lleno de avispas.

—Ahora lo recuerdo —prosigue él, gozando con nuestra atención—. Y estoy seguro de que mi hermano también estará interesado en descubrir qué fue de ella, y cómo una monja desobedeció una orden directa y dilapidó una buena cantidad de dinero, prevista para los huérfanos, en mantener a una niña que debería ganarse su sustento.

—Por favor, señor Zamora. —La voz de la monja tiembla tanto como su mano—. Yo…

—Así que es lo menos que la niña puede hacer —interrumpe él—. Arreglar mi jarra de matar, ¿no es cierto?

—Sí, señor —responde Mari claramente.

—Espléndido. —El señor Zamora recoge sus papeles—. Puedes traer los pedazos a mi taller. Allí tengo material que puedes utilizar para repararla.

Se va y nos deja en un asombrado silencio, como la calma antes de que caiga la lluvia del monzón cual cortina, cuando el mundo contiene la respiración. Mari se arrodilla y empieza a recoger los pedazos de cristal con ayuda de un papel. La expresión de la hermana Teresa es como si alguien la hubiera golpeado.

—Es hora de cenar, niños —logra decir por fin, y se mete en su despacho y cierra la puerta. Todos se apresuran a salir, pero yo me quedo ayudando a Mari, sosteniendo el papel mientras ella recoge los pedacitos de cristal.

—¿Estás bien? —Es una pregunta estúpida, y no contesta—. No puede obligarte a que repares esto, es imposible.

—Sí que puede —dice Mari simplemente.

—Pero ¿cómo? Incluso si hubiera menos pedazos, con tu mano…

Me mira con furia y me callo de repente.

—¿Crees que no soy capaz?

Antes de que pueda contestar, dobla el papel con su contenido y se lleva el montoncito de cristales. Me siento pesada como una piedra, y me quedo sentada un momento. La mariposa muerta sigue en la gasa. La recojo con cuidado con la mano, pero tengo la palma húmeda y sus alas se pegan a mi piel y se deshacen. La tiro a la papelera, y allí las

alas siguen brillando tristemente hasta que las tapo con hojas de papel arrugadas.

Cuando salgo al patio, Mari ya no está allí. El señor Zamora está sentado en una silla frente a la puerta cerrada de su taller.

—Está dentro —dice Luko mientras se acerca—. Dice que no puede salir hasta que arregle la jarra. La hermana Teresa debería escribir a Manila.

Pero, si lo hace, a Mari la mandarán a trabajar a una fábrica.

Luko pone su mano en mi hombro para tranquilizarme.

—Pronto se calmará, ya verás.

El cocinero regresa al fuego. El señor Zamora parece muy calmado, al menos a mí. Está sonriendo, con esa sonrisa de ojos muertos que tiene. Kidlat camina hacia mí con dos boles de pasta y nos sentamos en el suelo sucio al lado de la puerta del orfanato, observando el taller.

Las estrellas perforan el cielo oscuro cuando el señor Zamora se levanta de la silla y abre la puerta del taller. Entra y, al cabo de un rato, sale Mari. Está más pálida de lo habitual, y cabizbaja. Me pongo en pie rápidamente, las piernas se me han dormido y me aguijonean la piel, y me acerco a ella cuando el señor Zamora cierra la puerta.

—¿Estás bien? —pregunto. Tropieza, vacilante—. ¿Qué ha pasado?

No entiendo por qué está tan débil. Solo ha estado ahí dentro un par de horas.

—Un poco mareada, nada más —dice. Los otros niños se arremolinan a nuestro alrededor y ella baja la cabeza aún más—. ¿Podemos ir al acantilado?

La rodeo por la cintura y murmuro una excusa diciendo que se siente mal, para que se aparten. Sacudo la cabeza para que Kidlat no nos siga, y el pequeño se mete el pulgar en la boca.

Caminamos lentamente hasta el acantilado y, cuando llegamos, Mari se deja caer al suelo. Inspira profundamente varias veces.

—¡Mucho mejor!

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estabas tan mareada?

Mari se echa sobre la espalda.

— En esa habitación no hay ventanas, y guarda todos sus productos químicos ahí dentro. Me pesa la cabeza y tengo un sabor raro en la lengua.

Recuerdo el olor de cloroformo y que me mareé en la clase.

—Qué horror.

—Olía muy mal. Y la jarra… era imposible, sí. Tú ya lo sabías.

—No debería haberlo dicho, lo siento —empiezo a disculparme, pero Mari está sonriendo.

—No pasa nada. Simplemente me molesta cuando la gente piensa que no puedo hacer algo por culpa de mi mano.

Un gran alivio se lleva la preocupación que tenía clavada en la garganta, como si fuera una bocanada de viento.

—¿Lograste arreglarla?

Mari suelta un bufido.

—Para nada. Dice que tengo que volver a intentarlo mañana, pero jamás lo conseguiré. Nadie podría. Supongo que se cansará de esperar y terminará por comprar una nueva. No creo que pueda pasar sin su jarra de matar mucho tiempo.

Se estremece.

Me gustaría preguntarle si está preocupada por la amenaza de enviarla a la fábrica, pero como está tranquila y vuelve a encontrarse bien, no saco el tema. Nos quedamos sentadas escuchando el rumor del oleaje y del mar, hasta que la campana de ir a dormir de la hermana Teresa nos llama de vuelta.

El fuego

Después de comer, Mari vuelve al taller. Le meto mi naranja en el bolsillo antes de que se levante, y Kidlat hace lo mismo. Nos da las gracias en silencio y desaparece toda la mañana. Me distraigo con la lección de matemáticas, aunque hago mal todos los ejercicios, a pesar de que es una suma tan sencilla que hasta Kidlat podría hacerla.

Esa tarde él y yo nos colocamos en nuestros puestos de vigilancia, y en cuanto el señor Zamora abre la puerta, me acerco a Mari. Sus ojos brillan animados y se sostiene el brazo sobre el estómago de una manera sospechosa, como si estuviera herida.

—¿Qué te ha pasado en…?

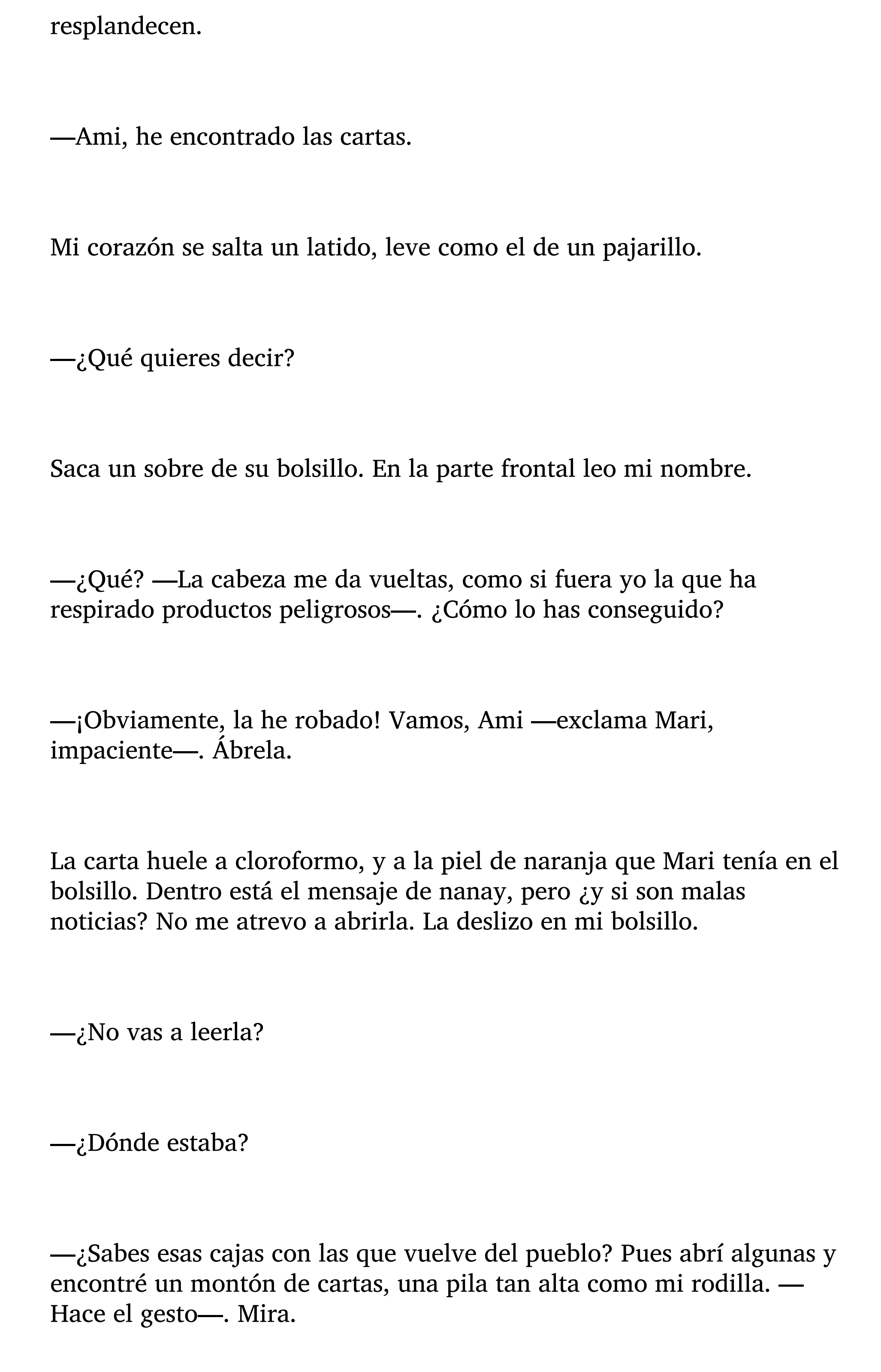
Pero ella me agarra la mano y tira de mí.

—Vámonos.

Los deditos pequeños y pegajosos con el zumo de naranja del mediodía de Kidlat se aferran a mi otra mano, pero lo aparto.

—No, Kidlat —digo—. Quédate aquí.

Nos observa solemnemente mientras desaparecemos y trato de contener el aguijón de culpabilidad siguiendo a Mari y su vacilante caminar. Después de otra tarde inhalando sustancias químicas, vuelve a estar desorientada, pero aun así me arrastra, casi corriendo, hasta el acantilado. Se da la vuelta de repente y me mira, y sus ojos dorados


resplandecen.

—Ami, he encontrado las cartas.

Mi corazón se salta un latido, leve como el de un pajarillo.

—¿Qué quieres decir?

Saca un sobre de su bolsillo. En la parte frontal leo mi nombre.

—¿Qué? —La cabeza me da vueltas, como si fuera yo la que ha respirado productos peligrosos—. ¿Cómo lo has conseguido?

—¡Obviamente, la he robado! Vamos, Ami —exclama Mari, impaciente—. Ábrela.

La carta huele a cloroformo, y a la piel de naranja que Mari tenía en el bolsillo. Dentro está el mensaje de nanay, pero ¿y si son malas noticias? No me atrevo a abrirla. La deslizo en mi bolsillo.

—¿No vas a leerla?

—¿Dónde estaba?

—¿Sabes esas cajas con las que vuelve del pueblo? Pues abrí algunas y encontré un montón de cartas, una pila tan alta como mi rodilla. —Hace el gesto—. Mira.

Se aparta la mano del estómago y decenas de misivas brotan de su túnica y caen a sus pies hasta los tobillos. Mete la mano en el otro bolsillo y saca más cartas. Veo una dirigida a Datu, otra para las Igmes. Parpadeo sin entender. No tiene sentido.

—¿No lo entiendes? —Sacude el manojo de cartas—. Está interceptando las cartas que nos mandan desde Culión. Tenemos que contárselo a la hermana Teresa. —Oigo las palabras de Mari a través del zumbido de mis oídos—. No pueden permitírselo.

—Hola.

Mari se queda congelada y la voz se clava como una espada de hielo en mi pecho. Nos giramos. El señor Zamora está en la boca de la oscura jungla, con una antorcha en una mano que convierte su cara chupada en un laberinto de sombras.

—Me preguntaba cuál era vuestro escondite. Y me alegro de haberte seguido, o no habría descubierto que eras una sucia ladronzuela.

Se acerca a Mari, que aún sostiene un puñado de cartas.

—Usted es el ladrón —replica ella, valiente—. Está robando la correspondencia que llega desde Culión.

—Yo estoy al mando de este lugar —sisea él— y decido qué llega y qué no llega. Estas cartas están contaminadas…

—¡No lo están! —grita Mari—. No es así como se contagia…

—¡Yo soy el científico! —dice el señor Zamora, abriendo desaforadamente los ojos—. Iba a enviar esas cartas a Manila para que las examinaran y analizaran si son peligrosas, si están sucias… y estoy seguro de que es así. —Se detiene y respira agitadamente—. Pero ahora tú las has tocado. Lo has estropeado todo…

Levanta la mano como si fuera a pegarla y la sangre se agolpa en mi cabeza. Me interpongo entre los dos, con el corazón a mil por hora, y el señor Zamora se echa atrás como si yo fuera un animal ponzoñoso.

—Aléjate de mí —dice, agitando la antorcha.

Aún cree que estoy Tocada, como nanay. Y eso significa que me tiene miedo. Mi propio terror se funde y convierte en algo afilado y duro. Doy un paso más hacia él, y tropieza al recular, gritándole a Mari:

—Devuelve esas cartas de inmediato. ¡Tráelas a mi taller o…!

—¿Prefiere llevárselas ahora mismo? —Mari le arroja algunas y revolotean como si fueran gaviotas. Una cae a los pies del señor Zamora y aparta el pie apresuradamente. No quiere tocarlas con sus manos desnudas.

Pero lo que hace es mucho peor. Me mira, mira la carta y luego una delgada sonrisa se pinta en su cara avinagrada, y la toca con la antorcha.

Empieza a arder al momento, un repentino estallido cegador contra la hierba. La furia me devora. ¿De quién era esa carta? ¿De Igme, de Kidlat? ¿Otra carta de nanay?

—No puede hacer eso —dice Mari, indignada, pero el señor Zamora está más allá de la razón, no nos oye. Busca las demás cartas y, una y otra vez, les pega fuego con la antorcha, incluso cuando Mari y yo nos abalanzamos para rescatar los sobres. El señor Zamora sigue quemándolas, ignorando nuestros gritos de súplica para que se detenga. Les prende fuego y se convierten en faros perdidos o estrellas.

Se acerca a la pila más grande y, aunque Mari está tratando de meterse las cartas en los bolsillos, también las enciende. Mari suelta un chillido y se aparta, y juntas tratamos de empujarlo, de quitarle la antorcha. Su risa es enloquecedora, y se aparta y se dirige al borde del acantilado, agitando la antorcha frente a él como si fuera una espada. El calor se acerca peligrosamente a mi mejilla y, cuando la punta me roza, siento un beso ardiente de dolor en la cara.

—¡Basta! —grita Mari, tirando de mí y arrastrándome de nuevo hacia los árboles. Estoy furiosa, quiero zafarme de ella. Quiero arrancarle la antorcha de las manos al señor Zamora, empujarlo por el precipicio, cualquier cosa para que deje de reír. El calor recorre todo mi cuerpo, por las piernas y los hombros.

—¡Ami, detente!

Me giro hacia Mari dispuesta a empujarla si no me suelta, pero de repente comprendo de qué me está apartando. No es la ira lo que enciende mi piel, es el fuego. Alrededor de las cartas quemadas la hierba, las hojas muertas y secas que esperan el monzón han prendido como si fueran carbón. Lo que ha empezado como una llama es ahora una marea de rojo y naranja y calor. Una muralla de llamas se propaga a nuestro alrededor con la velocidad de una presa que se rompe, a una rapidez imposible.

—¡Vámonos! —Mari tira de mí y echamos a correr.

Las llamas lamen los árboles cuando llegamos al bosque, y las ramas más bajas empiezan a quebrarse en un resplandor naranja y cegador. Trato de mirar por encima del hombro. El humo se eleva como una niebla, pero distingo la camisa blanca del señor Zamora corriendo detrás de nosotras, no muy lejos. Mis pulmones se cierran en busca de aire, y el humo serpentea por mi nariz.

Aunque corremos tanto como podemos, las llamas corren más rápido que nosotras. Saltan de la hierba a las ramas de los árboles, como si fueran fantasmas; se vuelven más hambrientas y abren sus enormes bocas flamígeras como si quisieran tragarse el mundo entero y a todos los que estamos en él. Nos rodea un ruido crujiente, de madera seca que se quiebra a medida que arde y se parte en pedazos. Mi pecho salta como un conejo, me pica a causa de los rasguños y del humo, y Mari grita, grita diciéndome que siga corriendo.

Por fin adelantamos al fuego y, mientras tosemos, nos abrimos paso por la delgada franja de árboles que separa el bosque del orfanato. Allí el aire es fresco, como si cruzáramos una cascada, limpio y reconfortante. Los niños se agrupan a nuestro alrededor, y algunos gritan al vernos. Datu nos arrastra aún más lejos del fuego, Kidlat trata de ayudar, tirando de mis pantalones. La hermana Teresa se acerca mientras Mari vomita a mi lado, arrodillada. Kidlat me acaricia la cara, frunciendo el ceño, como si comprobara si estoy sana y salva.

—Estoy bien, Kidlat —digo con voz ronca—. No me he quemado.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? —La monja se arrodilla al lado de Mari, que contempla los árboles devorados por las llamas.

—El… señor… Zamora —tartamudea Mari con dificultad.

—¿Esto es obra suya? —escupe la monja—. ¿Dónde está?

Miro a mi alrededor. No está aquí. No nos ha seguido. Mari y yo nos miramos, y luego contemplamos el bosque horrorizadas cuando una rama ardiendo cae y se parte en pedazos de fuego.

—Estaba justo detrás de nosotras… —empiezo.

—¿En el bosque? —La hermana Teresa se pone en pie de un salto. Ignorando el grito de Luko y el chillido de Mayumi, se coloca el hábito contra la boca y se sumerge en los árboles. Luko corre tras ella, pero otra rama ardiendo cae a sus pies, y Mayumi vuelve a gritar y lo aparta.

Todo es una confusión roja: los rostros sudorosos y brillantes, encendidos por el terrible fuego, y un calor tan fuerte que parece que esté quemándome el pelo. Cuento lentamente para no sentir pánico. Uno. Dos. Tres. Si sale a la de diez, todo está bien. Siete. Ocho. Si sale a la de doce. Once. Doce. Quería decir veinte…

Aunque el incendio está en pleno apogeo, parece muy, muy lejano, como si fuera una tormenta que llega desde el lecho del océano. Los segundos siguen pasando. Veintiuno. Veintidós. Los chicos mayores se acercan al borde de la jungla y tratan de divisarla a través del fuego y de la asfixiante humareda negra. Finalmente, después de momentos que se hacen eternos, Datu grita:

—¡Ahí están!

Una forma extraña emerge del humo.

—¡Que alguien la ayude! —solloza Mayumi.

La silueta se transforma en el cuerpo del señor Zamora, que se apoya en la monja. Esta lo ha cubierto con su hábito para protegerlo de las llamas. Algunos de los chicos se acercan al señor Zamora y separan su cuerpo inerme de la hermana Teresa, que se yergue tosiendo y escupiendo, con los ojos en blanco y la cara manchada de hollín. Su toca está ardiendo y pugna por arrancársela. Luko la aparta de las ramas que caen, prendidas y ardientes, al borde del bosque.

—Agua. ¡Traed agua! —grita Luko, y la ayuda a quitarse la prenda quemada. Me obligo a enderezarme, aunque me laten las sienes, y me quedo sentada observando a Mayumi ir a por agua.

El pelo de la hermana Teresa, descubierto sin su eterna toca, es espeso y de color caoba profundo y brilla a la luz del fuego. No es gris, como siempre había imaginado, pero en algunas partes el fuego lo ha quemado. También tiene quemaduras en la frente y en el cuello, y gime de dolor. Respira como si tuviera los pulmones llenos de líquido y no de aire. Mayumi regresa con el agua y pronto un grupo de habitantes del pueblo más cercano se acercan, con un carro lleno de barriles de agua. Deben de haber visto el fuego desde el pueblo y organizan una cadena de cubos para apagar las llamas, pero ninguno de nosotros sigue pendiente del fuego. Toda nuestra atención se concentra en la hermana Teresa. Luko trata de ayudarla a incorporarse, pero se desmaya con los ojos en blanco.

—Necesitamos llevarla a un médico —grita Luko—. La llevaré con Tildie, no hay tiempo de preparar un transporte. Que alguien se ocupe de él —dice, señalando con la cabeza al señor Zamora, y luego levanta el cuerpo de la hermana Teresa.

Kidlat se acerca inseguro hasta el hombre en el suelo. Mari ha dejado de toser y también se acerca al señor Zamora. Kidlat sitúa su oreja sobre la boca del director. Con sus piernas encogidas, el señor Zamora se parece más que nunca a un insecto.

—¿Tiene los pulmones despejados? —pregunta Mari. Kidlat asiente.

La boca de Mari se cierra en una fina línea y dice:

—Ve a por agua, Kidlat. Ami, necesitamos un trapo para limpiarle la cara.

Nos encontramos en medio de lo que podría ser un campo de batalla, todos están desperdigados a nuestro alrededor. El fuego se ha llevado lo que ha podido de los árboles, y ahora está apagándose lentamente. Rompo la camisa del señor Zamora en tiras de tela, las humedezco en el cubo de agua que trae Kidlat y limpio el hollín de su cara.

De repente, sus párpados se abren y muestran unos ojos terriblemente inyectados en sangre contra la piel grisácea. Mi cara está a unas pulgadas de la suya y me mira con dureza, y es como si su mirada me atravesara, como si estuviera arrancándome la piel. Me quedo quieta y espero. Huele a leche podrida y a hollín. Mueve la mandíbula mientras intenta sentarse.

—Aléjate de mí, leprosa.

Mari lo empuja al suelo con fuerza. Vuelve a caer hacia atrás y se queda recostado en el suelo, respirando con dificultad.

Mi corazón late a mil por hora. Tiro la camisa y cruzo la cadena de agua, en dirección al orfanato. Luko y la hermana Teresa ya no están, pero del pueblo llega más gente con agua y cubos. Me apresuro a meterme dentro del edificio y me dejo caer en la cama, mientras oigo los gritos y el ruido del agua apagando el fuego.

—¿Ami?

Es como si llevara allí miles de años; llega Mari y se sienta en el extremo de mi cama. Mi cuerpo parece de piedra: como si se hubiera fosilizado. Me imagino cayendo más y más y más por la cama, el suelo, hasta la tierra bajo nuestros pies. Mari me despierta con una gran sacudida y nos abrazamos en una oscuridad que es espesa como una capa, tras el brillo cegador y mortífero del fuego.

—¿Crees que la hermana Teresa se pondrá bien? —digo por fin. Las lágrimas me humedecen las mejillas. Mari se aparta, limpiándose las suyas. Su piel brilla en la penumbra.

—No lo sé. No tenía buen aspecto. Tenía quemaduras muy grandes en el cuello. —Se estremece.

—Tendrían que encerrarlo. Podría haber muerto… y nosotras también.

—Pero no estamos muertas —dice, feroz—. Y tienes la carta de tu nanay, ¿verdad?

Me había olvidado. Saco la carta de mi bolsillo, arrugada pero intacta. Vacilo. Cuando Mari me toca el hombro y dice «¿Ami?» dulcemente, me doy cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

El sobre es más delgado que el de la última vez y, cuando lo abro, veo que solo hay una hoja de papel. De repente sé que tenía razón, que algo va mal. Nanay solo ha escrito tres líneas, y son desiguales y se balancean en el papel.

Ami, querida niña. Me han ingresado hoy en el hospital, pero no debes preocuparte. Solo es una complicación. Pienso en ti cada día. Te quiero.

Debajo hay seis líneas más, pero no es la escritura de nanay.

Querida Ami, tu madre está peor de lo que ella querría admitir. Le he escrito al señor Zamora pidiéndole un permiso especial para que puedas visitarla. Estoy con ella tanto como puedo, y también Capuno le hace compañía. Todos te queremos y esperamos que te dejen venir pronto a casa. Bondoc.

—¿Ami?

Oigo la voz de Mari como si estuviera debajo del agua. Me deslizo de la cama y el suelo se mueve bajo mis pies. Tengo que estirar los brazos, centrarme y luchar para que las lágrimas no emborronen mi visión.

—Ami —repite Mari, y me pone la mano con dulzura en la espalda, acariciándome.

La aparto y doy un paso atrás. Es demasiado parecido a lo que hacía nanay cuando me despertaba después de una pesadilla, luchando con los océanos y los demonios de la noche, o los mundos sin ella. Los mundos sin ella eran los peores.

—Ami, dime qué pasa —insiste Mari, cerca de mí, pero sus palabras pasan sobre mí como si fuera un manantial de agua. No logro respirar bien, el aire no entra lo bastante rápido en mis pulmones. No puedo pensar.

Me tapo los oídos con los pulgares, y con la palma de la mano me cubro los ojos y las sienes. La presión y el silencio me ayudan. Mi corazón sigue siendo un tambor que no cesa.

A pesar de lo que ha significado conocer un lugar nuevo y encontrar una amiga, por fin reconozco lo que una parte de mí siempre sabía, incluso cuando hablaba con nanay de lo rápido que pasarían los días y de las líneas que pronto nos acercarían, como pasos. No puedo dejarla. No importa lo que digan los médicos o las reglas. No lo haré.

Cuando aparto las manos de mi cara, mi corazón late con normalidad. Tengo la cabeza fría y despejada, y estoy segura de lo que debo hacer. Las demás niñas llegan al dormitorio y nos preguntan qué ha pasado, pero Mari se limita a observarme atentamente. Hay algo salvaje en su mirada, como si el fuego también hubiera prendido en sus iris.

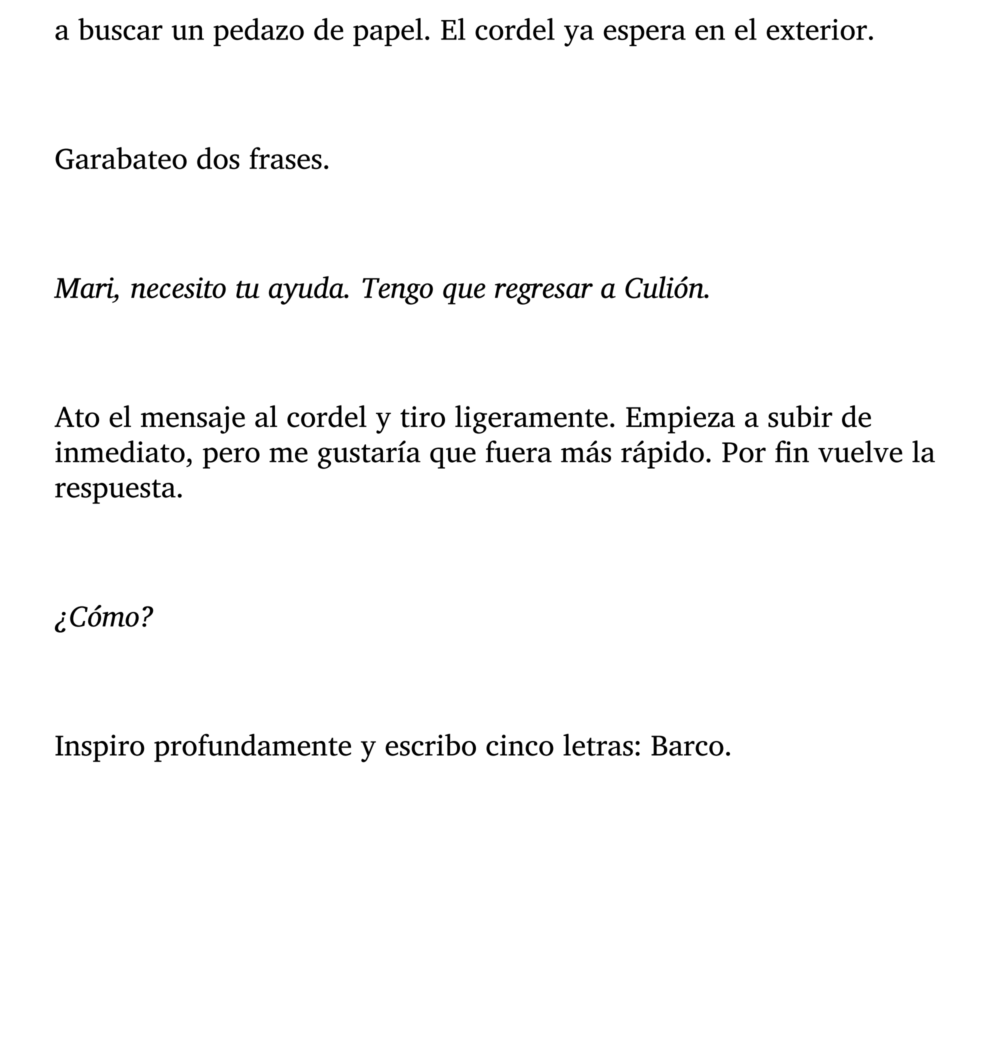
Mayumi está en el umbral, con los ojos abiertos como un ciervo asustado.

—A la cama, niñas —dice con voz quebrada—. Y, por favor, silencio esta noche.

Mari me aprieta la mano.

—Mándame una nota. —Y se apresura a subir arriba, cabizbaja, dejando atrás a los grupitos de niñas. Me meto en la cama, ignorando las preguntas que las demás susurran, y empiezo a diseñar un plan.

El dormitorio no se queda en silencio hasta bien entrada la noche. El olor de madera quemada sigue flotando en el ambiente, mientras espero que todas se duerman. Finalmente, es lo bastante seguro para ir



a buscar un pedazo de papel. El cordel ya espera en el exterior.

Garabateo dos frases.

Mari, necesito tu ayuda. Tengo que regresar a Culión.

Ato el mensaje al cordel y tiro ligeramente. Empieza a subir de inmediato, pero me gustaría que fuera más rápido. Por fin vuelve la respuesta.

¿Cómo?

Inspiro profundamente y escribo cinco letras: Barco.

El secreto

Mayumi nos despierta y por un instante pienso que la han dejado a cargo del orfanato y que el señor Zamora ya no está. Pero, a las diez en punto, emerge de su cabaña como si fuera lo más normal del mundo, como si no hubiera sucedido nada, a pesar de que el patio está quemado y embarrado por el agua de los cubos que apagaron el incendio de la noche anterior. Cuando habla, su voz es ronca a causa del humo.

—Buenos días, niños —dice con repugnante animación—. La hermana Teresa está ingresada en un hospital del continente y Luko se ha quedado con ella. En cuanto a las culpables de iniciar el fuego… —Hace una pausa y clava su mirada sanguinolenta en Mari y en mí. Lo miro sin desviar la vista—. Serán enviadas a sendas fábricas tan pronto como el gobierno me informe de su destino.

Mari me agarra la mano y sisea:

—¿Nos echa la culpa del fuego?

A pesar del choque que me producen sus palabras, no me importa que nos culpe. Solo me preocupa lo que ha dicho: ¿una fábrica?

Sostiene una hoja de papel.

—Voy a mandar la petición hoy mismo y espero la respuesta en una semana. Por supuesto, las enviarán a fábricas distintas —dice con una sonrisita, y coloca la carta en el bolsillo derecho de su chaqueta, antes de dirigirse colina abajo.

Mi odio cristaliza: está instalado en mi pecho, duro y brillante. Es útil. El señor Zamora cree que ha ganado, pero lo único que ha hecho es darme fuerzas. Una semana y ya no estaremos allí, pero no iremos a ninguna fábrica. Y estaremos juntas. Mari y yo nos dirigimos al acantilado.

El bosque es un puñado de troncos quemados y corremos para evitar que las brasas nos hagan daño.

—Ya lo he pensado todo —dice—. Podemos recuperar algunos materiales del almacén. Allí hay un montón de madera y clavos y Luko debe de tener herramientas. El problema más importante es hacerlo estanco al agua, pero mientras el barco no esté muy mal, seguro que podremos arreglarlo. Necesitaremos remos, claro. ¿Cuándo dices que tardasteis en llegar?

—Unas dos horas.

—Bueno, seguramente a nosotras nos llevará más tiempo salir de la isla. Quizá medio día.

—¿Cómo sabremos cuándo zarpar? Necesitamos que el viento sea favorable.

—Estaremos pendientes de Siddy, claro.

—¿Y si no sopla el viento?

—Tendremos que remar.

—No sé si podremos llegar remando.

—Claro que sí, solo que tardaremos más tiempo. Pero con la corriente a nuestro favor…

Me detengo en mitad del camino.

—Pareces saber exactamente lo que debemos hacer.

—Llevo bastante tiempo pensando en arreglar el barco —confiesa—. Lo único que me detenía era que no tenía adónde ir. Y nadie con quien escapar.

Siento una oleada de calidez y solo puedo decir:

—Gracias.

Pone los ojos en blanco.

—Ya me las darás cuando estemos en el barco y no se hunda.

—Sabes que no tienes por qué venir.

Me mira, herida.

—¿Quieres que vaya a la fábrica?

—Claro que no.

—¿No quieres que vaya contigo?

—No digas tonterías.

—¿Y sabes navegar?

Muevo la cabeza, negando.

—Pues ya está.

Para bajar por el estrecho sendero tengo que concentrarme mucho. Me agarro a los hierbajos y los guijarros caen montaña abajo. Mari lo hace mucho mejor que yo, aunque solo tiene una mano hábil. Cuando alcanzamos la lengua de arena apenas resuella. El barco pintado de rojo está justo debajo de la línea de agua, en los arrecifes, con el mástil erecto y atado a un poste con un pedazo de cuerda maloliente de color verde. Se parece más a una canoa de pesca que a una barca, y eso es bueno porque así será más ligero y fuerte, para que sea más fácil llevarlo y traerlo del agua cada día.

—¡Ahí está! —Hace un gesto imitando un «ta-chán» espectacular con la mano—. Primero tenemos que sacarlo.

No es fácil. Aunque su aspecto es ligero, la arena se ha asentado en el fondo y hace que sea pesado como una losa. Veo por qué está

hundido: hay un boquete alargado cerca de la quilla donde debe de haberse rozado con una roca.

—Tenemos que darle la vuelta para vaciar la arena y luego podremos arrastrarlo fuera del agua —dice Mari.

Nos arremangamos los pantalones y nos metemos en el agua. Agarro la parte inferior de la barca con firmeza. Está rugosa, llena de percebes y me hago rasguños en los dedos. Parpadeo de dolor. Mari me ayuda, colocando el hombro y empujando desde abajo.

—A la de tres. ¡Una… dos… tres!

Nos tambaleamos. El barco apenas se mueve. Mari vuelve a contar hasta tres una y otra vez. En cada ocasión lo intentamos con tanta fuerza que nos hundimos en la arena y creamos pequeños remolinos bajo el agua. Lentamente, a cada intento más doloroso, empieza a moverse.

—¡Sigue así! —anima Mari.

Empujo y empujo hasta que, por fin, con una avalancha de agua, el barco se mueve y gira.

La arena abandona el fondo y Mari se coloca al otro lado para equilibrar la embarcación y asegurarse de que no da la vuelta completa y arrastra consigo el mástil. El barco empieza a levantarse ligeramente, con el lado resquebrajado fuera del agua, y por primera vez desde que he leído la carta de nanay una pequeña semilla de esperanza se aloja en mi estómago, al lado de la angustia que vive allí instalada.

—Ahora ve al otro lado y tira —ordena Mari, señalando a la proa del barco—. Yo empujaré.

Esa parte es más fácil, porque ya hemos roto el sello del océano. Lo arrastramos fuera del alcance de la marea y nos dejamos caer en la playa, exhaustas. El barco se queda ladeado.

—¿Y ahora qué? —pregunto, sin aliento.

—Ahora, a robar.

El señor Zamora se niega a romper su rutina cotidiana para vigilarnos, así que solo queda Mayumi para controlar nuestras idas y venidas lo mejor que puede. Lo siento por ella, pero como es más benevolente, Mari y yo tenemos mucho tiempo para trabajar en la barca. Los demás niños también ayudan, porque ahora que no hay clases los chicos también saquean la pila de madera para construir casas en los árboles y fuertes con los que entretenerse. Es muy fácil para nosotras llevarnos lo que necesitamos sin que nadie se dé cuenta y, además, no es tanto como me temía. El casco del barco está virtualmente intacto y solo arreglamos lo mejor que podemos la grieta que hay en el fondo. Robamos un cubo herrumbroso del armario de la limpieza de Mayumi para achicar el agua.

Aparte de deshacernos de Kidlat, que siempre quiere seguirnos, el mayor reto es la vela. Una sola sábana deja pasar el viento y cuando le añadimos otra, apenas se mueve. Robo tres más cuando me toca hacer la lavandería. Colocamos las cinco una encima de otra y las sostenemos con los brazos estirados en lo alto del acantilado. El viento por fin se queda atrapado en la gran sábana y casi arrastra a Mari al suelo.

—¡Ahora sí que funcionará! —dice riéndose y limpiándose el barro de las rodillas.

Después de tres días, el barco flota amarrado a la cuerda verde. A los cinco, ya hemos hecho tres remos con postes y planchas atadas al extremo. Mari ha insistido en que nos llevemos una de repuesto.

—¿Cómo lo llamaremos? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los barcos necesitan un nombre —dice— para tener buena suerte.

Nos quedamos calladas, pensando. Finalmente, Mari chasquea los dedos.

—Lo tengo. Lihim.

—¿Secreto?

—Nuestro secreto —dice, y sonríe.

Al sexto día el señor Zamora regresa del pueblo con una carta. La exhibe a la hora de la cena, mirándonos a Mari y a mí.

—Es preferible que os despidáis hoy de todo el mundo. Ya he recibido dos cartas de dos fábricas que están dispuestas a aceptaros. Los niños pequeños siempre son útiles para deslizarse entre los intersticios de la maquinaria.

Su rostro se parece a un cráneo sin piel mientras se aleja hacia su cabaña, silbando.

—¿Por qué sonríes? —pregunta Tekla a Mari, cruel—. Son lugares horribles. Podrías perder una mano… ¡Ah, claro!

Algunas niñas se ríen por lo bajo, pero Mari mira a Tekla y responde:

—Deberías ser más amable. Tu cara será tan vil como la suya muy pronto. —Inclina la cabeza y susurra cerca de la mía—. ¿A primera hora?

Asiento y miro alrededor del fuego. Nadie parece muy triste porque nos tengamos que ir. Solo Kidlat me mira, aunque hasta él se ha apartado de nosotras en los últimos días. Supongo que, si alejas a alguien, dejarán de intentar estar contigo. El pequeño aguijón que se clava en mi pecho queda silenciado por mi determinación. Vamos a regresar con nanay. Lo lograremos.

Casi no puedo dormir y, en cuanto asoma el primer rayo de luz desde el patio por los postigos, oigo el crujido de las planchas sobre mi cabeza. Me deslizo al lado de las niñas que aún duermen para reunirme con Mari, que me espera con una funda de almohada en el patio. Su rostro está ebrio de alegría. Señala a Siddy, que a su vez señala hacia la parte delantera del orfanato.

Sin decir una palabra, metemos toda la fruta de la despensa de Luko que podemos en la funda y salimos corriendo. La jungla está oscura y callada, el suelo es de ceniza y el olor de humo y madera quemada sigue aferrándose al aire de la mañana.

En lo alto del acantilado, titubeo. Mi corazón va muy rápido. La sombra de Culión es rosada al amanecer. Parece una distancia imposible y temo lo que encontremos allí. Entonces Mari me toma la mano y me da ánimos.

—Vamos.

Nos adentramos en el sendero hacia la playa y acabo hecha un ovillo a los pies de Mari.

—¡Lo logramos! —grito, pero Mari no me mira. Tiene los ojos muy abiertos y clavados en el camino a nuestras espaldas. Esto no entraba en nuestros planes. Allí, bajando inseguro por el camino del acantilado, está Kidlat.

El paso

—¡Detente! —grito, pero ya está a mitad de camino y alcanza la peligrosa cuesta hacia la base del precipicio. Mari me arroja la funda y empieza a escalar la montaña para reunirse con Kidlat. Pensaba que iba a decirle que se volviera hacia el orfanato, pero veo que lo ayuda a bajar.

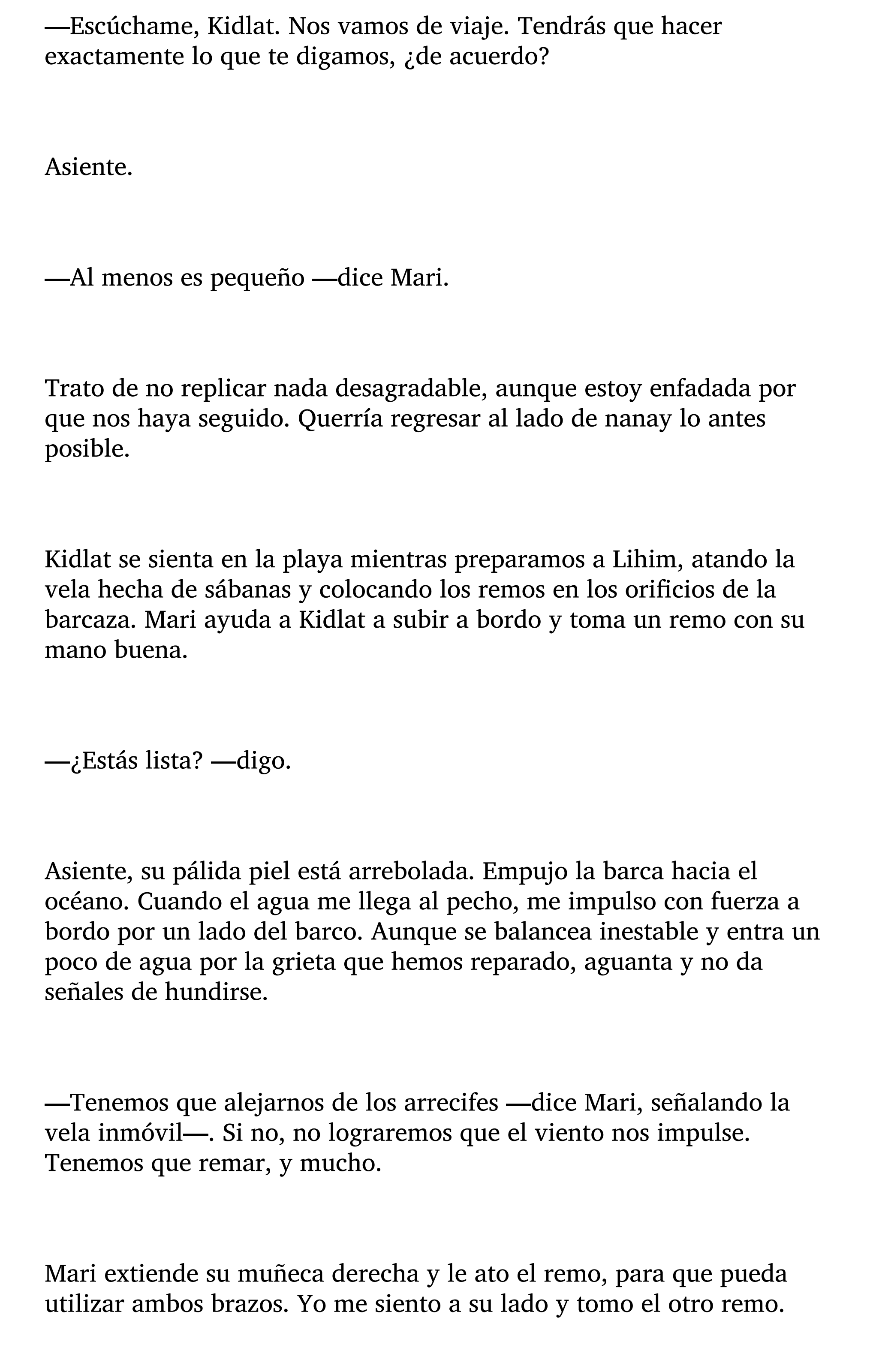
—¿Qué haces?

—No tenemos tiempo de llevarlo de vuelta —dice Mari mientras recupera el aliento—. Y no podemos dejarlo aquí. Tendrá que venir con nosotras.

Miro al niño, que guarda silencio.

—No te preocupes —digo suavemente. Parece que se esté mordiendo el pulgar, en lugar de chuparlo. Estiro la mano y la pongo con cuidado en el interior de su codo.

Los ojos de Kidlat van rápidamente de Mari a mí y viceversa, y su respiración se acelera. Me acerco más y le pongo la otra mano en la espalda para tranquilizarlo. Mari también se sienta y muy, muy lentamente, logramos que se calme. Me deja que le saque la mano de la boca y observo que, efectivamente, tiene marcas de dientes en la base del pulgar. Me mira y sé que Mari tiene razón. Debemos irnos antes de que nadie se dé cuenta de que ya no estamos ahí, y sería casi imposible que Kidlat diera media vuelta y regresara al orfanato por sus propios medios.



—Escúchame, Kidlat. Nos vamos de viaje. Tendrás que hacer exactamente lo que te digamos, ¿de acuerdo?

Asiente.

—Al menos es pequeño —dice Mari.

Trato de no replicar nada desagradable, aunque estoy enfadada por que nos haya seguido. Querría regresar al lado de nanay lo antes posible.

Kidlat se sienta en la playa mientras preparamos a Lihim, atando la vela hecha de sábanas y colocando los remos en los orificios de la barcaza. Mari ayuda a Kidlat a subir a bordo y toma un remo con su mano buena.

—¿Estás lista? —digo.

Asiente, su pálida piel está arrebolada. Empujo la barca hacia el océano. Cuando el agua me llega al pecho, me impulso con fuerza a bordo por un lado del barco. Aunque se balancea inestable y entra un poco de agua por la grieta que hemos reparado, aguanta y no da señales de hundirse.

—Tenemos que alejarnos de los arrecifes —dice Mari, señalando la vela inmóvil—. Si no, no lograremos que el viento nos impulse. Tenemos que remar, y mucho.

Mari extiende su muñeca derecha y le ato el remo, para que pueda utilizar ambos brazos. Yo me siento a su lado y tomo el otro remo.

—Kidlat, tú encárgate del cubo. Si ves que entra agua de un lado…

—… o a través de la madera, por el fondo…

—Gracias, Mari —digo secamente, antes de volver a dirigirme al niño, que sigue callado—. Solo tienes que vaciarla con el cubo, ¿de acuerdo?

Toma el cubo y se pone a achicar agua. Mari y yo empezamos a remar. Desde el primer momento resulta muy cansado y, a medida que pasan los minutos, rezo porque el viento siga soplando en dirección a Culión cuando salgamos de la bahía. Mari gruñe a causa del esfuerzo, y el cordel que ata su brazo al remo se le clava en el antebrazo, marcándolo. Al cabo de unos largos minutos, el mástil cruje. Nos giramos y vemos que la vela se ha hinchado. Aguanto la respiración y parece que el viento también lo hace. Entonces se llena por completo y la embarcación se mueve.

Mari saca el remo del agua y desata el cordel. Arroja la madera al suelo de la embarcación y se pone en pie.

—Lo hemos logrado. ¡Nos vamos! ¡Nos vamos de verdad! Vamos, Lihim.

La barca se balancea y ella se deja caer, riéndose. Kidlat sonríe abiertamente y agita sus bracitos en el aire. Nos dirigimos a mar abierto.

El mar no está tan tranquilo como el día en que cruzamos el canal. O quizá es porque estamos en un barco mucho más pequeño, pero las olas parecen más grandes y amenazadoras. Al cabo de unos minutos,

Kidlat empalidece y usa el cubo para vomitar. Mari lo limpia y sigue achicando el agua que entra por los agujeros. No es mucha, solo nos damos cuenta por las burbujas de aire que emergen de ellos. No es una cantidad imposible de agua, igual que no es una distancia imposible. Lo sé por nuestro viaje hasta el orfanato. Mari parece de buen humor y supongo que navegar hace que piense en su padre.

Me arrastro a la proa del barco, bajando la cabeza y colocándome debajo de la vela para poder observar la nave cortando por las olas. Pienso en la gente que poseía este barco, que se dedicaba a pescar con red y lo pintó de rojo y finalmente lo abandonó, atado en una bahía. ¿Dónde estarán? Quizá esperaban que alguien lo encontrara y lo reparara. Quizá era lo que Mari y yo estábamos destinadas a hacer.

Pero eso significaría que mi destino era venir al orfanato, y el de nanay estar enferma para siempre, y no me gusta pensar eso. Ese es el problema de creer que hay un motivo detrás de todo: hay que aceptar lo bueno y lo malo también. Nanay me enseñó la palabra para eso: tadhana, la fuerza invisible que hace que las cosas sucedan más allá de nuestro control. Como los terremotos o los naufragios. O enamorarse.

Mari se acerca. Sostiene una de las naranjas que hemos robado de la despensa de Luko.

—Es hora de desayunar.

Le quito la piel y compartimos los gajos, escupiendo las pepitas en el mar. El viento las lleva más lejos de lo que podemos soñar, y pienso en el mismo viento que sopla delante de nosotras, hasta llegar a casa.

—¿Está bien?

Mari se encoge de hombros y dice:

—Creo que sí. Se ha quedado dormido.

—¿Qué haremos cuando lleguemos a Culión? ¿Lo entregamos o…?

—Tenemos que llevárnoslo —dice Mari—. No sabemos si estará a salvo si lo entregamos, sin entregarnos nosotras. Y sabes que nos mandarían en el primer barco de vuelta.

—¿Cómo sabemos que vamos en la dirección correcta?

—Por Siddy.

—Pero el viento cambia, ¿no? ¿Y si ya no señala la misma dirección? ¿Y si nos equivocamos de rumbo, o vamos a parar a otra isla, o…?

Mari me tapa la boca con la mano.

—Ami, confía en mí.

Confiar en ella no tiene nada que ver con el viento o el mar, sino con sus ojos claros y llenos de luz que me miran y me hacen sentir más calmada. Me inclino para observar la vela. El viento me da con fuerza en la cara, hasta hacerme saltar las lágrimas.

Kidlat está enroscado, durmiendo y con el pulgar en la boca. A nuestras espaldas, el acantilado ya solo es una pincelada en el horizonte, una línea tan alta como mi dedo. En el otro horizonte solo

divisamos olas, pequeñas colinas que se mueven rítmicamente. El mar ya no es de color azul claro, sino más bien oscuro, casi opaco, como un cielo nocturno. Pienso en todo lo que palpita bajo nuestros pies: peces, coral, tiburones. Confía en mí. El mástil cruje y raspa el aire mientras el viento sigue aprisionado en nuestra vela.

Mari está de lado, con las piernas encogidas y el mentón reposando sobre ellas, para caber en el estrecho casco. Me deslizo a su lado.

—Aún sigues preocupada —dice—. Tienes la cara arrugada.

—Y tú, ¿no estás preocupada? No lo entiendo.

—Es una aventura, es excitante. —Le brillan los ojos—. Nunca he vivido una antes.

—Pero ¿y si se desata el monzón antes de tiempo? ¿O se desata una tormenta y…?

—¿Y qué pasa si se abre el fondo del mar y nos traga? ¿Y si un barco enorme llega y nos parte por la mitad? ¿Y si nos caemos por la borda y nos olvidamos de nadar?

—¡Exacto! Supongo que entonces solo nos quedaría rezar.

Mari frunce el ceño.

—No dirás en serio que crees que todo eso es posible, ¿no?

—¿El qué?

—Rezar. A Dios. —Lo dice igual que nanay.

—No lo sé.

Mueve la cabeza, exasperada.

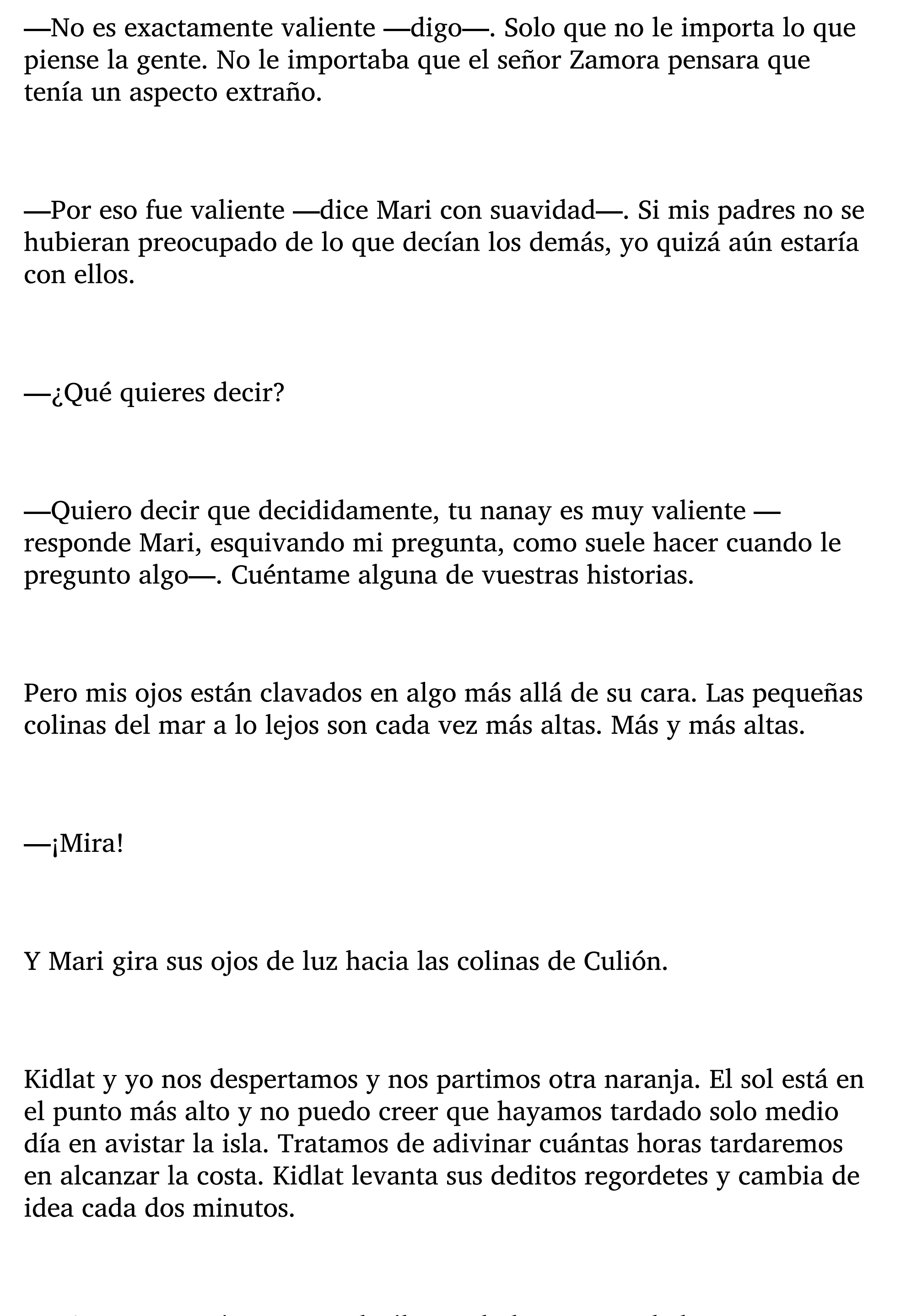
—Ami, si siempre te preocupas de que pueda suceder lo peor, nunca harás nada. Aún estaríamos en ese orfanato, o en un barco en ruta a algún otro sitio y, seguramente, separadas. Pero aquí estamos, y vamos a ir a buscar a tu nanay. Lo estamos haciendo. Nos hemos ido. Así que deja de preocuparte. Es demasiado tarde. Y si pasa alguna de esas cosas, les haremos frente juntas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Háblame de ella —dice Mari, nuevamente tranquila—. De tu nanay.

Llevaba semanas sin permitírmelo. Sin darme permiso para pensar en ella a fondo. Pero ahora me esfuerzo por recordarlo todo, y lo suelto atropelladamente, cuento las cosas sin orden ni concierto, hablo de la casa de las mariposas, de cómo cazamos estrellas y de nuestras historias. Hablo de nanay enfrentándose al señor Zamora sin su velo y Mari suelta un lento silbido.

—Parece estupenda. Valiente.



—No es exactamente valiente —digo—. Solo que no le importa lo que piense la gente. No le importaba que el señor Zamora pensara que tenía un aspecto extraño.

—Por eso fue valiente —dice Mari con suavidad—. Si mis padres no se hubieran preocupado de lo que decían los demás, yo quizá aún estaría con ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que decididamente, tu nanay es muy valiente —responde Mari, esquivando mi pregunta, como suele hacer cuando le pregunto algo—. Cuéntame alguna de vuestras historias.

Pero mis ojos están clavados en algo más allá de su cara. Las pequeñas colinas del mar a lo lejos son cada vez más altas. Más y más altas.

—¡Mira!

Y Mari gira sus ojos de luz hacia las colinas de Culión.

Kidlat y yo nos despertamos y nos partimos otra naranja. El sol está en el punto más alto y no puedo creer que hayamos tardado solo medio día en avistar la isla. Tratamos de adivinar cuántas horas tardaremos en alcanzar la costa. Kidlat levanta sus deditos regordetes y cambia de idea cada dos minutos.

Mari y yo nos reímos tanto de él cuando levanta un dedo que tardamos un momento en comprender lo que está señalando. Es demasiado tarde: veo el estallido de coral, que se abre como un colmillo cuando las olas se apartan. Mari corre a buscar el remo y

logra apartarnos, pero la vela nos empuja a toda velocidad contra otro. Miro hacia abajo y veo que el agua brilla por los corales, rojos y rosas, y la espuma brota con burbujas blancas. Estamos en el arrecife.

—¡Ayuda! —Kidlat corre a ayudar a Mari a empujar con el remo. Agarro el otro y trato de alejarnos de las rocas, pero el viento sigue impulsándonos hacia ellas.

—¡La vela! —grita Mari—. Tenemos que quitar la vela.

Deshago los cabos que atan la sábana al mástil tan rápido como puedo. El barco se encalla y caigo al suelo, notando más que oyendo el crujido de la quilla contra el coral. La mano derecha de Mari le impide agarrar el remo con fuerza, y aunque los bracitos de Kidlat se estremecen a causa del esfuerzo por ayudarla, no son capaces de mantener el rumbo del barco. El remo se queda encajado en las rocas y Mari casi se cae por la borda al intentar recuperarlo. La pala permanece atrancada y trato de tirar del palo, desgarrándome los nudillos contra un duro borde de coral naranja. Lo logro y con ella agujereo la vela, destrozando sábana tras sábana hasta que el viento ya no nos empuja y aminora nuestra velocidad, balanceándonos, pero fuera de peligro.

Mari se acaricia la muñeca derecha, dolorida. Tiene la piel enrojecida. Kidlat está de rodillas, respirando muy fuerte, y de repente la ira me invade. El corazón late desbocado en mi pecho y arrojo el extremo roto del remo. Kidlat parpadea, sin saber qué pasa, y mira a Mari.

—Ami, ¿qué…? —dice Mari.

—Tú... has roto el remo.

—No pude sacarlo a tiempo. Tenemos uno de repuesto.

—¡Has roto el remo y ahora no tenemos vela! —Mi grito me sorprende tanto a mí como a ella. No puedo recordar la última vez que mi voz rasgó así mi garganta, la última vez que las manos se encogieron en unos puños furiosos. La última vez que tuve ganas de golpear a alguien—. ¡Estúpida, estúpida…! —Me giro hacia Kidlat—. ¿Y tú? ¿No podías haber gritado, habernos avisado? ¡No eres un bebé, utiliza tu estúpida boca!

—¡Ami! —Mari se interpone entre Kidlat y yo—. ¡Basta!

—Dijiste que confiara en ti, y mira lo que ha pasado. ¡Mira! Nunca vamos a llegar…

—No es culpa de nadie…

—¡Inútiles, los dos sois unos inútiles! Mirad…

Mari me empuja con fuerza. Me caigo hacia atrás y me golpeo la mano contra la embarcación. El dolor libera toda mi ira y se convierte en vergüenza.

—Mari…

—¡Nunca vuelvas a hablarme así! —exclama Mari, acercando mucho su rostro al mío. Sus pálidas mejillas están teñidas de rojo, y el sol de mediodía brilla a través de sus cabellos, pintando un halo a su alrededor. Parece un ángel terrible—. Nunca.

—Lo siento —digo, llorando—. No sé por qué…

Mari me atrae hacia ella y por un momento creo que va a golpearme, pero en lugar de eso me abraza con fuerza, con más fuerza de la que me ha empujado. Tras unos momentos, Kidlat se acerca a las dos y los tres permanecemos sentados y abrazados, hasta el que agua me moja las piernas.

—Tenemos que achicar agua —dice Mari, y estira la mano para alcanzar el cubo. Kidlat se dispone a hacerlo, pero Mari sacude la cabeza—. Creo que debería hacerlo Ami, para pedirnos perdón.

Mari y Kidlat retiran los restos de la vela y la parten por donde la he rasgado, de modo que las sábanas quedan divididas por la mitad. Se ponen a atar las capas de nuevo mientras yo voy achicando el agua, que ya nos llega a la mitad de la pantorrilla. Me alegra tener una tarea a la que dedicarme. Las palabras que acabo de pronunciar han dejado heridas en mi lengua. Siento que está hinchada y venenosa y tengo el estómago revuelto a causa de la ira que se va enfriando, como pedazos de cristal. He dicho cosas que el señor Zamora también habría dicho, o como San el primer día cuando nos conoció. Sigo achicando más y más rápido, los brazos me duelen y la cabeza me da vueltas. Me juro a mí misma que jamás volveré a hablarles así.

Seguimos remando a lo largo de la barrera de coral, y Kidlat nos ayuda indicando el camino más libre de obstáculos. El coral ha rasgado en algunos sitios el casco del barco, pero no es grave, porque lo peor ya ha pasado. Son mis palabras las que han causado el mayor daño. Aunque Mari trata de no estar enfadada conmigo, percibo una fría distancia entre nosotras mientras seguimos navegando a mar abierto.

Cuando salimos de los arrecifes, ayudo a Kidlat a atar la vela, ahora más pequeña, al mástil, y el viento empieza a acumularse en ella, aunque más débilmente. Nos movemos de nuevo, más lentos que antes, pero las colinas dentadas de Culión están más cerca que nunca. Corón ya ha desaparecido en el horizonte a nuestras espaldas. Tomo los remos y ayudo a la vela que nos acompaña hasta la costa.

—No tienes por qué hacerlo, Ami —dice Mari—. Deberías descansar.

Pero sí tengo que hacerlo. Aún no he terminado de pedir perdón.

El bosque

De algún modo, siempre anochece cuando te acercas.

Es lo que solía decirme nanay, y ahora ha caído el crepúsculo cuando diviso las luces, que resaltan contra el bosque como cuentas de un rosario. Como si la isla llevara un collar. El puerto sano resplandece frente a nosotros, a la derecha. Me tiemblan los brazos de cansancio, pero mi cabeza está extrañamente ligera y descansada.

He remado desde que las colinas empezaron a hacerse más grandes, encogiendo el viento hasta vaciar de impulso nuestra vela por completo. Mari y Kidlat están durmiendo y me alegra que Mari tenga los ojos cerrados, porque así no puedo ver su mirada herida. Hay un barco amarrado en el puerto, pero no parece que haya nadie en los alrededores.

La marea nos transporta y guío la barca lo mejor que sé hasta una pequeña cala a la izquierda del puerto. El collar de luces parpadea y desaparece justo cuando el ruido de las rocas al chocar con el barco despiertan a Mari y a Kidlat. Mari mira a su alrededor. Más allá de la playa rocosa, el bosque se balancea oscuro.

—Ami, ¡lo lograste! —Mari me mira y sonríe. El nudo que ata mi pecho se deshace.

Nos llevamos las fundas de almohada y saltamos a las aguas poco profundas de la playa. No lo son tanto para Kidlat, así que se agarra a las piernas de Mari hasta que alcanzamos la playa. Me sorprende estar de nuevo en tierra firme, como si mis pies se hubieran acostumbrado a la incertidumbre del océano. Nos quedamos un momento sentados para calmarnos. Tengo la boca seca y el gajo de naranja que Mari me

ofrece es como una canción sobre mi lengua. Observo la estrecha forma de nuestro barco balanceándose contra las rocas. La marea se lo llevará, a menos que se hunda, sin nadie que lo amarre. Quizá alguien lo encontrará, lo reparará y la historia volverá a empezar de nuevo.

—Adiós, Lihim —murmuro.

—Tenemos que irnos —dice Mari.

El camino en la oscuridad debería parecernos una aventura, pero solo puedo pensar en lo enorme que es la jungla y qué pequeños somos nosotros. Pronto llegarán las lluvias, y las nubes se harán más espesas y caerán sobre la tierra, limpiando el aire. De momento, el cielo nocturno asemeja una losa sobre nuestras cabezas y respiramos pesadamente.

Cruzamos la carretera por la que Kidlat y yo llegamos al puerto y nos mantenemos en las sombras, para poder escabullirnos colina arriba si oyéramos a alguien acercarse. Debería ser fácil seguir el camino desde una distancia segura; es la que conduce hasta el centro de Culión. Las colinas cubiertas de árboles nos observan, mudas y vigilantes. El suelo es firme y está cubierto de ramas, y sería imposible distinguirlas de una serpiente en la oscuridad. Rosita solía decir que había que dejar estar las cosas, porque las cosas importantes terminarían arreglándose solas. Parece algo estúpido, dicho así, y no estoy muy segura de creer que sea cierto, pero es de mala educación pensar mal de los muertos, así que decido dejar de preocuparme por si piso una rama o aparece una serpiente en la oscuridad.

Mari y yo no decimos palabra hasta que llegamos al río. Kidlat tampoco, pero él suele estar callado. Recuerdo que el río cruzaba el camino muy cerca del fin de nuestro viaje en carro, y siento mariposas en el estómago. Vamos mucho más lentos de lo que había imaginado. Cruzar el canal que separa ambas islas nos ha llevado un día entero en lugar de un par de horas. ¿Cuántas horas más tardaremos en cruzar el bosque? Los árboles están más dispersos y la luna brilla entre las

copas, plateada y fuerte. Desato el cuenco de metal de mi espalda y lo utilizo para recoger un poco de agua del río que podamos beber. Sigue teniendo sabor a ajo y gambas. El bosque está quieto a nuestro alrededor, pero no silencioso. Nos llegan el canto de las ranas, el sutil burbujeo de los peces bajo el agua, los insectos chocando entre sí.

—Tendríamos que haber traído una red —digo—. O algo para pescar.

—Tengo algo mejor. Es mi truco secreto. Así verás que no soy ninguna inútil. —Mari sostiene su mano tullida y arquea las cejas para que vea que me está tomando el pelo, pero la vergüenza me asalta de todos modos—. Agarra eso —dice, señalando una piedra plana que hay cerca—. Aguántala en el aire y prepárate.

No le pregunto qué piensa hacer. Se estira sobre la barriga en la orilla del río y deja su mano colgando encima de la corriente. Kidlat se inclina para mirar. No pasa nada durante un buen rato, pero no la interrumpo. Su mirada está concentrada, como un rayo. De repente, algo brilla entre sus dedos. Empieza a mordisquearla. Contengo la respiración, pero Mari ni se inmuta.

Se arremolinan más pececillos, pero solo cuando una tilapia de color plata y verde empieza a comérselos, Mari utiliza su otra mano para cazar al pescado y sacarlo del agua, arrojándolo sobre la orilla. El pez aterriza a dos codos de distancia, boqueando desesperado.

—¡Dale, Ami!

Lo intento, pero nunca he matado nada así. Solo iba a recoger la carne ya cortada y envuelta en papel marrón de Rosita, o arrojaba los cangrejos a la sartén sin tener que mirarlos.

—¡Ami!

El pescado sigue dando coletazos y se acerca al agua, impulsado por el pánico que lo hace saltar en grandes arcos alrededor de mis tobillos. Mari se levanta y me quita la piedra. Me resisto un poco a dársela, esperando que el pez logre zafarse y volver al agua…

La piedra cae y Mari pone los ojos en blanco cuando ha terminado y la arroja lejos del pescado.

—Casi lo perdemos.

La parte de debajo de la piedra tiene una mancha oscura y no quiero mirar el pescado, pero por el rabillo del ojo veo que yace, aún vivo, en la mano de Mari. Lo ha cogido por la cola y lo golpea contra la piedra hasta que deja de moverse. Tengo ganas de echarme a llorar. Kidlat también está a punto de hacerlo.

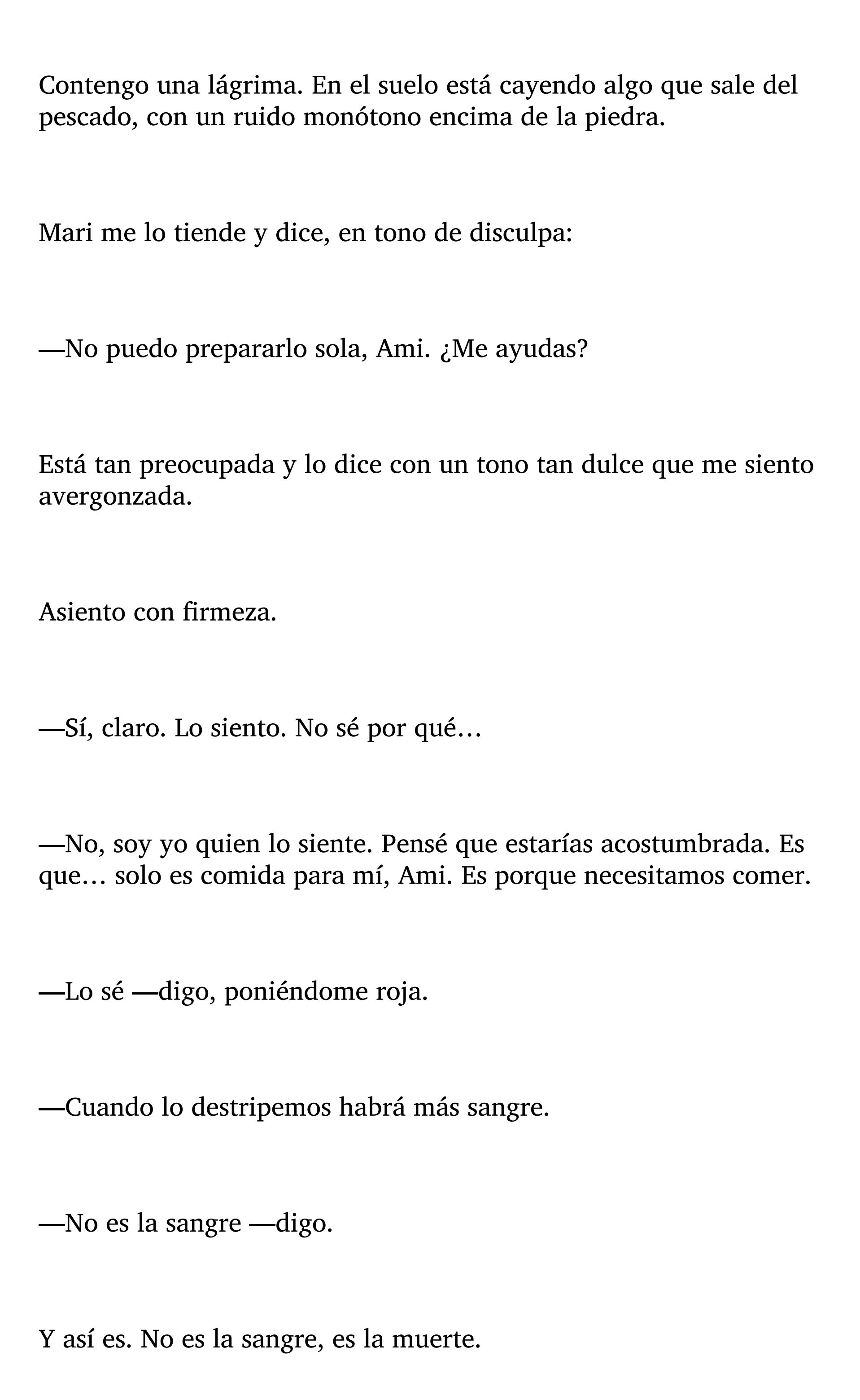
—¿Tenías que hacer eso? —digo, y mi voz suena más enfadada de lo que me siento realmente.

—¿El qué?

—¡Golpearlo de nuevo!

Mari mete el dedo bajo sus branquias y ladea la cabeza, mirándome como si fuera un pájaro curioso.

—Estaba muriéndose. Sufría. Quería matarlo de una pedrada la primera vez. Es más amable así.


Contengo una lágrima. En el suelo está cayendo algo que sale del pescado, con un ruido monótono encima de la piedra.

Mari me lo tiende y dice, en tono de disculpa:

—No puedo prepararlo sola, Ami. ¿Me ayudas?

Está tan preocupada y lo dice con un tono tan dulce que me siento avergonzada.

Asiento con firmeza.

—Sí, claro. Lo siento. No sé por qué…

—No, soy yo quien lo siente. Pensé que estarías acostumbrada. Es que… solo es comida para mí, Ami. Es porque necesitamos comer.

—Lo sé —digo, poniéndome roja.

—Cuando lo destripemos habrá más sangre.

—No es la sangre —digo.

Y así es. No es la sangre, es la muerte.

Sonríe titubeante y luego se arrodilla y se pone a lavar el pescado en las rápidas aguas del río. Luego me lo tiende, y entonces parece tan limpio como cuando nadaba en el agua, vivo. Se parece a los pescados que nanay solía comprarle a Bondoc, y que yo le había ayudado a preparar cien veces. Mi garganta no está tan seca. Limpio la mancha oscura de la piedra de la orilla y tomo el cuerpo frío y firme del pescado entre mis manos. Lo coloco en la superficie plana mientras Kidlat y Mari buscan en el lecho de la orilla una piedra que el agua no haya pulido.

Kidlat me tiende una puntiaguda y oblonga, y mientras sostengo el pescado por la cola, lo abro por el costado. Las escamas se deshacen como diminutos cristales, tiñen la roca y hacen que mis dedos brillen. Corto las aletas y las dejo a un lado. Luego clavo un dedo bajo las branquias y le abro el estómago, deslizando la piedra hacia abajo para sacar las entrañas. Mari aparta la vista y eso me sorprende, porque no ha tenido tantas manías cuando se trataba de apedrear al animal.

La piedra no es lo bastante afilada para cortar la carne del pescado en filetes limpios, así que, cuando lavo el interior, nos turnamos para arrancar la carne de las espinas con los dedos. Está lo bastante fresca para poder comerla cruda, aunque no sabe muy bien. Trato de no pensar en la última comida que compartí con nanay en la playa, ni siquiera en los boles de arroz que Luko preparaba en el orfanato.

Cuando me trago el último bocado, Mari me da un codazo. Kidlat se ha echado en el suelo y ya está durmiendo.

—Deberíamos despertarlo —digo.

—¿No podríamos dejarlo descansar un poco? Yo estoy demasiado agotada para llevarlo a cuestas.

Miro la pequeña figura y suspiro. Cada momento que perdemos

durmiendo es un instante más de retraso para llegar hasta nanay. Pero no soporto la idea de despertar a Kidlat. Miro el río hasta verlo desaparecer entre los matorrales del bosque y me pregunto si debería ofrecerme a ir sola. Pero la oscuridad es terrorífica, de repente.

—No pasa nada por descansar un par de horas —digo, y las piernas empiezan a dolerme como si acabara de darme cuenta del largo trecho que hemos recorrido. Mari asiente y ella también se acurruca contra Kidlat. Me echo a dormir al otro lado, mirando al río. El agua susurra sobre las rocas y los insectos entonan su canto.

Los caballos

Mari está de pie frente a mí, pero algo va mal. Su cabello brilla con demasiado resplandor, sus ojos son demasiado grandes.

Mari, digo, pero mi voz sale como si fueran burbujas por el aire. Tiende los brazos hacia mí.

Ami, ¿puedes ayudarme?

Dos pescados sin vida brotan de sus muñecas y sus ojos son planos y sin vida a la luz de la luna. Doy un paso atrás y ella avanza hacia mí. De repente se desvanece y es nanay la que ocupa su lugar, con el agua por la cintura y creciendo cada vez más. Abre y cierra la boca y sus palabras salen a destiempo.

Ami, ¿puedes ayudarme?

No consigo llegar a tiempo. El río crece cada vez más rápido y cuando estiro los brazos solo toco agua, agua por todas partes, y la llamo…

Ami, ¿me oyes?

Vuelvo a oír a Mari, y nanay desaparece convirtiéndose en una luz suave.

—Ami, ¿me oyes?

Siento mi cuerpo de nuevo, dibujándose a mi alrededor como si fuera barro. Nanay ya no está.

—Ami, ¡despierta!

Abro los ojos y allí está Mari, de verdad, a la luz monótona e incierta del amanecer, despertándome. Mi mano flota en el río, helada de frío. Me levanto y me siento, sacudo la cabeza para borrar las imágenes del sueño.

—Tenías una pesadilla —dice. Kidlat se agarra a su túnica, asustado.

—No pasa nada. Estaba dormida —me digo, para tranquilizarlo a él y a mí también—. Solo era un mal sueño.

Pero parecía real, de esa forma horrible en que las pesadillas parecen de verdad, aunque salta a la vista que nanay no está aquí y que Mari tiene una mano igual que la mía, y otra que no se parece en nada a un pescado.

—Deberíamos irnos —dice y me ofrece un pedazo de fruta de árbol de jaca. Su dulzura ataca mi sentido del olfato y me da náuseas, pero tengo la boca terriblemente seca. Lo acepto y la como mientras Mari se guarda la piedra afilada con la que destripamos el pescado y me trae el cuenco de metal para que vuelva a atármelo a la espalda. Cuando lo hago, la visión de nanay con el agua hasta la cintura vuelve a flotar frente a mis ojos y se aferra a mi piel. Debo de ser transparente porque Mari le da la mano a Kidlat y echa a andar sin decir una palabra más.

Cada vez hace más calor y el aire está cargado, avisando que las

lluvias están al caer. El cielo es de color gris suave y la luz apagada del sol penetra por las nubes elevadas que se han formado durante la noche. Me concentro en el río, en la manera en que fluye desde el pueblo de Culión, y en que cada paso río arriba es un paso que me acerca más a nanay. Intento no pensar en el dolor que debe de sentir, en el hospital, en cómo estará rodeada de desconocidos de los Lugares Lejanos.

—Ami, ¿podemos aminorar un poco la marcha?

Me giro y veo que Mari y Kidlat me siguen a duras penas. Pensaba que solo llevábamos un trecho corto, pero ya no se divisa el claro donde hemos pasado la noche, solo se ven más y más ramas y arbustos y rayos de sol empujando como dedos que atraviesan las sombras. Me detengo e inspiro profundamente mientras me alcanzan.

Mi cuerpo está tenso y las manos me tiemblan. Las aprieto, formando sendos puños para que Mari no perciba mi estado, pero por supuesto se fija. Cuando la conocí, me gustó mucho que fuera tan observadora, pero ahora es como si me estuviera vigilando. Kidlat parece haber decidido que es su nueva amiga favorita, y algo parecido a la furia burbujea en mi interior. Cuando llegamos a Corón, siempre trataba de agarrar mi mano, y ahora Mari se interpone entre los dos, como si yo fuera una amenaza, una de esas serpientes que esquivamos en el bosque. Apenas lo conoce. ¿Por qué decidió seguirnos, para empezar? Avanzaríamos mucho más deprisa sin él.

Aprieto la mandíbula para impedir que mis pensamientos salgan por la boca, pero Mari sigue mirándome con sus ojos claros como si pudiera leerme la mente. Me doy la vuelta sin decir palabra y sigo andando por la orilla del río, acortando mis pasos y sintiéndome más furiosa a cada paso. Ojalá estuviera sola. Ojalá pudiera correr y correr, sin preocuparme de un crío de cinco años y…

Basta, me digo. No es culpa suya. No es culpa de nadie, excepto del señor Zamora, que me apartó de mi familia y me llevó lejos, y del gobierno que

lo envió, y más que ellos lo peor es la enfermedad que habita en mi nanay, en su piel, y que se está llevando pedazos de ella, de su vida.

Ralentizo un poco más mi paso y me pongo al lado de Mari, acompañándolos. Kidlat sostiene su mano, pero ella estira el brazo y lo entrelaza con el mío, apretando afectuosamente.

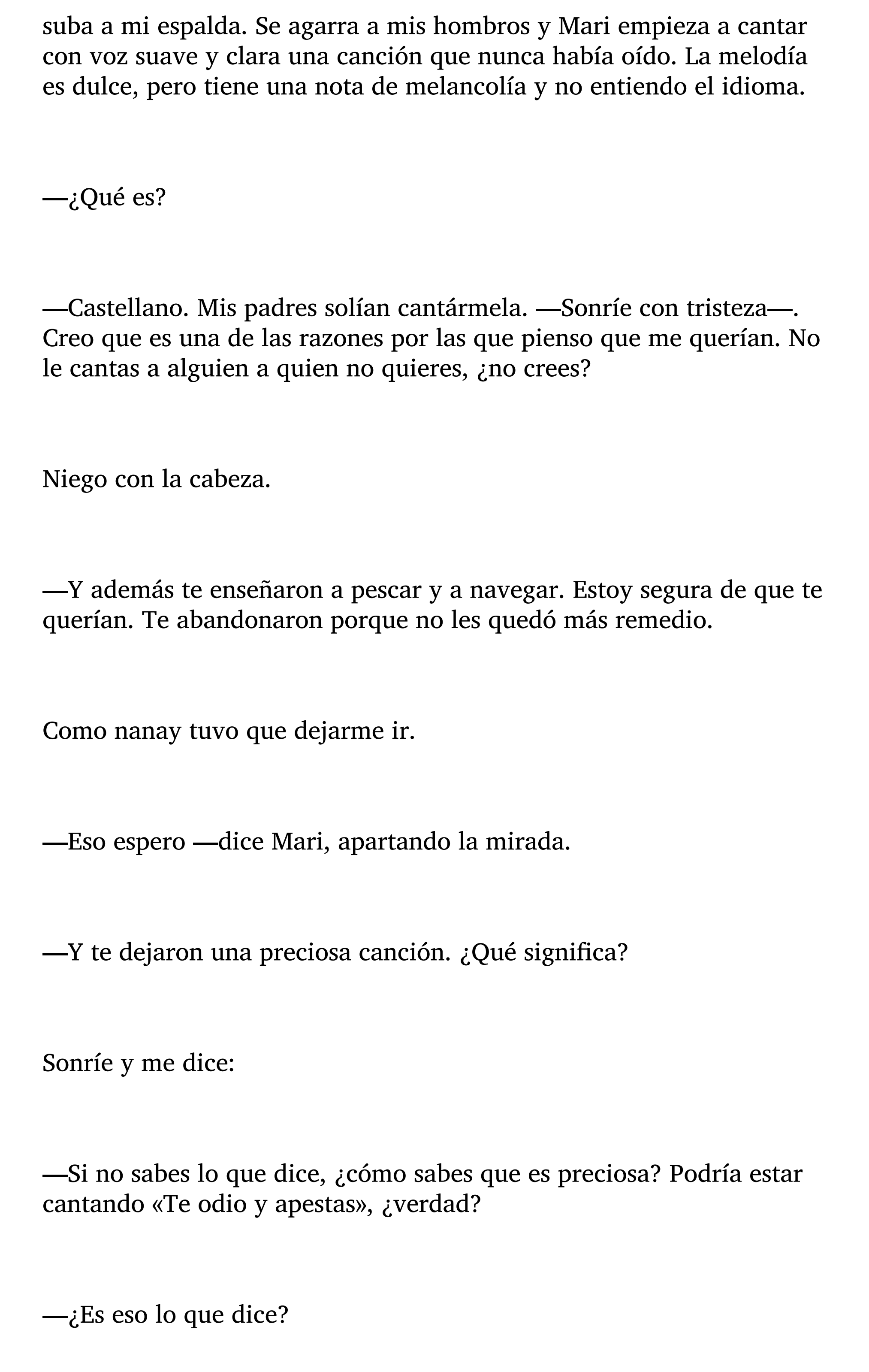
—Todo irá bien, Ami —dice, convencida—. Estamos avanzando más rápido. No van a atraparnos. Lograremos regresar.

Se calla, porque no puede prometerme que nanay esté allí cuando lleguemos. Aprieto su brazo con el codo.

Solo nos detenemos cuando el estómago de Kidlat empieza a hacer tanto ruido que lo oímos, a pesar del rumor del río y de nuestros propios pasos. Mari encuentra más fruta y nos comemos una pieza cada uno; el jugo nos cae por el mentón. Las moscas empiezan a revolotear a nuestro alrededor, así que nos lavamos la cara en el río. El agua es fresca y está limpia, y por un momento pienso que es una lástima que solo ahora esté descubriendo el bosque, ahora que solo quiero dejarlo atrás y llegar a mi casa.

Kidlat aún no ha dicho palabra, pero parece más calmado. Es como si supiera que es importante que avancemos, que no perdamos el ritmo, y se esfuerza por seguirnos. Pero a medida que pasan las horas y el sol alcanza lo alto del cielo ya no puede más, y hacia media tarde tiene que dar tres zancadas por cada paso nuestro. Le tiembla el labio inferior y paramos.

—Puedo llevarlo yo, ¿qué te parece? —dice Mari mirando mi cara preocupada, pero niego con la cabeza. Solo yo necesito imperiosamente llegar hasta donde está nanay, y es culpa mía que vayamos tan deprisa. Así que aflojo el cuenco de metal de mi espalda y lo ato a la espalda de Mari, y luego me inclino para que Kidlat se



suba a mi espalda. Se agarra a mis hombros y Mari empieza a cantar con voz suave y clara una canción que nunca había oído. La melodía es dulce, pero tiene una nota de melancolía y no entiendo el idioma.

—¿Qué es?

—Castellano. Mis padres solían cantármela. —Sonríe con tristeza—. Creo que es una de las razones por las que pienso que me querían. No le cantas a alguien a quien no quieres, ¿no crees?

Niego con la cabeza.

—Y además te enseñaron a pescar y a navegar. Estoy segura de que te querían. Te abandonaron porque no les quedó más remedio.

Como nanay tuvo que dejarme ir.

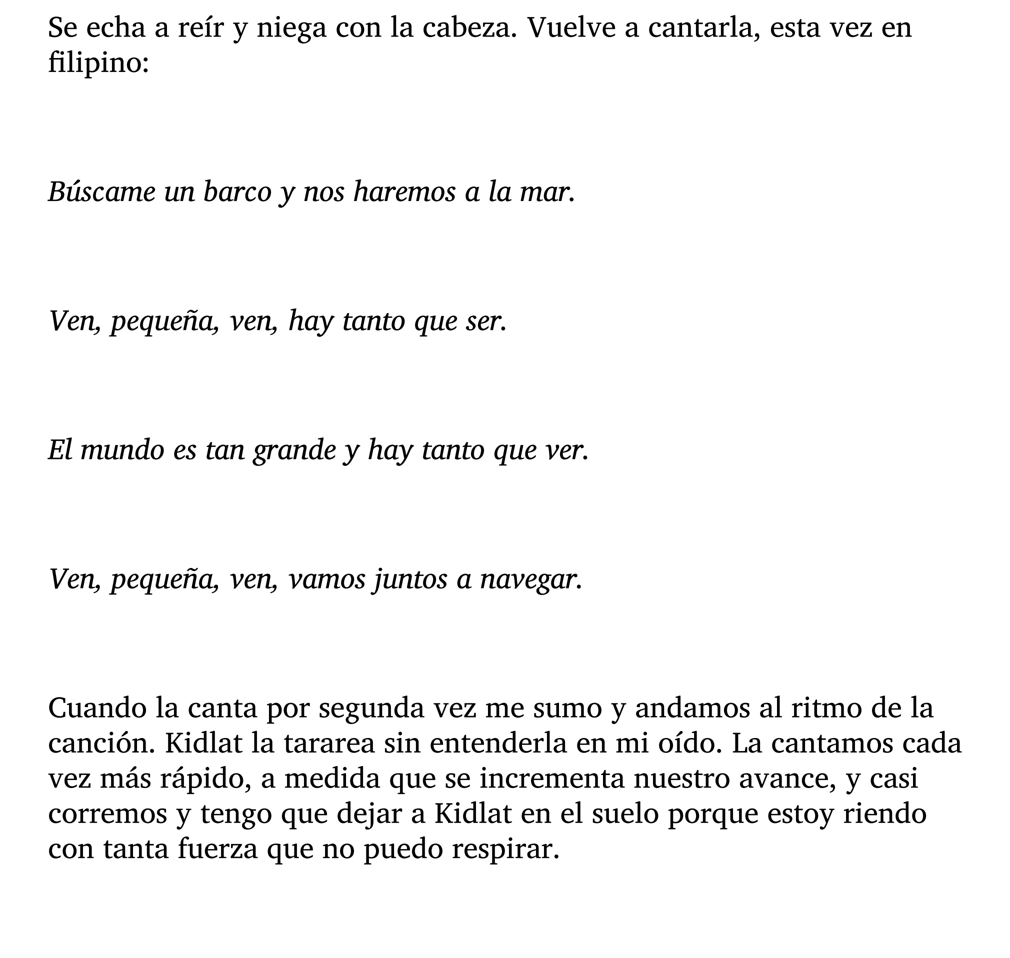
—Eso espero —dice Mari, apartando la mirada.

—Y te dejaron una preciosa canción. ¿Qué significa?

Sonríe y me dice:

—Si no sabes lo que dice, ¿cómo sabes que es preciosa? Podría estar cantando «Te odio y apestas», ¿verdad?

—¿Es eso lo que dice?



Se echa a reír y niega con la cabeza. Vuelve a cantarla, esta vez en filipino:

Búscame un barco y nos haremos a la mar.

Ven, pequeña, ven, hay tanto que ser.

El mundo es tan grande y hay tanto que ver.

Ven, pequeña, ven, vamos juntos a navegar.

Cuando la canta por segunda vez me sumo y andamos al ritmo de la canción. Kidlat la tararea sin entenderla en mi oído. La cantamos cada vez más rápido, a medida que se incrementa nuestro avance, y casi corremos y tengo que dejar a Kidlat en el suelo porque estoy riendo con tanta fuerza que no puedo respirar.

De repente Mari me aprieta la boca con fuerza. Me ahogo y tengo ganas de toser, pero se pone la muñeca encima de la boca y me hace callar, suavemente. Me domino y presto atención.

Caballos. Hay caballos cerca, y voces de hombres. Oigo el zumbido de sus conversaciones y los cascos golpeando el suelo. Nos aplastamos contra la tierra, tratando de no hacer ruido. Tres pares de cascos aparecen por entre los troncos a nuestra izquierda. No sé cómo nos hemos acercado tanto al camino sin darnos cuenta. Están lo bastante lejos para no oírme aterrorizada; pero, aun así, mi corazón late deprisa, como si intentara ocultarse excavando un agujero en el suelo.

—A estas alturas deberíamos haberlas encontrado —dice la voz de un hombre que reconozco. Me pica la piel. Es Bondoc—. Deberíamos regresar, señor Zamora.

Kidlat suelta un ligero quejido y lo acerco a mí. Estoy demasiado asustada como para intentar atraer la atención de Bondoc.

—Quizá sí —dice otra voz conocida. Es el doctor Tomas, y parece cansado—. No hemos encontrado ni rastro.

—¡Están aquí, en algún lugar! —La voz del señor Zamora suena furiosa—. Vi cómo partían…

—¿Cómo es posible que un par de niñas hayan cruzado el canal en barco? —salta Bondoc, impaciente—. Si trata de ocultar algo que haya hecho usted…

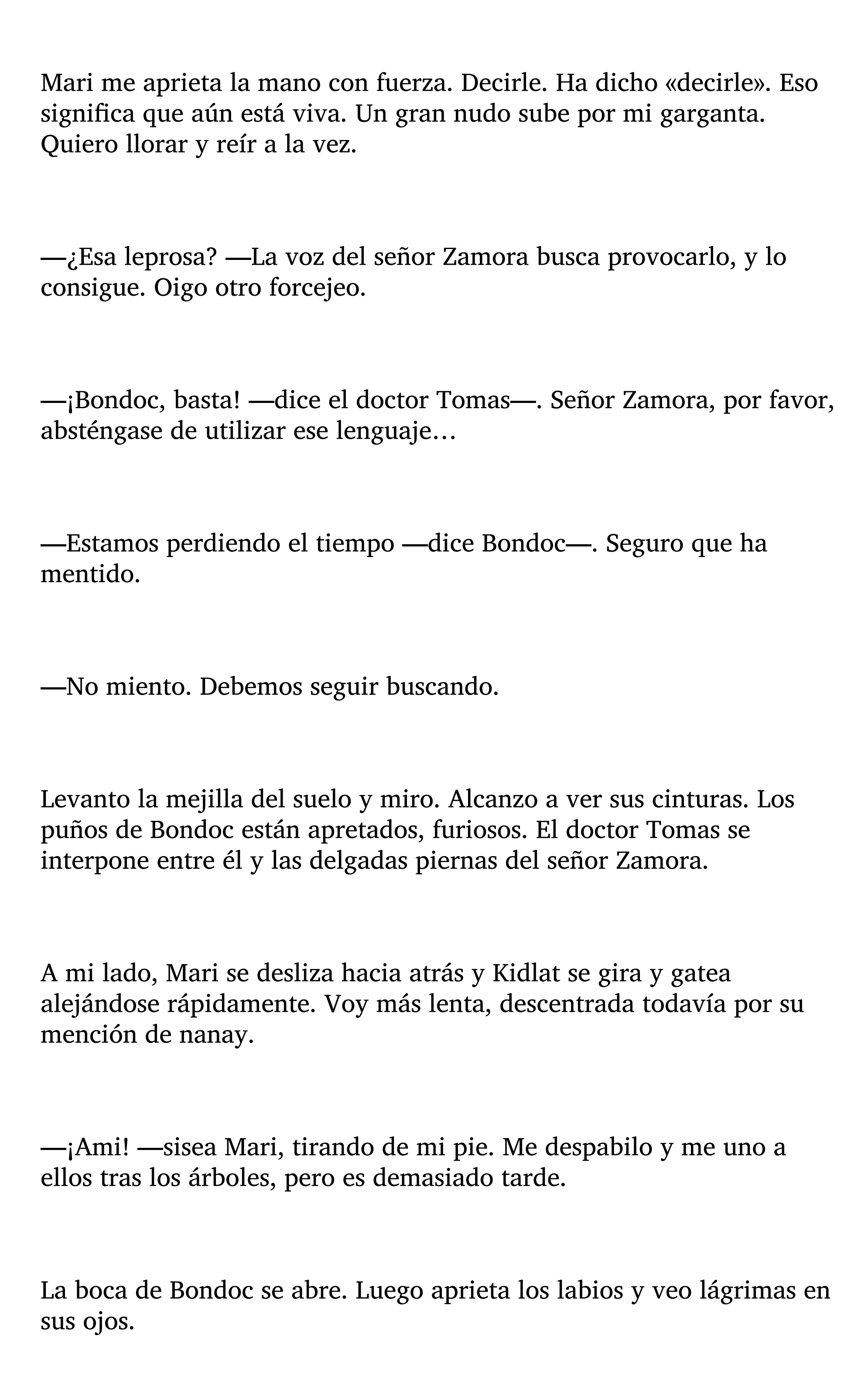
—No he hecho nada de nada. ¿Piensa que me apetece regresar a esta asquerosa isla? Si supiera dónde…

Se oye un forcejeo.

—¡Suélteme! —dice el señor Zamora.

—Bondoc… —advierte el doctor Tomas. Hay un silencio.

—¿Qué debo decirle a Tala? —pregunta Bondoc por fin, con la voz estrangulada.



Mari me aprieta la mano con fuerza. Decirle. Ha dicho «decirle». Eso significa que aún está viva. Un gran nudo sube por mi garganta. Quiero llorar y reír a la vez.

—¿Esa leprosa? —La voz del señor Zamora busca provocarlo, y lo consigue. Oigo otro forcejeo.

—¡Bondoc, basta! —dice el doctor Tomas—. Señor Zamora, por favor, absténgase de utilizar ese lenguaje…

—Estamos perdiendo el tiempo —dice Bondoc—. Seguro que ha mentido.

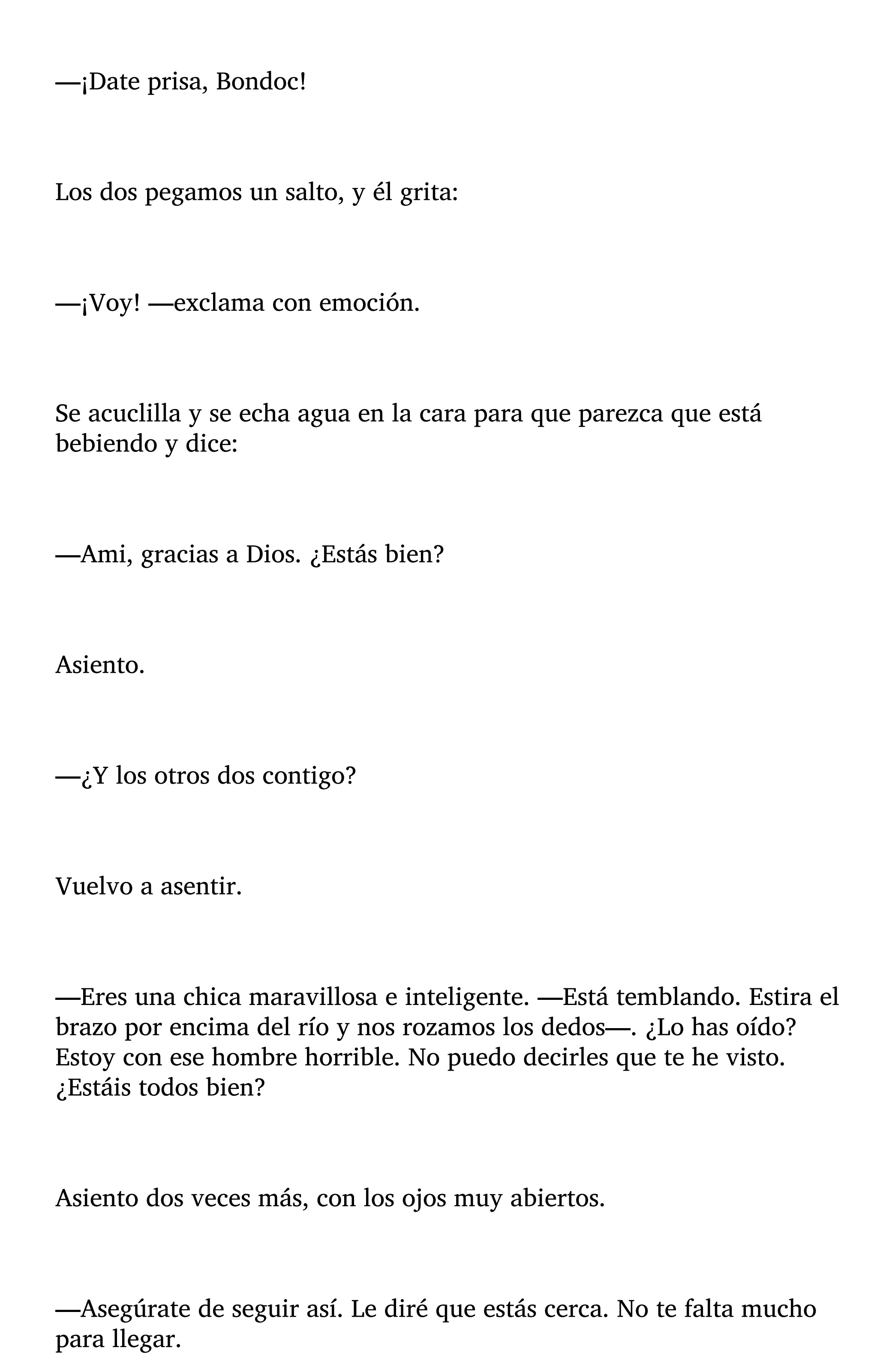
—No miento. Debemos seguir buscando.

Levanto la mejilla del suelo y miro. Alcanzo a ver sus cinturas. Los puños de Bondoc están apretados, furiosos. El doctor Tomas se interpone entre él y las delgadas piernas del señor Zamora.

A mi lado, Mari se desliza hacia atrás y Kidlat se gira y gatea alejándose rápidamente. Voy más lenta, descentrada todavía por su mención de nanay.

—¡Ami! —sisea Mari, tirando de mi pie. Me despabilo y me uno a ellos tras los árboles, pero es demasiado tarde.

La boca de Bondoc se abre. Luego aprieta los labios y veo lágrimas en sus ojos.



—¡Date prisa, Bondoc!

Los dos pegamos un salto, y él grita:

—¡Voy! —exclama con emoción.

Se acuclilla y se echa agua en la cara para que parezca que está bebiendo y dice:

—Ami, gracias a Dios. ¿Estás bien?

Asiento.

—¿Y los otros dos contigo?

Vuelvo a asentir.

—Eres una chica maravillosa e inteligente. —Está temblando. Estira el brazo por encima del río y nos rozamos los dedos—. ¿Lo has oído? Estoy con ese hombre horrible. No puedo decirles que te he visto. ¿Estáis todos bien?

Asiento dos veces más, con los ojos muy abiertos.

—Asegúrate de seguir así. Le diré que estás cerca. No te falta mucho para llegar.

Vuelve a echarse agua en la cara, esta vez para limpiarse las lágrimas, y luego bebe un largo trago llevándose el agua a la boca con la mano. Inspira profundamente y se pone en pie, caminando rígidamente hacia los otros dos. Parpadeo estúpidamente. Justo antes de alcanzar el sendero da dos pasos hacia atrás. Veo que su mano ejecuta un arco rápido y arroja algo.

Una cajetilla de cerillas de la taberna cae a mis pies. Cuando la recojo, él ya está subido a su montura. Veo los pies golpeando los costados de los caballos y los animales recorriendo el camino contrario. Mari corre hacia mí, abandonando su refugio en el árbol.

—¡Ami! —Su voz suena enfebrecida—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

Sostengo la cajetilla de cerillas en alto y se la queda mirando. Kidlat se acerca y se arrodilla con nosotras, con el pulgar de nuevo en la boca. Me aclaro la garganta y contesto a las preguntas de Mari.

Abre mucho los ojos:

—Tienes la suerte del demonio, Ami.

Sonrío, más tranquila, y dejo que la excitación casi maníaca burbujee en mi estómago.

—Pensaba que no creías en el demonio.

Ella me devuelve la sonrisa.

—No creo en lo que no puedo ver, Ami. Y he conocido al señor Zamora, igual que tú.

Suelto un resoplido y me río, y la ayudo a levantarse. Voy a por Kidlat, pero el niño dice que no y se pone a andar. Mari enarca las cejas y me agarra del brazo.

—Después de usted, caballero.

Hace una pequeña reverencia, arrastrándome con ella. El niño se ríe.

Siento que me he quitado un peso de encima. Ver a Bondoc, su preciado regalo de cerillas y su promesa, «No te falta mucho para llegar», son como flechas de energía que vibran por mi piel, conducen mis pasos, me insuflan esperanza. No hablamos de nanay o de los padres de Mari ni de nada triste. Kidlat y Mari parecen de mejor humor también, tanto que cuando sale la luna Mari sugiere que sigamos adelante durante la noche.

Me gustaría, pero salta a la vista que Kidlat está exhausto y no creo que pueda acarrearlo después de la caminata del día. Así que paramos y enviamos a Kidlat a por madera para hacer un fuego mientras Mari y yo pescamos y destripamos otro pescado. Esta vez logro dejar caer la piedra, aunque lo hago cerrando los ojos en el último instante.

Enciendo el pequeño montón de ramitas con una de las cerillas de Bondoc. Kidlat quiere intentarlo también, así que le dejo dos, que se quiebran o caen en el fuego o el río. Miramos cómo crecen las llamas hasta convertirse en brasas ardientes y rojizas. Distraídos, picoteamos el pescado crudo y cuando las brasas están listas ya lo hemos terminado. Kidlat está medio dormido, lo aparto de la hoguera y Mari limpia el cuenco de metal en el río.

Se oye un ligero zumbido en los alrededores, y el brillo del fuego refleja un pálido cono colgando de un árbol al otro lado del río. Trago saliva. Las avispas siempre me han dado miedo, desde que nanay quemó un nido en la pared de nuestra casa cuando era pequeña. Estaba detrás de mi cama y por la noche las oía zumbar. Pensaba que me imaginaba cosas, hasta que un día picaron a nanay cuando estaba estampando la escoba contra el nido en la pared exterior. Se convirtieron en una marea y por suerte solo la picaron dos veces, una en la muñeca y otra en el cuello. Entonces llenó de humo la pared y detrás de mi cama descubrimos cientos de avispas muertas. Probablemente ahora solo quedará polvo de ellas y los túneles del nido estarán vacíos.

—¿Estás bien, Ami? —pregunta Mari, y caigo en la cuenta de que estaba muy lejos de allí.

—Más o menos —digo al cabo de un rato.

—Bueno, no está mal —responde, y se echa a dormir al lado de Kidlat. Me pongo al otro lado del niño y ella pasa el brazo por encima de él para estrecharme la mano. Yo también lo hago, y durante un largo momento descansa la suya entre la mía, antes de girarse y murmurar —: Buenas noches.

Pienso en Lihim, nuestro barco abandonado en la playa, y la marea que se lleva nuestro secreto y lo entierra en la arena. El sueño llega, por fin, entrecortado, como si fuera la marea.

El jardín

Hace tanto calor que cuando me despierto estoy sudando. Es como si respirara a través de una nube de vapor. El cielo es del mismo color gris que ayer, y aún no hay señales del sol.

Las lluvias no tardarán en llegar. Espero que lleguemos antes a Culión, pero nunca se sabe. A veces se desatan en un día de cielo azul, y las nubes aparecen como una marea y se abren con un gran estruendo de agua que empapa el suelo tan rápido que las casas se inundan antes de que podamos construir presas, o colocar arena o barreras de juncos. Otras veces invaden el cielo con nubes tan espesas y oscuras que piensas que van a descender sobre ti como una manta, pero en lugar de eso la lluvia se abalanza poco a poco, como si fuera a cambiar de idea en cualquier momento y regresar al cielo.

No hay fruta para desayunar, así que Mari reparte lo que queda de la última naranja de Luko.

—No quiero volver a comer naranja en mi vida —digo mientras guardo la mía en el bolsillo. Mari sonríe y se come la suya. Su obsesión con las naranjas empieza a preocuparme.

Hace un intento de volver a pescar, pero no pica ningún pez. Todos están ahítos después de la noche, y no se fían de la luz del sol. Nos llenamos el estómago con agua y empezamos a andar. Los árboles se acercan a la orilla cada vez más, obligándonos a vadearlos. Kidlat intenta hacerlo por su cuenta y se ríe cada vez que se cae al suelo. Es bueno verlo sin miedo.

Empiezo a tener hambre al cabo de un par de horas y, después de otra hora, Kidlat tira de la mano de Mari, pidiendo comida. Aunque

buscamos fruta en los árboles y raíces en el suelo, solo diviso un arbusto de acacias con espinas que se agarran a nuestros brazos y túnicas. Pero procuramos no romper ninguna rama, porque en las acacias viven los diwatas. Son los espíritus guardianes de los árboles, que hacen daño a los que atacan sus hogares. Cuando nanay me habló de ellos imaginaba mujeres hermosas, no más altas de un palmo que se abrazaban a las ramas envueltas en seda naranja. Ahora, al ver lo puntiagudas que son las espinas, solo se me ocurre que los dioses deben de tener la piel muy dura.

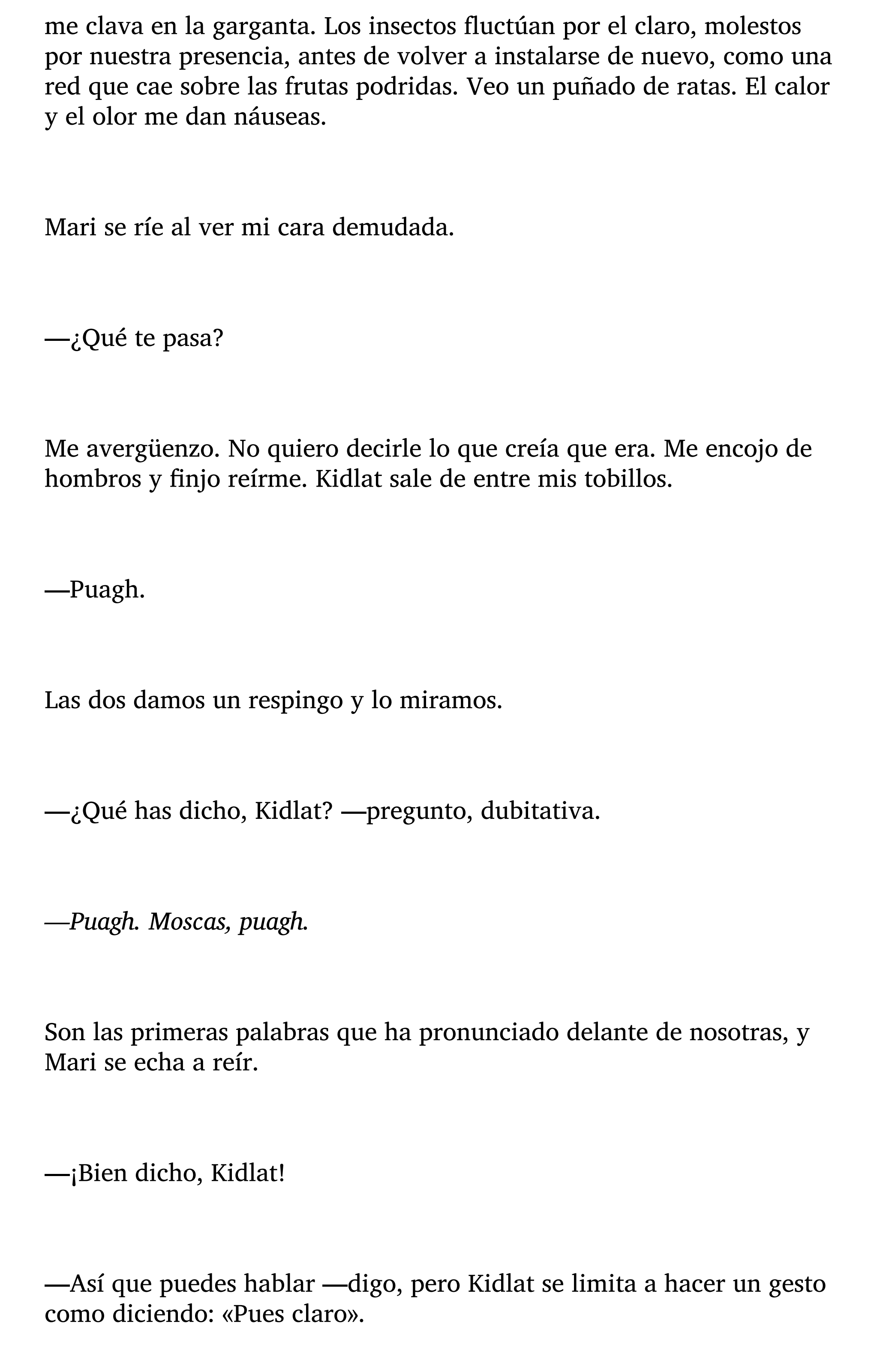
Un olor extraño llena el aire a medida que avanzamos: dulce, pesado y ligeramente podrido. Si lo respiro demasiado, me mareo y me duelen los dientes. No es del todo desagradable, pero Mari se tapa la nariz con la manga de su túnica. Después de un profundo giro del río vemos algo que nos hace detenernos en seco. Kidlat, que camina detrás de nosotras, me pisa el talón, pero apenas reparo en ello.

Ante nosotras se abre un claro repentino. El suelo está cubierto por una espesa y hermosa alfombra de color verde y negro y dorado. Se extiende a ambos lados del río, que fluye más estrecho y más rápido, así que debemos de estar cerca del origen. El burbujeo del agua resplandece al sol del mediodía y brilla con fuerza. El olor es más fuerte que nunca y todo me da vueltas. Mi cuerpo se mueve más lentamente, como lo que Bondoc describe que es la ebriedad. Mari me detiene con un brazo antes de que pueda dar un solo paso.

—¿Qué haces? —susurra vehemente a través de su túnica.

Miro la alfombra, excepto que ya no lo es. Me echo hacia atrás y abro la boca. Kidlat trata de apartarse, pero tropiezo con él y los dos nos caemos al suelo hechos un ovillo.

Una marea de moscas y avispas se eleva del suelo frente a nosotros. Ya no brillan como hileras de negro y oro, sino que son una masa de alas y ojos bulbosos que no paran de zumbar. El naranja y el verde en el suelo son los restos de mangos podridos, y su olor enfermizo y acre se



me clava en la garganta. Los insectos fluctúan por el claro, molestos por nuestra presencia, antes de volver a instalarse de nuevo, como una red que cae sobre las frutas podridas. Veo un puñado de ratas. El calor y el olor me dan náuseas.

Mari se ríe al ver mi cara demudada.

—¿Qué te pasa?

Me avergüenzo. No quiero decirle lo que creía que era. Me encojo de hombros y finjo reírme. Kidlat sale de entre mis tobillos.

—Puagh.

Las dos damos un respingo y lo miramos.

—¿Qué has dicho, Kidlat? —pregunto, dubitativa.

—*Puagh. Moscas, puagh.*

Son las primeras palabras que ha pronunciado delante de nosotras, y Mari se echa a reír.

—¡Bien dicho, Kidlat!

—Así que puedes hablar —digo, pero Kidlat se limita a hacer un gesto como diciendo: «Pues claro».

Sacudo la cabeza, asombrada.

—Muy buena elección para estrenarse —dice Mari, sonriendo y señalando el extremo del claro. Y antes de emprender el camino, me dice, por encima del hombro—: Tenemos que rodearlo. Quizá te guste notar fruta podrida y moscas bajo tus pies, pero a mí no.

Tomo a Kidlat de la mano y la sigo.

—Debe de ser el jardín lleno de mangos que pasamos de camino hacia aquí —le digo al recordar que fue aquí donde se le cayeron las mariposas al señor Zamora, y donde Datu recogió la fruta podrida. Me pregunto lo que pensarán los niños y las niñas del orfanato de nosotros, de nuestra huida. Si es que piensan en nosotros, claro—. Ya estamos cerca de casa.

—Casa —dice Kidlat, muy serio—. Tu nanay.

—Sí.

En mi rostro se dibuja una sonrisa tan amplia que siento que voy a romperme. Su voz es limpia y dulce. Me invade una oleada de calidez cuando me mira, él también con una sonrisa de oreja a oreja. Solo nanay me ha hecho sentir así antes: como si una persona pudiera ser nuestro hogar y algo seguro y todo lo que importa. Un universo entero, como nanay dijo que su ama era para ella.

—¿Y mi nanay?

—También.

—¡Ami! ¡Kidlat! —La voz de Mari es alegre—. ¡Mirad!

No la vemos. Nos abrimos paso a través de unos robustos matorrales de acacia, plantados (ahora me doy cuenta) para proteger el jardín de fruta de los ladrones y vagabundos, como nosotros. Por fin la alcanzamos.

—¡Mirad, allí! —dice, y Kidlat corre hacia la línea de árboles frente a nosotros, riéndose feliz. El claro solo era el principio de los campos de fruta. Este huerto está lleno de pitaya, fruta de dragón, con sus púas verdes sobre la piel rosa brillante, y la pulpa que madura bajo los toldos verde oscuro. Kidlat abre uno ayudándose de las hojas puntiagudas y afiladas, y vuelve corriendo.

—Manos —dice. Obedecemos y las extendemos. Parte la fruta en dos pedazos y gira la piel hacia fuera para que la parte comestible quede expuesta: blanca y moteada de semillas—. Comer.

—Gracias, caballero —dice Mari, haciendo otra reverencia. El niño se ríe y va a por más fruta. Tiene un olor fresco y ligero, un cambio agradable después de los mangos podridos, y su sabor es limpio y dulce. Después de comer tres ya no tengo tanta hambre, solo un ligero dolor en la boca del estómago.

—Qué lugar —dice Mari, echándose y estirándose como un gato que quiere que le acaricien la barriga.

—Estamos muy cerca —digo, demasiado animada para sentarme—. Cuando nos llevaban a Corón, dejamos atrás este huerto. Solo quedan unas pocas millas. Quizá tres…

—Debe de llevar un tiempo abandonado, a juzgar por los mangos.

—Mmm… ¿Me has oído?

—Es una pena que todo esto se eche a perder. Y es tan hermoso. —Se sienta de repente y dice en voz baja, con sus iris dorados y clavando la mirada en mí—: Ami, ¿puedo preguntarte algo?

—¿El qué?

Está sonriendo, pero hay incertidumbre en su expresión, como si estuviera nerviosa o insegura. Pero Mari nunca está nerviosa, por supuesto, ni mucho menos insegura.

—Cuando lleguemos al pueblo de Culión, pase lo que pase después, ¿podremos regresar al bosque? No a este necesariamente —añade, haciendo un gesto con la mano—. A otro, a algún lugar que tenga árboles y flores y frutas y un río.

—¿Por qué lo dices?

Frunce el ceño.

—Porque es hermoso. Y me gusta estar aquí, si no fuera porque estamos aquí por una razón no agradable.

Es como si hubiera dejado caer una losa sobre mi pecho, porque la

palabra «después» parece, de algún modo, triste o peligrosa. Pase lo que pase después. No me gustan demasiado las opciones que nos quedarán, pase lo que pase después. Mari vuelve a echarse en el suelo.

—Olvídalo —dice bruscamente, como si hubiéramos discutido. Abro la boca sin saber lo que voy a decir cuando oímos el grito de Kidlat. Mari reacciona más rápido, se levanta y echa a correr y yo aún estoy poniéndome en pie. Desaparece de mi vista por el huerto de fruta.

Doy la vuelta a una línea de árboles y veo a Mari sosteniendo a Kidlat.

—¿Qué pasa? ¿Serpientes? —digo, resoplando y mirando el suelo a mi alrededor.

—No —dice Mari, y su voz es extraña, hipnótica—. Mira hacia arriba, Ami.

Levanto la cabeza. Las ramas de los árboles se queman.

Es como el fuego del orfanato: los árboles están cubiertos de oro y rojo y marrón, pero no hay fuego. Parpadeo estúpidamente, tratando que mi mente no juegue conmigo, como hizo con la fruta podrida. Me esfuerzo por distinguir lo que realmente está ahí. Algunas de las llamas se convierten en flores, pero otras brotan y aletean como hojas, y tardo un momento en reconocer las formas. Las ramas no están cubiertas de llamas…

Son alas.

Mi mente sigue jugando conmigo y me lleva a pensar en los diwatas, pero Mari da una palmada y se elevan en una nube, no hambrienta y

furiosa como las moscas, sino como pájaros, bajando en picado como si fueran hacia un lago.

—Mariposas —dice con la misma voz maravillada.

Y ahora las veo claramente, me doy cuenta de lo que son: los colores que marcan cada ala, los cuerpos negros, algunos grandes y otros más pequeños, todos flotando como una respiración en el claro. Mariposas, sí. Docenas, quizá centenares, planeando por el aire como un viento visible y delicado. Me pregunto si las flores de gumamela de nanay y de ama podían atraer tantas.

—Yo…

Me gustaría decir que son hermosas, pero la palabra se queda corta y pierde sentido en mis labios. Si la belleza tuviera un color, una forma, un gusto o un olor, sería exactamente el color, la forma, el gusto y el olor de este momento exacto.

La mano de Mari se desliza en la mía y contemplamos las mariposas planear sobre nuestras cabezas, revolotear sobre las flores y la fruta, tan bajo que podría alargar la mano y rozar sus alas. Algunas se posan como racimos sobre los árboles, como si fueran aceite a punto de caer de una cuchara. En las ramas más bajas, a la altura de los ojos, hay infinitas hileras de crisálidas. Algunas verdes, otras marrones, la mayoría transparentes. Se vislumbran alas dentro, pero la mayoría están vacías, y son solo frágiles cáscaras cilíndricas.

Me alejo, soltando la mano de Mari. Los árboles son poncianas, ahora me doy cuenta, con sus flamígeras flores de color rojo que brotan por las ramas, asomando por la capa marrón y amarillo y azul. Con las lluvias tan cercanas es tarde para la floración: un milagro tras otro en este bosque. Se me hace un nudo en la garganta. A nanay le encantan las mariposas, y por ella estoy cruzando este bosque, por ella he

venido hasta esta granja de frutas. Me gustaría quedarme aquí de pie para siempre y, por un instante, parece que así será, pero Mari rompe el silencio susurrando:

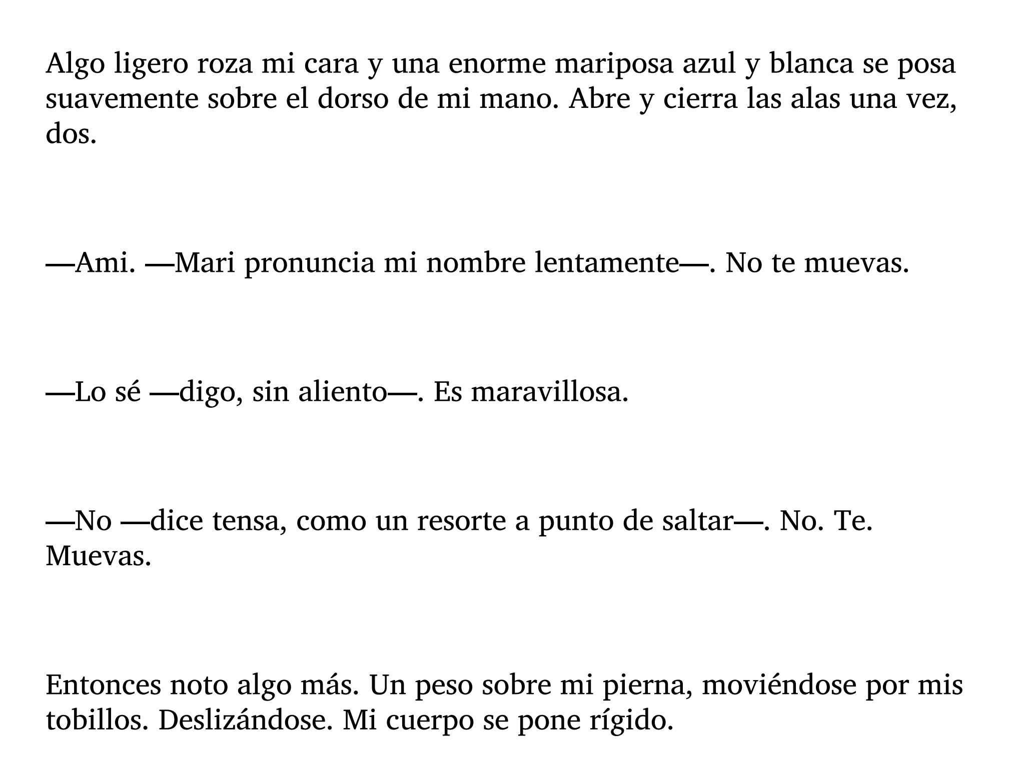
—Vamos —dice, interrumpiendo el trance—. Estamos muy cerca. No podemos detenernos ahora.

Asiento. Las mariposas se agitan al oír su voz y vuelven a volar en un remolino de colores. Se elevan con las corrientes de aire como hojas de las que mana el resplandor del agua, sus alas brillan al sol.

Damos la vuelta lentamente y mi corazón se viene abajo con cada paso. Pero cuando avanzamos entre los árboles vemos que hay más, muchas más, colgando de las frutas y entre sí, elevándose al pasar cerca de ellas hasta que toda una banda vuela sobre nuestras cabezas. Cualquier otro animal sería aterrador en estas cantidades, pero descubre que es imposible sentir miedo de las mariposas.

Volvemos al río, en el extremo alejado del huerto de mangos podridos, y de nuevo divisamos la carretera desde la orilla. Estamos muy, muy cerca. Con nuestra escolta alada en el cielo, rodeándonos, caminamos por el bosque de mariposas. Antes de darnos cuenta de que el tiempo ha pasado o de la distancia que hemos recorrido, nos encontramos frente a la pequeña montaña escarpada que marca el límite exterior del pueblo. El agua se desliza por debajo, pero nosotros tenemos que escalarla.

Nos arrastramos, con los cuerpos pegados a la roca, y nos tendemos sobre el vientre para mirar el punto más elevado. Vemos los edificios, la parte posterior de las casas y la sombra baja y alargada de una valla. Cuando me fui, no había casas tan cerca del bosque. No estoy segura de cómo llegar al hospital sin que nos vean. Oigo niños Tocados riéndose en los jardines que tenemos delante, mientras las mariposas juegan a volar a su alrededor. Culión está lleno de mariposas. Espero que nanay las haya visto.



Algo ligero roza mi cara y una enorme mariposa azul y blanca se posa suavemente sobre el dorso de mi mano. Abre y cierra las alas una vez, dos.

—Ami. —Mari pronuncia mi nombre lentamente—. No te muevas.

—Lo sé —digo, sin aliento—. Es maravillosa.

—No —dice tensa, como un resorte a punto de saltar—. No. Te. Muevas.

Entonces noto algo más. Un peso sobre mi pierna, moviéndose por mis tobillos. Deslizándose. Mi cuerpo se pone rígido.

—¡No te muevas! —susurra Mari.

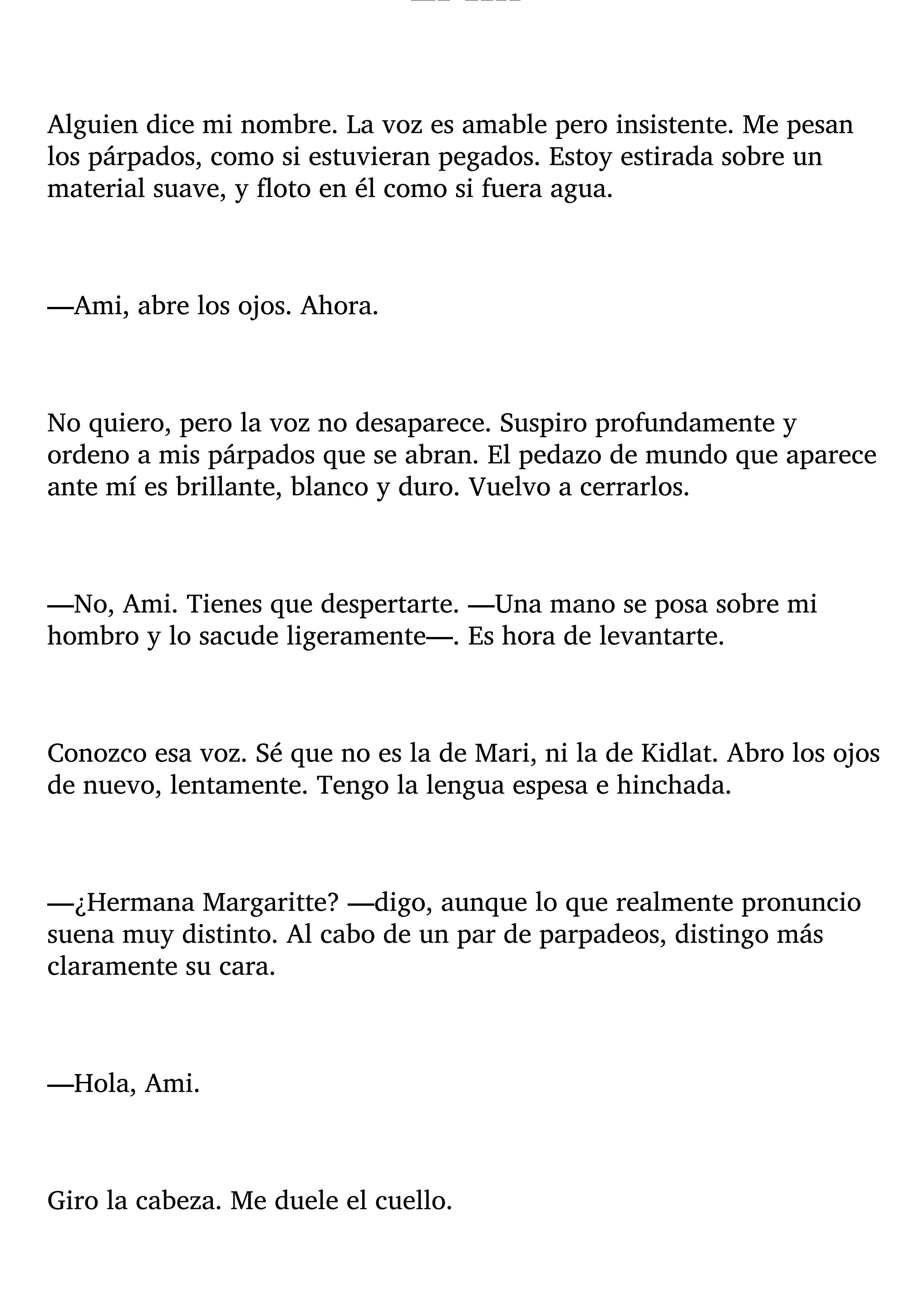
Trato de recordar lo que nanay me dijo de las serpientes. Hay cien tipos distintos y solo diez son venenosas. El peso sube por mi muslo y trato de no estremecerme al notarlo sobre la parte baja de mi espalda. Todo mi interior está gritando en silencio. No te harán daño a menos que tú les hagas daño, como los diwatas. Ahora está en la espalda y, aunque parezca imposible, juraría que la recorre con su lengua.

Mari se mueve en silencio y agarra una enorme piedra. Veo su mano por el rabillo del ojo, sus nudillos blancos por el esfuerzo, temblando. Solo hay diez que sean venenosas. Tienen más miedo de ti que tú de ellas. La serpiente casi ha alcanzado mis hombros. Me pregunto si podría sacármela de encima lo bastante rápido antes de que tenga ocasión de atacar. Debería haberle dado una patada con la pierna. Me concentro en la mariposa, que vuelve a abrir sus alas por tercera y cuarta vez. Sus ojos brillan como latidos cuando lo hace.

Ahora tengo la serpiente sobre el hombro y tengo que dominarme para no girarme y mirarla. Solo alcanzo a ver su cabeza con mi visión periférica. Es un triángulo en forma de pala. A través del pánico recuerdo aquella vez que acorralamos una serpiente en la cocina, a punto de atacarnos. Es una víbora del templo, dijo nanay, abriendo la puerta trasera de par en par y llevándome fuera de la casa. No hagas que se ponga furiosa, es mejor dejar que encuentre su camino y salga sola. La lengua chasquea. No la pongas furiosa.

Definitivamente, es venenosa. Un escalofrío me recorre la columna, aunque el calor me ha empapado de sudor. Veo la mano de Mari aferrando la piedra con más fuerza y de repente la mariposa se levanta de mi mano con una presión suave como un beso y la serpiente me ataca con los colmillos desnudos, que se clavan en mi piel.

Un fluido hirviente me llega hasta el tuétano. Y, entonces, la piedra de Mari desciende sobre el animal y Kidlat grita y justo antes de desmayarme de dolor, pienso en que nanay siempre me daba un beso cuando me hacía daño, y ahora todo está mal y es al revés.



El fin

Alguien dice mi nombre. La voz es amable pero insistente. Me pesan los párpados, como si estuvieran pegados. Estoy estirada sobre un material suave, y floto en él como si fuera agua.

—Ami, abre los ojos. Ahora.

No quiero, pero la voz no desaparece. Suspiro profundamente y ordeno a mis párpados que se abran. El pedazo de mundo que aparece ante mí es brillante, blanco y duro. Vuelvo a cerrarlos.

—No, Ami. Tienes que despertarte. —Una mano se posa sobre mi hombro y lo sacude ligeramente—. Es hora de levantarte.

Conozco esa voz. Sé que no es la de Mari, ni la de Kidlat. Abro los ojos de nuevo, lentamente. Tengo la lengua espesa e hinchada.

—¿Hermana Margaritte? —digo, aunque lo que realmente pronuncio suena muy distinto. Al cabo de un par de parpadeos, distingo más claramente su cara.

—Hola, Ami.

Giro la cabeza. Me duele el cuello.

—¿Dónde?

—El hospital. El hospital de Culión. Llevas aquí unas horas.

Estoy sola en una habitación pintada de blanco brillante. El aire huele a antiséptico y es amargo. Me duele la mano derecha y cuando miro hacia abajo veo una espesa masa de vendajes. Sostengo la mano en alto. Late.

—¿Qué…?

La hermana Margaritte la coloca de nuevo en el cojín sobre el que reposaba.

—Me temo que tu amiga Mari te hizo más daño que la serpiente. Alguien oyó que pedían auxilio y por suerte te trajeron aquí a tiempo. Mari mató a la serpiente y la trajo para que pudiéramos darte el antídoto correcto. El doctor Rodel te arregló la muñeca lo mejor que pudo.

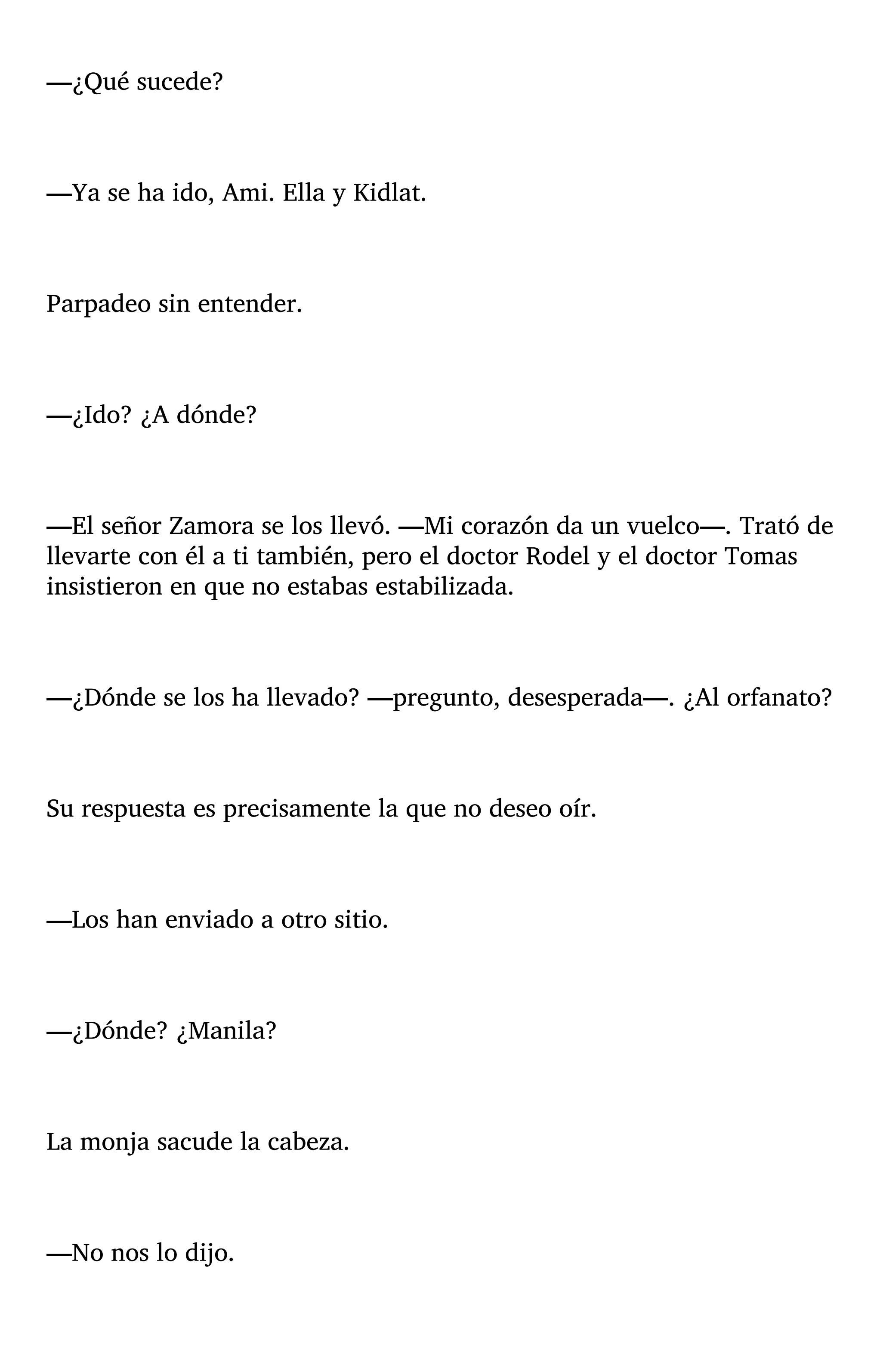
Siento la presión de una tablilla a lo largo del brazo.

—¿Mari está bien?

La hermana Margaritte se pone repentinamente seria.

—Sí.

Algo en su tono hace que sienta pánico.



—¿Qué sucede?

—Ya se ha ido, Ami. Ella y Kidlat.

Parpadeo sin entender.

—¿Ido? ¿A dónde?

—El señor Zamora se los llevó. —Mi corazón da un vuelco—. Trató de llevarte con él a ti también, pero el doctor Rodel y el doctor Tomas insistieron en que no estabas estabilizada.

—¿Dónde se los ha llevado? —pregunto, desesperada—. ¿Al orfanato?

Su respuesta es precisamente la que no deseo oír.

—Los han enviado a otro sitio.

—¿Dónde? ¿Manila?

La monja sacude la cabeza.

—No nos lo dijo.

—¡No! No puede ser que nos separen, no después de todo lo que hemos vivido juntas. Quería que Mari conociera a nanay, que tuviera una familia con la que vivir después de… después de todo esto.

La hermana Margaritte me toma la mano sana.

—Lo sé.

Pero no lo sabe, no es posible que lo sepa. No es posible que sepa que el señor Zamora se ha llevado a Mari para arrojarla a un destino contra el que ella luchó tanto para dejar atrás. A una fábrica. Miro a la hermana Margaritte sin saber qué hacer. Es tan extraño verla de nuevo, tan extraño estar de vuelta en Culión, aunque llevo semanas y semanas deseándolo.

Aparto la sábana y el movimiento hace que me duela la mano.

—No quiero irme.

—Sí, debes hacerlo —dice la hermana Margaritte, tomando mi otra muñeca con inusitada fuerza.

Algo roza la ventana con un suave golpe y, por un delicioso momento, creo que es Mari, que me manda un mensaje con el cordel para decirme que me está esperando. Pero entonces se oye otro golpe y veo que es una mariposa, que se arroja contra la mosquitera.

—Pobrecitas —dice la hermana Margaritte, entristecida—. Es la luz de las paredes blancas, parece que les atrae. Tienes suerte de que haya una mosquitera o tendrías la habitación llena de mariposas. Están por todas partes. —Fija la mirada en algún punto en la distancia—. De

hecho, es bastante hermoso.

Tiro de su manga.

—Por favor, hermana. He venido desde la otra isla para esto. Usted ayudó a escribir las cartas de nanay. Dijo que debía venir…

—Sí, y estoy contenta de que estés aquí. Pero no puedes quedarte, Ami. —Lo dice muy triste, y me doy cuenta de que lamenta mucho tener que decirme eso—. Así son las cosas ahora.

—Pero tengo que ver a nanay.

—Por supuesto. Ahora que estás aquí, tienes que verla. —Se pone en pie, muy elegante con su hábito negro—. Pero nadie debe saberlo, Ami. ¿Entiendes?

Mete la mano en su hábito y saca un silbato de plata.

—Es para dar la alarma cuando hay un incendio. Ahora saldré fuera y silbaré. Cuando lo oigas, ve directamente a la habitación número catorce. Está al fondo del pasillo, a la izquierda. Se tarda mucho en evacuar el hospital, y todavía más en recolocar a todos los enfermos. Las visitas a los pacientes se retrasarán, así que al menos tendrás un par de horas…

—¡Un par de horas! No he venido de tan lejos para tan poco tiempo.

—Ami. —La hermana Margaritte me da la espalda, pero su voz

tiembla. Espero. Inspira profundamente y vuelve a mirarme—. Tu nanay… te ha estado esperando.

—Lo sé, y por eso dos horas no es bastante tiempo…

—No, Ami. Está esperando para despedirse de ti. Está esperando su pahimakas. —Algo cae por su mejilla y comprendo que tiene los ojos anegados en lágrimas. Es como ver llorar a una estatua.

Me asombran tanto sus lágrimas que no comprendo las palabras hasta que flotan en mi mente. Esperando para despedirse. Pahimakas. El último adiós. No puede ser…

—No.

Mi mundo se derrumba. Siento que mi cara se arruga y de repente la hermana Margaritte está a mi lado, con su rostro cerca del mío y sosteniéndome por los hombros con tanta fuerza que duele.

—No —dice con fuerza tranquila—. No llores. Todavía no.

Es una tontería que me diga esto, porque ella ya está llorando, pero me obligo a detener las lágrimas que acuden a mis ojos.

—Lo has logrado, Ami —dice, con el mismo susurro de fuego—. Has cruzado la jungla. Has traído las mariposas. Has sobrevivido a la picadura de la serpiente. —Afloja su abrazo y su tono se suaviza—. Eres una chica admirable. Y tu nanay necesita que te portes como tal ahora más que nunca. Está lista, pero tiene miedo. Sé que tú también estás asustada, pero tendrás tiempo más tarde. Podrás llorar más tarde. Ahora, debes darle esperanza, Ami. Debes darle valor.

Siento un fuego brotando en mi interior, el mismo que sentí cuando el señor Zamora estaba a punto de pegar a Mari en lo alto del acantilado. No permitiré que nanay tenga miedo. Asiento. La hermana Margaritte se pone en pie de nuevo y echa la cabeza hacia atrás, como si así pudiera empujar las lágrimas al lugar de donde salieron.

—Bien —dice con su voz ya normal—. Recuerda, a la izquierda. Habitación catorce.

Se va y me digo una y otra vez que tengo que ser admirable. Suena el silbato en el exterior y oigo que grita: «¡Pasillo despejado!». Hay más gritos y ruidos desde algún punto más distante. Bajo las piernas, aunque los dedos flaquean al tener que sostener todo mi peso de nuevo. Me da vueltas la cabeza y mi mano late, pero logro llegar a la puerta sin tropezar. Escucho por el ojo de la cerradura un instante y cuando creo que los ruidos se han alejado, salgo al pasillo.

Está pintado de un color brillante también y hay huellas allí donde las manos han tocado la superficie recién pintada. En el hospital no había pasillo antes, ni tantas habitaciones. Han construido tanto y tan deprisa… Giro a la izquierda, dejo atrás las habitaciones doce y trece, y me detengo frente a la puerta de la catorce. Quiero respirar hondo, calmarme, pero no hay tiempo que perder. Abro la puerta y entro.

No hay nada excepto una cruz de madera en la pared, una mesita con un vaso y una cama en la que yace una forma pequeña y encogida bajo las sábanas blancas. Se gira cuando oye la puerta abrirse. Está completamente vendada. Oigo su voz y tengo que contenerme para no echarme a llorar en ese mismo momento. Parece muy vieja y cansada.

—¿Ami?

—Soy yo, nanay.

No me acerco. A pesar de lo que ha dicho la hermana Margaritte, tengo miedo. Entonces nanay se pone de lado y veo sus ojos dulces entre las vendas y olvido mi temor. Solo soy feliz, la felicidad me llena de la cabeza a los pies y me acerco a ella y hundo la cabeza en su cuello. A pesar del olor a antiséptico, sigue oliendo a ella: a tierra y a dulzura.

—Oh, Ami —murmura y me abraza débilmente. No tiene los brazos vendados y siento su piel suave y cálida a través de mi bata de hospital—. Has venido.

—Pues claro que he venido.

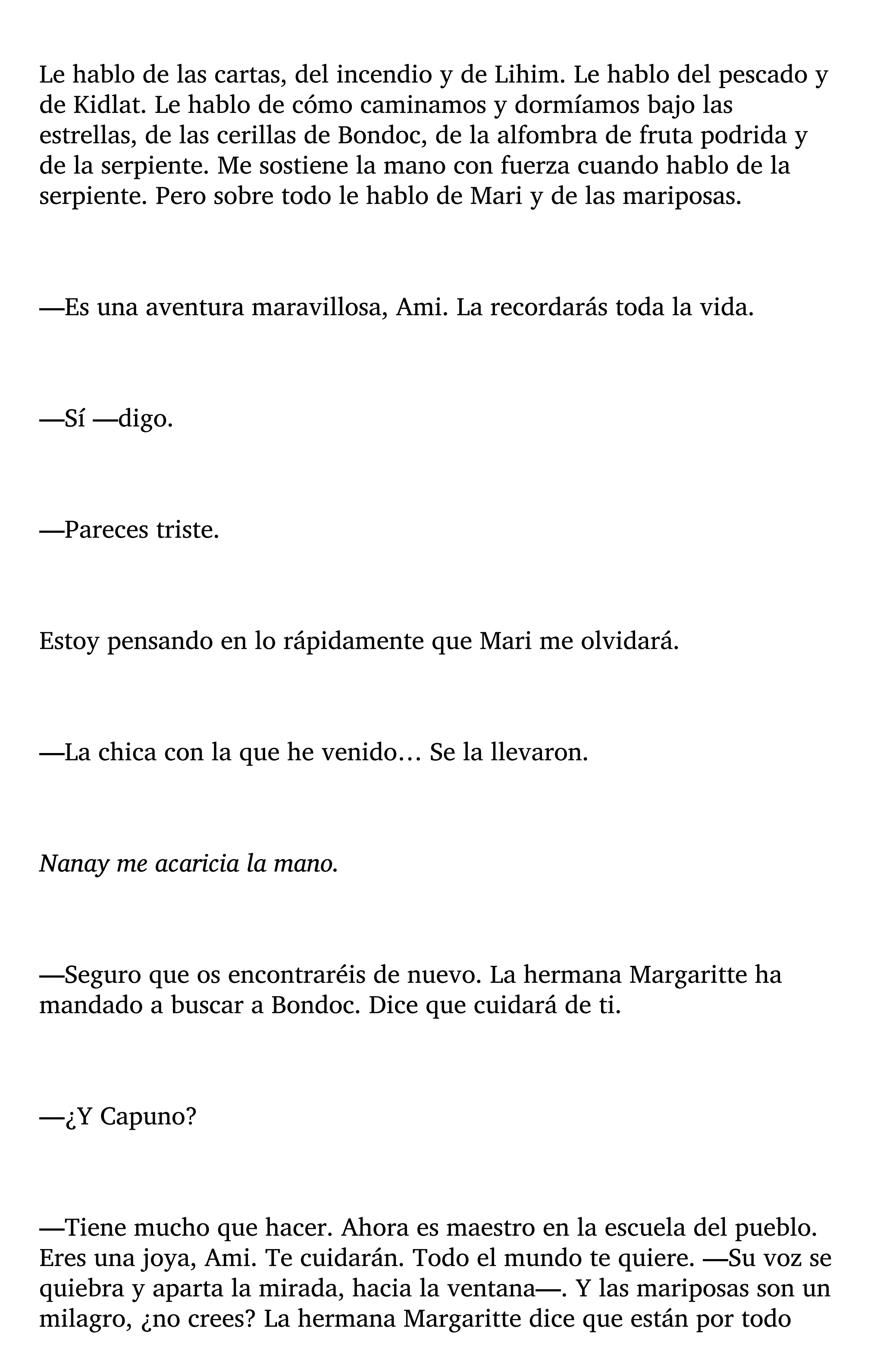
—Y menuda aventura has tenido.

—¿Te lo han contado? —digo, decepcionada.

Se retira y dice:

—Algunas cosas, pero me gustaría que me lo contaras todo tú.

Se incorpora en la estrecha cama y me hace sitio para que me tienda a su lado, y se lo cuento. Es como cuando compartíamos historias. Le hablo del orfanato y de la hermana Teresa, de las lecciones de mariposas. Parece muy cansada y me pregunto si le han dado la misma medicina que a Rosita, esa droga que te hace sentir cansada, pero acaba con el dolor y es como si flotaras. Sigo hablando, hablando sin parar de mi viaje, recordando que debo ser valiente.



Le hablo de las cartas, del incendio y de Lihim. Le hablo del pescado y de Kidlat. Le hablo de cómo caminamos y dormíamos bajo las estrellas, de las cerillas de Bondoc, de la alfombra de fruta podrida y de la serpiente. Me sostiene la mano con fuerza cuando hablo de la serpiente. Pero sobre todo le hablo de Mari y de las mariposas.

—Es una aventura maravillosa, Ami. La recordarás toda la vida.

—Sí —digo.

—Pareces triste.

Estoy pensando en lo rápidamente que Mari me olvidará.

—La chica con la que he venido… Se la llevaron.

Nanay me acaricia la mano.

—Seguro que os encontraréis de nuevo. La hermana Margaritte ha mandado a buscar a Bondoc. Dice que cuidará de ti.

—¿Y Capuno?

—Tiene mucho que hacer. Ahora es maestro en la escuela del pueblo. Eres una joya, Ami. Te cuidarán. Todo el mundo te quiere. —Su voz se quiebra y aparta la mirada, hacia la ventana—. Y las mariposas son un milagro, ¿no crees? La hermana Margaritte dice que están por todo

Culión, que vuelan y se posan por todas partes. —Nanay suspira, y su respiración es más frágil que nunca—. Ojalá pudiera verlas.

—Hay muchas, quizá incluso más que en tu casa de las mariposas.

—Seguro que sí —dice con una ligera sonrisa—. Tu ama las quería casi tanto como a mí, y los dos las amábamos por la misma razón. ¿Adivinas cuál?

Reflexiono un instante.

—¿Porque son hermosas?

Nanay niega con la cabeza, y el movimiento le arranca un gesto de dolor.

—Algunas mariposas solo viven un día, otras una semana y otras un mes. Pero se pasan todos los días de su vida ocupadas viviendo. Y convierten el mundo en un lugar más bonito, por muy breve que sea su existencia.

Sus brazos se aprietan contra mi cuerpo. Dice todo eso como si tuviera otro significado, algo que quiere decirme, pero no puede. Su voz es triste y dulce y tengo que apretar la mandíbula para no llorar.

—Traje tu cuenco de vuelta.

—Quédatelo, Ami. Yo…

No quiero que me lo explique. Ya lo sé, por lo que acaba de decir y por lo que la hermana Margaritte me ha dicho. Creo que lo supe incluso antes, en el momento en que leí la carta que Mari robó para mí. Pero eso no hace que el pecho me duela menos, ni tampoco que resulte más fácil respirar.

—¿Has ido a la iglesia? —pregunto rápidamente, porque necesito que deje de hablar y hay una cruz encima de su cabeza y no se me ocurre nada mejor.

—Por supuesto que no —dice, y de debajo de la almohada saca sus figuritas de terracota—. Pero han clavado eso en la pared y se niegan a quitarlo.

Una mariposa se golpea contra la ventana. De repente se me ocurre algo.

—Les gusta el color blanco de la pared —dice nanay—. Es un poco triste. ¿Qué haces?

Me bajo de la cama y voy hacia la ventana. La mosquitera está clavada en un marco de madera, fijado en un agujero cuadrado de bordes desiguales. Está claro que lo construyeron a toda velocidad. Empiezo a empujar el marco de madera con la mano sana.

—¡Ami, vas a meterte en líos! —susurra nanay, pero no puede salir de la cama para detenerme. Después de unos intentos, la mosquitera cae hacia delante y desaparece.

Como si hubiera estado esperando, una única mariposa marrón vuela al interior de la habitación y se posa sobre la sábana blanca de nanay. Las dos nos quedamos calladas un instante, y entonces nanay se echa a reír encantada y es el primer ruido verdaderamente alto que ha

emitido desde que la he vuelto a ver. La mariposa echa a volar, pero no importa, porque entran más por la ventana, atraídas por el blanco de la habitación. Cuando regreso al lado de nanay, en la cama, una docena de ellas sobrevuelan la estancia y se posan en las sábanas o en la pared.

Las miramos y nanay me aprieta la mano con fuerza, mientras llenan la habitación como si estuviéramos en otoño y cayeran las hojas, agitando sus corrientes invisibles y revoloteando sobre nuestras cabezas. Nanay me besa la frente.

—Gracias, Ami.

—De nada. La hermana Margaritte dice que he traído las mariposas de vuelta.

—Y así es. —La voz de nanay vuelve a sonar cansada—. ¿Te importa si cierro los ojos un ratito?

Querría decirle tantas cosas, pero tengo miedo de llorar si hablo, así que asiento con la cabeza. Nos quedamos quietas como hacíamos cuando yo tenía una pesadilla, con el brazo de nanay recostado sobre mí, protegiéndome. Susurra contra mi pelo:

—Todo está bien, Ami. No tengo miedo. Me alegro de que hayas venido.

—Te quiero, nanay.

—Yo también te quiero —dice.

Es casi demasiado bonito para llorar. Mi cuerpo tiembla y nanay me abraza hasta que logro detenerme. Inspiro profundamente como me ha enseñado y empieza a contarme un puñado de historias, nuevas y viejas y verdaderas, sobre los gigantes, y la casa de flores donde fue feliz con ama, y los bosques de mariposas. Su voz se hace más lenta y se convierte en un hilo; las mariposas revolotean a nuestro alrededor.

Cuando se calla, no me doy la vuelta. Mi estómago se encoge, como si al apretar mi interior dejara de sentir que me estoy partiendo en pedazos. La habitación se sume en un atardecer de penumbra, y la puerta se abre y la hermana Margaritte está allí de pie, envuelta en mariposas. El brazo de nanay pesa sobre mi espalda. Está quieto. Y el silencio de su respiración-que-ya-no-existe es el sonido más fuerte que he oído jamás.

Una mano amable y grande aparta a nanay de mi lado. Bondoc me abraza y me toma entre sus brazos. Hay un silencio tan completo que solo puede significar una cosa: fuera, el cielo se abre con un crujido. Finalmente, el monzón ha llegado para limpiar el aire.

Treinta años más tarde

Uno

Sol se había perdido. De algún modo, se había equivocado en su camino de regreso a Manila y ahora no estaba segura de recordar cómo se llegaba a la granja. Su cesta de naranjas le pesaba como un ladrillo en la cabeza. Ansiaba tomar una, sacarla de su envoltorio de papel, clavar la uña en la gruesa piel, masticar los gajos y sorber su jugo hasta dejarlos secos. Se le hizo la boca agua y tomó aire. Tenía que resistir la tentación. La cocinera, la criada y todos los huérfanos, ella incluida, habían ahorrado de sus pagas durante semanas para comprar esas naranjas, un regalo especial para el cumpleaños de la señora. No le perdonarían si se comía una.

Se sintió vagamente enojada. ¿Por qué la cocinera no se había decantado por naranjas locales, que llenaban los árboles del jardín, y eran tan abundantes y baratas en el mercado que habrían podido comprar un barril entero? ¿Por qué insistía en que la Señora tenía que recibir esas naranjas en especial? No le parecían distintas de las que había en el mercado, pero por la manera en que el granjero las había cogido del árbol y envuelto, una por una, en diminutos y finos envoltorios de papel, uno pensaría que eran de cristal. Además, ¿por qué tenía que ir ella a por las naranjas, si tenía apenas trece años y una notoria mala orientación? Eso la ponía furiosa y la hacía apretar la mandíbula para contener su rabia. ¿Por qué le tocaba hacer el viaje de dos horas a pie, por una carretera en la que no transitaba ningún autobús y, en consecuencia, perderse en el camino de vuelta cuando la luna estaba a punto de salir?

Volvió a inspirar profundamente. Sabía que la cocinera no tenía mala intención. Era una idea muy bonita y la señora sería muy feliz. Sol se ablandó. Las cosas eran mucho mejores desde que la señora y su hermano se habían hecho cargo del orfanato cinco años antes. Así que, si alguien se merecía un detalle por su cumpleaños, era ella. Y ahora que Sol pensaba en ello, la verdad era que se había presentado voluntaria para no tener que ayudar con la colada. Pero aun así… se estremeció, cansada.

No eran bosques muy agradables. Eran salvajes e indomables, completamente distintos de los campos cultivados que rodeaban Manila, a millas de distancia de allí. El día se deshacía de la luz con mayor rapidez, de esa manera descuidada y urgente que significa que el sol está cayendo hacia el horizonte.

Se detuvo un instante, resoplando. No era solo el calor y el peso de la cesta, sino el principio de un ataque de pánico. Debería regresar, intentar encontrar el sendero de vuelta a la granja. Cerró los ojos para tratar de recordar qué camino había tomado. Derecha, izquierda, izquierda, centro. No, no era así. Derecha, izquierda, centro, izquierda. ¡Oh, vamos! ¡Haz un esfuerzo por recordar!

Volvió a abrir los ojos. Era inútil. Lo mejor que podía hacer era seguir camino adelante. Siguió a trompicones y de repente llegó al borde de los árboles. Frente a ella, el sendero se convertía en un estrecho paso, apretado como el hojaldre del borde de una tarta. Parecía igual de frágil, y tuvo buen cuidado de no acercarse demasiado al borde cuando miró al otro lado.

Su corazón dio un vuelco. Abajo había un valle oscuro lleno de más árboles. Un prado lleno de flores azules y rojas cimbreaban por el centro, y un delgado río brillaba como un filo de plata por el bosque, pero no había rastro de pueblo ni de ninguna granja.

Colocó la cesta en el suelo y se echó a su lado, se quitó los zapatos y se frotó los pies, doloridos. Miró las naranjas envueltas en papel. Ahora no importaba. Ya estaba en apuros porque no llegaría a tiempo al turno de trabajo en la cocina, de todos modos. Si es que lograba regresar.

Tomó una y la abrió, acercando la naranja a su nariz e inhalando su aroma. Se le hizo la boca agua, clavó el pulgar en la piel y tiró hasta que la fruta apareció, perfecta y pelada encima de la palma de su

mano.

Su intención era comérsela lentamente, a pedacitos, pero la sed y el hambre pudieron más que ella y pronto se la había comido como una manzana, y el zumo se le había pegado en los dedos.

Era la cosa más deliciosa que había probado jamás, mucho más dulce que las naranjas del mercado local. Se echó hacia atrás y estiró los brazos por encima de su cabeza.

Pronto se pondría el sol y solo quedaría una fina capa de púrpura en el horizonte. Por encima de su cabeza, la media luna colgaba pálida como un fantasma más allá de los últimos rayos del día. Una sensación de calma la invadió al contemplar la luna cada vez más brillante y la ligera explosión de estrellas mordiendo los bordes del cielo aún iluminado.

Algo empezó a planear y sobrevolar frente a ella, acercándose tanto que soltó una risita nerviosa mientras recordaba la historia que contaba la cocinera sobre la chica que tuvo que cortarse la melena cuando un murciélago se enredó en ella.

Pero no era un murciélago.

Sol parpadeó. Al principio solo había una o dos, pero se enderezó y se dio cuenta de que el espacio estaba lleno. Se frotó los ojos.

Las mariposas revoloteaban como corrientes de aire por encima del vacío que se extendía frente a ella, como si no pudieran evitarlo. Eran tan abundantes como las moscas de la fruta que emergían de todos los rincones durante la parte más calurosa del día, y todas parecían dirigirse al mismo sitio. Se arrastró hacia delante sobre sus rodillas, ayudándose con las manos, y se asomó al borde.

Del centro de un prado de flores en el bosque, se elevaba una columna de humo. No era un incendio. Era una chimenea. Y las mariposas se arremolinaban hacia ella.

Se levantó de un salto y se acercó al sendero antes de pensarlo dos veces. Las mariposas titilaban por encima de su cabeza y se dejó caer, resbaló sobre sus talones y se agarró a las raíces como buenamente podía. Se hizo sangre en la planta de los pies.

Cuando alcanzó la línea de árboles, ya no veía el humo, pero no importaba. Las mariposas seguían serpenteando entre las ramas a su alrededor. Aprovechó la base de la colina para recuperar el aliento y estiró los brazos. Las alas inundaron sus dedos, tan cerca que hasta le parecía notar el beso del aire que empujaban al desplegar las alas mientras rozaban sus manos. Una se posó en su pulgar, tenía alas de color azul iridiscente, casi nocturno, con venas de color negro que brotaban brillantes. La observó abrir y cerrar sus alas dos veces antes de reunirse con el resto de sus compañeras.

Sol sintió una excitación vertiginosa. Se tambaleó y se sentó a esperar a que pasara y, cuando levantó la mirada, el río de mariposas se había dispersado.

Aterrorizada, corrió hacia delante y vislumbró las últimas de una larga cola que giraba por un lado de la colina. Las siguió hasta un repentino claro donde los árboles desaparecían y la hierba estaba aplastada. En el centro del claro había un enorme seto de flores rojas, en un arbusto casi tan grande como una casa. Lo miró más atentamente.

Era una casa. Las paredes estaban cubiertas de flores, y de allí procedía el humo que había visto desde lo alto del camino, que emergía del centro del tejado. Ahora que estaba cerca, se daba cuenta de que no olía a humo, sino a miel y a la dulzura de las flores. Las mariposas bailaban alrededor de esa columna, y percató de que volaban más desorientadas, chocaban

entre sí, descendían y volvían a elevarse.

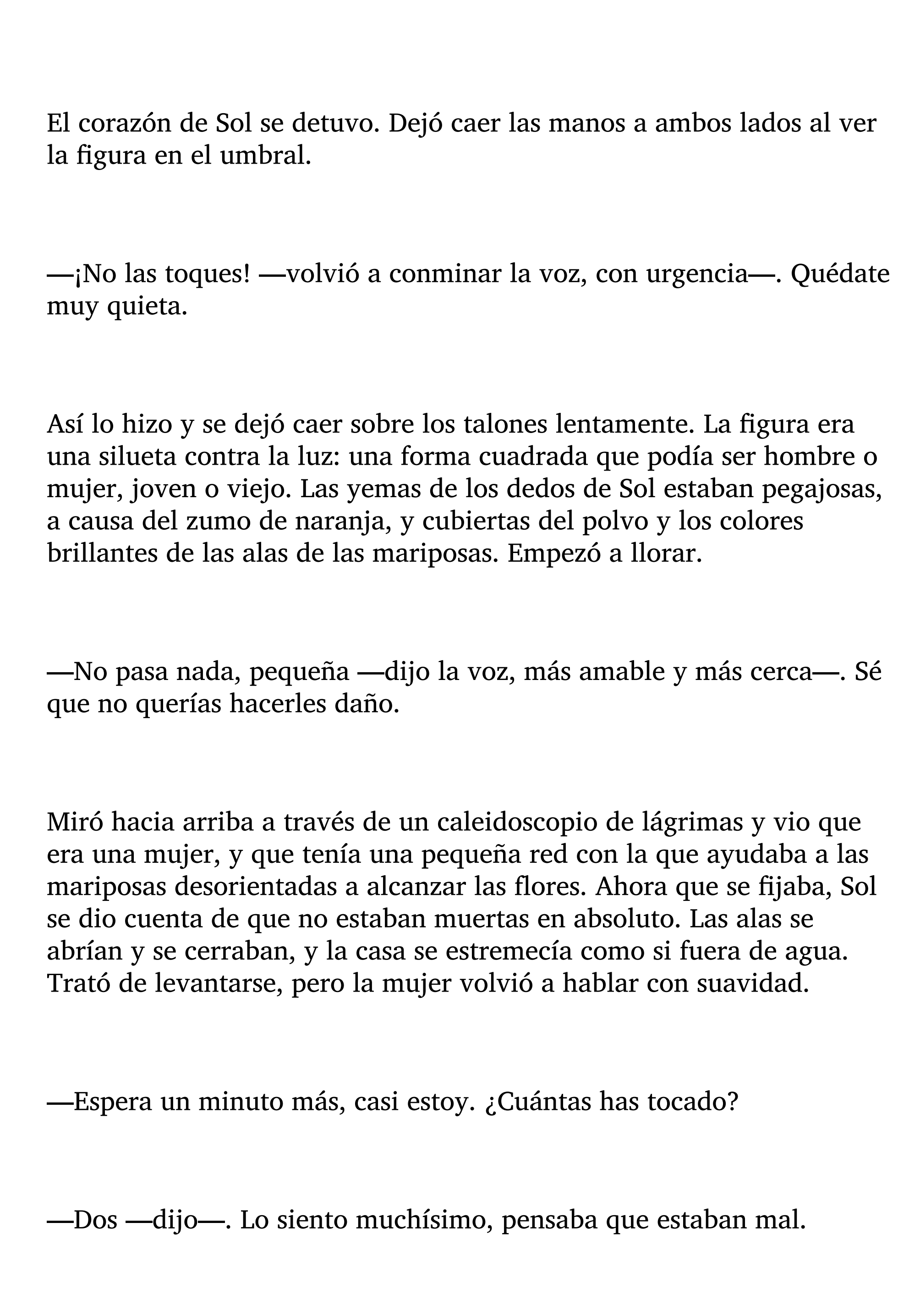
El corazón empezó a latirle aún más rápido. Algo no iba bien. Había algo en el humo, algo que les hacía daño.

Dio un paso adelante. Quería apartarlas del humo, pero el techo era demasiado alto.

Entonces empezaron a caer como ceniza. La mayoría caía sobre el techo de flores y las paredes, pero algunas se posaban a sus pies como hojas enjoyadas.

—¡No! —Se arrodilló con cuidado y trató de levantar una, pero sus alas se convirtieron en polvo entre sus dedos temblorosos. Volvió a intentarlo con otra tan brillante como una de las paredes de la casa. Se abrió una puerta.

—¡Detente!



Dos

El corazón de Sol se detuvo. Dejó caer las manos a ambos lados al ver la figura en el umbral.

—¡No las toques! —volvió a conminar la voz, con urgencia—. Quédate muy quieta.

Así lo hizo y se dejó caer sobre los talones lentamente. La figura era una silueta contra la luz: una forma cuadrada que podía ser hombre o mujer, joven o viejo. Las yemas de los dedos de Sol estaban pegajosas, a causa del zumo de naranja, y cubiertas del polvo y los colores brillantes de las alas de las mariposas. Empezó a llorar.

—No pasa nada, pequeña —dijo la voz, más amable y más cerca—. Sé que no querías hacerles daño.

Miró hacia arriba a través de un caleidoscopio de lágrimas y vio que era una mujer, y que tenía una pequeña red con la que ayudaba a las mariposas desorientadas a alcanzar las flores. Ahora que se fijaba, Sol se dio cuenta de que no estaban muertas en absoluto. Las alas se abrían y se cerraban, y la casa se estremecía como si fuera de agua. Trató de levantarse, pero la mujer volvió a hablar con suavidad.

—Espera un minuto más, casi estoy. ¿Cuántas has tocado?

—Dos —dijo—. Lo siento muchísimo, pensaba que estaban mal.

—Solo algo mareadas —dijo la mujer, que levantó las mariposas

heridas hasta la palma de su mano. Apretó la mandíbula y dejó caer la otra mano sobre los cuerpos. Sol se estremeció al oír el ruido.

—Es mejor así. No pueden sobrevivir sin sus alas —dijo la mujer, observando el suelo con atención.

—¿Por qué están dormidas?

—Es el humo. Quemo algunas hierbas para atraerlas y que vengan a casa a dormir. No es seguro para ellas seguir fuera por la noche, con los murciélagos y las serpientes.

Sol no supo qué decir y contempló a la mujer maniobrando con cuidado para colocar una última mariposa de color rojo y negro en una flor. Luego puso la red contra la pared.

—Y otra cosa —prosiguió la mujer, caminando hacia ella—. Nunca debes tocar las alas de una mariposa, esté herida o sana. Solo le harás daño. Son demasiado delicadas para el tacto de los seres humanos.

Sol asintió y se puso en pie cuando la mujer se acercó más. Tenía la cara franca y amable y unos ojos grandes y oscuros. De cerca, parecía tener la misma edad que el ama.

—Bueno, ahora ya sabes que no debes tocar una mariposa, pero también deberían haberte dicho que no es seguro vagar por los bosques sola y a punto de que se haga de noche.

Sol tardó un par de segundos en comprender que la mujer le pedía una explicación. Tenía el cerebro lleno del recuerdo de las mariposas.

—Me he perdido.

—Lo imaginaba —dijo la mujer sonriendo—. ¿Adónde te dirigías?

—A Manila.

—Ah. Pues te has perdido mucho, desde luego. —Se volvió hacia la casa—. Más vale que te quedes a pasar la noche.

—¡Oh, no puedo! Mi señora...

—Seguro que no querría que corrieras peligro. De todos modos, mañana tengo que ir a Manila para dar una charla en una escuela. Puedo llevarte.

Sol miró a sus espaldas, hacia el bosque oscuro y amenazador, y su voluntad cedió. Siguió a la mujer hacia la delgada abertura de la puerta. La casa era más grande de lo que parecía, con biombos de papel haciendo las veces de pasillos que daban a una gran sala, en el centro de la cual ardía el fuego aromático.

—¿Tienes hambre? Tengo arroz y naranjas.

Sol se dio una palmada en la frente.

—¡Oh, no!

—¿Qué sucede?

—Me he dejado las naranjas arriba, en la montaña —dijo señalando la puerta abierta—. Y los zapatos también.

—¿Qué naranjas?

—Las que fui a comprar a la granja que hay en la colina. Son un regalo para mi señora. Casi treinta.

La mujer arrugó la nariz.

—¿Es que no tienen naranjas en Manila?

—Nuestra cocinera dice que no son tan buenas como estas —comentó Sol, sin poder contener su nerviosismo.

—Eso es verdad —dijo la mujer, con su voz calmada y cálida como té dulce—. Los frutales de naranjas de esa colina son míos, y estoy de acuerdo en que son muy especiales. Es una variedad que solo crece en algunos lugares del mundo.

Se levantó y se acercó a un rincón en sombras, y levantó una caja de debajo de la mesa.

—Puedes llevarte estas.

Sol miró y vio que estaba llena de naranjas del mismo tamaño y

aspecto que las que había olvidado en la colina.

—Pero no puedo pagarle nada…

—No hace falta —dijo la mujer, agitando la mano—. Son un regalo.

—Muchas gracias —dijo Sol, aliviada—. Pero, de todos modos, tendré que regresar a por mis zapatos.

—Ahora no puedes ir, se ha hecho de noche. Los iremos a buscar mañana, antes de salir hacia Manila.

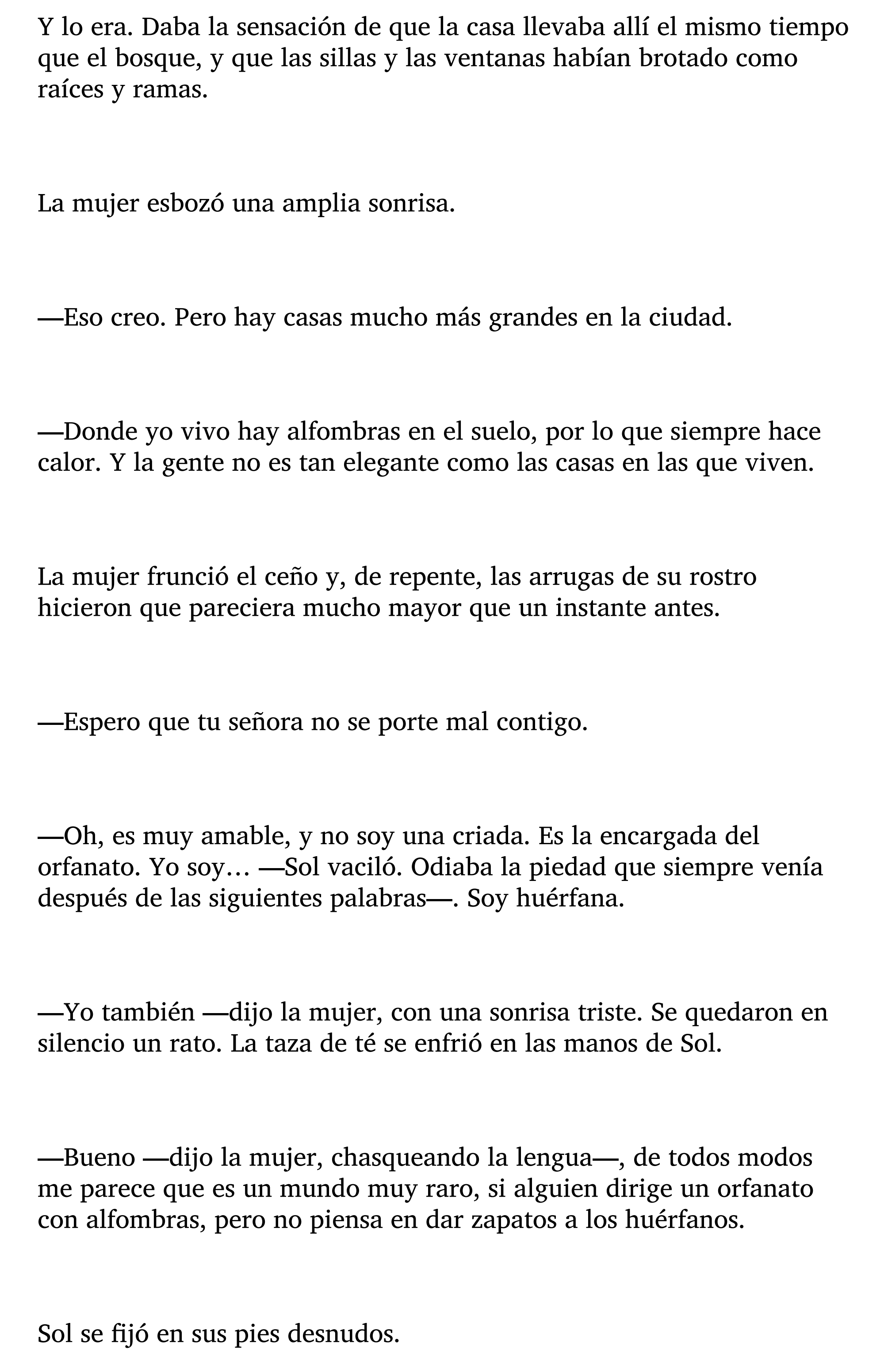
Sol no quiso llevarle la contraria. La casa era fresca y agradable, y la mujer le tendió una taza de té.

—Bebe.

Era tan cálido y dulce como su voz. Sol se lo terminó en cuatro tragos y las hojas se quedaron al fondo de la taza, flotando. La mujer se levantó para volver a llenar la taza con la tetera que tenía encima del fuego. Sol miró a su alrededor. El suelo era una espesa alfombra de hierba seca y trenzada, y los pocos muebles que había eran fuertes y sólidos, como la mujer.

—No es gran cosa, pero es mi hogar —dijo.

—¡Es muy bonito!



Y lo era. Daba la sensación de que la casa llevaba allí el mismo tiempo que el bosque, y que las sillas y las ventanas habían brotado como raíces y ramas.

La mujer esbozó una amplia sonrisa.

—Eso creo. Pero hay casas mucho más grandes en la ciudad.

—Donde yo vivo hay alfombras en el suelo, por lo que siempre hace calor. Y la gente no es tan elegante como las casas en las que viven.

La mujer frunció el ceño y, de repente, las arrugas de su rostro hicieron que pareciera mucho mayor que un instante antes.

—Espero que tu señora no se porte mal contigo.

—Oh, es muy amable, y no soy una criada. Es la encargada del orfanato. Yo soy… —Sol vaciló. Odiaba la piedad que siempre venía después de las siguientes palabras—. Soy huérfana.

—Yo también —dijo la mujer, con una sonrisa triste. Se quedaron en silencio un rato. La taza de té se enfrió en las manos de Sol.

—Bueno —dijo la mujer, chasqueando la lengua—, de todos modos me parece que es un mundo muy raro, si alguien dirige un orfanato con alfombras, pero no piensa en dar zapatos a los huérfanos.

Sol se fijó en sus pies desnudos.

—¡Oh, tengo zapatos! Solo que me los olvidé junto a las naranjas.

—Ah, sí, ya me lo habías dicho —dijo la mujer dándose un golpecito en la cabeza, como si llamara a la puerta—. ¡Qué despistada! Y ni siquiera te he preguntado tu nombre. Ya verás, lo hago todo al revés. ¿Cómo te llamas?

—Sol.

—Qué bonito. Yo soy Amihan. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta antes de preguntar—: ¿Te gusta el orfanato, Sol?

Sol se encogió de hombros.

—Está bien. Antes era horrible, pero desde que la señora ha venido, todo está mucho mejor y es más agradable. —Casi como un hogar, pensó, pero no quería hablar más de ella, de su aburrida y pequeña vida con sus aburridos y pequeños detalles. Las palabras que llevaban un buen rato quemando su lengua salieron a trompicones antes de que pudiera detenerlas, en un batiburrillo atiplado—: ¡Las mariposas!

Amihan la miró por encima de la taza.

—Las mariposas —repitió Sol—. ¿Qué…? ¿Cómo es que están aquí? ¿Son tuyas?

—No, en realidad no —dijo la mujer—. Pero cuido de ellas. Más bien soy yo quien les pertenece a ellas.

Sol frunció el ceño.

—¿Las alimentas?

—Planté las flores donde se alimentan. Cuido de ellas por la noche, y pongo redes para detener a los murciélagos. A cambio, me dejan que las estudie.

Sol sintió un arranque de inspiración.

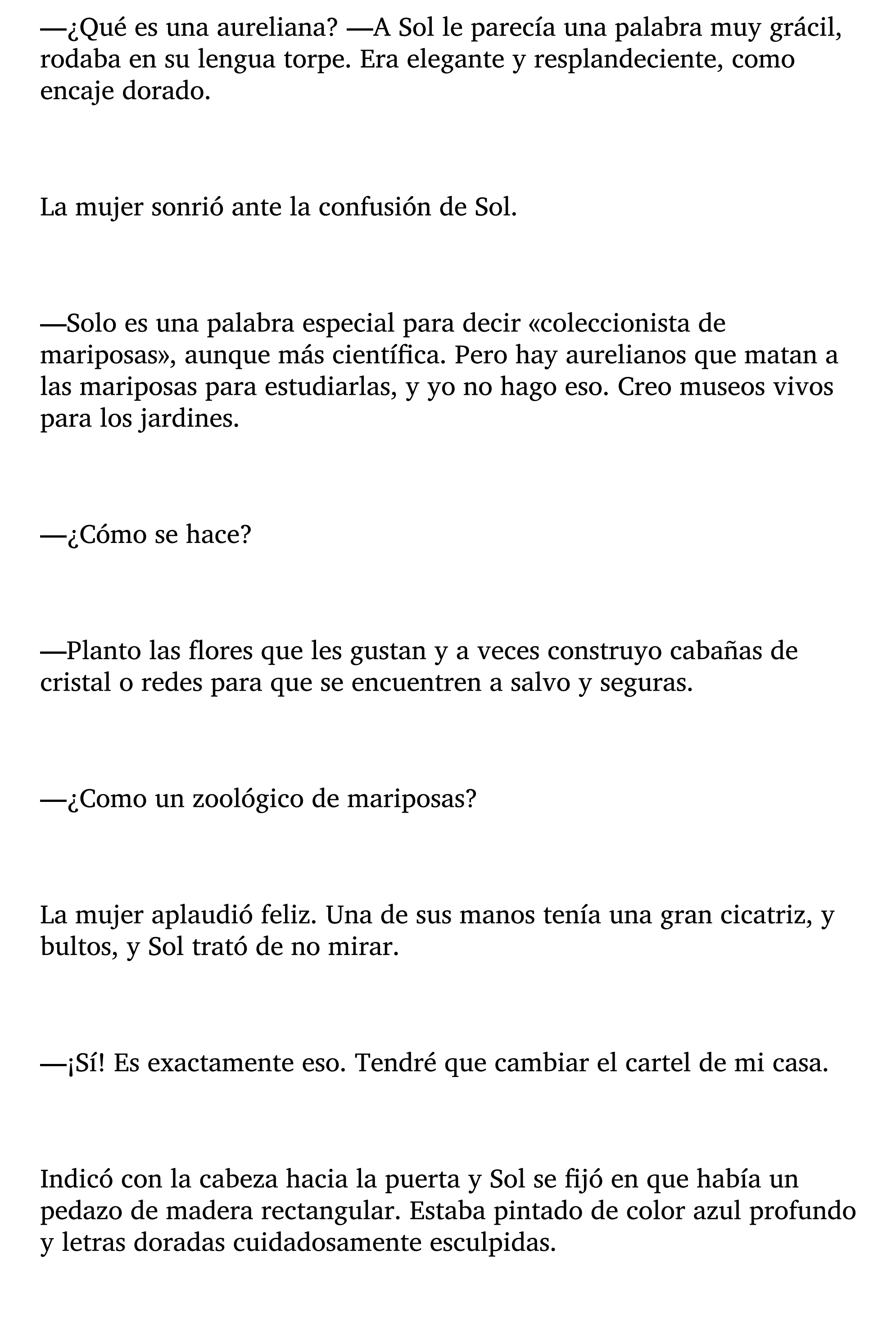
—¿Como una coleccionista de mariposas?

El rostro de la mujer pareció oscurecerse y cerrarse de repente, y sus ojos se volvieron feroces. Dijo, casi escupiendo las palabras:

—No, en absoluto. No es ni remotamente parecido a coleccionar mariposas. No necesito matar a esos seres hermosos para entenderlos. No me hace falta criar una bella crisálida para colgar la mariposa que emerge de ella de mi pared, como si fuera una pintura.

—Perdón, yo… —dijo Sol, con la boca seca.

—No —interrumpió la mujer, y la tormenta de sus ojos se retiró—. Lo siento. Es un error muy común. La verdad es que no existe una palabra para lo que hago. Algunos me llaman especialista en lepidópteros, o aureliana.



—¿Qué es una aureliana? —A Sol le parecía una palabra muy grácil, rodaba en su lengua torpe. Era elegante y resplandeciente, como encaje dorado.

La mujer sonrió ante la confusión de Sol.

—Solo es una palabra especial para decir «coleccionista de mariposas», aunque más científica. Pero hay aurelianos que matan a las mariposas para estudiarlas, y yo no hago eso. Creo museos vivos para los jardines.

—¿Cómo se hace?

—Planto las flores que les gustan y a veces construyo cabañas de cristal o redes para que se encuentren a salvo y seguras.

—¿Como un zoológico de mariposas?

La mujer aplaudió feliz. Una de sus manos tenía una gran cicatriz, y bultos, y Sol trató de no mirar.

—¡Sí! Es exactamente eso. Tendré que cambiar el cartel de mi casa.

Indicó con la cabeza hacia la puerta y Sol se fijó en que había un pedazo de madera rectangular. Estaba pintado de color azul profundo y letras doradas cuidadosamente esculpidas.

AURELIANA

Especialidad de jardines de mariposas

Consulten servicios

—Lo cuelgo cerca de la carretera cuando es época de feria. La mayor parte de la gente que se acerca lo hace para preguntarme qué profesión es, pero aun así me gano la vida. ¿Y tú, qué haces?

Sol lo pensó un rato.

—Soy una niña. Voy a la escuela y hago deberes y…

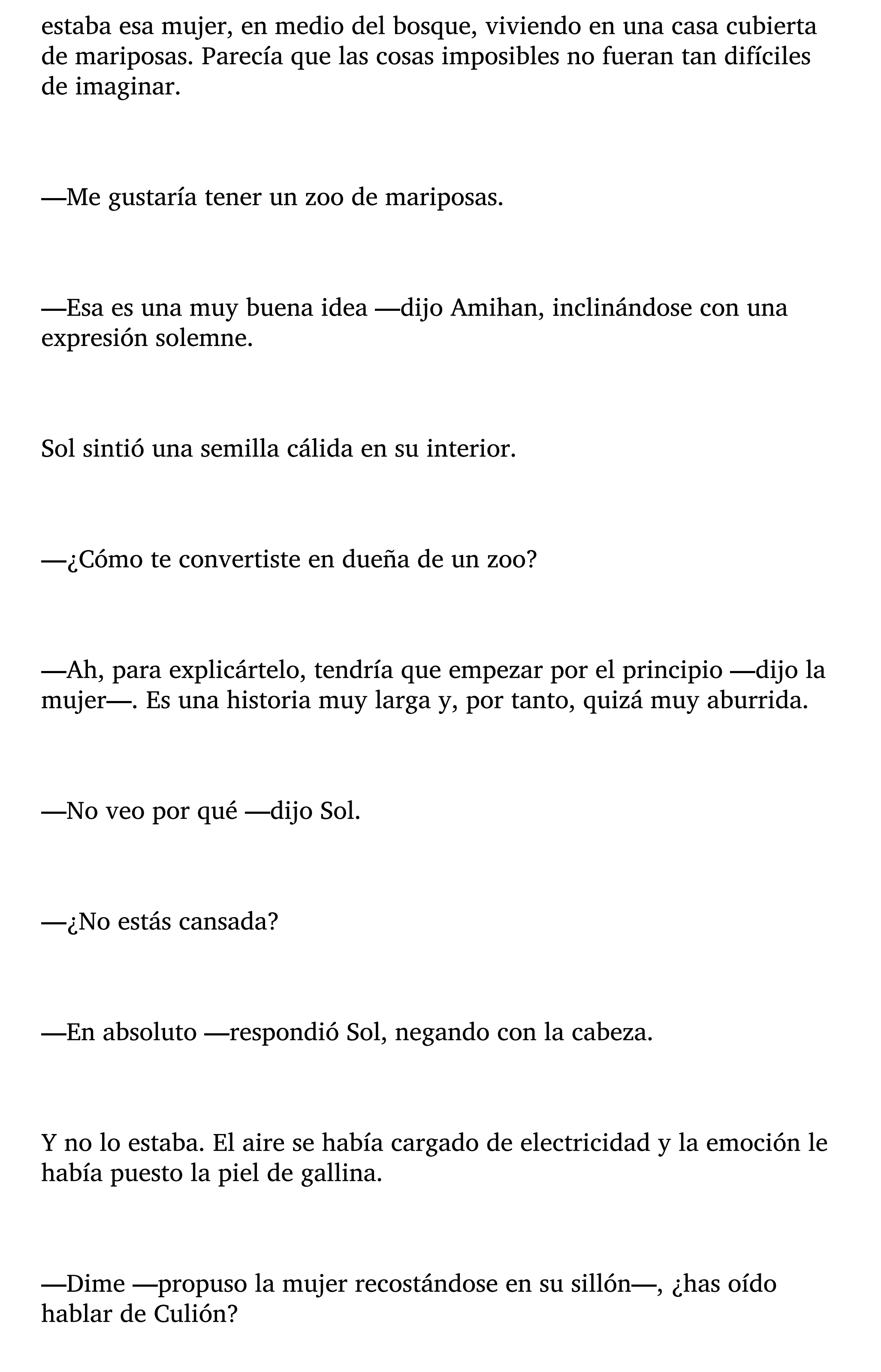
Amihan desechó su respuesta.

—No, no. ¿Qué haces?

—Ayudo a la cocinera…

—¡No! —repitió la mujer con firmeza, pero sin brusquedad—. ¿Qué se te da bien? ¿Qué te gusta hacer? ¿Qué quieres hacer el resto de tu vida?

Sol pensó todavía más. Quería dar con una respuesta que le gustara. ¿Maestra? ¿Secretaria? Quizá era demasiado ambicioso. Pero ahí



estaba esa mujer, en medio del bosque, viviendo en una casa cubierta de mariposas. Parecía que las cosas imposibles no fueran tan difíciles de imaginar.

—Me gustaría tener un zoo de mariposas.

—Esa es una muy buena idea —dijo Amihan, inclinándose con una expresión solemne.

Sol sintió una semilla cálida en su interior.

—¿Cómo te convertiste en dueña de un zoo?

—Ah, para explicártelo, tendría que empezar por el principio —dijo la mujer—. Es una historia muy larga y, por tanto, quizá muy aburrida.

—No veo por qué —dijo Sol.

—¿No estás cansada?

—En absoluto —respondió Sol, negando con la cabeza.

Y no lo estaba. El aire se había cargado de electricidad y la emoción le había puesto la piel de gallina.

—Dime —propuso la mujer recostándose en su sillón—, ¿has oído hablar de Culión?

—¿La colonia leprosa?

—Mmmm. —La mujer clavó los ojos en Sol—. ¿Qué sabes de ella?

—Que está llena de leprosos —dijo Sol, tratando de no estremecerse. Sin poder evitarlo, posó la mirada en la mano herida de la mujer.

Esta soltó una risa seca.

—Eso es cierto. ¿Y qué piensas de eso?

—No lo sé —dijo Sol.

—¿No lo sabes?

—No es algo muy agradable.

—¿Por qué? ¿Te da miedo?

—No, ¡me repugna!

Ahora fue la mujer quien se estremeció.

—Mi experiencia es que la repugnancia es consecuencia del miedo —

dijo Amihan—. ¿Por qué tienes miedo de los leprosos, Sol?

Sol sintió un escalofrío al pensar en el viejo mendigo que venía a veces al orfanato a pedir. La señora siempre lo invitaba a entrar y le daba comida, y una vez Sol había abierto la puerta y vio su mano sin dedos, y sin querer lo rozó. Pero parecía una respuesta estúpida. Todos los niños tenían miedo de él, y decían cosas mucho peores que lo que acababa de decir ahora. La vida era así.

Pero se dio cuenta de que Amihan estaba enfadada a causa de lo que había dicho. La atmósfera entre ambas había cambiado. Era como estar en una habitación con una nube; la mujer era dulce y agradable como una almohada, y al cabo de un momento se volvía gris y amenazaba tormenta.

—Quería decir…

—Sé lo que querías decir. —Amihan hablaba desde un lugar muy lejano, y su vista estaba clavada en algún punto encima de la cabeza de Sol—. Debes saber que la amabilidad es una parte muy importante de la tarea de un guardián de un zoo de mariposas. ¿Crees que lo que has dicho es amable?

—No —respondió Sol, en voz tan baja como la de la mujer.

Hubo un largo silencio. La expresión de Amihan era inescrutable, como niebla en un día sin viento. Sol no sabía qué decir.

—Lo siento —habló por fin—. He sido muy maleducada.

—Siento que te repugnen personas que son distintas. Personas que

también sufren y cuya existencia no te causa ningún daño.

Habría sido peor si Amihan le hubiera gritado y por eso Sol se apresuró a cambiar de tema.

—¿Es así como te convertiste en una aura… aralan?

—Aureliana.

—Aureliana. —Sol volvió a exhalar la palabra como si fuera una brisa resplandeciente—. ¿Porque eras amable?

—No —dijo la mujer, con sus ojos como carbones brillando entre las brasas de una hoguera—. Fue por suerte. Y por amor, claro está. Es lo que hay detrás de todas las historias, sean largas o cortas. Y de todos los viajes, o casi todos. Y fue un viaje muy largo el que me trajo hasta aquí.

—¿No naciste aquí?

La mujer movió la cabeza.

—¿Dónde naciste?

La miró, casi burlona.

—¿No lo adivinas?

—¿En Culión? —Sol la miró boquiabierta—. Pero… ¿cómo te fuiste de allí?

—Ya te lo he dicho: por suerte y por amor. Porque los tuve, y porque los volví a perder.

Tres

La mujer hablaba en voz baja e hipnótica, salteada de pausas cuando miraba alrededor de la estancia, como si buscara la continuación de su historia. Y a medida que hablaba de su infancia entre los leprosos, su paso por el orfanato y su amistad con una chica que tenía el nombre de las mariposas, o del viaje que hizo en un barco abandonado, Sol debería haber adivinado que eso era lo que hacía: Amihan convocaba su historia desde la oscuridad del pasado.

Pero también sabía, igual que el silencio de la noche era inmutable, que era verdad, que cuando Amihan se detenía en busca de palabras era para recordar lo que había visto. Y cuando alcanzó la bandada de mariposas, Sol cerró los ojos y recordó haber perseguido las alas que volaban colina abajo, apenas unas horas antes. Le dolían los ojos y no quería abrirlos, pero tampoco quería perderse ni una palabra.

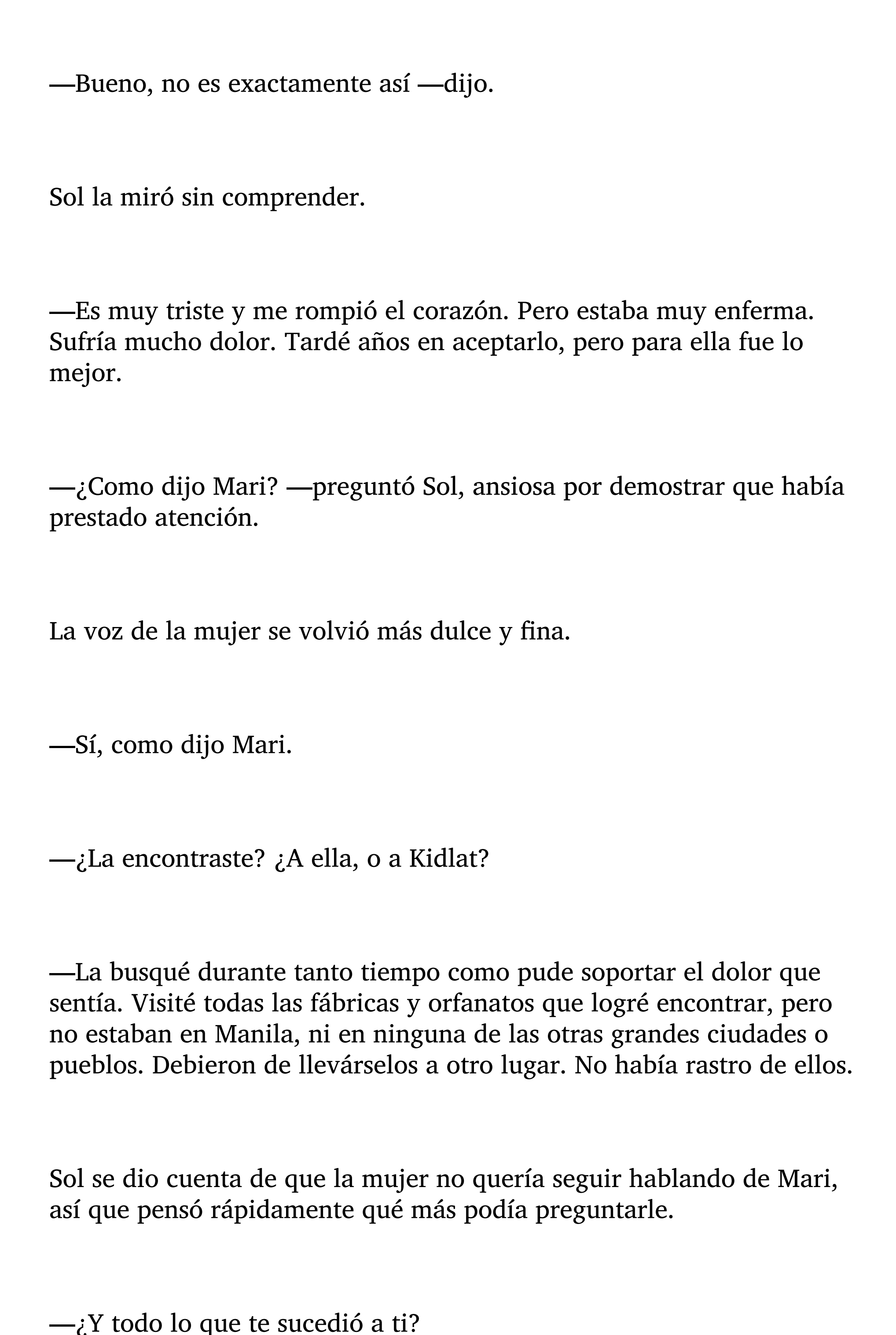
La pausa más larga tuvo lugar cuando Amihan habló del silencio de nanay y de la mano de Bondoc sobre su hombro, y de la llegada del monzón. Sol levantó la cabeza, indignada:

—¿Tu nanay murió? —preguntó, atónita. Las lágrimas mojaban sus mejillas, pero no le importaba. Pensó que la historia debería tener un final más feliz.

La mujer asintió lentamente.

—Así es, lo siento.

—¡Pero no es justo!



—Bueno, no es exactamente así —dijo.

Sol la miró sin comprender.

—Es muy triste y me rompió el corazón. Pero estaba muy enferma. Sufría mucho dolor. Tardé años en aceptarlo, pero para ella fue lo mejor.

—¿Como dijo Mari? —preguntó Sol, ansiosa por demostrar que había prestado atención.

La voz de la mujer se volvió más dulce y fina.

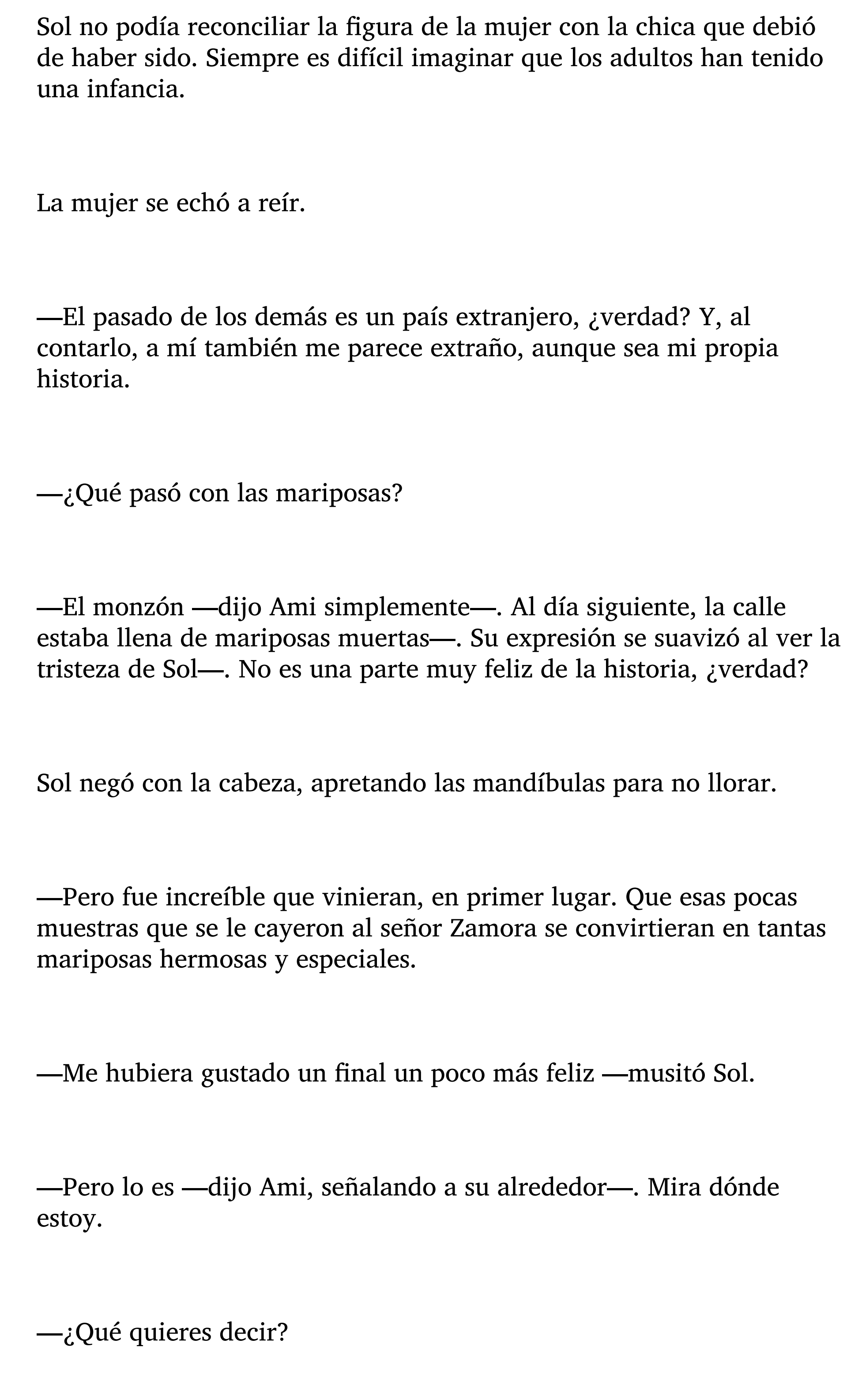
—Sí, como dijo Mari.

—¿La encontraste? ¿A ella, o a Kidlat?

—La busqué durante tanto tiempo como pude soportar el dolor que sentía. Visité todas las fábricas y orfanatos que logré encontrar, pero no estaban en Manila, ni en ninguna de las otras grandes ciudades o pueblos. Debieron de llevárselos a otro lugar. No había rastro de ellos.

Sol se dio cuenta de que la mujer no quería seguir hablando de Mari, así que pensó rápidamente qué más podía preguntarle.

—¿Y todo lo que te sucedió a ti?



Sol no podía reconciliar la figura de la mujer con la chica que debió de haber sido. Siempre es difícil imaginar que los adultos han tenido una infancia.

La mujer se echó a reír.

—El pasado de los demás es un país extranjero, ¿verdad? Y, al contarlo, a mí también me parece extraño, aunque sea mi propia historia.

—¿Qué pasó con las mariposas?

—El monzón —dijo Ami simplemente—. Al día siguiente, la calle estaba llena de mariposas muertas—. Su expresión se suavizó al ver la tristeza de Sol—. No es una parte muy feliz de la historia, ¿verdad?

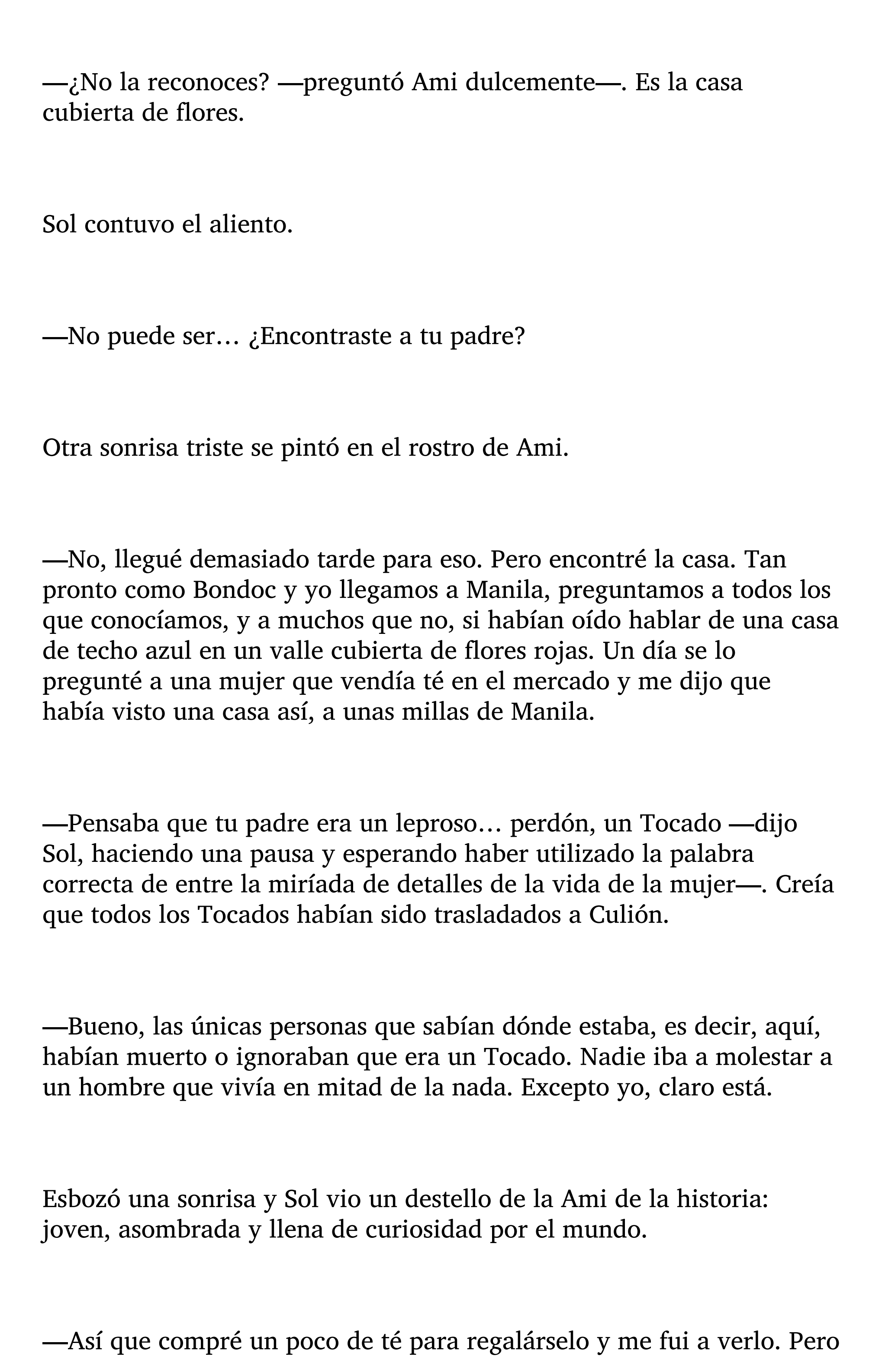
Sol negó con la cabeza, apretando las mandíbulas para no llorar.

—Pero fue increíble que vinieran, en primer lugar. Que esas pocas muestras que se le cayeron al señor Zamora se convirtieran en tantas mariposas hermosas y especiales.

—Me hubiera gustado un final un poco más feliz —musitó Sol.

—Pero lo es —dijo Ami, señalando a su alrededor—. Mira dónde estoy.

—¿Qué quieres decir?



—¿No la reconoces? —preguntó Ami dulcemente—. Es la casa cubierta de flores.

Sol contuvo el aliento.

—No puede ser… ¿Encontraste a tu padre?

Otra sonrisa triste se pintó en el rostro de Ami.

—No, llegué demasiado tarde para eso. Pero encontré la casa. Tan pronto como Bondoc y yo llegamos a Manila, preguntamos a todos los que conocíamos, y a muchos que no, si habían oído hablar de una casa de techo azul en un valle cubierta de flores rojas. Un día se lo pregunté a una mujer que vendía té en el mercado y me dijo que había visto una casa así, a unas millas de Manila.

—Pensaba que tu padre era un leproso… perdón, un Tocado —dijo Sol, haciendo una pausa y esperando haber utilizado la palabra correcta de entre la miríada de detalles de la vida de la mujer—. Creía que todos los Tocados habían sido trasladados a Culión.

—Bueno, las únicas personas que sabían dónde estaba, es decir, aquí, habían muerto o ignoraban que era un Tocado. Nadie iba a molestar a un hombre que vivía en mitad de la nada. Excepto yo, claro está.

Esbozó una sonrisa y Sol vio un destello de la Ami de la historia: joven, asombrada y llena de curiosidad por el mundo.

—Así que compré un poco de té para regalárselo y me fui a verlo. Pero

la casa ya se había convertido en una parte del bosque. Su enfermedad había empeorado poco después de que lo separaran de nanay. Llegué varios años tarde, de hecho. Había muerto en su casa y estaba enterrado en un huerto cercano. Su tumba estaba llena de plantas cuando llegué, y las vides crecían sobre el poste de madera que clavaron para marcar su lugar. —Hizo una pausa y tragó saliva—. La dejé así, para que las mariposas siguieran visitándolo. Pero Bondoc me ayudó a arreglar la casa, y sería un error decir que no encontré a un padre aquí. Bondoc se convirtió en uno muy bueno y pasamos unos años muy felices juntos.

—¿Bondoc te adoptó?

—¡No, nada tan oficial! —se rio Ami—. Pero me quería como a una hija, y había querido a nanay como a una esposa. La mayor tristeza de su vida fue que no llegó a despedirse de ella. Al menos yo sí, aunque tardé muchos años en sentirme agradecida por ello.

—Pero él te tuvo a ti —dijo Sol rápidamente, para evitar el regreso a la melancolía—. Y fuiste feliz.

—Por supuesto —dijo Ami—. Y lo soy. ¿Cómo podría no serlo, en un lugar como este? Y planté un huerto de las naranjas favoritas de Mari para tenerla a mi lado, en cierto modo. Si tienes o haces algo que alguien ama, creo que los acerca a ti, aunque no estén físicamente cerca.

—¿Como el cuenco de metal de tu nanay que guardabas bajo la almohada?

—Exacto.

—¿Decidiste convertirte en una guardiana de mariposas por la banda

de mariposas que apareció al final del viaje?

—No fue una decisión, sino que sucedió.

Sol esperó a que la mujer se explicara.

—Verás, esta casa siempre fue un foco de atracción para ellas, y un par de años después de la muerte de Bondoc, estaba cansada de vender remedios y hierbas. Un científico que había oído hablar de «la casa de las mariposas» vino a fotografiarla.

Señaló una fotografía en blanco y negro enmarcada que colgaba cerca de la puerta.

—Dijo que era un especialista en lepidópteros y que si estaba interesada en venderle algunas mariposas.

—¿Y lo hiciste?

Ami negó con la cabeza.

—No aceptó que, si se las vendía, sería con la condición de que las mantuviera con vida. Pero sí me recomendó a otros científicos en Asia, y ellos me pidieron que creara zoos de mariposas para ellos. Una vez incluso viajé a un lugar llamado Londres, en Inglaterra, para hablar de mis técnicas.

—¿Has estado en Inglaterra?

Sol jamás había conocido a nadie que hubiera viajado fuera de Filipinas, y mucho menos cruzado océanos.

—Sí, fui a dar una conferencia a una sociedad científica —dijo señalando otra fotografía enmarcada en la pared opuesta: una imagen antigua de ella frente a un podio—. Pero eso es otra historia.

—¿Cómo era?

—Frío.

Sol asintió. La cocinera ya se lo había dicho: leía libros que transcurrían en Inglaterra y pasaba lo mismo.

—¿Sigues viajando?

Ami se estiró.

—No tanto. Me gusta estar aquí. Ahora me dedico a crear zoos para las familias locales que tienen medios para pagarlos. —Hizo una mueca—. Es menos ciencia y más arte.

Sol titubeó antes de formular la siguiente pregunta. No quería que Ami volviera a sumirse en la melancolía de su pasado, pero ansiaba saber una última cosa.

—¿Qué le pasó a…?

—¿Al señor Zamora? —Ami señaló su estantería de libros—. Segunda fila, el octavo.

Sol se puso en pie con esfuerzo debido al cansancio y encontró el libro. El lomo era de un color rojo deslumbrante, con letras doradas estampadas: Vidas de mariposas, por el doctor N. Zamora. Abrió la boca y lo sacó, sosteniéndolo con desconfianza.

—¿Terminó su libro?

Ami asintió.

—Y muchos otros, pero yo solo compré el que escribió en el orfanato. No quería regalarle mi dinero.

—¿Y por qué compraste este? —Sol arrugó la nariz mirando el hermoso volumen.

—Porque es bueno —dijo Ami simplemente—. Me enseñó mucho. Y prefiero llevarme algo bueno de mi encuentro con esa persona. Es mejor eso que guardar solo malos recuerdos.

Sol replicó:

—Debería estar en la cárcel.

La mujer soltó una risita.

—Me parece recordar que una personita que ambas conocemos sostenía sus mismos puntos de vista, no hace mucho rato. —Sol se puso roja, pero la expresión de Ami era amable—. Además, murió hace años. Por lo que sé, vivió condenado dentro de su propia prisión, al final. Su enfermedad empeoró irremediablemente. Fue castigo suficiente, creo.

Sol frunció el ceño.

—Parece como si te diera pena.

—Y me da pena. —El rostro de Ami estaba en penumbra—. No tuvo una vida ni la mitad de buena que la mía.

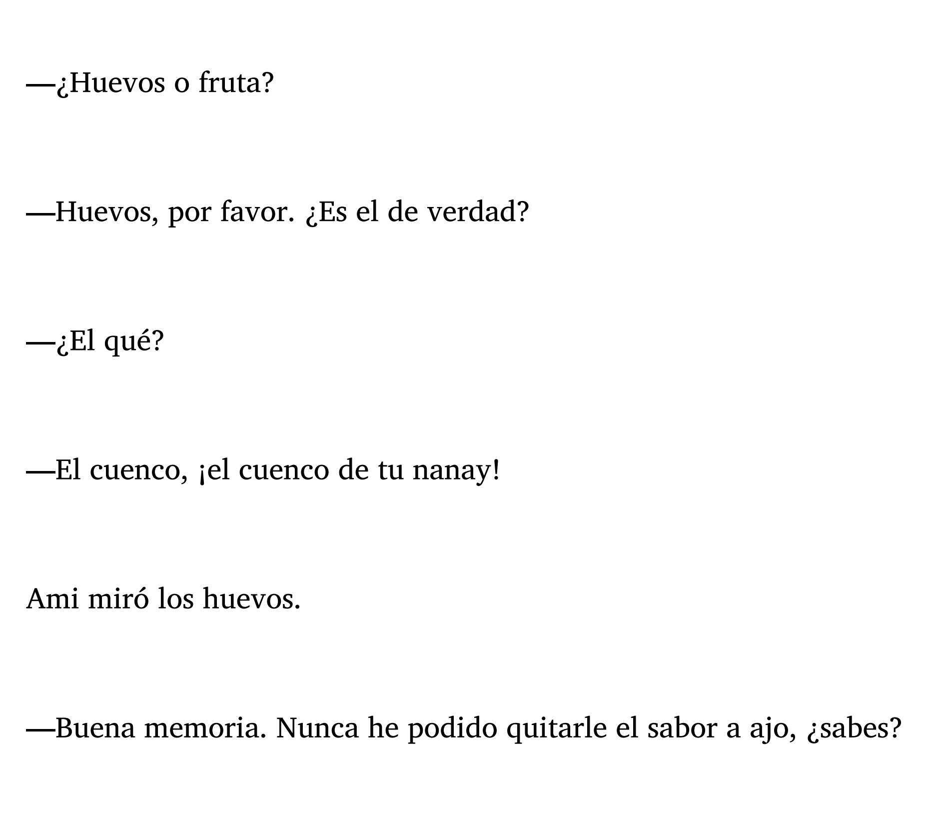
Hubo un enorme y profundo silencio que bostezó casi tanto como la propia Sol. Ami sonrió.

—Deberías descansar un poco, tenemos que irnos en unas pocas horas.

Colocó a Sol en su cama y se instaló en el sillón al lado del fuego. Sol no tardó en caer dormida y soñó con mariposas brillantes que bailaban bajo el sol.

Cuatro

Le despertó el olor a frito. Se sentó, frotándose los ojos y sorprendida por que la casa de mariposas no hubiera sido un sueño. La guardiana de las mariposas levantó la vista desde la cocina y sonrió.



—¿Huevos o fruta?

—Huevos, por favor. ¿Es el de verdad?

—¿El qué?

—El cuenco, ¡el cuenco de tu nanay!

Ami miró los huevos.

—Buena memoria. Nunca he podido quitarle el sabor a ajo, ¿sabes?

Desayunaron fuera y allí comieron sus tortillas con un ligero sabor a ajo, observando las mariposas a punto de emprender el vuelo. Al amanecer la casa era todavía más hermosa, y la luz pálida hacía que las flores rojas parecieran más vibrantes aún y las mariposas resplandecientes como pétalos añadidos sobre ellas.

Cuando terminaron, Ami dijo:

—Deberíamos irnos. No puedo llegar tarde a mi charla en la escuela. Solo tengo que cambiarme.

Desapareció en el interior y emergió al cabo de unos minutos con un traje de hombre, con chaleco y reloj de cuerda incluido. Sol se la quedó mirando.

—¿Te gusta? —preguntó Ami mientras se colocaba un sombrero hongo que había al lado de la puerta—. Lo compré en Londres. Está hecho pensando en el tiempo de allí, así que me da un poco de calor, pero me encanta ver la cara de sorpresa de la gente.

Sol nunca había visto una mujer llevando un traje de caballero, pero Ami estaba realmente espléndida con él.

La observó mientras colocaba una mariposa azul algo desorientada en una cúpula de cristal con base de madera.

—¿Es una jarra de matar? ¿Como la del señor Zamora?

—Ahora sirve para otra cosa —dijo Ami sonriendo. Bajo la base colocó otro plato de madera, con un agujero donde depositar hierbas—. Ahora es una jarra para reposar. Aquí la mariposa estará tranquila. Necesito llevarme una para mostrarla en la escuela, y esta especie es muy rara. Sería mejor que los niños vinieran aquí, pero ya sabes cómo es la gente de ciudad. Siempre piensan que su tiempo es más importante que el de los demás.

Sol siguió a la mujer y ambas salieron de la casa de mariposas y se acercaron a un establo con una única y delgada mula.

—Se llama Siddy —dijo Ami, acariciando el cuello del animal—. Porque siempre quiere llevarme a correr aventuras.

Mientras Ami preparaba el carro y la mula, Sol corrió a por sus zapatos colina arriba. Lo hizo tan rápido como pudo, pero cuando llegó a lo alto encontró la cesta llena de pieles de naranja y unos pedazos de cuero y las hebillas de sus sandalias. Alguien se había comido los zapatos hasta destrozarlos. Miró a su alrededor y vio una hilera de hormigas llevándose un pedazo de piel de naranja. Tendría que haber sabido que no podía dejar comida en el bosque.

Volvió a la casa desconsolada, al borde de las lágrimas.

—Las hormigas…

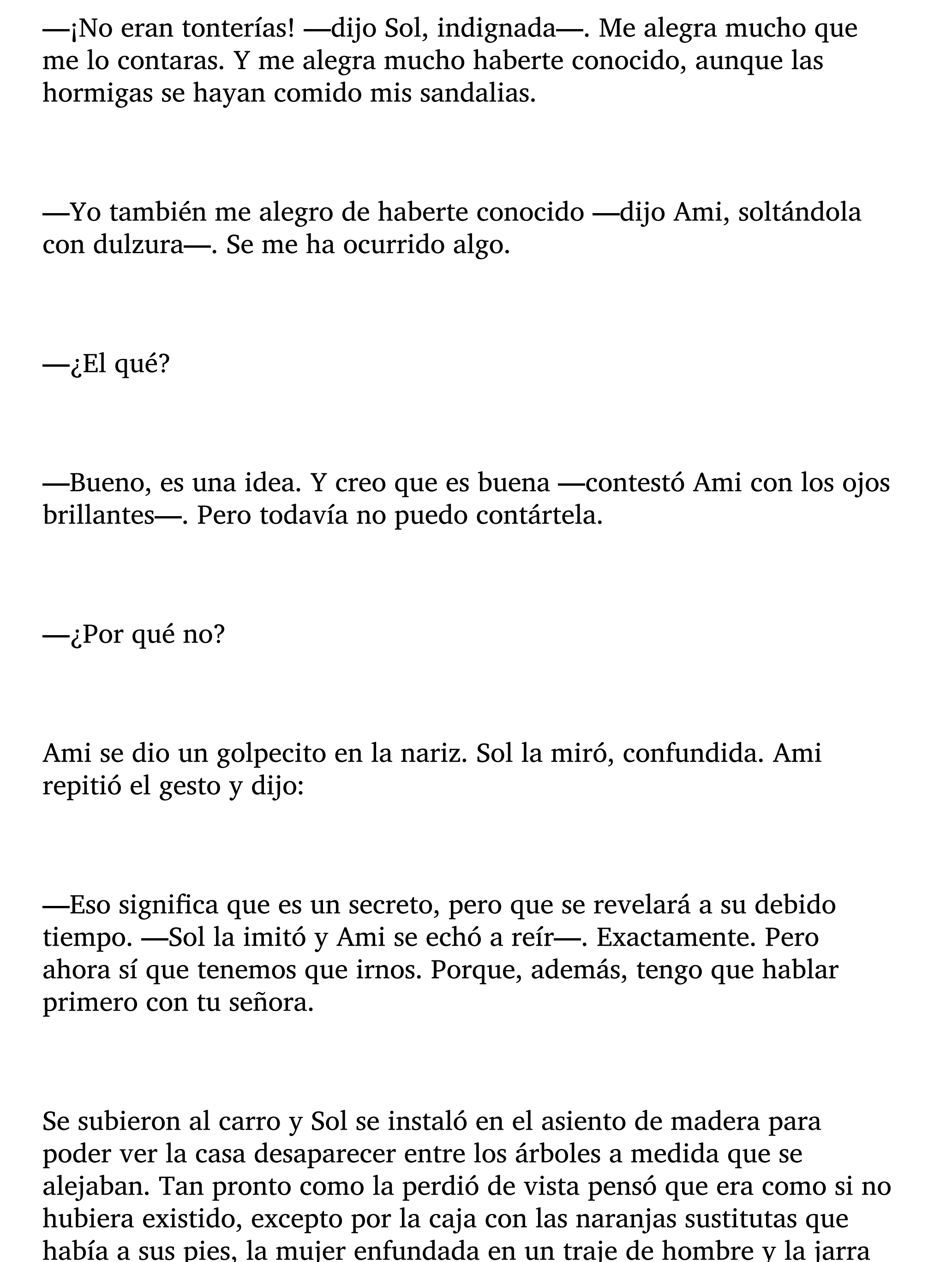
—Ah, sí. Claro —dijo Ami, pensativa.

—¿Qué voy a hacer? No puedo volver sin mis zapatos. La señora me los compró hace menos de dos meses.

—No te preocupes, puedes llevar un par mío. —Ami fue al interior y sacó un par de zapatos de suave piel marrón, solo un poco más grandes.

Abrazó a Sol que, de repente, se sentía muy cansada y con ganas de llorar.

—No llores, es culpa mía, por tenerte despierta hasta tan tarde con mis tonterías. Lo que necesitabas era descansar y…



—¡No eran tonterías! —dijo Sol, indignada—. Me alegra mucho que me lo contaras. Y me alegra mucho haberte conocido, aunque las hormigas se hayan comido mis sandalias.

—Yo también me alegro de haberte conocido —dijo Ami, soltándola con dulzura—. Se me ha ocurrido algo.

—¿El qué?

—Bueno, es una idea. Y creo que es buena —contestó Ami con los ojos brillantes—. Pero todavía no puedo contártela.

—¿Por qué no?

Ami se dio un golpecito en la nariz. Sol la miró, confundida. Ami repitió el gesto y dijo:

—Eso significa que es un secreto, pero que se revelará a su debido tiempo. —Sol la imitó y Ami se echó a reír—. Exactamente. Pero ahora sí que tenemos que irnos. Porque, además, tengo que hablar primero con tu señora.

Se subieron al carro y Sol se instaló en el asiento de madera para poder ver la casa desaparecer entre los árboles a medida que se alejaban. Tan pronto como la perdió de vista pensó que era como si no hubiera existido, excepto por la caja con las naranjas sustitutas que había a sus pies, la mujer enfundada en un traje de hombre y la jarra con la mariposa que brillaba como una joya sobre su regazo.

Tomaron un camino tan serpenteante para cruzar el bosque que Sol comprendió que jamás lo habría encontrado por sí sola. Estar en la

casa de mariposas era como viajar en el tiempo, y a medida que la jungla se volvía más escasa y el sendero desembocaba en una carretera pavimentada, era como si el reloj de tiempo se hubiera adelantado a doble velocidad.

Cuando llegaron a Manila, las calles estaban llenas de gente y de vehículos. Algunos se giraban para mirar a Ami, con su traje y su sombrero inglés, pero la mujer se limitaba a sonreír y levantarlo para saludarlos. Sol imaginó que estaría acostumbrada a que la gente la mirara. Empezó a indicarle a Ami el camino hacia la casa de su señora.

—Aquí es —dijo Sol, señalando un lugar donde aparcar. Ami miró el cartel que brillaba:

CASA DE NIÑOS DE LA ESPERANZA

AVENIDA MANILA, 20

PROPIETARIOS: SEÑOR Y SEÑORITA REY

—Será mejor que entre por detrás —añadió Sol— para que la cocinera no me vea o tendré problemas.

Ami chasqueó la lengua.

—Eso es ridículo. Entrarás por delante, conmigo.

Se puso la jarra bajo el brazo y tomó la mano de Sol.

—Llama a la puerta, por favor.

Sol, envalentonada por la seguridad de Ami, así lo hizo.

La cocinera abrió la puerta con una cuchara de madera en la mano y aspecto agobiado. Desde atrás llegó el ruido de un bebé llorando. Su rostro se congeló en una caricatura de asombro al ver el sombrero hongo de la mujer, la mariposa y, a su lado, a Sol, llena de polvo del camino y sonriente.

—Buenos días —saludó Ami jovialmente—. Me llamo Amihan y soy una especialista en lepidópteros vivos y guardiana de zoos de mariposas. —Apretó la mano de Sol al decir esto—. Sol encontró mi casa la noche pasada. Se perdió cuando regresaba de la granja de naranjas, según creo. Y si no le importa que se lo diga, me parece un poco imprudente permitir a una niña que haga ese camino sola.

—Yo… —La cocinera seguía alternando la mirada entre Sol y el sombrero hongo de Ami, sin saber qué decir.

—De hecho, me gustaría hablarle del futuro de Sol. Es una chica inteligente y despierta, y creo que sería una gran guardiana de mariposas, en el futuro.

—Yo…

—Por favor, déjeme terminar. Me gustaría mucho tantear la posibilidad de que fuera mi aprendiz.

—Yo… —La cocinera seguía clavada en el umbral de la puerta de entrada, con la cuchara de madera en alto, como si así quisiera detener la avalancha de palabras que salía de Ami. La salsa de la cuchara cayó al suelo.

—¿Quieres decir…? —dijo Sol, con un burbujeo de chispas en su estómago.

Ami la miró con sus cálidos ojos marrones.

—Eso quiero decir. —Volvió su atención a la cocinera—. ¿Y bien?

Sol apenas podía hablar de tan feliz que era y de la enorme sonrisa que no abandonaba su rostro.

—Esa es la cocinera.

—Oh, disculpe, pensaba que era la señora de la casa —dijo Ami, haciendo una profunda reverencia. La cocinera soltó una risita, se limpió las manos en el delantal manchado de grasa y Ami preguntó—: ¿Podría hablar con ella antes de irme a dar mi conferencia?

—Por supuesto —dijo la cocinera, recuperándose—. Pase, por favor.

Ami soltó la mano de la niña cuando entraron en la casa y, de repente, Sol se sintió un poco menos valiente.

—Iré a buscarla. Sol, ¿puedes…?

—Sol se queda aquí —dijo Ami, con el toque justo de firmeza para que no hubiera ninguna duda.

La cocinera les indicó que la siguieran hasta una salita en la parte delantera de la casa.

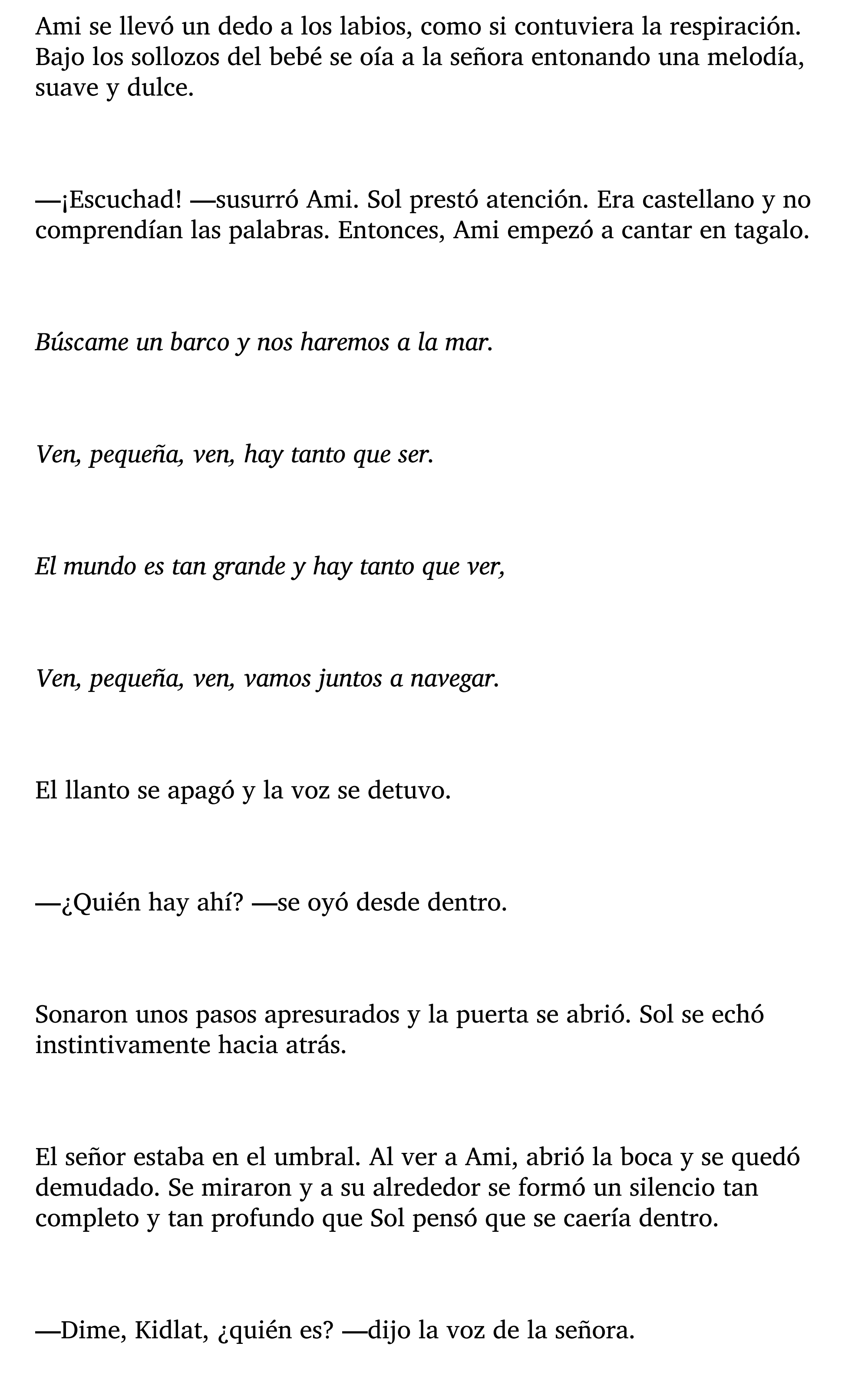
—Esperen aquí.

Sol se sentía especialmente sucia en la prístina habitación, que la señora conservaba impoluta para recibir a las mujeres ricas que venían a tomar el té y dar dinero para la causa. Ami se instaló en un sillón de madera esculpida, con cojines de seda, y cruzó las piernas como un hombre. Parecía tan a gusto como si hubiera nacido allí y no viviera en una cabaña cubierta de alas de mariposa. Al cabo de unos instantes, la cocinera volvió sola.

—No puede venir —dijo excusándose—. Está ocupada con el bebé. Lo dejaron en nuestro portal hace dos noches, pobrecito, y no deja de llorar.

—Entonces iré yo a verla —dijo Ami, poniéndose en pie de un salto y dejando atrás a la cocinera antes de que esta pudiera reaccionar. Sol fue trotando tras ella y la cocinera, todas en dirección al llanto del bebé que se oía más allá del pasillo. Ami se detuvo frente a la puerta de una habitación con aspecto de guardería y levantó la mano para llamar a la puerta, pero se detuvo, helada. Su rostro moreno había palidecido.

—¿Qué sucede? —le susurró la cocinera a Sol, pero esta negó con la cabeza sin saber qué decir.



Ami se llevó un dedo a los labios, como si contuviera la respiración. Bajo los sollozos del bebé se oía a la señora entonando una melodía, suave y dulce.

—¡Escuchad! —susurró Ami. Sol prestó atención. Era castellano y no comprendían las palabras. Entonces, Ami empezó a cantar en tagalo.

Búscame un barco y nos haremos a la mar.

Ven, pequeña, ven, hay tanto que ser.

El mundo es tan grande y hay tanto que ver,

Ven, pequeña, ven, vamos juntos a navegar.

El llanto se apagó y la voz se detuvo.

—¿Quién hay ahí? —se oyó desde dentro.

Sonaron unos pasos apresurados y la puerta se abrió. Sol se echó instintivamente hacia atrás.

El señor estaba en el umbral. Al ver a Ami, abrió la boca y se quedó demudado. Se miraron y a su alrededor se formó un silencio tan completo y tan profundo que Sol pensó que se caería dentro.

—Dime, Kidlat, ¿quién es? —dijo la voz de la señora.

Un hilillo tiró del estómago de Sol. Jamás había oído el nombre de pila del señor Rey y, hasta este momento, no le había importado. Pero ahora todo se revelaba, seguro y resplandeciente como la luz del día.

El señor Rey regresó a la habitación y al cabo de un instante la señora apareció, con el bebé adormilado contra su cadera y su pelo claro desordenado. Detrás de Ami, Sol vio sus ojos claros hacerse más grandes y su expresión pasó del asombro a la incredulidad. Se llevó una mano enguantada a la boca.

Las dos mujeres se miraron. El reloj marcó la hora del momento silencioso. Entonces, la señora le entregó el bebé al señor Rey, que lo meció con suavidad. Ami estiró la mano y quitó el guante de la mano de la señora, y Sol vio que era pequeñita y estaba deformada.

—Hola, Mari —dijo la guardiana de las mariposas.

Sol vio con claridad lo que sucedería en los años venideros, con la lucidez de un cielo después de la lluvia. Era la vida de la que Mari había hablado una noche en la isla de Culión, todos esos años atrás. Algún lugar con árboles, y flores, y fruta y un río. Una casa con Ami, en el corazón del bosque, con las paredes vivas y resplandecientes, cubiertas de mariposas.

Nota de la autora

La ficción a veces es mejor cuando nace de la verdad. La isla de Culión es un lugar real en las Filipinas, y se convirtió efectivamente en la colonia más grande de leprosos entre 1906 y 1998. (Uso la palabra «leproso» con tristeza, pues mucha gente con la que hablé y que vivió en esas colonias la considera tabú.)

Durante milenios, la lepra estuvo muy extendida en Asia, África y Europa hasta que se descubrió una cura y se difundió internacionalmente en la década de los ochenta. Aún se da en cientos de miles de personas, pero muchos pueden curarse. Es una enfermedad enormemente estigmatizada, que se asocia con la suciedad y el pecado cuando en realidad es un simple problema bacteriológico. Es muy difícil contagiarse y no se transmite por el contacto de la piel.

Solo entre 1906 y 1910, 5 303 hombres, mujeres y niños fueron transportados a la isla de Culión. Muchas vidas quedaron destrozadas por esta migración forzosa: cada uno de ellos tenía una familia y una vida. Alguien que los echaría de menos. Así que decidí escribir esta historia para situar al lector en el centro de la experiencia, a través de los ojos de Ami, una niña a la que separan de su madre y que quiere regresar a su lado.

A veces las historias mejoran si cambiamos un poco la realidad y dejamos que la imaginación las transforme, y por eso me he tomado libertades con las fechas de los hechos, los nombres y hasta la geografía. Pero me he mantenido fiel a la gente y a los lugares, y he tratado de demostrar que nunca son solo una cosa: hay gente mala que puede hacer cosas hermosas y la gente buena puede cometer graves errores.

Las personas que pensaron en convertir Culión en una colonia no eran

malos, pero sí consideraban a los habitantes de la isla leprosos antes que verlos como seres humanos. Cuando reducimos a alguien a un solo rasgo, ya sea raza, religión o las personas a las que aman, y no somos capaces de dar un paso atrás y ver a la persona en su totalidad, es más fácil tratarlos como algo menos que un ser humano.

Aún es posible visitar Culión. Se ve el águila, la iglesia, el hospital. Los pacientes ya no están allí. Tuvo muchos nombres: fue conocida como la isla de los muertos vivientes, la isla sin retorno o, como yo he optado por llamarla, la isla del fin del mundo. Pero para mí, y para Ami, también fue el principio de todo.

Kiran

Agradecimientos

A mi familia, que me trajo palabras amables y alimentos mientras permanecía sentada en la mesa de mis abuelos en Norfolk, tecleando frenéticamente esta historia, mi segunda novela, mientras seguían llegando los mensajes al buzón de mi correo rechazando la primera. Gracias por no parpadear mientras sonreía maníaca y os explicaba durante la cena que los temas del libro eran «la lepra y las mariposas». Gracias especialmente a mi madre, Andrea, que leyó al menos cinco versiones y se contuvo para no reírse demasiado de mis faltas de ortografía.

A mis amigos y mi familia en todo el mundo que convirtieron La chica de tinta y estrellas en un éxito de ventas y preguntaron enseguida cuándo saldría el siguiente libro. Estoy profundamente agradecida. Espero que lo disfrutarais, ¡especialmente tú, Sabine!

A mis primeros lectores: Andrea Millwood Hargrave, los Escritores Sin Reglas, Sarvat Hasin, Daisy Johnson, Joe Brady, Janis Cauthery, Tom de Freston, Claire Donnelly, Hazel de staybookish.net y Louise Gornall.

A la comunidad, tanto online como presencial, que ha apoyado mi tarea como escritora y mi primer libro, y que me ha animado a escribir esta segunda novela: Malorie Blackman, Fiona Noble, Abi Elphinstone, Claire Legran, Lucy Lapinski, Emma Carroll, Lucy Saxon, Carrie Hope Fletcher, Anna James, Katherine Webber, Pie Corbett, Mathew Tobin, Steph Elliot, Stevie Finegan, Sally (The Dark Dictator), Mariyam Khan, Mariam Khan y tantos otros más (¡vosotros sabéis quiénes sois!). A mis lectores y a los libreros que han hecho que este último año sea el mejor año de mi vida a pesar del Brexit, etc., en especial a James, Rebecca, Alex y Paul, de Blackwells; a Zoe, Dani y Rachel, de Waterstones Oxford; y a Florentyna.

A Melinda Salisbury, que me llevó a ver las mariposas.

A Chicken House y a todos los que están a bordo de ese barco: Elinor, Kesia, Esther, Laura M., Laura S., Jazz, Rachel H, y a mis editores: Barry Cunningham y Rachel Leyshon. A Rachel Hickman y a Helen Crawford-White por haber realizado otro precioso diseño. A mis colegas escritores de Chicken House: M. G. Leonard, Maz Evans, Lucy Strange, James Nicol, Ally Sherrick, Natasha Farrant, Sophia Bennett, Louise Gornall y Catherine Doyle; vuestros libros me han dado una oportunidad de escapar y ser feliz y me han brindado una gran inspiración.

A Maya y Mary Alice, mis compinches (y catadoras de vino).

A Oscar, Noodle y Luna. No he perdido la cabeza por completo; soy consciente de que los gatos no saben leer (¿o estoy equivocada?), pero este libro no existiría si algún que otro ronroneo vuestro sobre mi regazo.

A Sarvat, Daisy, Laura y Jessie; del mismo modo, sin nuestras salidas de escritoras, este libro no existiría. Todavía me provoca cierta tristeza que ninguna de vosotras ronronease en mi regazo.

A todo el mundo de Janklow & Nesbit, tanto en Reino Unido como en Estados Unidos. En especial a Hellie, por haberme guiado durante todo el proceso y por ser alguien en quien puedo confiar; y a Kirby, por responder todos y cada uno de los correos que he escrito en estado de neurosis.

Por último, como siempre, gracias a Tom, quien me inspiró a crear un personaje que ve el mundo de una forma ligeramente distinta. Gracias por leer todas las palabras de este libro en alto para mí y por poner las voces de los personajes. Tengo muchas ganas de vivir las aventuras que nos depara el futuro junto a ti, mi marido, y mi mejor amigo para



toda la eternidad.

Sobre la autora



Kiran Millwood Hargrave es una poeta y novelista británica. Es graduada en Literatura Inglesa, Artes Dramáticas y Magisterio por la Universidad de Cambridge y realizó el máster de Escritura Creativa de la Universidad de Oxford en 2014. Nació en Londres en 1990 y su debut, La chica de tinta y estrellas, ha ganado los prestigiosos premios Waterstones Children's Book y el British Book of the Year, y se ha convertido en un best seller internacional que ha vendido más de cien mil ejemplares en Reino Unido y se ha publicado en una quincena de países. La isla del fin del mundo es su segunda novela, finalista del Costa Children's Book Award y del Blue Peter Award.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.

Queremos invitarle a suscribirse a la newsletter de Ático de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exlcusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.

